

AMOR Y PODER

LEGADO DE MAFIA

LIBRO 4

ISABEL ACUÑA - ARYAM SHIELDS

AMOR Y PODER

LEGADO DE MAFIA IV

©Isabel Acuña / Aryam Shields
Amory Poder (Legado de Mafia IV)
Registro de la obra: 1-2025-114342
Oficina de registro de autor. Ministerio de Justicia, Colombia.
ISBN:
Editado por:
Diseño de portada: Isa Quintin
Primera Edición: agosto 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

"En un mundo donde la lealtad dicta la vida o la muerte, amarte fue mi crimen más grande."

A nuestras familias, por ser quienes nos sostienen.

CONTENIDO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo.
Agradecimientos
Sobre las Autoras

CAPÍTULO 1

Francesca

El sudor se deslizaba por mi espalda y la brisa acariciaba mi rostro mientras sostenía mi raqueta con determinación. Divisé a Dalia y asumí la posición de espera, llevábamos tres *sets* y el marcador estaba empatado, no pensaba irme de aquí hasta no hacerla comer polvo.

La pelota resonó con un *plof* cuando realicé el saque, cruzó la red a una velocidad vertiginosa, pero estaba preparada para recibirla. El sonido del impacto contra las cuerdas de mi raqueta fue música en mis oídos, mi mente enseguida se enfocó en encontrar la esquina perfecta de su lado de la cancha, para quedarme con la victoria. El intercambio era frenético, la pelota iba y venía, cruzaba de un campo a otro mientras la devolvía con la misma fiereza con la que Dalia golpeaba; cada paso hacia la red para ejecutar una *volea*, cada *sprint* para devolver un *drop shot*, era un recordatorio de mi pasión por este deporte.

Sentí la adrenalina en mis venas como si estuviésemos jugando una final del Grand Slam. Dalia, voleó y me deslizó a mi lateral derecho para alcanzar una pelota aparentemente inalcanzable. Como si estuviese en una película vi la pelota alejarse de la raqueta de Dalia y aguanté la respiración mientras se dirigía hacia la línea. Por un segundo me quedé inmóvil, mis pulmones se olvidaron de respirar, entonces el entrenador levantó el brazo.

¡Victoria!

No pudo alcanzarla y la pelota tocó tierra dándome el punto final.

Di saltitos de celebración del lado de mi cancha y luego caminé hacia la red. El rostro de Dalia lucía fatigado, igual al mío, nos dimos un abrazo sobre la red y reímos como idiotas.

—Buen juego, Fran —dijo Dalia, separándose de mí.

El entrenador llegó rápidamente.

—Bien hecho, chicas. Francesca, ¿nos vemos en dos días?

Asentí y nos despedimos para ir a recoger nuestras cosas.

—Eso estuvo intenso —dije a Dalia—. ¿Has estado practicando?

Dalia estudiaba en Milán, había vuelto a casa por las vacaciones de verano. Era la hija de uno de los lugartenientes de mi hermano y había sido mi mejor amiga en el instituto.

—Un poco, la vida en *Milano* es diferente. —Había ido la ciudad de la moda en muchas oportunidades, pero nunca me quedé más de dos días. Papá no era fanático de los hoteles—. Oye, ¿almorzamos juntas? Mira que solo me quedan dos días antes de irme.

—Está bien.

Por lo general, evitaba el restaurante del club, no era más que un hervidero de chismes que poco me importaban. Nos separamos para ir a las duchas y quedamos de vernos en el restaurante en veinte minutos.

Fui la primera en llegar. El lugar estaba parcialmente lleno, pero logré conseguir una mesa cerca al ventanal del jardín. Siempre me habían gustado las flores, pero no era capaz de mantener ninguna planta viva. Uno de los meseros llegó a tomar mi orden justo cuando Dalia entraba, venía acompañada de Domenica Amatto, la esposa de Mattia Amatto, uno de los empresarios de la ciudad y amigo de mi padre. Mi hermano y él mantenían varios negocios. Amatto era conocido por debernos muchísimo más que dinero.

—Me encontré con Domenica cuando salía del vestidor, ¿no te molesta que nos acompañé?

Fingí una sonrisa y ambas tomaron asiento. El mesero aprovechó para tomar nuestra orden.

—Sin comino, ni orégano, por favor —dijo Domenica—. Me da acidez. —Tocó su vientre aún plano.

Escuché a mi hermano decir que Mattia sería padre por sexta vez a los sesenta y cinco años, para Domenica era su primer bebé.

—Felicidades por el embarazo, Mattia debe estar muy feliz —murmuré. Su rostro se tensó por unos segundos antes de recomponerse—. ¿Nace antes del bebé de Alessia? Solo Mattia puede convertirse en padre y abuelo el mismo año.

Domenica me dio una sonrisa falsa.

—Está muy feliz de que su nieto y el bebé sean contemporáneos. —Me palmeó el brazo—. Pero no hablemos de mí. Me enteré de la buena nueva esta mañana, felicidades por la boda. Daniele Esposito es tan guapo, a pesar de que vive en Estados unidos, mantiene viva las tradiciones de su familia.

La garganta se me cerró, fue como si un cubo de agua helada me cayera encima. Sabía que el apellido Esposito estaba entre los ofertantes a mi trasero, pero no que me iban a mandar al otro lado del mundo.

El resto de la comida me mantuve en silencio, Dalia y Domenica empezaron a hablar de la última colección de Valentino, pero yo no podía dejar de pensar en lo que dijo Domenica, solo quería salir corriendo del restaurante y preguntarle a Michele si era cierto. La música de *Dynamite* de BTS, empezó a reproducirse desde mi celular, miré el nombre de Carla en la pantalla y aproveché para excusarme del almuerzo.

Salí a toda prisa, enviando un mensaje a Roberto, mi guardaespaldas y chofer. Afortunadamente, él me estaba esperando en el lugar de siempre, por eso me gustaba Roberto, aunque era

joven, era leal y eficaz. Mientras conducía el auto hasta la mansión, solo podía pensar en mi futura boda. No estaba feliz con la idea del matrimonio, pensé que hacer el arreglo se tomaría más tiempo, incluso lo canjeé con Michele. Tenía solo veinte años y quería conocer el mundo, estudiar en otro país, ¡vivir! Pero nací en un mundo chapado a la antigua, en una cuna de oro, donde hombres han gobernado por generaciones. Mi papel era ser esposa, madre, ama de casa, trofeo. Había tanto que quería hacer antes de tener que regirme por lo que mi mundo me pedía.

Bajé del auto, incluso antes de que Roberto terminara de estacionar, crucé la glorieta y subí las escalinatas con apremio, atravesé el living, buscando el lugar donde seguramente hallaría a mi hermano. Las puertas del despacho casi nunca estaban cerradas, solo se mantenían así cuando había una reunión de emergencia, sin embargo, lo estaban. Empujé con fuerza, haciendo que las puertas dobles cedieran.

—¿Entonces está decidido? —grité sin siquiera saludar.

Michele no dejó los documentos que estaba leyendo. Mi hermano tomó las riendas de organización hacía seis años, pero nunca lo vi tan enfocado en los negocios como ahora.

—¿Me comprometiste con Daniele Esposito? —Ni siquiera sabía por qué preguntaba.

Michele levantó la mirada brevemente, encontrándose con la mía, antes de volver al trabajo.

—¿Por qué preguntas lo que ya sabes? —dijo chasqueando su lengua—. Es una pérdida de tiempo, saliva y esfuerzo, *ragazza*.

La ventana estaba abierta y el olor a salitre llenaba todo el estudio. El mar siempre me calmaba, pero en ese momento sentía que la histeria se filtraba por mis poros.

—¿Y mi decisión? ¿Acaso no tengo voz en esto? —lancé completamente enojada. Sin embargo, no causé ninguna emoción en mi hermano, que siguió concentrado en su trabajo—. ¡Maldición,

mírame al menos! —chillé en una estúpida manera de calmar mi furia.

—¿Voz? —preguntó, dándome su atención—. Eres una chica y una Romano, hermana, tu voz en este asunto no es necesaria.

—¡Es mi vida! —expresé en voz alta

—¡Y está es la puta mafia! —dijo, golpeando el escritorio con las palmas abiertas mientras se levantaba.

Michele casi nunca alzaba la voz, al menos, no conmigo. Él apenas tenía treinta y dos años, pero parecía haber envejecido mil años desde que se casó. Mi corazón tronaba con fuerza, sin embargo, me negué a mostrarme de otra manera que no fuese totalmente en desacuerdo.

—Tu destino estaba escrito desde que el ginecólogo confirmó que eras una niña —masculló desprovisto de emociones—. Tu matrimonio con Daniele Esposito está concertado para dentro de un año. Te guste o no, necesitamos unir lazos con las filiales de Norteamérica.

Lo miré, sin saber qué decirle o cómo expresar la rabia que me invadía en ese momento.

—Bien, entonces iré a Oxford. —Era la condición que había puesto al aceptar que mi hermano encontrara un marido para mí. No estaba de acuerdo con la idea, pero tarde o temprano sucedería—. Lo prometiste, hicimos una promesa, tú buscabas al marido indicado y yo aceptaba a cambio un año de libertad, sin guardaespaldas, lejos de la 'Ndrangheta, de todo lo que nos rodea, no puedes romper tu promesa.

Michele me regaló una sonrisa sarcástica.

—Me debes eso.

—No te debo nada, Francesca, pero tienes suerte.

—¿Suerte? Suerte es que te ganes el Súper Enalotto, no que te regalen como un perrito en Navidad.

—He hablado con Daniele, sobre nuestro pacto, y lo ha permitido, solo porque terminarás tus estudios. Al parecer, le gusta el hecho de que su mujer sea más que una princesa de la mafia, hueca y sin tema de conversación, así que accederé porque no quiero que me veas como a un tirano. Me haré cargo del vuelo, y las primeras semanas de alojamiento, ya he hablado con el decano de la facultad y te he conseguido lo que querías, pero tendrás un presupuesto limitado —dijo con un tono condescendiente.

—¿Por qué un presupuesto limitado? Soy tan Romano como tú y viviste una vida llena de excesos mientras estabas en Cambridge.

—Es diferente, yo tenía que apoyar a Arturo, y cuando él murió, tuve que prepararme para llevar las riendas de esta familia. Tú solo quieres una excusa para irte lejos, así que agradece lo que se te concedió y no pidas ser tratada como una princesa.

—Eso es lo más misógino que he escuchado de ti —reproché con los dientes apretados. Michele me observó con indiferencia—. Como quieras, puedo adaptarme al presupuesto que me des.

—Tendrás un guardaespaldas.

—No, sin guardaespaldas, era nuestro pacto.

El tamborileó sus dedos sobre el escritorio, mirándome con fiereza.

—Eso no tiene discusión. Eres una Romano, aunque no uses nuestro apellido.

A raíz de la muerte de Arturo y papá, Michele había decidido que yo llevara el apellido de nuestra madre. Ella no pertenecía a nuestro mundo era hija de un empresario prestante de Sicilia que terminó involucrado en los negocios del abuelo y a cambio vendió a su hija. Por cosas del destino papá la amaba, ella era su adoración. Aún había un par de Vitales en Sicilia. Eran dueños de restaurantes, no teníamos mayor contacto con ellos, pero sabían de nuestra existencia tanto como nosotros de ellos. Acepté el cambio de apellido porque, aunque no me gustara yo era el eslabón más débil

de nuestra familia y lo mejor para mi hermano y su recién estrenado nombramiento, era mantenerme fuera del radar de nuestros enemigos.

—No estarás por ahí sin alguien que te cuide las espaldas. —musitó con enojo.

La voz de Michele me sacó de mis divagaciones.

—No necesito a nadie que me cuide las espaldas, o mejor dicho, que te informe de cada respiro que doy. La idea de irme a Oxford es alejarme de ti, de tu yugo y de todo lo que representa ser parte de esta familia. Así que no, no tendré un guardaespaldas. Me darás la libertad de vivir mi vida como mejor me parezca este último año, antes de ser la muñequita de Esposito.

Michele dio un largo suspiró mirándome con frustración.

—¿Y si no lo hago qué? Puedo enviar a alguien a que te siga y tú ni siquiera lo sabrás.

—Oh, sí lo sabré, inténtalo y te juro que esta boda que tanto ansias no se llevará a cabo. Conozco a cada hombre en esta familia y sé lo que se siente sentirse vigilada. Libertad total, te garantizará una boda de ensueño, las rutas de drogas y armas que tanto quieres, además de muchos millones en el banco.

—Me parece increíble que me estés obligando a esto. Pude conseguirte cualquier esposo, más de uno de mis hombres quiere desposarte, sin contar con algunos de los capitanes de la Corona de la Unita, Marcello Cavalli, por ejemplo. Sin embargo, intenté que fuese menos traumatico para ti, que estuvieses con alguien con quien pudieras compartir afinidades. Daniele es el mejor esposo que podría conseguir, son de edades similares y gustos…

Resoplé, esto no lo hacía por mi. Desde que se había convertido en capo de la ´Ndrangheta, lo único que le importaba era el poder para controlar toda la Camorra.

—Si quieres tu boda y los beneficios que traerá, accederás. No haces esto por mí, Michele, lo haces por la maldita familia. Me orillas

a una vida tan desdichada como la tuya, solo para adquirir más poder. —Amaba a mi hermano, pero no era mi persona favorita en estos momentos.

—Tú ganas Francesca. Dame una semana y tendré todo listo. —Volvió a sentarse y tomó los documentos en los que estaba trabajando.

—Dos días, el semestre está por comenzar y no quiero perderme nada —exigí.

—Cierra la puerta al salir —habló, terminando la conversación.

Hice una celebración mental pero no dije nada, en vez de ello, me di la vuelta y cerré la puerta con toda la fuerza que tenía.

Caminé por la mansión, mientras le soltaba a mi hermano todo mi repertorio de insultos en italiano y alemán. Me detuve frente a la escalera tomando un respiro. Tenía demasiadas cosas que hacer.

Gianella, la esposa de Michele, venía bajando las escaleras con la elegancia y sutileza que solo una mujer como ella poseía. Era la modelo mejor cotizada del país e hija del jefe de la 'Ndrangheta. Se detuvo cuando me vio pisotear los escalones con fuerza.

—Supongo que ya lo sabes.

Odiaba a la mujer. Michele y ella tenían un matrimonio arreglado, ninguno de los dos se quería, pero una vez más, era lo que requería la organización. Gianella era la prometida de Arturo y mi hermano aceptó casarse con ella para que la tregua entre ambas organizaciones siguiera.

—Tienes suerte —dijo cuando nuestros caminos se encontraron. Cerré los ojos para no responder—. Daniele es guapo, rico, joven e italiano, ¿qué más puedes pedirle a la vida?

—Es americano —la corregí.

Porque aparte de conseguirme un marido que vive al otro lado del mundo, también había contado con la «suerte» de que no fuese italiano.

—Su familia es italiana.

—Sí, pero él nació en el país del tío Sam, lo que lo hace americano.

—Lo que sea, tu hermano necesita su producto. Traer drogas de América es la mejor opción.

¿Opción para quién? ¿Para la ´Ndrangheta, para la Corona de la Unita? Porque para mí no era ninguna opción.

Rodé los ojos. «¿Por qué estoy hablando con ella?» Reanudé mis pasos subiendo a mi habitación.

—Como dije, corriste con suerte —me recordó con suficiencia. Estaba odiando la maldita palabra—. Pudiste haber terminado con Rocco Berlusconi.

Me detuve sin mirarla mientras un escalofrío recorrió mi cuerpo. Rocco Berlusconi, fue el mejor amigo de mi padre, era unos quince años menor que él, y quedó viudo luego de que Donna, su esposa, muriera mientras daba a luz a su cuarto hijo.

—Michele, nunca me casaría con Berlusconi —murmuré y seguí mi camino. Necesita reservar un boleto a Oxford cuánto antes.

Carla, la hija del ama de llaves, estaba en mi habitación. Trabajaba para nosotros desde que tenía uso de razón, tuvo la oportunidad de irse a Roma hacia un par de años, pero decidió quedarse trabajando en casa después de la muerte de su madre, mientras terminaba sus estudios.

—¿Te lo confirmó? —preguntó con la confianza que le había dado. Asentí, sentándome en mi silla de escritorio. Le había preguntado por WhatsApp si Michele estaba en casa; por ende, sabía del compromiso—. ¡Inglaterra! Huir no es la solución, *bambina.*

—No voy a huir, me voy a estudiar a Oxford —contesté mirando las opciones.

—¿Oxford? Pensé que tú hermano no quería que salieras de Nápoles.

Después de la muerte de mis padres y mi hermano mayor en ese accidente de tránsito, Michele no me permitió hacer mi carrera universitaria en otro país, por lo que tuve que estudiar mi carrera administrativa en la Universidad de Nápoles. La ventaja era que, por mi alto promedio de notas, podía aspirar a estudiar un año en Oxford como parte del programa de intercambios implementado en la universidad. Afortunadamente, junto con mi profesor de finanzas, habíamos realizado el papeleo protocolario. Sabía que el matrimonio era un hecho, por lo que me había adelantado a los planes de mi hermano y solicité la plaza.

—Michele accedió, es mi moneda de cambio por un jodido matrimonio arreglado, así que me voy. Hace meses tengo todo listo, solo faltaba que Michele lo autorizara. —Me giré hacia Carla. Ella era solo siete años mayor que yo—. Ven conmigo, estoy segura de que Michele no se opondrá.

—No puedo irme... Tú lo sabes. —Ella era mi mejor amiga y también estaba profundamente enamorada de mi hermano y él de ella, pero estaba casado con la puta reina del hielo.

—Se casó —argumenté.

—Era lo mejor para la organización —respondió con rapidez.

—Amo a mi hermano, pero no puedes conformarte con ser su amante toda la vida.

Ella se vio visiblemente trastocada, pero se recompuso rápidamente.

—Yo lo amo. Además, el matrimonio con Gianella le dio el poder y la tranquilidad que tanto necesitamos, lo que lo hizo merecedor del título que hoy ostenta. Yo solo soy la hija del ama de llaves.

—Eres mil veces mejor que Gianella.

Ella me dio una sonrisa triste.

—Entonces irás a Oxford, estudiarás y luego volverás para la boda —dijo cambiando el tema.

—No habrá boda —dije cepillándome el cabello, me levanté y me dirigí al vestidor—. Tengo todo un año para pensar en cómo escapar de este matrimonio. ¿Me ayudas con el equipaje? Michele se está encargando de todo lo referente al viaje. —Sentí a Carla detrás de mí y me giré viéndola.

—¿Qué sucede?

—No quiero que hagas algo estúpido, Francesca. Nadie escapa de la 'Ndrangheta.

—Nadie que no tenga sangre Romano.

—Piensa bien lo que vas a hacer, piensa en tu hermano y en cómo tus decisiones lo afectarán.

—¿Y quién piensa en mí, Carla? Este podría ser el último año de mi vida, tal como la conozco. Me niego a conformarme con solo un año, no voy a casarme, no sé qué haré, pero no me casaré te lo juro.

Carla me observó con algo similar a la pena, pero la ignoré, idearía un plan que comenzaba con el viaje a Oxford.

CAPÍTULO 2

Angelo

Mientras caminaba por las empedradas calles de Oxford, no podía dejar de pensar en Chiara. Su compromiso con Valentino Costa siempre estuvo ahí y ella pareció haberlo aceptado; aunque faltaban al menos un par de años para llevarlo a cabo. El adelanto de la unión fue un duro golpe para mi hermana, podía verlo en sus facciones a pesar de lo dócil y tranquila que parecía estar. Saber que Chiara no estaba del todo feliz, me tenía completamente molesto con Massimo, por tomar decisiones sobre nuestra vida que solo nos competían a nosotros. Sin embargo, una parte de mí, la misma que quería rebelarse, intentaba pensar si las cosas hubiesen sido diferentes, si tan solo no nos hubiesen arrebatado a nuestros padres cuando aún éramos unos niños.

Alejé mis pensamientos de lo que hubiese podido ser, empujé la puerta de la oficina de la decanatura de la facultad de Negocios y Administración de la prestigiosa universidad de Oxford, donde mi hermano decidió que terminaría mis estudios. Se suponía que tenía una reunión con el decano en diez minutos.

Una chica rubia estaba detrás del mostrador, tipiando furiosamente en su celular, por lo que carraspeé llamando su atención.

Ella me miró, como si estuviese en trance, por más de lo políticamente correcto.

—Angelo Di Lucca —me presenté rápidamente. Su boca se abrió, pero no dijo nada, por lo que lo intenté de nuevo—. Lo siento, buenos días, mi nombre es Angelo Di Lucca. Tengo una cita con el decano a las diez treinta.

—Claro. —Negó con la cabeza y cerró los ojos un instante. No pude evitar la sonrisa engreída que tiró de mi rostro. Ella removió unos papeles sobre la mesa hasta hallar los que buscaba y luego me los tendió. Al levantarse de su silla, me dejó ver su figura. Era mi tipo, linda, delgada, buenos pechos—. El doctor Green tuvo que atender una emergencia y no podrá recibirte, pero dejó los documentos que necesitas firmar aquí. —Señaló el lugar donde debía firmar—. Americano, ¿verdad? —Batió sus cejas coquetamente.

Asentí dándole mi sonrisa ladeada. Vine a terminar mis estudios, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de los placeres de la vida. Lejos de Chicago no tenía por qué preocuparme por dar un paso en falso o cuidarme porque alguna de las mujeres de la familia quisiera ponerme una trampa y atraparme en matrimonio. Sabía que el día llegaría, pero esperaba poder disfrutar de la soltería un par de años más.

—Estos. —Colocó unos folletos al lado de los documentos—. Son unos mapas del campus, y tu horario de clases. También soy estudiante del programa, tendremos una barbacoa mañana; para conocer los nuevos ingresos. ¿Te gustaría acompañarnos? —hizo su pregunta con un «nada sutil» movimiento de pestañas.

—Por supuesto. —Apoyé mis brazos en el mostrador. Me vendría bien conocer a mis nuevos compañeros. Establecer relaciones, podría ayudarme en cuanto al éxito o fracaso de mis estudios, medité.

—Por cierto, soy Maggie. —Me tendió la mano y la tomé con suavidad. Su rostro se sonrojó haciendo más ancha mi sonrisa.

—Angelo.

—Ya lo habías dicho.

Le entregué los papeles de ingreso a Maggie y me despedí, tendría a Maggie en mi cama para mañana a medianoche. Mi celular empezó a vibrar en el bolsillo de mis pantalones, estaba a punto de salir cuando ella habló.

—Te veo a las cinco y por cierto, no te he dicho a dónde es la barbacoa.

Giré el rostro y sentí cómo alguien chocaba contra mí. El aroma a *My Way* de Giorgio Armani se filtró por mi nariz, era mi perfume femenino favorito. Estiré mis brazos para sujetar a la mujer y sentí una especie de electricidad recorrer mi piel.

—*Grazie* —murmuró con un fluido italiano. Bajé la mirada y me encontré con unos rizos rojos como el fuego; era baja, delgada, pero podía sentir músculos fuertes bajo la ropa—. ¿Puedes soltarme?

Se zafó de mi agarré y dio un paso hacia atrás. Sus ojos eran oscuros, verdes, vivos como las esmeraldas, penetrantes. No me observaba como Maggie hace unos segundos.

Caminó hacia el mostrador y dejó una carpeta sobre él.

—Francesca Vitale, supongo que vamos todos juntos a la barbacoa. —Miró de Maggie a mí, pero Maggie no dijo nada—. Es para conocer los nuevos ingresos, ¿no?

—Sí, claro, les apunto la dirección. —Mientras Maggie anotaba el lugar donde se llevaría a cabo la barbacoa, mi mirada se deslizó por la figura de la chica de cabello rojo. Seguramente tenía tiempo observándonos ya que sabía de la barbacoa. Su mirada se encontró con la mía por unos segundos, antes que Maggie nos tendiera un *post it* con la dirección.

—Supongo que nos veremos mañana —dije girándome para salir de una buena vez de la oficina. Por el reflejo de la puerta de cristal, vi cómo ambas chicas me miraban el trasero. Mi celular volvió a vibrar y lo saqué del bolsillo del pantalón.

¡Joder, Chiara, al fin!

*

*

La casa donde se llevaba a cabo la barbacoa era propiedad de la universidad, constaba de dos plantas y un jardín de césped perfectamente podado y amplio. El grupo era pequeño; así que, localicé rápidamente a Maggie que estaba con un grupo de chicas cerca de una mesa con todo tipo de canapés. Se disculpó con la persona que hablaba y caminó hacia mí con una sonrisa que no pude evitar imitar.

—Llegaste. —Un mechón de su cabello voló sobre su rostro, pero enseguida lo apartó para dejarlo tras su oreja.

—Te dije que vendría. —Alcé la mano enseñándole la bolsa de supermercado con las cervezas. No sabía qué traer, pero Cara siempre nos enseñó que nunca debíamos responder a una invitación con las manos vacías.

—No tenías que molestarte —dijo tomando la bolsa—. Nuestro decano lo está patrocinando, así que, todo está cubierto por él. La intención de este evento es que podamos conocernos todos, ven, te presentaré.

La tarde era fresca y el olor a comida estaba en el aire. Caminamos hacia el grupo de chicas que estaba, cerca de una de las mesas de picnic.

—Chicas, él es Angelo Di Lucca, viene desde Estados Unidos. —Cada una de ellas tomó su turno para presentarse. Sofía venía desde México, Carmen desde Colombia y Ana Pau desde Madrid.

—Mucho gusto, señoritas. —Les guiñé un ojo.

Un chico se acercó a nosotros y Maggie le entregó las cervezas.

—Él es Cole, también es americano.

Por los siguientes veinte minuto*s,* Maggie me llevó de un lado a otro, presentándome a diferentes chicos que rondaban nuestra edad. Alguien me dio una cerveza y me comí un *hotdog*, mientras mi mirada vagaba por el lugar, hasta que un destello de cabello rojo en el borde de la piscina me llamó la atención. A pesar de que conocía

a varias chicas pelirrojas y sexys, no podía apartar a Francesca de mi cabeza. Quizá porque era una jodida preciosidad, o porque me miraba como si conociera algunos de mis secretos. Tal vez necesitaba follar y Maggie estaba más que dispuesta a ayudarme con esa última tarea. No se me había despegado en las últimas dos horas, pero cuando Enrique, uno de nuestros compañeros, le dijo que la necesitaba ella se marchó. Aproveché el momento y me acerqué a la piscina. Los dos chicos que estaban junto a Francesca se habían ido hacía apenas unos pocos segundos.

Estaba sentada en el borde con sus pies dentro del agua. Maggie dijo algo sobre que era climatizada, pero nadie, aparte de ella, parecía estar interesado en un baño.

—Hola, Francesca. ¿Te molesta si te acompaño?

Ella fijo su mirada en mí y luego en Maggie que seguía hablando con Enrique a pesar de que nos observaba disimuladamente.

—¿Tu guardaespaldas te da permiso para socializar, o le tienes que consultar primero?

—Ni lo uno, ni lo otro —contesté mientras me quitaba los zapatos. Dejé la cerveza a su lado y ella la tomó llevándosela a los labios en lo que me sentaba.

Mi mirada se fijó en ella, no tenía la apariencia dulce de las chicas de la familia, ni siquiera se veía como Chiara, Cara o Antonella, había un destello de fuego en su mirada que llamaba mucho mi atención.

—¿Te doy una fotografía? —Negué con la cabeza.

—¿Qué?

—Una fotografía, así puedes revisar si se te perdió alguien parecido a mí.

—Vaya, eres de las malas —satiricé.

—Y tú, el típico *playboy* americano que se cree la novena maravilla del mundo, ¿o me equivoco?

—Sí, solo que no me lo creo. Soy la novena maravilla.

Me miró desconcertada por unos segundos, así que me reí y ella también.

—Angelo Di Lucca —dije, extendiéndole mi mano.

—Francesca Ro… Vitale —contestó, apretando la mía.

—¿Ro es de Rosa?

—Sí, pero lo odio. Nunca me llames por ese nombre. ¿Por qué los padres piensan que los nombres florales son bonitos, azucena, Jasmín?

—Petunia. —Me reí.

—Pobre alma en desgracia la que lleve ese nombre. —Se llevó la botella de Guinness a la boca y arrugó el rostro cuando la probó —. Esto es horrible, no entiendo por qué los americanos consumen esto —su acento italiano era fuerte, marcado, pero no era como el que recordaba de papá o mamá, incluso no era parecido al de Donato—. En serio, amigo, deja de mirarme así. Das un poco de miedo.

—Oh, lo siento. —Tomé la botella de su mano y le di un trago. No era mi preferida, pero estaba bien—. Solo trato de averiguar de qué parte de Italia vienes.

—Roma…

—No, tu acento no es como el de los romanos.

—¿Conoces muchos romanos? —satirizó.

—Mi padrino es romano, su acento es diferente.

—¿Familia italiana?

—Italoamericano, gracias a mis padres, mis hermanos y yo nacimos en el país de la libertad.

—Dios los cria y ellos se juntan.

Me quitó la botella, bebió y de nuevo hizo ese gesto en su rostro que empezaba a gustarme.

—Si no te gusta, ¿por qué lo bebes? —Fue mi turno de beber. Estábamos pasándonos la cerveza como si fuese un *ping pong*, tomé un largo trago y negué con la cabeza—. Aunque te doy la razón en algo, la cerveza es horrible, prefiero un buen *whisky* de malta.

—Eso es peor, es como beber combustible, nada más delicioso que un merlot o un Lé Lucére.

—¿Eres amante del buen vino?

—¡Bingo!

—¿Entonces eres de Florencia…?

—O de Milán…

—¿Qué hace una chica italiana lejos de casa? —pregunté por pura curiosidad.

—¿Qué hace un *yankee* lejos del país de la libertad?

Me reí, Chiara sin duda la amaría.

—Mi hermano dirige una gran compañía y quiere que me una al negocio familiar. Él hizo la mitad de su carrera en Oxford y quería que viviera la experiencia.

—¿O sea, que tú no querías venir? —me preguntó, tomando la botella una vez más.

—*Touche*… Bueno, la verdad, es que me daba lo mismo —dije encogiéndome de hombros.

—¿Por qué? ¿Eres un pobre niño rico al que sus papis obligan a estudiar lo que no desea?

—Mi hermano, no mis papis. Ellos murieron hace doce años en un accidente de tránsito —dije la versión que Massimo entregó a la prensa.

—Yo lo…

—Pero sí, mi hermano nos solicitó estudiar carreras en las que pudiéramos aportar a la empresa familiar. Realmente las finanzas no son lo mío, soy bueno en ello, pero no más que mi hermana.

—¿Y qué es lo tuyo?

—Las computadoras, soy muy bueno, ya sabes, buscando información que no debería obtener. —Alcé una ceja—. ¿Y qué es lo tuyo?

—Me gustan los números y el dinero. —Ambos reímos.

—Aquí estás. —Escuchamos la voz de Maggie y alzamos la cabeza—. Te estaba buscando, los chicos están planeando ir a un *pub* a lo que acabe la barbacoa, ¿quieres acompañarnos?

Era obvio que estaba excluyendo a Francesca.

—¿Vienes? —pregunté a mi nueva amiga.

—Paso —dijo ella con talante digno.

—Entonces, paso también.

Maggie se vio levemente decepcionada.

—Bueno, estaremos en Big Society —dio la dirección—. ¿Estás seguro de que no quieres ir?

—Estamos bien aquí.

Me despedí de Maggie y luego nos giramos hacia la piscina, para hablar cerca de media hora más. Compartimos historias y un par de cervezas más. Entonces un hombre nos llamó la atención, diciendo que teníamos que irnos.

Me coloqué los zapatos y salimos juntos. La noche empezaba a caer, pero no quería despedirme, no aún, había algo que me atraía con fuerza hacia ella.

—¿Quieres comer? —pregunté cuando estaba a punto de despedirse—. Digo, si no tienes nada más qué hacer. Hay un lugar cerca de aquí que vende los mejores *shepherd's pie* de la ciudad.

Ella pareció pensarlo por unos minutos y luego sonrió.

—Marca el camino, señor libertad.

CAPÍTULO 3

Francesca

Las luces de la ciudad brillaban tenuemente mientras caminábamos hacia el restaurante que Angelo había mencionado. Era extraño, casi surrealista, estar aquí, compartiendo el tiempo con un desconocido que parecía sacado de una película de Hollywood, seguro de sí mismo, con una sonrisa ladeada y esa aura de chico malo que seguro volvía locas a las chicas. Había algo en él que me recordaba a los hombres con los que crecí, los que siempre parecían saberlo todo. Sabía que debía dejar de comparar a cada hombre con el que trataba con el molde de los hombres de la familia, pero era difícil. Quería que Angelo fuera diferente, esperaba que lo fuera, ya que había algo en él que no encajaba con el estereotipo, y yo necesitaba dejar de medir a cada hombre con la escala que conocía desde niña.

¡Era el jodido Reino Unido, por Dios!

—Entonces, ¿Florencia o Milán? —preguntó, sin dejar de mirarme de reojo.

—Ninguna de las dos. Soy de Palermo, pero mi familia se ha movido tanto que no sé si puedo llamar hogar a un lugar —respondí, evadiendo la verdad, molesta por tener que mentir y buscando la verdad detrás de esas palabras, ya lo había hecho con el apellido. Mis redes sociales las manejaba con ese nombre.

—Palermo —murmuró, y una sonrisa traviesa apareció en su rostro—. Una chica del sur… En cuanto te vi, supe que tenías algo que me recordaba al calor del Mediterráneo.

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír. Su actitud confiada era irritante y encantadora a la vez. Sí supiera, si solo supiera…

Llegamos al pequeño restaurante que recomendó. Al entrar, nos recibieron con el cálido aroma a especias y platos recién servidos. El ambiente era íntimo, casi acogedor, por un momento, me relajé. No supe si fue el lugar o la compañía, pero sentí que podía, simplemente, ser yo misma.

Mientras esperábamos nuestra comida, él me miró fijamente, como si intentara descifrar mis pensamientos. Había algo en sus ojos que me inquietaba, una intensidad que, al mismo tiempo, hacía que mi corazón se acelerara.

—Entonces, Francesca, ¿qué esperas de Oxford? —dijo finalmente, su tono bajo y serio después de ordenar un par de *Shepherd's pie* y dos cervezas.

—Podría decirte que vine porque es mi sueño o cualquier respuesta que ya un racimo de chicas te debe haber dado. —El maldito sonrió y ese gesto me gustó—. Tal vez vine para alejarme de todo lo que se espera de mí, encontrarme 0 divertirme. Escoge la que quieras.

Angelo soltó un silbido bajo.

—Quiero conocerte, sino lo quisiera, no te habría traído aquí y hubiera ido con Maggie a su dichosa fiesta; así que déjame adivinar.

—Te deseo suerte. —Tomé un sorbo de mi botellín de cerveza.

Angelo me miró con esa media sonrisa, evaluando mis palabras como si cada una de ellas escondiera un acertijo que él estaba decidido a resolver.

—Así que eres un misterio —dijo, apoyando los codos sobre la mesa y acercándose un poco más—. Me gusta. Aunque, siendo honesto, me inclino por la opción de «divertirte». Suena a que hay una chica atrevida detrás de esos ojos.

Su mirada era casi magnética, y sabía que estaba jugando con fuego.

—A lo mejor me estoy divirtiendo justo ahora, contigo —respondí, sin apartar la mirada, disfrutando del desafío en sus ojos.

Él sonrió suavemente y tomó un sorbo de su bebida, sin perderme de vista.

—Cuidado, Francesca. Soy bueno para los juegos, pero también puedo ser peligroso.

Había una advertencia en su tono, pero en lugar de intimidarme, me hizo sentir más curiosidad. Me incliné hacia él, decidida a desafiar sus límites.

—Entonces, ¿qué pasa si te digo que no tengo miedo al peligro? —susurré, saboreando cada palabra.

Angelo me observó con algo más que simple curiosidad. Apreté los labios para no sonreír demasiado. Tenía claro que, si iba a cruzar esta línea, lo haría sin arrepentimientos. Él ordenó al mesero un par de tragos más fuertes. No me opuse.

—Eso solo hace que quiera conocerte aún más —contestó, y algo en su voz sonaba completamente honesto, tanto que por un segundo me sentí vulnerable.

Desvié la mirada, el corazón empezó a latirme un poco más rápido de lo que quería admitir. Llegaron los tragos y brindamos antes de beber. A los pocos minutos, y después de otra ronda, ya estábamos achispados.

—Final del formulario —dije y serví dos vasos más de la botella que Angelo acababa de pedir—. Y a ti, ¿qué te trajo hasta aquí? Porque no pareces del tipo de persona que hace lo que otro le ordene.

Sus labios se curvaron con una mueca casi imperceptible, pero vi un destello de algo más en sus ojos. Quizás un secreto que él tampoco estaba dispuesto a revelar.

—Digamos que estoy aquí porque a veces no tenemos elección —respondió, su tono cambió levemente.

—Todos tenemos opción. —refuté y tomé un trago. Era una enorme mentira, a lo mejor me empezaría a crecer la nariz, pero necesitaba saber qué clase de chico era.

—Algunos no nacemos con ella.

No dije nada, en cierto punto él tenía razón.

Hubo un silencio que casi parecía lleno de palabras no dichas. Por alguna razón, sentí que entendía a Angelo mejor de lo que había esperado, como si estuviéramos atrapados en una vida que no habíamos elegido. A lo mejor, era la bebida que me hacía ver cosas que no existían.

—¡Entonces salud! —dije levantando mi vaso—. Por los que no tenemos opción.

Angelo levantó su vaso y la mirada que me dedicó, hizo temblar mis piernas. Luego chocó su vaso contra el mío. En ese instante, el mundo desapareció, y solo quedamos dos extraños buscando un refugio temporal el uno en el otro.

*

*

La luz del sol se filtraba por entre las persianas de la habitación, obligándome a abrir los ojos. Solté un gemido en respuesta, sentía una cantidad infame de pájaros carpinteros ensañados con mi cerebro. Con un suspiro de resignación, traté de recordar los detalles de la noche anterior, una mezcla borrosa de risas, miradas intensas y Angelo. Los brindis cada vez que descubríamos cosas en común. Después, más achispados, fuimos a un club a bailar y en la madrugada aterrizamos en su departamento.

Me giré lentamente, con cuidado de no hacer ruido, y lo vi dormido junto a mí, con su respiración tranquila y los labios entreabiertos y completamente desnudo.

Había algo pacífico en él, una imagen que contrastaba con el hombre agudo y misterioso que conocí el día anterior. Era demasiado guapo e intenso, recuerdos borrosos y filosos de nuestro encuentro

se pasearon por mi mente. Sus labios en todas partes de mi cuerpo, sus caricias atrevidas. Angelo sabía cómo complacer a una mujer, tomé de él lo que quise, así como él tomó lo que quise darle. Las huellas de dolor en mi cuerpo lo demostraban. Fue un encuentro sin sentimientos molestos ni cadenas.

Era justo lo que necesitaba para comenzar esta última etapa de mi vida, porque cuando volara a América y me convirtiera en la esposa de Daniele Esposito, sería como esas muñecas de aparador, que solo servían para verse bonitas.

Joder, tenía que evitar que ese matrimonio se llevara a cabo. La pregunta era, ¿cómo?

Evitando hacer ruido, salí de la cama y sentí punzadas por todas partes. Estaba tan desnuda como el día que nací, por lo que busqué mi ropa esparcida por el suelo, demoré un par de minutos reuniendo las prendas. La habitación era un desastre, había una botella de *whisky* tirada en el piso junto a la ropa de Angelo. Una parte de mi quería curiosear, investigar quién era este hombre, por si me apetecía repetir, pero la verdad era que necesitaba salir de aquel lugar, porque no era buena para la confrontación de la mañana siguiente.

Prefería mantener este tipo de encuentros, que no eran muchos, en mis términos, evitaba crear lazos afectivos que no servirían de nada, ya que mi futuro estaba marcado, o eso era lo que creía mi hermano.

Mientras me vestía, un dolor incómodo crecía en mi pecho. Sabía que esto no estaba bien, una especie de culpa me estaba carcomiendo, como si pasar la noche con él eliminara en lo que realmente tenía que concentrarme. Lo ocurrido con Angelo solo era un encuentro casual, así que necesitaba buscar una solución en la que mi vida fuera mía y solo mía. Pero cuando alisé mi falda y me di la vuelta, algo capturó mi atención. En su brazo, parcialmente cubierto por las sábanas, vi el contorno de un tatuaje.

Era la representación de una daga y una rosa enredada como una serpiente, la flor y las hojas eran oscuras, las espinas sobresalían y se mezclaban en armonía, dándole un estilo especial al dibujo. La daga se extendía como si todo el símbolo estuviera enmarcado en un equilibrio entre la fuerza y belleza mortal.

Parpadeé, intentando recordar por qué ese símbolo me resultaba tan inquietantemente familiar. Sin embargo, no podía recordar dónde lo había visto.

«¿Por qué me parece conocido?», pensé, mientras el impulso de salir de ahí crecía con fuerza.

Recogí el resto de mis cosas, lista para marcharme y, de ser posible, nunca repetir lo ocurrido la noche anterior. Pero cuando di el primer paso hacia la puerta de la habitación, escuché su voz detrás de mí.

—¿Vas a irte sin siquiera decir adiós? —Su tono era suave, pero con un toqué de autoridad que me obligó a detenerme.

Me giré lentamente y lo encontré mirándome, sus ojos oscuros me estudiaban con una intensidad que me incomodó.

—No quería despertarte —murmuré, controlando mi expresión.

Él me observó, y por un instante sus ojos cayeron sobre el tatuaje en su brazo, como si supiera que yo lo había visto. Su mirada se cruzó con la mía, evaluándome, como si quisiera descubrir qué pasaba por mi cabeza en ese momento.

—Bueno, ya estoy despierto —dijo, y una sonrisa ladeada se dibujó en su rostro—. Podríamos despedirnos con algo de acción, ¿no?

Decidí ocultar mis pensamientos bajo una máscara de indiferencia y sonreí.

—No creo —dije, distraída por su pecho, tenía unos pectorales fuertes y un paquete de ocho abdominales seguido por una uve pecaminosa que conducía directamente a su entrepierna. La

tentación de volver a la cama era grande y estuve a punto de ceder, pero recordé que no estaba aquí para enredar más mi vida. Él hizo el amague de levantarse de la cama y yo me acerqué más hacia la puerta—. Lo siento, ahora mismo, necesito una ducha y beber algo que calme esta resaca.

Me dedicó una última mirada, sus ojos estaban entrecerrados, todavía medio dormido, pero alerta, como si su cuerpo estuviera acostumbrado a no bajar la guardia, incluso en su propio departamento. Su actitud defensiva instaló un sutil brote de incertidumbre en mi pecho.

—¿Pasa algo? —preguntó, en tono casual, sin dejarme de estudiar con interés.

Me forcé a sonreír, controlando la decepción que amenazaba con reflejarse en mi rostro.

—Nada en particular —dije, encogiéndome de hombros—. Solo que tengo planes para este día, hay algunos lugares a los que debo ir. No pudo quedarme más tiempo, ya he hecho muchas concesiones.

—Ambos hicimos concesiones, Francesca; es más, creo que fueron más que un par. Recuerdo tener mi cabeza enterrada entre tus piernas mientras hacia una de ellas —dijo con suficiencia. Sentí mi cara enrojecer—. Supongo que nos veremos de nuevo.

—Por supuesto, estamos en el mismo programa…

—Sabes que no me refiero a eso —dijo levantándose de la cama y su gloriosa desnudez quedó a la vista. Me paralicé mientras caminaba hacia mí.

—Pueda que cuentes con suerte en alguna otra ocasión, no soy muy dada a las repeticiones —dije sin titubear.

Sus dedos acariciaron mi barbilla, haciéndome tragar grueso, su erección mañanera se alzaba entre los dos y mi interior se contrajo ante su cercanía.

—Puede que eso te funcione con otros, pero no conmigo, no soy tan fácil de dejar atrás.

Tragué el nudo en mi garganta y retrocedí dos pasos, alejándome de su tacto. Lo miré una última vez, mis pupilas se fijaron en sus ojos, pasaron a su pecho y luego a su brazo, la imagen de esa rosa y la daga tatuados en su piel, no cabía duda de que era un trabajo hermoso.

—La pasamos bien —señalé por decir algo y le di una sonrisa vaga, esperando que ocultara la confusión que sentía.

Angelo me observó por un largo instante, me giré y caminé hacia la puerta.

—Nos veremos pronto —decretó, con un tono tan confiado como la noche anterior.

Al salir del departamento, sentí la carga de esa extraña familiaridad colgando sobre mí.

CAPÍTULO 4

Angelo

El sonido de la puerta al cerrarse resonó en la habitación. Abrí los ojos y respiré hondo, lanzándome nuevamente a la cama, que aún conservaba su perfume. No sabía qué había en Francesca, pero lo que me llevó a invitarla aquí anoche iba más allá de sus curvas y el sabor de su piel. Desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron, sentí una rara conexión, aunque ni yo mismo entendía el por qué.

Al sentarme en la cama, miré el tatuaje en mi brazo. El emblema de la familia, con su daga y esa rosa entrelazada, era una marca que llevaba con orgullo y cautela. Solo los que conocían realmente el significado detrás de esa imagen sabían que era un símbolo de poder, lealtad, y una promesa de protección o de destrucción; dependiendo de en qué lado del tablero te encuentres. Me pregunté si Francesca lo habría notado, si acaso entendía que estaba entrando en terreno minado.

La noche anterior había sido placentera. Con ella, el juego se sintió más real, y eso no era algo que pudiera permitirme. Me incliné para recoger un arete que quedó en la mesa de noche y sonreí. No era de las que se quedaban esperando respuestas. Esa mujer sabía lo que quería, y aparentemente, lo que quería esta mañana era alejarse de mí tan rápido como fuera posible.

Con un suspiro, me puse de pie y me dirigí al baño. El agua fría recorrió mi cuerpo, ayudándome a despejarme, a calmar el impulso irracional de querer más de ella. Al salir, me vestí lentamente, con mi mente aún atrapada en el sonido de su risa, en

el brillo de sus ojos cuando discutíamos sobre temas tan triviales que parecían irreales en mi mundo. Por alguna razón, esa noche con ella se sentía menos como un error y más como una puerta que no quería cerrar. Normalmente, mis rollos no duraban más de dos o tres semanas, esperaba que ella hubiera salido de mi sistema para entonces.

Mi teléfono vibró en la mesa. Al mirar la pantalla, el nombre de Massimo apareció en el identificador. Resoplé y dejé que sonara un par de veces más antes de responder, sentí esa familiar mezcla de irritación y respeto que solo él lograba provocarme. Tomé aire antes de contestar preparándome para el tono frío y calculador de mi hermano mayor, quien parecía tener una agenda oculta hasta en las conversaciones más simples.

—Massimo.

—Angelo, esperaba que atendieras más rápido. —Su voz, siempre firme y con ese toque de superioridad, llegó directa al grano, sin siquiera una palabra de saludo—. Según el horario que tengo de tus clases debes estar aún en casa.

Sabía que no estaba satisfecho, quise ignorar su veta controladora, pero no pude.

—Disculpa si no podía contestar, ya sabes, hermano, los seres humanos tenemos necesidades que atender. Además, quiero vivir mi tiempo en esta ciudad sin preocupaciones, sin prisas —respondí con un tono relajado, sabiendo que eso probablemente lo irritaría más.

Escuché el suspiro al otro lado de la línea, ese que reservaba para mí cada vez que decía algo que consideraba «impropio para un Di Lucca».

—Espero que empieces tus estudios en serio. No estás en Oxford solo para divertirte.

—¿Tienes a alguien vigilándome? —interrumpí molesto—. Creí que habíamos llegado a un acuerdo y este era sin guardaespaldas.

—No tengo que vigilarte para saber que seguramente ayer, terminaste en un *pub*, y me arriesgo sin temor a decir, que no pasaste solo la noche. Simplemente te recuerdo que parte del trato de ir a Oxford es para que hagas socios comerciales, necesitamos expandir nuestros horizontes más allá de Chicago. Entiendes lo que eso significa, ¿verdad?

—Claro, Massimo. Estoy aquí para hacer amigos, influencias, lo que sea que necesites —dije con ironía—. No tienes nada de qué preocuparte.

Pero Massimo no era tonto, sabía leer entre líneas mejor que nadie, y eso era una ventaja y una maldición cuando se trataba de hablar con él. Permaneció en silencio por unos segundos, el tipo de pausa que solía usar para hacerme sentir bajo observación, como si estuviera evaluando cada palabra. Su majestad en el jodido trono manejando las cuerdas de nuestras vidas.

Amaba a mi hermano, la muerte prematura de nuestros padres hizo que Massimo se erigiera como el líder de La Sacra familia a una edad temprana y luchó mucho para ganarse el respeto de los integrantes de nuestra organización, pero a veces, órdenes como esas, de terminar mis estudios en el extranjero, dadas bajo su sesgo de intransigencia, me hacían querer rebelarme a sus designios.

—Sabes que no se trata solo de hacer amigos, también tienes que cuidarte. Esa ciudad está plagada de familias con sus propios intereses y agendas. Algunas de ellas, rivales, te mirarán con suspicacia solo por el apellido que llevas. No puedes darte el lujo de ir con descuido. El respeto por nuestro nombre se construye, y también puede destruirse.

Me tensé al escuchar la seriedad en su voz. Con Massimo siempre había sido una línea fina entre la autoridad y la amenaza, entre la responsabilidad y la presión. Sabía lo que significaba «ser un Di Lucca», pero Massimo lo hacía sonar como si cada movimiento en Inglaterra fuera un acto crucial en su gran tablero de ajedrez.

—Hermanito, estoy aquí para cumplir con lo que me pediste. Solo que, a veces, me gusta actuar a mi manera. Tú tienes tu estilo y yo el mío. —Sabía que esa respuesta no le iba a gustar, pero era la única que tenía.

Un breve silencio se extendió al otro lado de la línea. Estaba cargado de significado, como si estuviera considerando si era mejor dejarme continuar o dejarme fuera.

—Escucha, Angelo —su tono cambió a uno más frío—. No estás ahí para actuar a tu manera. La familia siempre ha tenido una política clara de lealtad y respeto. Nadie está por encima de eso, ni siquiera tú. Hay familias que podrían ver en ti una amenaza, o una oportunidad. Ambas cosas son peligrosas.

Resistí la tentación de rodar los ojos. Su tono paternalista era difícil de soportar, pero era inútil discutir. Sabía que tenía razón; los nombres y apellidos pesaban tanto como las decisiones en nuestro mundo.

—Lo entiendo. No tienes de que preocuparte —intenté sonar serio, para que no me viera como el hermano que, en su mente, todavía era un «chiquillo».

Pero él no parecía del todo convencido. Sus palabras siguientes me dejaron en claro que esperaba mucho más de mí.

—Espero que así sea, no queremos llamar la atención de familias británicas. Su influencia puede no ser la nuestra, pero hay razones para ser precavidos. No pongas nuestra posición en riesgo solo por... descuidos.

Sentí una oleada de incomodidad cuando recordé a Francesca. Años de entrenamiento me habían enseñado a mantenerme impasible, pero su comentario me puso alerta. Sabía que familias lideraban en Inglaterra, aunque no mucho más allá de los rumores de rivalidad y conflictos que solían aparecer entre los nombres grandes.

—¿Quieres ser más claro? Estás siendo muy críptico —murmuré—. No suelo cruzarme con nadie, pero si lo hago… me encargaré de que todo quede en buenos términos.

—Más te vale, hermano. No me temblaría la mano en empezar una guerra si algún miembro de la mafia se mete contigo, pero si podemos evitar una nueva guerra, te estaré agradecido.

Massimo siempre tenía una forma particular de hacer que cualquier situación pareciera un hilo frágil en el que la familia pendía. Sabía que, en el fondo, le preocupaba que yo pudiera mantener mi bienestar.

—¿Algo más? —pregunté, dejando en claro que había escuchado todo y que no necesitaba sermones adicionales.

Él guardó silencio unos segundos más, y luego su tono se suavizó, como si se diera cuenta de que estaba empujando demasiado.

—Solo mantente alerta, Angelo. Los contactos que establezcas que sean lejos de las familias. Ten cuidado con cada palabra y cada acción.

—Lo tendré presente, hermano. ¿Cara, está contigo? Me gustaría hablar con ella —dije cambiando el tono de conversación, sabía perfectamente que ella no estaba ahí, porque no hubiese permitido el tono que él usó, pero también sabía que nombrarla hacia que Massimo se sacara el palo del trasero y cambiara el tema.

—No, está en la habitación con Lorenzo.

—¿Cómo están los doble T? —intenté relajar la conversación; si nombrar a Cara era un aliciente para mi hermano, nombrar a mis sobrinos apodados «los doble T» por lo terremotos que podían causar, haría que se relajara aún más.

—No llames a mis hijos así —murmuró, haciendo justo lo que predije.

*

*

Las clases empezaron según estaba previsto en los horarios. Estar en Oxford se sentía completamente diferente a mi campus en la universidad de Chicago. Los profesores eran exigentes y el nivel de cada clase me obligaba a dar lo mejor de mí. La primera semana conseguí un coche e hice turismo, la ciudad era preciosa y entre más la recorria, mas libre me sentía. Hablaba regularmente con Cara o Chiara y seguía enviándome mensajes de *WhatsApp* con mi grupo de amigos. Extrañaba mi ciudad, las noches de fiesta en el lago Michigan, mi familia.

Había visto a Francesca en varias de nuestras clases, también en el campus; ella me evitaba, yo solo sonreía. Conseguí su número de celular, hackeando el correo del decano de la facultad, jugué su juego por una semana, luego hice el primer movimiento y le envié un mensaje de texto:

«*Hey, Francesca. Me dejaste con curiosidad… y con más preguntas. ¿Nos vemos otra vez*?

Por cierto, soy Angelo».

Mientras enviaba mensaje, no estaba demasiado preocupado. La noche fue inesperada y apasionada. Estaba seguro de que Francesca estaría pensando en mí, tanto como yo en ella.

Solo tenía que darle un empujón. Al paso de las horas, me replanteé que tal vez había algo en ella, una intensidad que me inquietaba, que me hacía sentir que ella podría ser capaz de ignorarme. Sacudí la cabeza, tratando de convencerme de que eso no ocurriría.

Me dediqué a mis clases y a evadir a Maggie. Tanto como Francesca me evadía.

Envié otro mensaje antes de acostarme.

«Veo que eres difícil de alcanzar. Al menos dime si sobreviviste a la resaca 🍸*».*

Cuando pasó otro día sin respuesta, una pequeña chispa de impaciencia se encendió en mí. ¿A qué juegas, Francesca? Había mujeres que adoraban ponerme a prueba, pasaba de su juego sin inmutarme, pero esta vez se sentía diferente y no tenía idea del por qué. Opté por un mensaje más provocador, un intento de hacer que respondiera sin parecer desesperado.

«Dejaste tus bragas bajo mi cama, te la puedo enviar por mensajería. Aunque, claro, sería mucho mejor poder dartelas en persona».

Más silencio.

«No puede ser tan difícil de alcanzar», pensé.

Era casi como si Francesca se desvaneciera cada vez que intentaba acercarme y no me gustaba la sensación. El pensamiento me hizo tensarme; ella era como una sombra, y yo nunca había perseguido sombras.

«Oye, deja de evadirme, si no quieres que te escriba, dilo directo 😉».

Mi paciencia se estaba agotando, pero había algo en su indiferencia que me hacía querer insistir. Si ella realmente quería alejarse, ¿por qué sentía la necesidad de volver a buscarla? Ese pensamiento me irritaba, pero no podía dejarlo ir. Así que el séptimo día, del primer mensaje, lancé un mensaje más directo, esperando que su respuesta fuera igual de franca.

«Francesca, enviar un mensaje solo toma dos minutos y habla de tu buena educación, ¿quieres que piense que eres una maleducada?»

La frustración ya era evidente, pero ya estaba involucrado ¿Por qué no se comunicaba?

«Vamos, Francesca», pensé, como si pudiera hacerla responder.

«Bien, dejemos claro algo. No eres la primera mujer que se aleja, pero eres la primera que me deja con ganas de ir tras ella. Ya

te di la ventaja. Ahora el balón está en tu cancha».

Cuando envié el último mensaje, sentí un desafío en el pecho. Le estaba dando una última oportunidad, pero también dejando claro que no esperaba estar detrás de ella para siempre. Si quería desaparecer, que lo hiciera, pero yo no era un hombre al que se dejara de lado tan fácilmente.

Al ver el mensaje de respuesta finalmente aparecer en la pantalla, sonreí como idiota. Así que logré derretir a la dama de hierro. Francesca era mi enigma de piernas largas y respuestas tardías. Pero qué demonios, siempre me gustaron los acertijos difíciles.

CAPÍTULO 5

Francesca

Durante los primeros días en Oxford me dediqué a disfrutar de mi recién estrenada libertad, conseguí una bici y paseé por la ciudad como un turista más. Comí tantas tartas como pude y me dejé llevar por el guía personalizado de todo turista, *google maps*, visité lugares como Radcliffe Camera, la Bodleian Library, donde me imaginé sentada en una de esas mesas largas, rodeada de silencio; luego me perdí en Christ Church College. En aquel jardín, los árboles parecían susurrarle secretos al viento. Me tomé miles de fotos, algunas se las envié a Michele, aunque solo recibí silencio.

Me encontré con Angelo en varias ocasiones en el campus, pero lo evitaba. Mi piel aún recordaba el tacto de sus manos y mis labios la textura de los suyos, pero me negaba a tener algo más que una noche desenfrenada de sexo junto a él.

O eso pensaba hasta que el primer mensaje llegó…

Miré el sexto mensaje que Angelo me había enviado en dos semanas. No sabía de dónde obtuvo mi número, pero tampoco quería preguntarle. La tinta en su piel me causaba desazón, quizá porque no era una imagen común, puñales, rosas, espinas. Eran todas representaciones de la mafia o yo estaba paranoica, le había pedido a Carla que investigara en los libros de mi padre y nuestros aliados si alguna familia tenia un emblema similar, su respuesta seguía siendo ambigua.

Abrí la aplicación de mensajes viendo el último mensaje de Carla.

«He buscado el apellido entre los proveedores, aliados y amigos de la Organización, pero no he encontrado nada hasta ahora. En cuanto al tatuaje, ¿estás segura de que no es uno normal? Digo, sería mucha coincidencia que tu primer día en Oxford termines enredada con algún heredero de una familia enemiga. Se suponía que te cuidarías… Estás ahí para estudiar, mantente alejada de ese chico hasta que reúna más información».

Me llevé las manos al cabello, mientras el señor Smith me mostraba la cocina del piso que tenía en alquiler. Este era el tercero que veía, pero no terminaba de gustarme. El primero, era muy lejos de la universidad; el segundo, muy espacioso para una sola persona, y este último, pasaba del presupuesto que Michele fijó para mi año en Inglaterra.

—Son dos mil quinientos de renta, fuera de consumo de servicios de acueducto y electricidad, se paga cada cinco de cada mes —dijo el hombre. Miré el departamento, era demasiado pequeño para el costo tan elevado debido a mi poco presupuesto—. Puede mirarlo —me indicó con un ademán hacia la habitación. Tenía un baño y un balcón pequeño, era precioso y estaba a solo cinco minutos de la universidad—. ¿Le gusta?

—Necesito pensarlo —dije como había dicho con los anteriores.

Lo que necesitaba era que Michele le subiera tres mil euros a mi presupuesto mensual, sabía que no lo hacía para que volviera a casa, restringir el dinero era su método de coerción.

—Señorita Vitale, este es el cuarto piso que le enseño, tenemos habitaciones por mil quinientas libras al mes. —No quería una habitación, quería intimidad, poder llevar un chico a mi habitación sin que la casera se metiera en mis asuntos.

—He dicho que voy a pensarlo. —Mi celular vibró y salí del apartamento para contestar.

—Carla —saludé a mi amiga.

—Francesca, he encontrado algo, no sé si este chico será de la misma familia, pero hay unos Di Lucca en el registro familiar. Le pregunté a Michele, pero enseguida quiso saber la razón de mi pregunta, y no supe qué decirle —me dijo con tono preocupado. Salí del departamento y bajé las escaleras que conducían al primer piso —. ¿No has vuelto a ver a ese chico?

—No —contesté tajante.

—¿No me estás mintiendo? —dijo escéptica.

—No, no lo estoy haciendo, lo he visto en clases, cursamos algunas materias juntos. —La verdad es que cada vez era más difícil evadir los mensajes de Angelo, ignorar su presencia; sobre todo en las noches mientras estaba en mi habitación de hotel y rememoraba los pocos recuerdos que conservaba de nuestro encuentro.

—Bien, mantente así. Voy investigar a fondo esto, mientras, aléjate de ese chico.

—Sí, mamá… —satiricé antes de colgar. Estaba a punto de guardar el celular cuando un nuevo mensaje entró.

«Bien, dejemos claro algo. No eres la primera mujer que se aleja, pero eres la primera que me deja con ganas de ir tras ella. Ya te di la ventaja… Ahora el balón está en tu cancha».

Solo tenía que esperar un poco más, sin embargo, sentía que si no respondía iba a perder su interés, y necesitaba verlo una vez más, sentir sus besos por mi piel, esta vez completamente lúcida. Un recuerdo para cuando me tocara ser la receptora del ADN de mi futuro marido. Antes de siquiera pensarlo bien o recordar la advertencia de Carla, estaba respondiendo su mensaje.

«Primero, ¿cómo demonios obtuviste mi número de teléfono? Segundo, es extraño que tengas mis bragas ya que cuando salí de tu departamento estaba con ellas puestas, ¿Estás seguro que son mias o eres un coleccionista de trofeos? y tercero sí sabes que, cuando no se responden los mensajes, es porque, a lo mejor, no fue un encuentro memorable…»

El respondió inmediatamente.

«*Sé que no soy bueno…*»

Iba a escribir, sin embargo, él siguió haciéndolo.

«Soy el mejor y lo confieso, lo de las bragas fue un intento inofensivo de hacerte reaccionar, aunque no funcionó…hasta ahora».

«Inofensivo, no, infantil más bien. Querido Angelo insistir, no te hace irresistible, aunque admito que tienes algo que me intriga. Tal vez nos veamos de nuevo, aunque solo si puedes demostrarme que hay más detrás de esa sonrisa engreída. ¿Estás dispuesto a asumir el riesgo?»

«¿Riesgos? No me alejo de ninguno, te reto a venir a mi casa y decírmelo en la cara, dime que no te hice ver los colores de la bandera italiana mientras te corrías sobre mi polla, mirándome a los ojos, y te juro que te dejaré en paz».

Mi corazón latió con prisa, estaba preparando mi respuesta, pero un nuevo mensaje de él entró.

«No lo harás, porque eres cobarde. ¿Sabes qué, Francesca? Olvídalo, no eres la única mujer en esta jodida universidad, que digo universidad, la maldita ciudad».

Intenté contestarle rápidamente, sin embargo, el mensaje solo se marcó con una palomita, envié un nuevo mensaje, pero obtuve el mismo resultado. Lo que solo significaba una cosa… él, realmente estaba pasando de mí.

*

*

El domingo tomé un tour por Shotover Country Park, el lugar tenía ese aire que parecía envolverlo todo, como si estuviese trasportándome a épocas pasadas. Sus senderos sinuosos, el aire fresco, y paisajes parecian susurrar historias antiguas.

A la mañana siguiente me levanté tarde, tenía un par de clases después del mediodía, pero la mañana estaba libre para ir a

ver algunos departamentos agendados con otro corredor de bienes raíces. Esperaba que esta vez pudiera encontrar algo que me hiciera sentir más en casa, el hotel era perfecto, pero frío e impersonal.

Ese día, mi búsqueda de apartamentos fue infructuosa. Estaba caminando por el campus de camino a la sala de clases, cuando vi a Angelo junto a Ana Pau, una de las chicas que había estado en la barbacoa. Estaban en la entrada del aula, hablaban como si fuesen viejos amigos. Él sonreía mostrándole ese gesto torcido que había hecho que mis pulsaciones se alteraran. Cuando intenté pasar a su lado, ejerciendo un poco de presión en ella, él la tomó de la cintura, atrayéndola suavemente a su costado.

No me miró, ni siquiera determinó mi presencia, haciéndome sentir incómoda. Durante la clase estuve observándolo en todo momento, pero él no miró en mi dirección ni una sola vez. Cuando la clase acabó, lo escuché invitarla a tomar el té, lo que hizo que mi sangre hirviera. Le di un, nada sutil, empujón cuando pasé por su lado, intentando buscar un tipo de reacción en él, pero me ignoró.

Lo mismo pasó el martes, el miércoles… y el jueves. Era mi segunda semana en Oxford. Aunque estaba siendo una experiencia enriquecedora, sentía que no la estaba disfrutando debido a un imbécil con complejo de *bad boy*.

El viernes estaba molesta. Acababa de salir de un tutorial de Análisis de Investigación Financiera, con el profesor Peskett, en el que no entendí ni una sola palabra y quedé como una idiota cuando me hizo una consulta. Me senté en mi lugar habitual y saludé a algunos compañeros con los que compartía otras clases. Estaba sacando mi cuaderno de apuntes, cuando lo vi llegar de la mano de la *Leccaculo*[1] de Ana Pau. Ella parecía como si hubiese ganado la jodida lotería.

La acompañó hasta su asiento. Él se sentó sobre el escritorio, mientras le sonreía de lado. Ella reía, inclinando la cabeza, su cabello decolorado caía como una cascada. Se acercó a ella para susurrarle algo al oído y cuando se alejó, sus labios se movieron, cerca de los

de ella. Eso fue suficiente para que mi estómago se apretara en un nudo.

«Ridículos», pensé, pero algo ardió en mi interior, y no era una llama cálida y reconfortante. Era un fuego descontrolado, lleno de preguntas que no quería responder.

Ana Pau dejó caer su bolígrafo y él se agachó para recogerlo. Intenté desviar mi mirada, no era mi puto problema, si Angelo quería jugar con fuego, se quemaría. No le daría el placer de verme hervir de ira, aunque en este momento mi sangre estaba a punto de ebullición. Nuestras miradas se encontraron brevemente, pero él giró el rostro tocándole el cabello.

Afortunadamente, el profesor Parker entró al salón. Angelo se sentó detrás de su nueva conquista.

«Solo concéntrate Francesca», me repetí mientras el profesor comenzaba.

La clase pasó como un borrón, mi bolígrafo apenas si tocó mi cuaderno. Fingí estar tomando notas con mis ojos fijos en el cuaderno, aunque en realidad no veía nada. De vez en cuando, mi vista se clavaba en él, enrollándose mechones de cabellos de ella en el dedo, acercándose a decirle cosas en voz baja que la hacían reír como una quinceañera. Intenté que su risa no me sonara como si estuviesen matando a un perro, intenté que no me importara que Angelo estuviera coqueteando con otra mujer, me repetí mil veces que él no era mío, pero entre más lo pensaba más me enojaba.

Sentí un inmenso alivio cuando el profesor dio por finalizada la clase. Una parte de mí, quería que me levantara y me marchara de una vez, la otra, me gritaba que esperara, para ver qué haría él. Guardé mis cosas con movimientos lentos, casi torpes, observándolo por el rabillo del ojo. Ella estaba de pie, inclinada hacia él mientras le decía algo con una sonrisa radiante. Angelo respondió con una expresión tranquila, como si tuviera todo bajo control.

Era más de lo que podía soportar estaba a punto de salir del salón cuando Thomas, uno de mis compañeros que me hizo

compañía en la barbacoa, se acercó.

—Hola, Fran. Puedo llamarte así, ¿no? —preguntó con un poco con precaución. Asentí, aunque nunca nadie me había llamado de esa manera—. Vamos a ir por unas cervezas a The Turf, ¿te nos unes? —propuso. Lo pensé unos minutos y mi mirada se desvió hacia Angelo, que ahora no le prestaba atención a lo que sea que estaba diciendo Ana Pau—. ¿Entonces vienes o…?

—Te sigo —dije sonriéndole, mientras terminaba de guardar mis cosas en la mochila.

Caminamos hasta la salida del campus y luego hasta un callejón donde estaba ubicado el *pub*. Al entrar, pude sentir cómo mi mal humor era consumido por el ambiente vibrante. El sonido de risas y vasos chocando, además del aroma a madera envejecida mezclado con cerveza artesanal. Otros de mis compañeros estaban en el lugar, nos saludamos y uno de ellos mandó a pedir una ronda de cervezas, justo lo que necesitaba para distraerme de todo lo que había sentido en ese maldito salón. Hablamos de todo y de nada al mismo tiempo. La mayoría de mis compañeros eran ingleses, pero había un par de italianos, suramericanos y algunos españoles. Estábamos por nuestra tercera ronda, cuando Angelo, Ana Pau y cuatro personas más se nos unieron. Intenté no prestarles atención y seguir escuchando lo que Thomas me decía al oído. Podía sentir su mirada clavada en nosotros, pero lo ignoré, tal cual como él lo estuvo haciendo.

Sarah, una chica proveniente de Argentina, se levantó.

—Quiero proponer un brindis —dijo alzando su cerveza. Todos la imitamos—. ¡Por sobrevivir a otra clase del profesor Harris!

Brindamos entusiasmados, aunque mi mente estaba en otro lado. Thomas se levantó para ir al baño y Mark, un chico londinense, se acercó y se sentó a mi lado.

—Francesca, ¿verdad? —preguntó, curioso. Asentí—. Tengo que decirlo, eres preciosa.

—Oh, sí, desde que nací. Mi madre no podía creer que me hubiese hecho tan perfecta —bromeé.

Él se echó a reír.

—Italiana, me encanta tu país. Cinqueterre, Capri, Nápoles, los prefiero por sobre Roma, Milán y Florencia.

—La Toscana es preciosa —dije olvidándome por un instante de Angelo.

—Lo sé, pero Italia es más que esas ciudades, prefiero mil veces Verona que Venecia, llena de turistas y de… ¿Oye, quieres beber otra cosa? Casi no te he visto tocar tu vaso.

—Te amaría completamente si me consigues algo que no sea cerveza.

—¿Vino?

—Por supuesto.

—Iré por él, espérame aquí.

—Gracias, Mark. —Incliné la cabeza dándole mi mejor sonrisa —. Eres un encanto. —Giré el rostro observando a Angelo de frente, mientras llevaba la botella de cerveza a su boca, nuestras miradas se encontraron y algo peligroso se reflejó en sus iris, una mezcla de irritación y desafío.

Mark volvió unos minutos después con una copa de Cabernet que me supo a gloria. Tras buscar apartamentos y tener una semana, literalmente, de mierda, tener esta copa era como sentirme en Italia por unos segundos. Podía escuchar a Mark hablándome sobre algo, pero realmente no le estaba prestando atención. Seguía sintiendo la mirada de Angelo sobre mí, por lo que me arrimé aún más a su costado, riendo cuando él reía, pero sin saber por qué.

—Entonces, ¿qué dices? —preguntó Mark después de unos minutos—. ¿Nos vamos?

—Pero si acabamos de llegar. —Bebí de mi copa.

—Pero me gustaría poder conocerte más, solo a ti. Sin tanto ruido a nuestro alrededor, podemos ir a un restaurante, comer algo, beber y hablar.

—Perfecto, me parece bien, pero antes tengo que ir al sanitario. ¿Me esperas aquí?

Mark asintió. Caminé hacia los lavabos y entré a uno de los cubículos. Cuando salí, Angelo estaba recostado al lado de la puerta del baño de hombres lo ignoré pasando de él, pero su mano sujetó la mía.

—¿Vas a huir sin decir nada?

Me detuve encontrándome con sus ojos, esos que parecían capaces de leerme incluso cuando yo no quería.

—¿Huir? No he hecho nada que implique que tenga que hacerlo —respondí con indiferencia.

Él sonrió, ese gesto que tanto me irritaba y que al mismo tiempo me desarmaba.

—Parecías bastante interesada en lo que estaba haciendo durante la clase.

Mi corazón dio un salto. ¿Notó que lo miraba?

—No seas ridículo. —Me reí con sarcasmo—. Tengo cosas más importantes que hacer que prestarle atención a tus... distracciones.

—¿Distracciones? —repitió, divertido, inclinó ligeramente la cabeza. Su expresión me decía que estaba disfrutando demasiado.

—Mark, me espera. Vamos a ir a comer y luego a dónde nos lleve la noche, así que, no tengo tiempo para perder contigo.

—¿Perder tiempo conmigo? No decías lo mismo mientras estábamos en mi departamento rozándonos las pieles.

—Supéralo, amigo.

—¿Yo? ¿Tengo que superarlo? ¿Y tú? ¿Qué hay de tus juegos? Finges que no te importa, coqueteas con Mark como si yo no

estuviera ahí.

—¡No estaba coqueteando! —mentí, aunque sabía que no era cierto.

—Claro que sí, Fran y fue patético.

La sangre me hervía, sentía las palabras subiendo a mi garganta como lava. Sin pensarlo, lo empujé con fuerza.

—¡*Testa di cazzo*! —grité con fuerza mientras intentaba golpearlo.

Él atrapó mis muñecas, sosteniéndolas firmemente, pero sin lastimarme. Su rostro estaba tan cerca que podía sentir su respiración, y el aire entre nosotros parecía cargado de electricidad.

—¿Quieres saber qué es patético? —murmuró—. Verte pretendiendo que no te importa que esté con Ana Pau mientras te mueres de celos.

Mis labios se separaron para responder, pero no tuve oportunidad. Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, él cerró la distancia entre nosotros y me besó, un choque, una tormenta de emociones que no vi venir. Al principio, mis manos intentaron apartarlo, pero luego me rendí. Toda la rabia, la frustración y los celos se transformaron en algo diferente. Sus labios eran cálidos, firmes, y el mundo entero pareció detenerse. Cuando finalmente nos separamos, ambos respirábamos con dificultad. Sus ojos estaban fijos en los míos, no había arrogancia en su mirada, solo algo real y posesivo.

—Nos vamos —anunció con voz gutural.

—¿A dónde?

—A mi casa, antes que pierda el poco control que me queda y te folle en este lugar. No saldrás de aquí con nadie más que no sea conmigo.

—Mis cosas están en la mesa.

Sacó su celular y esperó que contestaran.

—Ana Pau, ¿puedes recoger las cosas de Francesca? —dijo con tono de mando. Solté una risa nerviosa y Angelo me pidió silencio poniendo su dedo índice en mis labios—. Se ha enfermado del estómago y voy a llevarla a casa, vivimos en el mismo edificio. Perfecto, puedes llevar mis cosas más tarde, ya sabes dónde es.

—¿Ya sabes dónde es? —dije hostil—. No voy a follar en la cama que has follado con alguien más —gruñí.

Me ignoró, agarrándome de la mano y me obligó a caminar. El *pub* parecía mucho más lleno que cuando llegamos, por lo que pudimos escabullirnos rápidamente entre la multitud. Afuera el viento golpeaba con fuerza. Él se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros.

—No voy a ir a tu casa, no voy a…

Se detuvo empujándome hacia una pared y encerrando mi cuerpo con el suyo.

—No he follado con nadie desde que estuve contigo.

—Sí, como no.

—Ana Pau está enamorada de Thomas; así que, coquetea conmigo para darle celos, estabas tan entretenida con Mark, que ni siquiera notaste que ella se fue tras él cuando desapareció. Nunca hicimos más que tomarnos las manos.

—No te creo.

—Te envié mensajes que ignoraste, te busqué con la mirada y te hiciste la desentendida. —apretó con sus manos mi cintura—. Solo quería ver fuego ardiendo en ti, el fuego que no he podido sacar de mi cabeza desde esa puta noche. —Su tacto quemaba mi piel—. Eres una bruja, Francesca, y me has hechizado. Te deseo, te necesito… ¡Maldición!, quiero hacerte un altar en el que pueda adorar tu precioso cuerpo, y no me importa verme ridículo haciendo esto a los pocos días de conocerte. Te necesito, por favor, ven conmigo.

Asentí y Angelo volvió a besarme, un beso descuidado, salvaje, húmedo y apasionado. Se alejó de mí con una sonrisa y sujetó mi mano mientras caminamos hacia el edificio donde él vivía. Subimos al elevador con el deseo a flor de piel, tan pronto llegamos al piso, me dejó atrapada entre la puerta y su cuerpo.

Su mirada intensa, expresaba claramente sus intenciones.

—¿Cuánto bebiste, pequeña Fran? —preguntó, su aliento con un ligero aroma a cerveza me golpeó.

—Dos cervezas y una copa de vino —respondí con rapidez.

—¿Cuántos dedos ves? —dijo alzando cuatro dedos.

—Cuatro. —Me sentía rodeada por él, por su aroma varonil, ese que aún seguía en mi cuerpo, cuando llegué a casa después de nuestra noche juntos.

—Bien, creo que estás lúcida. —Sus manos se engancharon en mi cintura y me levantó hasta que mis piernas lo rodearon—. Quiero que recuerdes cada cosa que hagamos en este departamento, cada beso, roce y gemido, porque estoy jodidamente deseoso de ti. —Su rostro se acercó al mío. Adivinando sus pensamientos me abalancé sobre él, chupé su labio inferior, mientras sus brazos me envolvían con fuerza, sosteniéndome. Mi cuerpo se apretó al suyo mientras su calor se filtraba por mi delgada blusa.

Yo también lo quería, lo necesitaba y lo deseaba.

CAPÍTULO 6

Angelo

Llegamos al departamento en poco tiempo. Francesca me besó todo el trayecto y tuve que controlarme para no subirle la falda en pleno pasillo, donde cualquiera podría vernos. Ya dentro ni siquiera encendí la luz, la llevé enseguida a mi habitación. La cama donde nos tendimos estaba deshecha, pero no me importó. La sujeté por el cabello y la excitación fue creciendo en espiral mientras invadía su boca, mi lengua intrusa y ansiosa se apoderó de todo lo que quiso saborear. Ella entrelazó los dedos en mi pelo y me devolvió el beso, apasionada y salvaje, mientras se retorcía debajo de mí.

Nos quitamos la ropa con movimientos bruscos y no pude evitar gemir cuando quedamos piel con piel. Acaricié sus contornos, maravillándome en la suavidad de sus curvas. Besé sus pezones endurecidos y cuando sus muslos temblaron, todo mi cuerpo se estremeció de anticipación. Clavó sus uñas en mi espalda y gemí contra su boca, mordiéndole eróticamente los labios como castigo. Podía sentir su excitación mientras me tocaba y cuando mi mano siguió el sendero hasta llegar al húmedo y anhelante ardor que palpitaba en medio de sus piernas, dejó escapar un salvaje grito.

Quise estar dentro de ella, pero también me moría por volverla a probar, perderme en el salvaje sabor y calor de su coño dispuesto para mí. Cubrí de besos su piel hasta que me acomodé y la devoré como si fuera mi postre favorito, la escuché gritar mi nombre. Deseaba derribar sus barreras, conocerla en toda la extensión de la palabra, aprenderme sus gemidos, su tacto y su sabor. La sentí

estremecerse y llegar al orgasmo mientras repetía mi nombre como un mantra.

Me erguí sobre ella y vi su mirada extasiada. La necesitaba así, entregada, suplicante y tratando de unirse a mí. Tomé un condón de mi mesa de noche. Su mirada codiciosa en mi miembro, lo irguió aún más y me hundí en ella con un movimiento profundo. Estaba más que preparada, sus músculos me ciñeron como puño apretado. El aliento escapó de mis pulmones mientras la besaba con hambre. Nos balanceamos juntos, mientras gemía disfrutando del placer de cada embestida. La atraje más a mí, mirándola fijamente a los ojos, en cuanto apretó sus piernas en torno a mis caderas.

—Angelo… —gimió desesperada.

—¿Dime qué quieres?, ¿qué es lo que te gusta? —logré articular mientras pensaba que me quedaría sin respiración.

—No pares… no pares nunca.

—Tu jodido coño es el paraíso.

—Dame más…

Asentí, le doblé las rodillas hasta el pecho y ahí perdí totalmente el control, mientras me fundía en ella una y otra vez. Observé su piel sudada y enrojecida. Un instinto básico y primario me circundó. Necesitaba marcarla de alguna forma, necesitaba que me sintiera cuando estuviera lejos de ella, porque aun cuando estaba desnuda, gimiendo, debajo de mí, se guardaba para ella, había algo que me impedía llegar a ella… ¡Y cómo deseaba hacerlo!

Le mordí el hombro, le gustó porque en segundos ella tomó el mando. Se acomodó encima de mí, sus piernas a lado y lado de mis caderas y volvió a gemir en cuanto nuestros cuerpos entraron en contacto, su ritmo era armonioso y podía sentir que bailaba sensualmente encima de mí. Sus pechos rebotaban dándome la vista de mi vida, aferré sus caderas con necesidad, necesitaba enterrarme en ella más profundo, hacerme de nuevo al control.

Pero ella, sin dejar de mirarme y como si conociera hasta el último de mis secretos, tomó de mí lo que quiso. En cuanto me sentí al borde del precipicio de donde no me molestaría saltar, sus contracciones me volvieron loco, una luz de placer y gozo me

atravesó de golpe. Ardiendo y derretidos llegamos al orgasmo en medio de gritos y jadeos que nos dejaron con la garganta irritada.

—Guuauu —dije en cuanto volví a respirar con naturalidad.

Ella se acomodó a mi lado, acarició mi brazo y delineó mi tatuaje. Me levanté, me deshice del condón y volví a la cama. Nos quedamos abrazados un buen rato sin hablar, su respiración era aún agitada y sentía algo de tensión presente en su cuerpo. Era como si, incluso en los momentos más íntimos, mantuviera una barrera invisible, una que no estaba seguro de querer romper… o respetar.

Pasé los dedos suavemente por los rizos que caían sobre su rostro, deteniéndome en el contraste entre su piel y mi tatuaje. Algo en ella me hacía querer más de esa parte de su alma que quería ocultar de todos, incluso de sí misma.

Tal vez era mi mente analítica a la que le gustaba descifrar enigmas o quizá estar lejos de casa me hacía ver las cosas de diferente manera, no lo sabía, pero me intrigaba. A lo mejor, estaba acostumbrado a que las chicas fueran lienzos blancos o transparentes y bebieran los vientos por mí. Tal vez, el interés desaparecería en cuanto descifrara quién diablos era Francesca.

—¿En qué piensas? —preguntó de repente, su voz ronca pero suave, como si las palabras apenas hubieran decidido escapar de sus labios.

Me tomé un momento antes de responder.

—Pienso en lo complicada que eres de leer —dije finalmente, con una sonrisa ladeada.

—¿Complicada? —Alzó una ceja, mirándome con ese destello desafiante que tanto me gustaba—. Pensé que te gustaban los retos.

—Me encantan, pero tú… tú eres un rompecabezas con piezas que no encajan del todo y, aun así, no puedo dejar de intentar armarlo.

Ella sonrió suavemente, pero no había humor en sus ojos. Se incorporó un poco, apoyando la barbilla en mi pecho mientras me estudiaba, como si buscara algo en mi expresión.

—¿Y qué pasa si nunca encuentras una de las piezas, Angelo?

Había en su tono una vulnerabilidad que intentaba esconder detrás de su sarcasmo. Levanté una mano para tocar su rostro,

deslizando el pulgar sobre su mejilla.

—Buscaré la manera de encontrarla. No soy de los que se rinden fácilmente.

Desvió la mirada, mordiendo su labio inferior, y por un momento, pensé que se estaba arrepintiendo de lo que acababa de pasar entre nosotros. Pero cuando volvió a mirarme, había algo diferente en su expresión. No era miedo, era una especie de resolución.

—Y tú, ¿qué escondes? —susurró.

Pude sentir la pregunta en cada fibra de mi ser.

Francesca sabía dónde golpear, pero aprendí a protegerme. Así que me incliné un poco más cerca, manteniendo nuestras miradas fijas.

—¿Qué te hace pensar que escondo algo? —respondí, devolviéndole el desafío.

Entrecerró los ojos, frustrada por mi respuesta evasiva, pero no insistió. En lugar de eso, se incorporó, sentándose en el borde de la cama mientras sus dedos jugueteaban con una de las esquinas de la sábana.

—Porque lo veo en tus ojos. Esos secretos que llevas tan cerca de tu pecho… como si confiar en alguien fuera una debilidad. Te he observado en el campus.

—Lo admites.

—¡Por Dios! Me tienes desnuda en tu cama, no tengo problema en reconocerlo. Digo que te he observado, eres en apariencia abierto y te gusta hacer sentir bien a la gente, pero me juego mi mano izquierda a que es una fachada. Hay momentos en los que noto que te cansa y dejas ver una expresión muy distinta.

La escuché en silencio, sin intentar detenerla. Me levanté lentamente, acercándome a ella, y coloqué mis manos en sus hombros, obligándola a mirarme.

—¿Sabes qué creo? —le dije, mi voz baja pero firme—. Creo que tú y yo somos más parecidos de lo que quieres admitir. Ambos llevamos algo que no queremos que nadie más vea. Así que tal vez no somos tan diferentes, Francesca.

Ella me sostuvo la mirada por unos segundos, abrió sus labios como si fuera a decir algo, pero luego simplemente negó con la

cabeza y desvió la mirada.

—Tal vez. Pero eso no significa que tengamos que compartirlo, ¿verdad?

No contesté, porque no había necesidad. Sabía que no estaba lista para bajar la guardia, y para ser honesto, yo tampoco, lo único que sabía con certeza era que no quería que terminara esto que apenas estábamos iniciando.

—Entonces ya que te juegas tu mano izquierda, que te parece si le damos un mejor uso. —Tomé su mano y la llevé a mi miembro que se había recobrado con rapidez.

Francesca.

Apoyé la cabeza en su pecho. Angelo era tenaz, apasionado y su gran experiencia me podría convertir en adicta. Si Angelo guardaba un secreto, estaba segura de que no era tan terrible como el mío. A lo mejor estaba siendo paranoica y el chico solo mostraba un aura de misterio para hacerse el interesante con las mujeres. Intenté mantenerme alejada, guardar distancia, pero con él era imposible. Su mirada, su manera de hablar, su risa… todo me hacía olvidar lo que estaba en juego.

—Entonces, dime… ¿qué música escucha un hombre como tú cuando no está ocupado impresionando a las mujeres?

—¿Impresionándolas? Eso suena a mucho esfuerzo. Prefiero que vengan a mí por curiosidad. —Me regaló una sonrisa antes de continuar—. Pero, si insistes, jazz. Algo clásico, improvisado. ¿Has escuchado a Miles Davis?

—*Kind of Blue*, es un clásico. —Levanté una ceja, intrigada—. No sabía que tenías un lado sofisticado. Pensé que serías más de rock ruidoso o reguetón.

—¿Reguetón? Me decepcionas, Francesca. Aunque puedo admitir que tengo un par de canciones de Arctic Monkeys en mi *playlist*. Y tú, ¿qué escuchas cuando intentas olvidar el mundo?

Fruncí los hombros y dibujé con el dedo unas letras en el pecho de él.

—Depende del día. Si estoy de buen humor, algo de música italiana clásica, Battisti, Mina, me recuerdan a casa. Pero cuando quiero perderme, me inclino por algo más oscuro. ¿Conoces a Lana Del Rey?

Angelo asintió.

—*Born to Die*. Perfecta para alguien que camina sobre el filo de la navaja, ¿no crees?

—¿Eso crees que hago? —Sonreí con una pizca de sarcasmo —. Caminar sobre el filo de la navaja.

—No, lo sé. —Levantó su rostro y me miró directamente a los ojos—. Lo veo en tus ojos cada vez que piensas que no estoy mirando.

—Bien, cambiemos a libros, por ejemplo. ¿Lees algo más que contratos y cifras o tus programas de computador?

—De vez en cuando. —Se encogió de hombros—. Me gusta «El Conde de Montecristo». Una buena historia de venganza siempre es entretenida. Y tú, ¿eres más de novelas románticas o thrillers?

—Románticas, por supuesto. Nada como un cliché bien escrito. Pero últimamente, me he inclinado más por las novelas policíacas. Me gusta resolver los misterios antes que el detective.

—¿Así que eres una solucionadora? —sonrió entre dientes—. Eso explica mucho. Quizás por eso siempre pareces querer descifrarme.

—¿Quién dice que no lo he hecho ya? —preguntó en tono burlón.

—Tal vez deberías escribir un libro sobre eso. Podrías llamarlo: «Cómo frustrar a un hombre en diez días».

—Sería un *bestseller*, especialmente con personajes como tú.

—Me gusta que no te intimides, me hace querer escudriñarte, ¿algún juego favorito? Algo que te distraiga cuando no estás desafiándome.

Quedé pensativa unos segundos.

—Póker. Me gusta leer a la gente. ¿Y tú?

Escuché la risa de Angelo.

—Interesante. Yo también, aunque prefiero el ajedrez. Se parece más a mi vida: estrategia, control, y un movimiento en falso puede costarlo todo.

—¿Siempre planeas todo? ¿Incluso esto?

—No, Francesca. —Volvió a levantar mi rostro y una ligera caricia de su pulgar me calentó la cara—. Tú no estabas en el tablero, pero aquí estás y, por alguna razón, no puedo dejar de jugar.

El silencio cayó entre nosotros cargado de preguntas que no tendría idea de si sería capaz de contestar.

—Tal vez deberías aprender que no todas las partidas se ganan, Angelo. —Le lancé una mirada antes de girarme y cerrar los ojos, necesitaba dormir.

—Y otras veces, se juega para no perder.

Un par de horas después, él yacía profundamente dormido a mi lado. Me senté en la cama con el teléfono en la mano, mis dedos volaban sobre el teclado mientras escribía el mensaje, el eco de las caricias de Angelo seguian sintiéndose vivas en mi cuerpo.

«Carla, no me pude resistir. Volví a verlo. No sé qué es, pero hay algo en Angelo que me atrae, como si no pudiera mantenerme lejos, aunque sé que debería. No me juzgues… solo dime que no estoy loca.»

Suspiré y envié el mensaje antes de que pudiera cambiar de opinión. Dejé el móvil en la mesa y dormité un rato, pronto

amanecería, no sabía qué haría al dia siguiente. ¿Me levantaría y me marcharía?

Angelo, como si hubiera escuchado mis pensamientos me aprisionó con su fuerte brazo a la cintura, dejé de pensar y, en cambio, me refugié en su calor.

Cuando me desperté, escuché el golpeteó de la lluvia contra la ventana y el aroma del café saturaba el ambiente. Me sentí incómoda cuando Angelo entró en la habitación, con su chaqueta mojada en una mano y un leve destello en sus ojos, como si la lluvia no le molestara en absoluto. Se detuvo al borde de la cama. Dejé que mis dedos juguetearan con la sábana, intentando ignorar la forma en que su presencia llenaba cada rincón de la habitación. Su mirada descendió lentamente, sin prisa, deteniéndose en mis labios, dejó la chaqueta sobre la silla, y el sonido húmedo de la tela golpeando la madera me hizo estremecer.

—¿Sabías que Reino unido es famoso por tener al menos ciento ochenta días de lluvia al año? —Se pasó una mano por el cabello húmedo y se cambió delante de mí por ropa seca—. Compré algo para desayunar, pero no tienes que levantarte aún.

Lo miré desde mi posición en la cama. Nunca había pasado la noche con algún chico, había tenido aventuras que se terminaban tan pronto como el éxtasis se evaporaba. Estaba segura de que a mi futuro prometido ni a mi hermano les haría mucha gracia. Pensar en las circunstancias de mi vida me apagó un poco, pero me forcé por sonreír mientras cubría mi desnudez.

—No, pero lo anotaré en mi lista de curiosidades inútiles —respondí, intentando sonar relajada.

Él soltó una carcajada con ese gesto grave que parecía calmar cualquier inquietud. Se recostó en la cama y me lanzó una mirada divertida.

—¿Inútiles? Dime, ¿cuántas cosas «inútiles» sabes tú?

—Probablemente demasiadas —dije, cruzándome de brazos—. Por ejemplo, sé que el café que estás haciendo no es el mejor de Inglaterra.

Angelo levantó una ceja, claramente entretenido con mi respuesta.

—Ah, así que eres una experta en café ahora. ¿Qué sugieres, *Miss* Vitale? ¿Un *espresso* italiano hecho a mano?

Sentí un pequeño escalofrío cuando dijo mi apellido. Otra omisión al rosario de secretos. No sabía si lo hacía sin pensar o si había un trasfondo en su elección de palabras. Decidí no mostrarlo, encogiéndome de hombros con desdén fingido.

—Quizás, pero algo me dice que no apreciarías la diferencia.

—¿Eso crees? —Se inclinó hacia mí con su mirada provocadora, como si todo lo que dijera fuera una invitación a un duelo verbal—. Soy un hombre de gustos sofisticados, Francesca. Puedo reconocer un buen café… y otras cosas que valen la pena.

Mis mejillas se calentaron bajo su mirada, y rodé los ojos para ocultar mi nerviosismo.

—Por supuesto que sí, porque tú lo sabes todo, ¿verdad?

—No todo —admitió, su tono bajó un poco y se mostró más serio de lo que esperaba—. Pero tengo buen ojo para lo que importa. Por ahora, me quedo con lo que tengo. A veces, lo que ya tienes frente a ti es más que suficiente.

Su respuesta me tomó por sorpresa, y aunque su tono era juguetón, había algo más profundo escondido en sus palabras. Bajé la mirada, sin saber cómo responder.

—Relájate, Francesca —dijo suavemente, colocándose a mi lado—. No necesitamos analizarlo todo. Solo dejarlo fluir.

No respondí, pero algo en mí deseaba poder seguir su consejo y que la realidad no nos alcanzara más rápido de lo que estaba dispuesta a admitir.

CAPÍTULO 7

Francesca

Nos quedamos en la cama conociéndonos un poco más, pero por la tarde nos antojamos de pasta y me ofrecí a hacerla desde cero, como me enseñó mi nona. Así que, Angelo tuvo que ir a comprar los ingredientes bajo la intensa lluvia. El cielo parecía haberse abierto porque no había dejado de llover. Comimos hasta saciarnos y volvimos a la cama donde vimos una película clásica que amaba; *Un paseo por las nubes*. Me encantaba cómo Keanu Reeves se veía en la escena de la vendimia… esa intensidad en la mirada, ese toque de hombre dispuesto a quemarse por lo que desea. Me recordó, inevitablemente, al hombre que tenía a mi lado.

Cuando la película terminó, Angelo ya dormía y la lluvia había cedido, dejando un silencio cargado de calor. Me deslicé con cuidado para no despertarlo y alcancé mi celular. Dos llamadas perdidas de Michele y ni una sola respuesta de Carla. No sabía qué me ponía más nerviosa. Si el mutismo de ella o la insistencia de mi hermano.

Estar con Angelo era como jugar con fuego: su cuerpo disparaba mi adrenalina de cero a cien, y aunque sabía que tenerlo cerca podía ser peligroso, la tentación de seguir probando ese peligro era casi insoportable. Giré el rostro para observarlo dormir. Sexy, guapo, y con un cuerpo que parecía hecho para pecar y yo dispuesta a pecar una y otra vez.

Negué con la cabeza. Tenía que irme, pero no quería que fuera como la última vez. Rebusqué en mi cuaderno una hoja para dejarle una nota. Él se movió, como si su cuerpo sintiera el mío

alejarse, pero no despertó. Me detuve un segundo, con la absurda necesidad de volver a acurrucarme en su calor.

Escribí, diciendo que quería volver a verlo y lo cité a las diez de la mañana del día siguiente en Christ Church. Dejé la nota sobre la almohada y salí con sigilo, necesitaba llegar al hotel y llamar a Michele.

De camino al hotel, busqué lugares donde pudiera hospedarme, pero los que más se ajustaban a mi presupuesto, estaban muy retirados del campus, lo que me haría gastar más dinero en transporte, necesitaba conseguir un trabajo de medio tiempo, algo con lo que pudiese pagar un lugar mucho más cerca de la universidad, me negaba a caer en el juego de mi hermano. Él cubriría todas mis necesidades, con el lujo al que estaba acostumbrada, si aceptaba el guardaespaldas de buena gana. Cosa que por supuesto no haría.

Una vez llegué a mi *suite*, le marqué a Michele dos veces, también a Carla, ninguno de los dos me contestó y no pensaba llamar a la esposa de mi hermano para saber qué estaba ocurriendo en casa.

Dormí el resto del día, pedí servicio a la habitación y adelanté un par de deberes para poder tomarme el domingo con Angelo. Mi celular sonó y lo abrí pensando que Carla había aparecido entre los muertos, pero era Angelo, con solo una línea de texto.

«Es una cita».

Me debatí entre escribirle o no, no sabía por qué la palabra «cita» hacía que mi cuerpo vibrara de emoción, no era mi primer romance, pero con Angelo se sentía diferente.

Con una sonrisa de satisfacción me tiré sobre la cama, con el corazón acelerado y el celular entre las manos.

*

*

La luz se filtraba a través de los vitrales de Christ Church, a pesar de que el día había estado un poco gris. Vi a Angelo caminar entre la muchedumbre, llevaba *jeans* negros, una camisa blanca, una gabardina color humo y una bufanda a juego. Salí de la iglesia y alcé la mano para hacerme notar, fui correspondida con esa sonrisa torcida, tan suya, que hizo que mis rodillas temblaran.

«Cálmate, Francesca, por el amor a todo lo sagrado, no todo puede ser sexo».

Sonreí, cuando estuvo a menos de un metro de distancia, él tenía las mejillas sonrojadas por la caminata.

—Llegas tarde, míster Michigan —dije cuando dejó un beso en mi mejilla.

—Lo siento. Radcliffe Camera estaba bloqueado por turistas —se disculpó con vergüenza.

—Supongo que es lo que pasa cuando vienes a una ciudad como Oxford, pero está bien, llegas justo a tiempo.

Alzó una ceja.

—¿A dónde vamos? —dijo tomando mi mano. Por un segundo tuve la imperiosa necesidad de zafarme de su agarre, pero su tacto era cálido, por lo que anudé mis dedos a los suyos, ganándome un apretón. Mi cuerpo entero se llenó de un cosquilleo que hizo que mi corazón latiera desaforado—. ¿Y bien?

—Tú, sígueme —murmuré tirando de su mano.

Paseamos por Covered Market, el bullicio del mercado y los puestos que exhibían sus artesanías nos envolvieron por completo. El lugar era acogedor, en el aire persistía un aroma a pan recién horneado y café que hizo que mi estómago rugiera. Angelo deslizó su mano por mis hombros, atrayéndome a su pecho cuando un turista casi me golpea con una corona de flores secas.

—Ansiaba venir a este lugar, parece sacado de una película navideña. —Me detuve en uno de los puestos admirando unos suéteres de lana, se veía que eran tejidos a mano.

—¿Por qué no te lo pruebas? —murmuró Angelo, al verme tocar un suéter.

—¿Crees que me quedará bien? —pregunté haciendo un mohín de indecisión. Él se acercó un par de pasos. Su mano tomó mi barbilla y me dejó un suave beso en los labios.

—A ti todo te queda bien, Francesca —sus palabras me dejaron sin aliento y podía sentir el rubor coloreando mis mejillas—. ¿Cuánto por el suéter? —preguntó a la anciana detrás del mostrador. La mujer dijo el precio, entonces él sacó un par de billetes y se los entregó—. Conserve el cambio. —Se giró hacia mí y tomó mi mano —. Ya que estamos por aquí, déjame llevarte a mi lugar favorito.

—¿Tienes un lugar favorito? ¿Acaso no llegamos el mismo día a la ciudad?

—Ah, pero no es la primera vez que estoy en Oxford. —Me condujo por diferentes puestos de artesanía hasta llegar a una pequeña panadería—. Hemos llegado.

—¿Dónde estamos?

—En el lugar donde probarás el mejor pie de manzana de todo Reino Unido.

—¿Tan bueno es?

—Este pastel, literalmente, es casi una experiencia religiosa.

—Si este pastel no cambia mi vida, exigiré una compensación.

—Trato hecho —respondió, guiándome hasta llegar al mostrador donde un pastel de manzana humeaba recién salido del horno. La corteza estaba dorada a la perfección.

—Denos dos rebanadas de pastel de manzana —dije sacando mi tarjeta y entregándosela al dependiente.

—Yo pagaré, Fran.

—Tú me diste un suéter, yo te doy una rebanada de mi pastel. —Me reí ante la sugerente manera en que se escuchó.

Angelo se acercó a mi oído, su voz bajó un par de octavas mientras susurraba:

—Da por hecho que devoraré tu pastel antes de que se acabe esta cita.

—Pervertido —mascullé, alejándome de él y me senté en una mesita con dos asientos. Minutos después volvió con los trozos de pastel y un par de botellas con agua, dejó un plato frente a mí y tomé un bocado, cerré mis ojos mientras el sabor dulce y especiado me inundaba la boca—. ¡Guau! —Mastiqué con lentitud—. Está muy bueno.

—Te lo dije. —Me observó con satisfacción—. Sabes que no solo está bastante bueno…

Me reí, dejando el tenedor a un lado.

—*Okay*, tú ganas, está increíble, ¿contento? Quizá hasta cambie mi vida.

Por un momento, el bullicio del mercado desapareció. Los ojos de Angelo se encontraron con los míos, y mi corazonada se hizo más fuerte, una punzada en el pecho me decía que fácilmente podría enamorarme de este hombre.

La siguiente parada fueron los jardines de Magdalen College, nos detuvimos justo frente al puente sobre el río Cherwell.

—¿Habías venido aquí antes? —pregunté a Angelo mientras admiraba el jardín—. Este lugar parece sacado de un cuento de hadas. Quizás, si miro bien, mi hada madrina esté por aquí y me dé un apuesto príncipe.

—Oye, eso duele —murmuró, llevándose una mano al pecho —. Pero a lo mejor, puedo concederte el deseo.

—No sabía que tenías algo de hada.

—De hada no, pero se puede decir que soy el príncipe de Chicago.

—Estados Unidos no tiene monarquía.

Angelo soltó una sonrisa sarcástica que me erizó la piel.

—Si tú supieras, mi dulce Francesca —exclamó en voz baja.

—¿Sabes? Es curioso —dije observando el lugar, las hojas prácticamente brillaban bajo el sol—. Oxford se parece un poco a Bolonia.

—Si tú lo dices… Eres la italiana. —Angelo hizo una pausa recostándose sobre los barandales del puente de cara al río—. Este lugar es absolutamente hermoso, como tú.

—Bueno, en ese caso, sigamos explorando antes de que se te ocurra decir más cosas cursis. —Tomé su mano mientras él me seguía.

Almorzamos en un pequeño local, pasteles de Banbury, al caer la noche nos escabullimos a la Radcliffe Camera. Angelo había conseguido las llaves gracias a un chico que trabajaba como asistente en la biblioteca. Subimos las escaleras de piedra en silencio, nuestros pasos resonaban en el espacio vacío.

Desde la cima, las luces de Oxford brillaban como un océano de estrellas. Caminé hacia la barandilla, observando cómo el viento movía las hojas en las calles de abajo. No pasó mucho tiempo antes de que Angelo se colocara tras de mí, sus manos a lado y lado de la barandilla, aprisionándome entre ella y su cuerpo. Tragué el nudo en mi garganta cuando su respiración me hizo cosquillas en la nuca.

—Esto es una mala idea... —susurré, pero mi voz carecía de convicción—. No deberíamos estar aquí, podríamos meternos en un problema —mascullé con precaución, al tiempo que me giraba para quedar de frente a él.

—Probablemente, dicen que lo prohibido siempre tiene su encanto —replicó con picardía.

Negué con la cabeza, pero no me aparté cuando levantó una mano y me rozó la mejilla con el dorso de los dedos, alcé la mirada, perdiéndome en las motas avellanas de sus ojos.

—Me gustas, Francesca. No puedo tener un compromiso ahora mismo, pero tampoco puedo dejar de pensar en ti y quiero intentarlo. Sé que lo que digo puede asustarte y quizá quieras huir en otra dirección. Pero te pido que no lo hagas, solo disfrutemos de lo que sea que está sucediendo, sin ponerle una etiqueta, sin pensar en el futuro ni en el tiempo.

Mordí mi labio inferior, no era tonta, el tipo me gustaba. Habíamos tenido sexo en dos ocasiones, pero yo escondía un secreto enorme y no quería que él saliera lastimado por mi culpa.

—Angelo…

—No tienes que responderme ahora, iré a Estados Unidos a finales de la próxima semana, eso te dará tiempo suficiente para pensar, pero mientras tanto, no huyas de mí… ¡Joder! Voy a besarte ahora.

Fui yo quien eliminó la distancia de nuestras bocas, fue un beso tímido, contenido, como si temiéramos por lo que podía suceder, pero pronto dio paso a algo más profundo, más urgente. Sus manos encontraron mi cintura, mientras yo me aferraba al cuello de su abrigo.

Cuando finalmente nos separamos, nuestras respiraciones eran rápidas y unimos nuestras frentes, como si ninguno quisiera romper el hechizo.

—¿Quién está ahí? —se escuchó la voz de un hombre que nos apuntaba con una linterna—. Llamaré a la policía del campus, quietos.

Angelo, me miró un segundo, antes de tomar mi mano y correr, podíamos sentir al hombre intentar perseguirnos, pero Angelo parecía haber estado aquí muchas veces, porque bajó por las escaleras traseras hasta que llegamos al primer piso, cerramos la puerta y corrimos hasta escondernos detrás de un árbol.

—Esto no estaba en mi lista de cosas por hacer en Oxford —dije mientras intentaba calmar el errático latido de mi corazón

—Entonces, agrégalo y márcalo como hecho —respondió, con esa sonrisa que desarmaba todas mis defensas—. Te acompaño a casa.

Me detuve.

—Estoy viviendo en un hotel, los pisos están carísimos y… —estaba explicándole cuando él abrió la boca para decir algo—. No, no quiero dinero, mi hermano tiene dinero, solo que no quería que viniera a Oxford y me dio un paupérrimo presupuesto.

—Puedes mudarte conmigo y ser mi *roomie* —exclamó como si me acabara de decir que las rosas eran rojas.

—Vives en un piso pequeño, con una habitación, un baño y un *hall* que es cocina y sala.

—Mi cama es doble y has comprobado que podemos dormir los dos perfectamente.

—No me mudaré contigo. Mi hermano te matará si se entera.

—Está bien. —Tiró de mi mano hasta atraerme a su cuerpo, luego deslizó su brazo por mis hombros—. Puedo asumir ese riesgo.

—Es en serio, Angelo, apenas te conozco y vamos como a mil millas por minuto.

Angelo alzó sus hombros.

—Creo que hay un pequeño departamento en el ático de mi edificio. Es muy pequeño, pero si me dejas hablar con mi consultor

de bienes raíces… ¿Cuánto es tu presupuesto?

—Nada superior a las dos mil libras.

—Vale, déjame hablar con él.

Caminamos por las concurridas calles de la ciudad. Sin hablar más sobre alquileres y demás. Angelo me contó sobre la muerte de sus padres cuando apenas era un niño, debido a un accidente. Yo le dije que mi padre y mi hermano mayor habían muerto en la carretera. Lo escuché cuando me contó cómo fue criado por su hermano mayor, quien estaba casado y era padre de dos niños.

En la puerta del hotel donde me hospedaba, nos fundimos en un beso intenso, casi salvaje, al punto de que quise invitarlo a la habitación, pero Michele estaba pagando este lugar y sabía qué hacía preguntas.

Si llegaba a enterarse, sería el fin a mi tiempo en Oxford, ya era un milagro que mantuviera su promesa y ningún miembro de la familia estuviera siguiéndome. Quizá porque la taza delincuencial en Oxford era muy baja comparada con otros países europeos, por mi amenaza o porque llamaría mucho más la atención si había alguien siguiéndome a cada instante.

Acababa de entrar a la habitación cuando mi teléfono sonó, por un segundo pensé que era Carla, pero era el nombre de Michele el que aparecía en la pantalla.

—Por fin —masculló, molesto, cuando contesté la llamada.

—Devolví tus llamadas, pero no contestaste ninguna —respondí rápidamente.

—Hubo un problema con una mercancía y estuve fuera de casa todo este tiempo.

—¿Todo está bien? —Saqué una botella con agua del mini refrigerador y me senté en la cama.

—Perdí a Paolo —informó un tanto desanimado. Me quedé en silencio, sabía lo mucho que Michele respetaba a Paolo, había sido uno de sus mejores capitanes—, pero no es por eso por lo que te llamaba —la voz le cambió a una más seria—. Este fin de semana se llevará a cabo una boda y tu prometido quiere que lo acompañes.

Casi me ahogo con el agua que empezaba a beber.

—¿Qué?

—Ya escuchaste, Francesca, no me hagas repetirlo; al parecer, se casa un socio comercial de Daniele. Él piensa que es una gran ocasión para presentarte con las familias aliadas a La Sacra Corona.

—No.

—Francesca… —Parecía estar perdiendo la paciencia.

—Tengo un año antes que se lleve a cabo el matrimonio, y al menos ocho meses antes de que el compromiso sea público. Tengo trabajos que hacer, clases a las cuales asistir, no puedo hacer un jodido viaje hasta Estados Unidos, solo porque el niño consentido quiere mostrar su nuevo juguete a sus amigos, mi respuesta es no.

—¿Última palabra?

—Sí, aún puedo decidir sobre mi vida, dile a Daniele que no iré.

—Entonces me gustaría que vinieras al sepelio de Paolo, sabes lo importante que era para papá y la familia.

—Michele, no estoy de vacaciones, estoy estudiando y…

—Los actos fúnebres serán el miércoles, te enviaré el avión. —Colgó la llamada antes que pudiera decirle algo más.

Joder, solo esperaba que esto no interrumpiera mis estudios

CAPÍTULO 8

Angelo

Llegué al departamento poco después de dejar a Francesca en el hotel. Había estado bromeando al decirle que podía mudarse conmigo, sin embargo, una parte de mí estuvo esperando que ella aceptara. Qué importaba si la había conocido hace tan solo un par de semanas o que Massimo pusiera el grito en el cielo cuando se enterara.

Lo que sentía por Francesca Vitale era completamente diferente a lo que alguna vez sentí por alguna mujer, y me gustaba el sentimiento que me provocaba. Por un instante, pensé en pedirle que me acompañara a la boda de Chiara y Valentino, pero no quería asustarla llevándola a conocer a mi familia en la boda de mi hermana.

Me tiré sobre la cama, saqué mi celular y marqué a la inmobiliaria, sabía que era la misma que estaba llevando el alquiler del ático. Dejé un mensaje rápido y le escribí a mi hermana.

«¿Lista para el gran día?»

Ella contestó inmediatamente.

«¿Listo para que uno de mis cuchillos te corte las bolas?»

«¡Joder! Estamos enojados».

«Pues, dímelo tú. Apenas empieza el día y entre Antonella y Cara están volviéndome loca con las últimas pruebas del vestido».

«Sabes que puedo sacarte de esa boda si me lo pides. Tengo mi propio ejército».

«Que sirve a nuestro hermano».

«Son mis amigos».

«Atentar contra las ordenes de Massimo, se considera traición».

«No, cuando la hermana de Massimo está involucrada, puedo hacer un rapto rápido y sacarte de Chicago antes de que los Costa se den cuenta de lo que está ocurriendo. Luego lidiaríamos con Massimo, antes de capo, es nuestro hermano. Además, me necesita para que maneje Luxor, y soy el genio detrás de las computadoras de la familia».

«Este es mi papel, desempeñaré mis funciones, como se espera de mí».

«¿Eso quiere decir que estás lista para todo lo que conlleva ser la esposa de Valentino Costa?»

«No dejaré que se acerque a mí ni con un palo».

«Estarás esperando sus bebes antes de lo que pienses».

«Te odio».

«Y yo te amo. Me voy a dormir, tengo clases temprano, pero estaré ahí para ver cómo mi hermano te entrega a tu marido».

El lunes acompañé a Francesca a ver el ático del edificio. El ascensor se detuvo en el último piso con un leve chirrido, y el pasillo estrecho nos condujo hasta una puerta blanca con una manija dorada, algo gastada. Al abrirla, un olor tenue a madera nos envolvió.

El lugar era pequeño. Un sofá de dos plazas junto a una ventana. La cama pequeña, cubierta con una colcha color crema,

estaba a pocos pasos de una diminuta cocina y un poco más lejos del baño.

—Es acogedor —comentó, recorriendo el espacio con la mirada, mientras pasaba la mano por la repisa de la ventana.

Yo la observaba más a ella que al ático. Cada gesto suyo parecía encajar con el lugar.

—Podrías hacerlo tuyo con facilidad —dije acercándome—. Aquí podrías estudiar tranquila.

Lo tomó de inmediato cuando el agente inmobiliario le dijo que solo serían dos mil quinientas libras, lo que no sabía era que yo pagaría el excedente. Así, podría mudarse sin problema, cosa que hizo ese mismo día, sin importar la lluvia que caía en la ciudad. Por mucho que le supliqué que pasara la noche conmigo, no aceptó, tampoco dejó que me quedara junto a ella, alegando que la cama era pequeña.

Pero al siguiente día, fuimos juntos a la universidad. Llevarla de la mano y caminar por las calles de Oxford, me hacía sentir como el puto amo del universo. Conocía a esta mujer hacia menos de un mes, sin embargo, estaba metiéndose bajo mi piel. Si no fuese porque sabía que Chiara me necesitaba, pasaba de la boda.

—Estás pensativo —dijo ella mientras almorzábamos en la cafetería de la universidad.

—Debo viajar mañana a Chicago.

Ella detuvo el tenedor a medio comer, luego lo soltó sobre el plato y se llevó la servilleta a los labios, mientras asentía.

—Pensé que viajarías el viernes.

—Sí, también lo pensaba, pero mi hermano quiere que llegue antes. Tenemos algunos eventos a los que asistir. —Tomé su mano sobre la mesa, sus dedos se entrelazaron a los míos como si fuera ahí donde pertenecieran. Una vez más tuve en la punta de la lengua,

invitarla a la boda, pero me abstuve—. Quédate conmigo esta noche.

—Estamos viviendo en el mismo edificio —sonrió.

—Sabes que no es a lo que me refiero. Te quiero en mi cama, Francesca, quédate a mi lado.

—Angelo… —su voz fue como un susurro. Fijé mi mirada en la suya y apreté su mano suplicándole con la mirada—. Está bien.

En mi departamento preparamos pizza, bebimos vino y nos enrollamos en la cama como adolescentes, pero no tuvimos sexo. Al final de la noche, vimos una película y entre besos y caricias nos quedamos dormidos.

Aun así, no pude evitar despertar a medianoche y serpentear por su cuerpo hasta hacerla jadear mi nombre entre suspiros entrecortados.

Francesca me acompañó hasta el aeropuerto, nos despedimos con un beso, prometiendo mensajearnos todo el tiempo. Estaría el menos tiempo posible en Chicago, aunque sabía que para mi hermano podían ser varios días.

Francesca

Afortunadamente, el vuelo de Angelo era una hora antes que el mío, lo que me permitió acompañarlo hasta su sala y luego correr hacia el hangar donde me esperaba el avión de la familia. Uno de los hombres de mi hermano me esperaría para llevarme al a casa y luego al lugar donde se realizarían las exequias de Paolo. No quería imaginar cómo estaban su esposa e hijas.

Odiaba los funerales, mi vida había estado marcada con ellos. La muerte de mamá, luego de papá y mi hermano mayor.

El vuelo fue rápido o quizá lo sentí así, una parte de mi estaba preocupada, había sido tan feliz y libre en Oxford que volver a casa me hacía sentir un nudo en la garganta. Salí del aeropuerto sacando mi celular, sabía que a Angelo le faltaban varias horas para llegar, por lo que le dejé un mensaje.

«Voy a clases, avísame cuando aterrices».

No sabía por qué no le dije nada sobre mi viaje a casa, quizá porque aún no confiaba del todo en él, aunque el corazón me latiera con fuerza cuando estaba cerca y mi piel se estremeciera cuando lo veía.

—Señorita Romano —el severo tono de voz de Roberto me hizo girarme. Él y Luca estaban ahí, tal como Michele dijo. Me acerqué a ellos rápidamente—. El auto está en la parte de atrás. ¿No trae equipaje?

—Preferí viajar ligero —comenté y luego le tendí mi mochila.

Caminamos hacia el auto que estaba en el estacionamiento. Conocía a estos hombres desde que tenía uso de razón, la gran mayoría había trabajado con papá, traído sus hijos a mis fiestas de cumpleaños. Podía evidenciar la tristeza que sentían por la muerte de Paolo.

El camino hacia Nápoles se me hizo tan rápido como el vuelo, cerré los ojos un instante y cuando volví abrirlos, Luca estaba aparcando el auto en la entrada de la mansión Romano.

Michele, Gianella y un par de hombres más, con sus respectivas esposas, estaban en el comedor disfrutando de un *brunch* tardío.

La mirada de Gianella me recorrió de arriba abajo cuando entré al comedor, a lo mejor, desaprobando mi vestimenta de *jeans* y top blanco.

—Me alegra que hayas podido llegar —soltó Michele—. ¿Puedes darles consuelo a las hijas de Paolo? Ellas, estuvieron a nuestro lado cuando papá y Arturo… —Asentí—. Pero primero deberías ir a cambiarte, partiremos en media hora.

—Eso haré, solo quería que supieras que estoy en casa. —Cerré las puertas dobles del comedor alejándome del bullicio.

Paolo era el hijo del antiguo capitán de mi padre, él heredó el rango, pero no tenía hermanos. Michele debía decidir qué otra familia tendría el honor de ostentar tal cargo, realmente no quería estar en sus zapatos.

Subí las escaleras y empujé la puerta de mi habitación. Carla salió del vestier haciéndome dar un susto de muerte.

—¡Joder, Carla! ¿Quieres matarme? —farfullé, exaltada, dando golpes al aire.

—Te he extrañado mucho. —Me abrazó con fuerza y le correspondí con la misma intensidad—. Elegí tres posibles piezas que pueden gustarte —dijo una vez nos separamos. Caminó hacia mi closet buscando las tres perchas, me senté sobre mi cama mientras ella volvía. Se sentía extraño regresar a casa después de un mes fuera—. La primera opción es un vestido negro sencillo y moderno, puedes usarlo con botas negras largas. La siguiente, es un vestido ligero, funciona perfectamente con una gabardina, ya que el cielo empieza a nublarse. Te recomiendo joyas sencillas con este y el último es un vestido básico, puedes complementarlo con el collar que te dio Michele en tu cumpleaños y los pendientes alargados que eran de tu madre.

—Me quedo con la primera opción, algo sobrio.

—¿Cuándo volverás a Oxford? —preguntó realmente interesada

—El domingo, ven aquí, siéntate un segundo —dije palmeando el cubrecama—. ¿Has averiguado algo de lo que te he pedido?

—¿Sobre Angelo Di Lucca? —preguntó, mirándome a los ojos. Asentí—. Le pregunté al antiguo *consigliere* de tu padre. Me dijo que hacía muchos años la 'Ndrangheta hacia trato con unos hombres de la mafia siciliana. Vinicio Di Lucca y su grupo desaparecieron de un día para otro sin dejar rastro.

—Me dejas igual, Carla.

—Háblame de él…

—Ya te he hablado de él, es guapo, amable, *sexy…* Michele dijo que tenía que estar lista en media hora y necesitaré mucho más que ese tiempo para poder contarte como es Angelo. Así que mejor dormimos juntas en la noche… ¿O Michele visitará tu habitación?

—Hace dos semanas no viene. —El rostro de Carla se entristeció—. La asistente personal de Gianella, le dijo a Ramona que sus jefes han tenido bastantes juegos de alcoba.

—Carli. —La atraje a mis brazos.

—Todos lo presionan con el asunto del heredero, incluso la familia de Gianella. Siento que llegará el día en que ella me lo quite de una vez por todas, he soportado todo esto porque sé que ellos no se aman. Pero si empieza a florecer algo más, entonces tendré que irme.

—Siempre puedes venir conmigo a Las Vegas y ser testigo de mi muerte lenta.

Dos toques en la puerta hicieron que nos levantáramos de la cama. Carla agarró la percha de ropa que iba a usar y la llevó al baño.

—Adelante —murmuré. La puerta se abrió y Michele asomó la cabeza.

—Sabía que estaban aquí, quince minutos, Francesca… —su voz era seria e inexpresiva.

—Pero dijiste media hora.

—Las cosas cambian, el tiempo vuela y tengo que estar en una reunión después de la honra fúnebre. —Cerró la puerta sin darle una sola mirada a Carla.

Por el rostro de mi amiga, corrió una lágrima que se limpió rápidamente.

—Lo ves, soy invisible para él.

Me acerqué a ella tomando la ropa de sus manos.

—Quizás es solo trabajo, tiene que elegir un nuevo capitán e imagino que las familias están cual víboras picándose las colas. Ser jefe no es trabajo fácil.

—Quizás. Ve a cambiarte, no quiero que vuelva y piense que soy yo quien no te permite estar lista.

*

*

La iglesia San Genaro estaba llena, la familia de Paolo ocupaba la primera banca de madera, todos los hombres enfundados en trajes negros saludaron a mi hermano. Gianella llevaba un vestido algo revelador para mi gusto, iba del brazo de Michele, atrayendo todas las miradas.

El ataúd de nogal barnizado descansaba rodeado de docenas de coronas de flores blancas y rojas, una ofrenda ostentosa de familias y aliados que intentaban asegurarse de que su lealtad fuese recordada incluso ahora, cuando ya no podían reportarse ante el hombre que yacía dentro.

Me acerqué a Giorgia y Vittoria, las hijas de Paolo. Giorgia y yo estudiamos juntas, pero nunca fuimos grandes amigas. Vittoria estaba en el último año de preparatoria. Las dos se veían devastadas. Matilde, su madre, se abrazó a mi hermano hecha un mar de lágrimas.

Mi pecho se contrajo recordando el funeral de mi padre y mi hermano. Negué con la cabeza y me acerqué a Matilde cuando Michele se separó, prometiéndole que la familia no la dejaría desamparada. Giorgia y Vittoria tendrían buenos esposos, él se encargaría de ello.

Sonreí, porque para él, cualquier hombre de la familia era un esposo honorable. Los miembros de La 'Ndrangheta eran letales y sedientos de poder, pero desde niños eran enseñados a ser «buenos maridos» Michele nos guio hasta una hilera de sillas, justo cuando el sacerdote empezó la ceremonia.

Durante un cuarto de hora, el padre Gabriel habló solemne sobre la bondad, la generosidad y el espíritu familiar de Paolo, palabras que provocaron murmullos y algunas lágrimas entre los presentes. Vittoria se derrumbó al escuchar el nombre de su padre.

—¡Papá! ¿Por qué nos dejaste solas? —gritó entre sollozos.

Ver su dolor, provocó que las lágrimas rodaran por mis mejillas. Varias de las mujeres de la familia corrieron hacia ellas, incluida Gianella, lo único real en esta catedral era el dolor de la familia, lo demás era un espectáculo.

Estaba segura de que tan pronto acabara la ceremonia, empezarían a disputarse las funciones de Paolo. Respiré profundamente, el olor a incienso se mezclaba con el aroma de las flores. Crucé las manos sobre mi regazo, escuchando el resto del sermón, como la buena princesita de la mafia.

El órgano comenzó a sonar, anunciando el final de la ceremonia. Michele y tres hombres más, se levantaron tomando el ataúd, para sacarlo de la catedral. El coche fúnebre arrancó lentamente, hacia el cementerio. Detrás de él la procesión comenzó a moverse; los hombres y mujeres de la familia de Paolo, caminaron al frente. Gianella se movió a mi lado, secándose una lágrima falsa bajo sus lentes Prada.

En la mafia todos eran amigos, pero también eran hienas si bajabas la guardia, aunque fuese por un momento y te devoraban vivo.

Conocía a cada uno de los hombres reunidos, desde el más anciano hasta el más joven, todos cayeron como aves de rapiña alrededor de mi hermano, una vez el cuerpo de Paolo descansó en el cementerio.

Gianella y yo volvimos a casa, no me detuve para cruzar una sola frase con ella. Subí las escaleras, encerrándome en mi cuarto, mi celular estaba en silencio y supuse que Angelo seguía volando.

En un segundo estaba revisando redes sociales y para el siguiente estaba profundamente dormida.

CAPÍTULO 9

Francesca

Los días pasaron rapidamente, casi no vi a Michele, ni a Carla que no vino a mi cuarto la noche que habíamos acordado, tampoco las siguientes. Estuve averiguando por mi cuenta algo sobre la familia Di Lucca, pero nadie sabía sobre la historia del apellido, incluso lo googleé, pero nada apareció, aparte de que Massimo Di Lucca era el CEO de una empresa financiera de la Costa Este.

Mi corazón se sentía tranquilo al saber que Angelo solo era un chico más, ajeno a todo este mundo, un hombre del que podía caminar de la mano sin siquiera pensar en que un enemigo podría tenernos en la mira, por las noches, pasaba horas al teléfono con él, era tierno, romántico y endiabladamente *sexy*. Tenía una carpeta especial con fotos de su cuerpo desnudo, cortesía de un Angelo cachondo saliendo de la ducha, también me atreví a enviarle un par de fotos mías en un pijama rosa sensual, que me tomé frente al espejo. Gracias a las maravillas de la tecnología, la fotografía fue enviada para ver solo una vez.

Lo hice luego de una discusión con Gianella por mi físico, si bien había aumentado un par de libras en el último mes, no era nada por lo que preocuparme, nada que un mes de ejercicios y una reducción de carbohidratos no eliminara.

Era mi última noche en casa y Michele estaba en Ravello, en una reunión con los rusos, no es que hubiésemos tenido grandes conversaciones, porque él estaba de reunión en reunión y yo estuve

con las chicas en el club, también jugué tenis con Dalia y me enteré de los últimos chismes de la ciudad.

Estaba a punto de colocar una película cuando la melodía de *Imbranato* de Tiziano Ferro, me hizo dar un pequeño brinco en la cama, respiré profundamente calmando el incesante latido de mi corazón cuando el nombre de Angelo apareció en la pantalla.

—*Buona notte, Carissima*—murmuró con voz juguetona.

—*¿Buona notte?* Debe ser media tarde en tu lado del mundo. —dije sarcástica.

—Lo es, pero para ti no. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy en la cama. Y no puedo decidir si estoy demasiado cansada para dormirme… o demasiado despierta para quedarme quieta.

—Demasiado despierta, ¿eh? ¿Cuéntame qué te mantiene así?

—Realmente estoy pensando en cómo despedirme de ti sin parecer grosera.

—¿Grosera? Te perdonaría cualquier cosa, excepto colgarme. Dime algo, ¿llueve en nuestra fría y envejecida Oxford?

Tragué saliva ante la mentira que venía.

—Hace buen clima.

—¿Quieres contarme qué llevas puesto? —dijo con persuasión.

—¿Qué?

—Quiero saber qué usas para dormir, estoy a punto de tomar un largo vuelo y…

—En este momento, nada elegante, créeme… —interrumpí con voz juguetona.

—Eso depende. Con la imaginación adecuada…

—Siento decepcionarte, porque soy del tipo que elige pijamas grandes, cómodos y absolutamente nada peligrosos.

—Hasta con el pijama más aburrido del mundo, me apuesto lo que quieras a que podrías mantenerme despierto toda la noche… Sin siquiera intentarlo.

La puerta se abrió y Carla entró a mi habitación como si acabase de ver un fantasma. Tapé el auricular con mi mano mientras le hacía una señal de silencio.

—¿Sabes qué? Creo que debo irme ya —bostecé—, estoy cansada…

—Hace un minuto te debatías si dormir o no.

—Bueno, supongo que el sonido de tu voz me ha dado somnolencia, Michigan.

—Ha sido un placer servirte de ayuda, aunque espero que no te duermas cuando nos veamos. Aviso que pienso besarte hasta que tus pulmones supliquen por oxígeno —su voz se escuchó como una promesa—. Dulces sueños, *carissima*. Duerme cómoda porque no pienso dejarte dormir una vez estemos en el mismo lado del mundo.

Finalicé la llamada con una sonrisa tonta en la cara.

—¿Era él? —había un toque de temor en su tono de voz—. Contéstame, Francesca. ¿Era Di Lucca?

—Sí, era él —confirmé asintiendo. El rostro de Carla lucía una expresión preocupada, se sentó en la cama tomando mis manos entre las suyas—. ¿Qué sucede? Apenas si te he visto los dos últimos días, solo pudimos hablar el día del funeral de Paolo.

—¡Estaba buscando información! —gritó, levantándose de la cama—. Tienes que terminar con él ya, es más, no vayas a Oxford, debes quedarte aquí hasta la fiesta de compromiso.

—Sabes que no tengo ninguna intención de casarme, y si descubriste algo de Angelo, creo que deberías decírmelo.

—Él es peligroso…

—¿Angelo? Él puede ser muchas cosas, pero peligroso no entra entre sus cualidades.

—No lo entiendes, Francesca.

—Habla claro de una vez por todas. —Caminé hacia ella—. Estás dando vueltas en círculos y no me dices qué sucede.

—Pasé la noche con tu hermano.

—Pasas muchas noches con mi hermano, Carla. Te felicito, aún no lo has perdido —satiricé.

—Pasé la noche con tu hermano y volví a preguntarle por la familia Di Lucca, pero no sabía nada, así que fui con Andrea Bianchi.

—¿¡Qué hiciste!?

Andrea Bianchi era un hacker sin escrupulos. Vivía en Positano y sabía que sus servicios no eran baratos.

—Te vi hablando con él la mañana que llegaste aquí, te escuché mientras estabas en el baño, te vi. Te gusta, Francesca, había estado ocupada con mis problemas con tu hermano y realmente no había buscado información, si quería algo conciso sabía que Andrea era el mejor. La información me llegó a través de un correo esta noche. Angelo Di Lucca, es el nieto de Vinicio Di Lucca, el capo de la Sacra Familia en Sicilia. Él y su familia huyeron a Estados Unidos, hace más de cincuenta años.

—Estás mintiendo.

—¡Maldición, no, Francesca! Su hermano es Massimo Di Lucca, para la sociedad americana, solo son los fundadores y dueños de Luxor Company. Pero sabes que Andrea, es capaz de buscar bajo las piedras y escudriñar en las cenizas de los muertos. Angelo es el segundo heredero de Lorenzo Di Lucca, su hermano Massimo es quien lleva las riendas de la Sacra familia en Estados Unidos.

Se me hizo un nudo en la garganta, mientras las palabras de Carla taladraban en mi cabeza, intenté imaginar al chico que recorrió un mercadillo en Oxford de mi mano como un peligroso mafioso. Me senté en la cama, anonadada. Desde que conocí a Angelo sentí algo extraño en él. Como si caminara con una sombra detrás. Intenté alejarme, pensar en él como un chico del montón, pero fue imposible, había algo en que me llamaba como un flautista a las plagas.

—Francesca. —Carla se volvió a sentar a mi lado de la cama, tomando mis manos una vez más—. No es un hombre de fiar, si Daniele…

—¿Daniele?

—La mafia italiana en Estados Unidos es como un gran árbol genealógico, trabaja en conjunto como una gran familia, no sabes si Daniele tiene negocios con esa familia y si… —intentaba explicarme. Moví la cabeza negándome a creer en las palabras de mi amiga—. Esto es más grande de lo que puedes manejar, debes volver a casa.

Probablemente ella tenía razón, pero era demasiado tarde para ignorarlo. Él ya estaba en mi cabeza, y eso… eso empezaba a asustarme.

—¿Hay alguna posibilidad de que él sepa quién eres tú?

Eso no lo sabía.

Angelo

La música y las voces de los invitados saturaban el ambiente. Las cálidas luces iluminaban los jardines y el sonido de la música se confundía con las risas y el entrechocar de las copas. Observé a Chiara bailando con su esposo, cuando vi su gesto de rebeldía y tristeza poblar sus facciones durante unos segundos, para ser reemplazado por una sonrisa indiferente. Tal vez para los demás no era tan evidente, ya que el orgullo de mi hermanita no le permitía

mostrar debilidad ante nadie, pero a mí no me engañaba. Me acerqué a ella.

—Valentino, la tendrás toda la vida, deja que baile conmigo esta pieza.

El hombre me cedió el baile enseguida, como si necesitara alejarse del lugar. Lo notaba igual de inconforme que mi hermana.

—Si te trata mal, le pegaré un tiro, así se haga un baño de sangre entre nuestras familias.

—No necesitas protegerme —sonrió con cariño—. Estaré bien, pero tú estás diferente, te noto distraído. ¿Qué te pasa? ¿Massimo no te deja en paz?

Ella parecía una diosa con su hermoso vestido. Pero seguía siendo mi hermana, la única persona que realmente entendía quién estaba detrás de todo ese teatro. Dejé escapar una carcajada y negué con la cabeza. La melodía terminó y salimos de la pista, tomamos una copa de champaña que nos brindó un mesero que pasaba por allí.

—Estoy bien —dije antes de darle un sorbo.

—Las hermanas Ricci no han dejado de mirarte, estoy segura de que aún hacen rifas para ver a quién besas primero.

Mi hermanita a pesar de ser una chica despierta, era inocente en algunas cosas. Hicimos mucho más que rifarnos besos, pero eso no tenía por qué saberlo.

—Te devolveré con tu marido. No puedo negar que el cabrón tiene buena estampa.

—No evadas el tema, estás diferente, pensativo, como si estuvieses en otro lugar.

Mi mente no estaba allí. Estaba a cientos de millas de distancia, con una mujer que no podía sacar de mi cabeza, aunque lo intentara. Suspiré mirando la copa de champaña. Con Chiara no había escapatoria, siempre sabía cuándo algo no estaba bien.

—Porque mi cabeza está en otro lugar y con otra persona, para ser más exacto.

—¿Quién es ella? No voy a dejar de preguntar hasta saber quién es.

—No la conoces…

—La conoceré en algún momento y quiero saber cómo se llama, quizá vaya a Oxford un tiempo. —Miramos a Valentino que parecía completamente hastiado—. No creo que mi carcelero se disguste.

—No pienses en este matrimonio como una cárcel o sufrirás.

—Es lo que es.

—Mira a Cara y Massimo. —Mi hermano y su esposa bailaban, viéndose tan enamorados como cuando éramos unos niños—. A ellos les funcionó.

—Ellos se amaban, Angelo. —Chiara dejó la copa y tomó una más.

—Con calma o te embriagarás.

—¿Dime quién es?

—Se llama Francesca —murmuré entre dientes—. Es complicado porque ella no pertenece a nuestro mundo y yo no debería querer formar parte del suyo.

—Pero ¿lo haces? —Chiara se recostó contra la barandilla, su expresión se suavizó—. ¿Quieres formar parte de su mundo? ¿O quieres que ella forme parte del nuestro?

Solté un profundo suspiro, que se ganó un levantamiento de cejas por parte de mi hermana.

—No lo sé, No podría formar parte de su mundo ni, aunque lo quisiera, lo sabes. Y tampoco quiero que ella sea parte de la familia, es como si todo esto no tuviera sentido si estoy lejos de ella la extraño. Pero al mismo tiempo, sé que no puedo arrastrarla a esto. No a la vida que llevamos.

—¿La amas?

La pregunta me tocó como una bala. ¿Amarla? ¿Era eso lo que sentía? Porque si lo era, el peso de la palabra era más grande de lo que estaba listo para cargar.

—Es algo muy reciente para considerarlo. Me gusta mucho, aunque todo en mí dice que la mantenga lejos, pero cuando no está… siento como si estuviera perdiendo algo más que a ella. Como si estuviera perdiéndome a mí mismo.

En los ojos de Chiara, había una mezcla de comprensión, preocupación y una tristeza que no esperaba. Tal vez por las circunstancias de su propia boda.

—Tú no eres Massimo. No todo tiene que ser poder y control. Tal vez ella es justo lo que necesitas para recordar quién eres fuera de este mundo.

Observé por un momento las parejas bailando y deseé tanto en ese momento ser parte de una familia normal, celebrando un evento deseado por los novios. Me giré hacia ella, estudiando su rostro.

—¿Y si la pierdo? ¿Si esta vida la arruina, como todo lo que toca?

Chiara tomó mi mano, un gesto pequeño pero lleno de significado.

—No lo sabrás si no lo intentas. Pero, Angelo, si realmente sientes algo por ella, tienes que decidir. Porque el mundo no se detendrá para esperar a que resuelvas tus dudas, o terminarás casado con alguna de esas chicas que te observan como trofeo.

La música cambió y un par de mujeres se acercaron para llevarse a la novia, era hora de que tirara el ramo entre las solteras de la fiesta.

*

*

Un par de horas después, cuando mi hermana y su flamante marido ya se habían ido, caminé hacia la biblioteca, quería estar a solas unos momentos para llamar a Francesca. Lo intenté más temprano y la llamada saltó a buzón, pero me encontré a Massimo en el lugar, degustaba una copa de su *whisky* favorito con su habitual aire de autoridad. Era imposible entrar en una habitación con él sin sentir su presencia dominándola.

—¿Pensando en cómo gobernar el mundo desde aquí, hermanito? —dije dejándome caer en un sillón frente a él.

Massimo levantó una ceja y con una sonrisa apenas perceptible en sus labios.

—No, solo pensando en cómo asegurarnos de que todos los Di Lucca encuentren su lugar. Pronto será tu turno.

Rodé los ojos y tomé un sorbo de mi *whisky* antes de hablar.

—¿No puedes tomarte un jodido descanso? La cama de Chiara todavía está caliente. Puedes dejarme tranquilo un par de años sin que peligre la Sacra Familia.

Massimo dejó su copa y me miró directamente, su expresión era más seria de lo habitual.

—Chiara ya hizo lo que tenia que hacer por la familia, empieza una nueva vida con un hombre respetable, es hora de que empieces a pensar en hacer tu parte.

—¿Hacer mi parte? —dije con una risa incrédula—. ¿Hora de qué? ¿De seguir tus pasos? ¿De convertirme en otra pieza de tu tablero?

Massimo no se inmutó, bebió de su trago como si no tuviera mi destino en sus manos. Siempre había tenido paciencia conmigo, por eso me molestó su expresión calculadora.

—Sabes lo que necesito sin tener que darte una jodida orden y también sabes que cuando hablo lo hago en serio. Esta familia necesita la estabilidad de los tres Di Lucca, no hoy, no mañana,

tendrás todavía un par de años para asentarte, solo necesito que lo asimiles y dejes de seguir huyendo de lo que eres.

—¿Qué diablos soy para el Sacro Santo Massimo Di Lucca? ¿El rebelde hermano menor que no cumple ordenes?

—Eres un Di Lucca y eso significa algo. —Massimo se inclinó hacia adelante, con su voz cargada de intensidad—. Siempre lo ha significado, pero últimamente actúas como si quisieras algo más. Algo que no tiene lugar en esta familia.

El silencio se instaló entre nosotros, denso y pesado, sabía que estaba hablando de Francesca sin nombrarla. Mi hermano no era estúpido y a lo mejor le habían llegado informes de mis encuentros con ella.

—¿Me estás vigilando?

—No necesito vigilarte para leerte Angelo, te conozco como la palma de mi mano. ¿Quién es ella?

—No importa. Ella no pertenece a este mundo.

—Deduzco que la has investigado y sabes quién es.

—No, no quiero hacerlo, quiero por una jodida vez en mi vida, que sea normal y que tú lo respetes.

Massimo se recostó, cruzando los brazos mientras me estudiaba.

—Conoces esta vida, entiendes el juego mejor que la mayoría, sabes que no hay escapatoria para jugar a las casitas. Si la chica no sabe quién eres, es mejor que lo termines mientras puedas.

—Ella es mi problema y no voy a permitir una interferencia tuya, yo veré cuando le doy fin. Tal vez solo la quiero para pasar un rato, para no sentirme tan solo en la fría y vieja Oxford. —Mentí.

Massimo soltó una carcajada. Él sabía que estaba mintiendo.

—Cualquiera que te escuché te creería, pero yo soy tu hermano. —Dejó la copa en el escritorio—. A ti te gusta la soledad, a diferencia de Chiara.

—No quiero que interfieras en esto, me lo debes, nos sacaste a Chiara y a mí de casa sin importar lo que pensábamos.

—Yo no te debo nada, Angelo, todo lo que he hecho es por nosotros tres, honrando la memoria de nuestros padres. No puedes escapar de lo que eres. Puedes intentarlo, pero siempre volverá a ti. Si crees que la chica puede ser parte de tu vida, tendrás que hablarle con sinceridad y si no puedes hacerlo, tal vez sea hora de que enfrentes la verdad.

—¿La verdad? —pregunté desafiante—. ¿Cuál es la verdad, Massimo?

Él me miró directamente a los ojos, con la expresión inquebrantable.

—La verdad es que para tenerlo todo tienes que saber jugar tus cartas, sobre todo encontrar a alguien que quiera hacer tu aliado, de eso se trata todo, de escoger quien pueda darte amor y lealtad y eso no lo consigues por un golpe de suerte.

Sus palabras quedaron resonando en mi mente mientras se levantaba y caminaba hacia la puerta.

—No dejes que tus sentimientos te hagan débil, hermano. Es lo único que puedo aconsejarte. —Se detuvo un momento con la mano en el picaporte—. Porque cuando te toque sentar cabeza, no será solo por ti. Será por todos nosotros. Tómate el tiempo que necesites para vivir tu romance, no investigaré a la chica. Es mi regalo para ti, espero que no exploté en tus manos o peor, en las mías.

Lo vi salir de la habitación, dejándome solo con mis pensamientos y el peso de sus palabras. Sabía que tenía razón, pero aceptar esa verdad, era más difícil de lo que quería comprender. Francesca era una fuerza que no podía ignorar, pero mi hermano me había recordado que cada decisión conllevaba un precio y no estaba seguro de si estaba dispuesto a pagarlo.

CAPÍTULO 10

Francesca

Todo el vuelo estuve atrapada en la tormenta de mis pensamientos. Las palabras de Carla resonaban en mi mente una y otra vez, como un eco persistente. Angelo Di Lucca, nieto del temido Vinicio Di Lucca. Crecí escuchando historias sobre *El capo di capi*, sobre cómo su hijo abandonó Italia para empezar una nueva vida en Estados Unidos y ahora descubro que Angelo es hermano de Massimo Di Lucca. La Sacra Familia… tan legendaria como peligrosa.

Recordé su sonrisa enigmática, la manera en que sus ojos recorrían mi cuerpo, como si pudiera desarmarme y volverme a armar con solo un gesto. Al comienzo había sospechado de él, pero su humor sarcástico y sus gestos de ternura lo hacían demasiado humano y cálido para haber crecido en el mundo que lo rodeaba, pero mi suposición resultó ser cierta.

¿Y si estaba jugando conmigo desde el principio?

Mi decisión estaba tomada, terminaría con él. Era lo sensato, era lo seguro. Era la única manera de evitar que este enredo alcanzara a mi familia con consecuencias funestas.

Cuando llegué a mi apartamento, estaba agotada, pero la resolución me mantenía firme. Abrí la puerta, encendí las luces y dejé mi maleta junto a la entrada. Me repetí las palabras que diría, practicando el tono de voz que usaría para que pareciera que no me importaba, aunque cada parte de mí estuviera gritando lo contrario.

No podía arriesgarme, no podía dejar que alguien como él se acercara a mí, era complicado.

Fui a la cocina para prepararme una taza de té. Acababa de deshacer la maleta que Carla insistió que trajera, cuando el timbre sonó. Me congelé, solo podía ser él. Mi corazón empezó a latir tan rápido que apenas podía respirar. Observé alrededor, no había desorden ni evidencia alguna de mi viaje.

Otra vez el timbre. No necesitaba mirar por la mirilla para saber quién estaba al otro lado, porque lo sabía, podía sentirlo. Peiné mi cabello con las manos y lo puse detrás de mis orejas. Abrí la puerta con cuidado y ahí estaba Angelo, con su chaqueta oscura y ese aire relajado que era su escudo contra el mundo. Sus ojos me buscaron y en ellos había preocupación.

—Francesca —dijo, su voz estaba cargada de algo que no pude descifrar al instante—. No sabía si estarías aquí.

Me quedé inmóvil, cada palabra que había planeado decir quedó atascada en mi garganta. ¿Cómo podía hablarle de lo que sabía cuándo verlo me hacía olvidar todo lo demás?

—Acabo de llegar de la biblioteca —mi tono fue más frío de lo que pretendía.

—Te llamé tan pronto aterricé, pero tu móvil saltó a buzón.

Recordé que había dejado el teléfono en modo avión.

—Necesitaba concentrarme, lo puse en modo avión.

—¿Pasó algo? —Inclinó ligeramente la cabeza, estudiándome como si quisiera leer mis pensamientos—. Pareces… distante.

Tomé aire, intentando recuperar el control. «Esto es lo que debo que hacer. No puedo dejarme llevar».

—Nada importante. Solo estoy cansada —mentí.

—Ni siquiera me has hecho seguir —señaló, dando un paso adelante.

La proximidad hizo que mi corazón latiera con más fuerza. La calidez que emanaba de él era casi desconcertante y por un estúpido

momento, quise solo cobijarme en sus brazos y buscar solución a este disparate que eran nuestras vidas.

—Francesca… —su susurro fue casi una súplica. Extendió una mano hacia mí, y antes de que pudiera detenerlo, sus dedos rozaron mi mejilla—. ¿Qué sucede?

«Dile» —ordenó mi mente caótica— «No le digas nada», suplicó mi corazón palpitante.

Angelo escogió ese momento para abrazarme y toda la fuerza que había reunido para enfrentar esta situación se desmoronó. Su toque era demasiado familiar y real. La imagen de un hombre peligroso, un mafioso, se desvaneció, reemplazada por el recuerdo de su risa, de nuestras conversaciones ante un café, de las confidencias debajo de las sábanas, de cómo hacía que mi mundo pareciera menos oscuro.

—Nada —murmuré, apartando la mirada—. Estoy bien.

Lo dejé entrar, no solo al departamento sino a un espacio más íntimo, al caos que era mi vida. Cada abrazo y el beso de él en mi cabello, borraba de golpe la línea que había tratado de trazar entre nosotros.

Se separó de mí y se quitó la chaqueta, dejándola sobre la silla como si estuviera acostumbrado a mi espacio. Se acercó de nuevo y yo crucé los brazos. Me observó con algo de diversión.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar.

Eludí la pregunta y le ofrecí algo de beber. Fui a la cocina y abrí el mueble donde guardaba su *whisky* favorito. Sí, tenía su bebida favorita en mi casa. «Péguenme un tiro ya, por Dios».

—Está bien —señaló, estudiándome con cuidado mientras se acercaba.

Su mirada me mostraba el reflejo de la cautela y la necesidad. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, tocó un mechón de mi cabello.

—Te extrañé —soltó en un susurró—. Jodidamente, te extrañé.

Entonces, sin decir nada más, me atrajo hacia él en otro abrazo. Su calor era reconfortante, y aunque sabía que debía mantenerme firme, no pude evitar hundirme en él. Nos quedamos así por lo que parecieron horas, en un silencio que decía más de lo que cualquier palabra podría expresar. Finalmente, se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Te necesito —dijo mientras tomaba mi rostro en sus manos. Yo fijé mi mirada en él—. No pensemos, no esta noche.

No pude evitar devolverle una sonrisa pequeña, aunque el nudo en mi pecho seguía presente. Asentí, permitiéndome ese instante de debilidad.

Lo tomé de la mano y nos dirigimos a la habitación. Aunque sabía que su presencia debía inquietarme, su cercanía me trajo una calma inesperada. Se acostó junto a mí, con su brazo rodeando mi cintura, mientras su respiración tranquila llenaba la habitación, me di cuenta de algo aterrador, no quería que esta noche terminara.

Me besó con codicia y con ternura. Le devolví el gesto, llevé mi mano a su pecho sintiendo el golpeteo de su corazón. Me besó los ojos y la frente, en un gesto que casi me hizo llorar. No podía ser que fuera el mismo hombre que me pintaba Carla, el hermano de un hombre igual de violento y sanguinario al mío, que era capaz de declarar una guerra sin cuartel si se enteraba que estaba en la cama con un integrante de otra familia criminal.

Como una adicta al crack, me entregué a él sin importar las consecuencias, a sus labios voraces y a sus manos que marcaban a fuego mi piel.

Nos amamos con ternura y desesperación, parecía que Angelo llevaba su propia batalla a cuestas, a lo mejor era tan terrible como la mía, pero esa noche llevamos nuestros cuerpos a otro nivel. Me besó con una paciencia infinita, encendiendo en mí esa necesidad que llevaba grabada en mi piel. Recorrió cada rincón, aprendiéndoselo de memoria.

Cuando su miembro se apoderó de mi interior con una cadencia muy suya, llevándome a la reina de las liberaciones. Acarició mis pechos, tocó mi sexo con pericia, lo que me hizo sentir celosa de las demás mujeres que habían pasado por su cama, quise reclamarlo para mí, de una forma posesiva y egoísta a la que no tenía ningún derecho. En un momento dado, lo aprisioné con mi sexo, brindándole un placer sublime, lo supe por la forma en que me miraba, por su respiración y sus gemidos más profundos. Quería arruinarlo para otras y supe en ese momento que no lo dejaría, que disfrutaría de él hasta que pudiera seguir esta mentira, solo rogaba que esto no nos destruyera en el proceso.

En un momento dado, me observó distraída por culpa de mis terribles pensamientos, entonces fijó mi barbilla con la punta de sus dedos.

—Eres mía, Francesca. —Escogió ese momento para soltar un gemido antes de su liberación y me susurró muchas palabras más mientras se debatía en su intenso orgasmo—. Mía —fue lo último que dijo antes de caer encima de mí.

Sabía que no sentiría esto con nadie más, cerré los ojos un momento mientras escuchaba cómo los latidos de su corazón se acoplaban con los míos. ¿Y si él pudiera ayudarme de alguna forma a salir de esto?

—¿Una libra por tus pensamientos? —musitó rato después.

Abrí la boca para hablar, para soltar todo lo que Carla había dicho y enfrentar lo que él realmente era, pero las palabras se atoraron en mi garganta. No era el momento, no cuando su mirada hacía que me sintiera expuesta de una manera que nadie más lograba.

—No es importante —mentí, desviando la mirada.

—Francesca… —susurró preocupado. Colocó ambas manos en mis hombros, obligándome a mirarlo—. Sé que algo está pasando. Si no quieres decírmelo ahora, está bien. Pero no me apartes.

Sentí cómo una lágrima traicionera rodaba por mi mejilla. Su pulgar la atrapó antes de que cayera.

—No estoy lista para hablar de eso, Angelo —admití finalmente con mi voz temblando.

Él asintió, su era expresión suave, pero sus ojos parecían analizar cada parte de mí, como si pudiera descifrar lo que no decía. Asintió de nuevo, en silencio, y su mano se deslizó hasta encontrar la mía, entrelazando nuestros dedos como si quisiera anclarme a este momento.

Mientras nos quedábamos así, en el tenue resplandor de la noche, su cercanía me hizo sentir a salvo, aunque sabía que la tormenta que se avecinaba no se detendría solo porque él lo quisiera. Me permití cerrar los ojos, fingiendo por un instante que el mundo fuera de estas paredes no existía, aunque ambos sabíamos que no podríamos escapar por mucho tiempo.

Angelo

La mañana llegó demasiado pronto, como siempre sucede cuando la jodida vida no te da un momento de respiro. Me desperté con la sensación de que algo no estaba bien, a pesar de tener el cuerpo cálido de Francesca pegado al mío. No supe por qué había una maleta en una esquina de la habitación. A lo mejor, había hecho limpieza en el armario.

Me dediqué a detallarla; la curva delicada de su nariz, los labios que siempre parecían estar al borde de un secreto, y la manera en que su respiración tranquila llenaba el espacio. Cada segundo que pasaba me atrapaba en una red de sentimientos que no me permitía soltarla.

Recordé la noche anterior, hubiera querido algo más de entusiasmo y no ese cauteloso recibimiento. Solo esperaba que no hubiese descubierto quien era, pero era poco probable. Desde que Massimo tomó las riendas de la familia, la total discreción con los medios era su lema, era su manera de protegernos. Así que dudaba

que Francesca supiera lo que ocultaba. Sin embargo, sus palabras medidas, sus destellos de tristeza y la manera en la que actuó, eran luces que no podía ignorar. Cada parte de mí quería exigirle que confiara, pero no podía hacerlo sin dejarme en evidencia.

Había algo que la consumía, pero también sabía que no podía obligarla, la confianza no se pedía o exigía, se ganaba.

Decidí hacer más ligera su mañana, podría despertarla con una buena sesión de sexo oral, pero tuvimos suficiente sexo la noche anterior; así que, preferí hacer algo que normalmente les gustaba a las chicas. Con cuidado salí de la cama, asegurándome de no despertarla.

Me dirigí a la cocina decidido a preparar el mejor desayuno para mi chica, pero al abrir la nevera, vi que no tenía los ingredientes para hacer algo decente.

Mientras meditaba en el extraño comportamiento de Francesca, me vestí con premura y fui al supermercado de la esquina, compré lo necesario para preparar unos gofres, que eran sus favoritos, y volví al departamento.

Aunque había prohibido que Massimo investigara sobre ella, yo no era tan tonto como para estar a ciegas en esta relación. Realicé mi propia investigación. El apellido era común en el sur de Italia, sus redes sociales eran muy prudentes, viajes, paisajes marinos y una que otra fiesta. No compartía nada de su familia, nada de su día a día, al no encontrar evidencia negativa o algún dato que me hiciera investigar a profundidad abandoné la búsqueda. Quería que esto funcionara de verdad, por lo que no invadí su espacio personal ni privacidad. En vez de ello, quise dar un salto de fe. Quizá porque «quien busca encuentra» y yo no quería que nada me separara de lo que estaba sintiendo, por más que mi conciencia me gritaba que lo hiciera, por más que mis dedos picaban por extender la búsqueda, decidí escuchar mi corazón y no hacerlo.

En cuanto crucé el vestíbulo, el portero, un hombre mayor que siempre tenía una sonrisa cortés, levantó la vista desde su escritorio

y me saludó con un asentimiento.

—Buenos días, señor Di Lucca.

—Buenos días, Gerald —respondí deteniéndome un momento por cortesía.

El hombre sacó un paquete de la casilla de la recepción.

—¿Va a ver a la señorita Francesca?

—Sí, ¿por qué?

—¿Podría entregarle este paquete? Ya sabe, el reumatismo no me deja en paz y la pobre llegó anoche de su viaje con una maleta tan grande que no me pareció prudente cargarla con más.

Mi mente se detuvo un segundo.

«¿De su viaje? ¿A dónde fue? ¿Por qué no me dijo nada?»

Tomé el paquete, con mi rostro cuidadosamente impasible, mientras mi mente procesaba lo que acababa de escuchar.

—Claro, se lo llevaré. Gracias.

Gerald volvió a sentarse ajeno a la tormenta que se desató en mi interior.

El paquete era liviano, pero en mi mente se sentía pesado. Francesca parecía no ser alguien que viajara sin motivo y mucho menos ocultara dicho viaje sin razón alguna. Tuve el atrevimiento de coger la llave de la encimera de la cocina, así que la usé para entrar al departamento. Ella estaba en la cocina, sirviéndose una taza de café. Se veía adorable con el cabello desordenado y los labios hinchados por culpa de los besos de la noche anterior y de pronto, unos celos irracionales hicieron erupción. ¿Y si tenía un jodido novio esperándola en casa?

—Angelo —su voz denotó una mezcla de alivio y algo que no pude identificar—. Pensé que habías vuelto a tu departamento.

Solté la bolsa de las compras en el mesón de la cocina y levanté el dichoso paquete.

—El portero me dijo que olvidaste esto anoche, cuando regresaste de tu viaje.

Sus ojos se abrieron un poco más, y el ligero temblor en sus manos no pasó desapercibido para mí cuando tomó la bolsa.

—Gracias —murmuró.

La observé detenidamente, esperando que dijera algo, pero su silencio solo confirmó lo que ya sospechaba. «No quería que supiera que se había ido».

—¿Vas a decirme a dónde fuiste? —pregunté, manteniendo mi tono neutral, aunque mi mente ya estaba llena de preguntas y posibilidades.

Apartó la mirada por un momento, mordiendo su labio inferior antes de responder.

—Fue algo familiar. Nada importante.

Estaba mintiendo, eso era obvio, pero lo que me dolió no fue la mentira en sí, sino el hecho de que no se fiara mí lo suficiente como para decirme la verdad.

—Si no es nada importante, ¿por qué lo ocultaste? —insistí.

Me miró con impaciencia y con un atisbo de *¿ira?*

—Todos ocultamos cosas en algún momento, apenas nos estamos conociendo, ¿hay algo de ti que deba saber? —señaló con ironía—. Fui a una maldita reunión familiar, nada más —respiró profundo—. Tanto tú como yo, no nos hemos contado las historias de nuestras vidas. Nos conocimos hace poco, nos divertimos, follamos como conejos y ya. No creo que nos debamos algún tipo de confidencia más allá de lo que deseemos compartir.

Me molestó aún más darme cuenta que mientras yo sentía el corazón pinchado por el jodido Cupido, por primera vez en mi vida, para ella era solo un ligue. Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento vi algo romperse en su mirada, como si estuviera a punto de derrumbarse. Pero entonces, como siempre, se recompuso.

—Francesca —suavice mi voz, dando un paso más cerca de ella—. Si algo está mal, si hay algo que no puedas manejar sola, dímelo. Estoy aquí para ti.

—¡Demonios, basta ya! —deslizó sus dedos por sus cabell0s y negó con la cabeza—. ¿Sabes qué?, creo que es mejor que te vayas —dijo con el ceño fruncido, había determinación en su mirada.

—¿En serio quieres que me vaya? —expresé con incredulidad.

—Quiero estar sola. —Se giró y caminó hacia el baño cerrando la puerta tras ella.

Golpeé el mesón con el puño cerrado, por un momento quise tocar la puerta y hacerla salir, en cambio, recogí mi chaqueta y salí de su casa. Mientras bajaba las escaleras hasta mi departamento no podía quitarme de la cabeza la forma en que me miró antes de girarse y encerrarse en el baño. Como si realmente no me quisiera ahí. Como si ocultara algo.

Había hecho una investigación muy simple sobre Francesca, algo vago, porque no quería dejarla escapar, pero en realidad no la conocía. Llevábamos... ¿cuánto? ¿Dos semanas? ¿Tres?

Demasiado poco para amarla.

Demasiado tarde para no hacerlo.

Entre en el departamento y busqué mi laptop, me senté en la encimera y encendí el ordenador, sin siquiera darme tiempo para pensarlo, o que mi cerebro se decidiera, inicié mi búsqueda. Parte de mí se odiaba por eso, pero otra... otra sentía esa adrenalina familiar. Ese cosquilleo de lo prohibido.

No el de los datos, ni el de los códigos, sino el de ella.

Como la última vez, primero accedí a lo básico: redes sociales, perfiles conectados, huellas digitales perdidas y no hallé nada revelador. Francesca era como una brisa en internet, estaba, pero no podías agarrarla. Demasiado limpia. Demasiado construida.

Usé una vieja técnica de rastreo DNS, oculta tras un servidor *proxy* que mantenía en Islandia. Reboté mi señal por un par de nodos para disfrazarme. Ingresé a su historial de navegación remoto a través de un *exploit* sin parchear de su proveedor de internet. Su *router* no estaba protegido.

Mis dedos se movieron solos, como un perro de caza, buscando el escondite de la presa, hasta encontrar un servidor privado, un acceso limitado. Que guardaba una carpeta encriptada que contenía las iniciales de FRomano.

¿Quién era FRomano?

Monté un *script* de fuerza bruta, disfrazado como tráfico normal. Entré con un programa espía, intentando acceder a la información oculta en la carpeta, cuando pensé que por fin había logrado desbloquear, me topé con un cortafuego personalizado. Uno con firma. Un código que hablaba de alguien que sabía exactamente lo que hacia.

No era protección común, era defensa contra alguien como yo y estaba a punto de lanzar un desencriptador cuántico simulado, para derribar el muro, cuando dos golpes se escucharon desde la puerta.

—Angelo —su voz se escuchaba decaída—. ¿Podemos hablar? —Por un momento quise ignorarla, sin embargo, cuando ella volvió a tocar, cerré la pantalla del computador y me levanté de la silla.

Abrí la puerta, encontrándome a Francesca con el cabello mojado, piel brillante, los ojos vidriosos, y una expresión arrepentida.

—Lo siento. —Sus brazos rodearon mi cintura—. No debí haberte hablado así, supongo que puedo culpar a mi síndrome premenstrual.

Mi corazón se saltó un latido. Quise abrazarla y empujarla al mismo tiempo.

Quise amarla y también preguntarle qué carajo escondía, pero no lo hice. En lugar de eso, la tomé de la mano, cerré la puerta y dejé que se acurrucara contra mi pecho como si el mundo fuera a acabarse.

—Está bien —dije finalmente, retrocediendo un paso—. Pero sabes que puedes hablar conmigo cuando estés lista, ¿verdad? —Ella asintió.

No la presioné más, al menos no en ese momento. No porque no quisiera respuestas, sino porque sabía que empujarla podría hacerla cerrar aún más la puerta que había entre nosotros.

—Uno de los socios de mi padre murió de un infarto —dijo, su voz baja—. Solo fui a dar mis condolencias. Estuve allí dos días, nada más. No vi la necesidad de contarte. —Me observó con cautela —. Traje ropa de casa porque el frío aquí es más cruel que allá y no tenía casi nada que ponerme. —Se colocó en puntillas y unió sus labios contra los míos. Dejé que su boca encontrara mi cuello y que todo lo que había sentido hace una hora se disolviera como humo e hicimos el amor como si nos estuviéramos perdonando por algo que nunca dijimos.

Sin embargo, mi memoria me recordaba constantemente la carpeta y el muro que protegía a FRomano.

CAPÍTULO 11

Francesca

Pasé la noche en el departamento de Angelo. Recostados en su cama busqué las palabras correctas con las que pudiera explicarle mi situación, pero nada era adecuado, a pesar de que lo intenté en varias ocasiones, no fui capaz, en cambio dejé que sus brazos se convirtieran en mi refugio.

Por la ventana se colaba un rayo de luz del faro que iluminaba la calle. Sabía que estaba jugando con fuego y que tarde o temprano me quemaría, pero una parte de mí, no quería dejarlo ir.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en voz baja, enredando sus dedos en uno de mis rizos.

—En nada… —Me moví pegándome más a su pecho, escuchando el latido de su corazón.

—Mírame —ordenó con ternura.

Alcé el rostro perdiéndome en sus ojos, la calidez de su mirada me atrapó con la guardia baja, mi pecho se contrajo y me entraron unas inmensas ganas de llorar.

Mi corazón me gritó que hiciera algo, que dijera lo que me atormentaba, quizá si le pedía ayuda… No. Porque si su familia tenía tratos con Daniele no arriesgaría los negocios por una mujer. Los hombres que nacen en el mundo de la mafia siempre pondrán los negocios y la riqueza de la organización sobre su corazón, lo vi en Michele que eligió a Gianella y el poder sobre su relación con Carla.

Suspiré con fuerza, sintiéndome en una encrucijada, si Michele se enteraba de lo que estaba sucediendo, haría que volviera a casa

inmediatamente, si Daniele lo descubría, mi vida y la de Angelo correrían peligro. Además, estaba mi molestia por lo que él me ocultaba, pero no podía hacer nada, mis sentimientos eran un vaivén de emociones que iban de la profunda atracción a la desconfianza y la indignación, pero una mirada a sus ojos y todo eso desaparecía, para después de unos momentos volver a empezar. Él me mentía, no tenía derecho sobre mis emociones, me repetía, pero tenía temor a enfrentarlo.

—Nunca quise tanto poder entrar en la cabeza de una mujer, tener un súper poder que me hiciera leer sus pensamientos, conocer sus emociones —soltó Angelo, sacándome de mis divagaciones, acarició mi mejilla.

Su toqué me hacía sentir expuesta, como si por un instante su deseo se cumpliera y pudiera atravesar mis silencios por un segundo, quería decírselo todo. Quería que supiera quién era realmente, dejar de esconderme detrás de esta versión cuidadosamente construida de mí misma.

—Angelo —comencé, pero mi voz tembló, traicionándome.

—Dímelo, *carissima*, dime eso que atormenta tus pensamientos. —Su expresión cambió, su mirada se tornó preocupada, cerré los ojos y negué con la cabeza—. Dime…

—Nada. Solo, te extrañé. —La mentira se deslizó de mis labios con facilidad, odiaba ser yo quien colocara esta distancia entre nosotros.

Él no parecía convencido, pero no me presionó. En cambio, me envolvió con su brazo, acercándome aún más a su cuerpo. A pesar de que la culpa me estaba comiendo viva, me acurruqué entre sus brazos aspirando su olor, cálido y familiar, como madera y algo dulce que no podía definir.

Mi corazón latía tan rápido y descubrí con una certeza aterradora, que era tarde para mí. A pesar de que mi mente gritaba que tenía que alejarme, mi corazón y mi alma le pertenecían a

Angelo, aunque llevábamos poco tiempo conociéndonos. Lo peor de todo, era que tarde o temprano, tendríamos que separarnos.

Angelo

Cuatro meses después.

Los últimos meses habían sido una locura, la Sacra Familia se vio envuelta en una guerra en apoyo a Los hermanos Costa. Valentino Costa, era toda una joya, el cabrón tenía una amante antes de casarse con mi hermana. Una amante que le vio la cara de imbécil.

Cada vez que recordaba todos los problemas que el hijo de puta, trajo a mi familia, me daban ganas de meterle una bala en la cabeza. Si no fuese por Chiara y Massimo, los gusanos estarían dándose un festín con su jodido cuerpo.

Viajaba de Oxford a Nueva York muy a menudo, lo que hacía que perdiera algunas horas de clase. Gracias a Francesca, podía mantener un equilibrio entre el caos de estudiar Finanzas en una universidad que parecía querer devorarnos vivos, y ayudar a mi hermano y a Vito a hackear las cuentas de los Yakuza, además de los movimientos de uno de los capos del cártel mexicano con el que mi hermano hizo negocios hacía años.

Quién iba a imaginar que los mexicanos iban a sublevarse y aliarse con una organización japonesa, para quedarse con el control de Nueva York. Pero para guerras, mi familia, desde que papá murió, lo que más habíamos ganado era enemigos. Entre los irlandeses, los rusos, los japoneses y por supuesto, los mexicanos, habíamos llenado la cuota en menos de diez años.

En ese momento, estaba perdidamente enamorado de Francesca a pesar de los silencios y de las dudas que a veces me asaltaban, pero había estado tan distraido con los problemas de mi familia, que no había tenido ni tiempo ni ganas de profundizar en la carpeta encriptada, un asunto pendiente que tendría que enfrentar

en cualquier momento. Mis pensamientos volvieron a mi familia, la Sacra Familia no necesitaba un enemigo más, porque estaban haciendo que Massimo envejeciera prematuramente.

Dejé la maleta en la entrada de la habitación. Sonreí cuando vi a Francesca dormida entre mis sábanas. A menudo, cuando estaba de viaje, prefería quedarse en mi departamento porque mi cama era mucho más cómoda que la suya. Nuestra relación se mantenía a pesar de mis viajes y lo duro que estaba siendo la escuela, teníamos casi cinco meses juntos. Tiempo desde que nuestros mundos colisionaron, dejándonos atrapados en un extraño equilibrio entre lo que somos y lo que no decíamos.

Francesca había sido enfática en no colocar etiquetas a lo que estábamos viviendo, al principio me gustó la idea, nunca había tenido una novia, a pesar de que tuve varios romances en Chicago, la palabra parecía más seria cuando realmente la persona que despertaba ese sentimiento importaba, incluso ahora podía entender un poco a Massimo y a Salvatore. A pesar de que cada minuto con ella me hacía sentir vivo y que lo que sentía era más fuerte de lo que había sentido por cualquier otra mujer, el tiempo no había hecho que sus muros desaparecieran. Lo veía en la forma que evitaba mi mirada cuando hacía una pregunta sobre su vida, o en lo tensa que se ponía cuando su celular sonaba.

Una parte de mi quería investigar, escudriñar hasta la mugre que se escondía detrás de Francesca Vitale, la otra tenía miedo de empujarla tanto que rompiera lo que habíamos construido. Era un hipócrita queriendo descubrir sus esqueletos cuando mi armario era mucho más grande de lo que seguramente era el suyo.

Admiraba quien era, su educación, su inteligencia y que no había podido ganarle en el tenis, lo que me calentaba muchísimo.

Me desnudé rápidamente y me metí a la cama, atrayéndola a mi pecho. Los mechones de cabello cubrieron su rostro y los reacomodé tras su oreja, haciéndola abrir los ojos.

—Hola… —susurré, buscando su boca.

Dejó que yo fuese quien comandara el beso, sus labios se movieron junto a los míos de manera casi perfecta hasta que me separé.

—¿Qué horas es? —su voz era somnolienta.

—Quedan dos horas antes de que tengamos que ir a clases —murmuré, aferrándola a mi cuerpo.

—¿Cómo está tu hermana?

Chiara, había sido lo más difícil de abandonar Chicago, dejar a mi hermana cuando aún no se recuperaba del todo, condenándose por cosas que no eran su culpa y ver la luz de sus ojos apagarse, fue realmente duro. Afortunadamente, ella empezaba a superar su trauma y el imbécil de su marido me juró que la amaba y que la protegería.

—Mucho mejor.

Le mentí a Francesca, diciéndole que Chiara había tenido un accidente de tráfico, odiaba mentirle, pero no es como si pudiera decirle, que iba a Chicago para ayudar a mi hermano a acabar con una guerra y que mi hermana estaba traumatizada, luego de que mataran a nuestro mejor amigo frente a sus ojos.

No pude llegar al funeral de Santino, debido a unos exámenes, pero me aseguré de que sus hermanas supieran lo mucho que me dolía su partida. Santi, amó secretamente a Chiara durante muchos años, al punto que dio su vida por ella y estaba completamente agradecido por ello, porque no imagino una vida sin mi hermana.

—¿Terminaste el análisis para la clase de modelos económicos? —inquirió, respirando profundamente.

—Sí, en el avión… Solo tengo que… —bostecé—, imprimirlo.

—La alarma sonará en una hora, y veinte minutos —susurró contra mi pecho.

Aunque dormí un poco en el avión, fue su respiración suave contra mi cuello y su cuerpo cálido junto al mío lo que me hizo

dormir de verdad.

Cuando volví a abrir los ojos, Francesca estaba frente a mí con una taza con café.

—Levántate o llegaremos tarde —murmuró, dejando la taza en la mesa de noche—. Tienes diez minutos para desperezarte y parecer una persona funcional. Me voy antes, así imprimiré tu ensayo en la biblioteca. —Dejó un beso suave en mi boca. A pesar de que deseaba tomarla de la cintura y devolverla a la cama, sabía que tenía que presentarme hoy a clases.

*

*

El profesor Milburn garabateaba ecuaciones en el pizarrón, mientras que la mayoría de los presentes estaba batallando contra el sueño. A pesar de que dormí un par de horas, el *jet-lag* estaba pegándome con fuerza y prácticamente dormitaba sobre mis apuntes, cuando la voz del profesor se alzó en el salón.

—Señor Di Lucca, si una empresa tiene una ratio de deuda a capital del 2:1, ¿qué implica eso para sus operaciones? —Ante el llamado de atención de Milburn. Pestañeé intentando conectar mi cerebro—. Señor Di Lucca.

Miré a Francesca que cubría su boca con su mano en un vago intento por no reírse.

—Eh… que… que la empresa… ¿Tiene dos de algo? —La clase entera estalló en carcajadas—. Dos deudas por cada… algo —intenté arreglar mi respuesta, pero ya era demasiado tarde.

El profesor Milburn negó con la cabeza.

—Presté más atención, señor Di Lucca —murmuró reprobatoriamente, antes de girarse nuevamente al pizarrón, explicando sus garabatos.

—Así que… ¿Dos de algo? ¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —se burló Francesca. Antes de colocar una botella de energizante a

mi lado—. Lo necesitas más que yo, para que te enteres, estamos en mitad de un debate sobre riesgos financieros.

Llevé la bebida a mis labios, le di un generoso sorbo y me estremecí ante el sabor amargo del líquido.

—¿Qué diablos es esto? —pregunté, devolviéndole el vaso, definitivamente prefería quedarme dormido que beberlo.

—Es un nuevo sabor —me informó, regresándome la bebida—. Tómatelo, porque si el profesor vuelve a llamar tu atención, terminarás como ejemplo práctico en el tema de «malas decisiones de inversión».

Milburn dejó de garabatear dirigiéndose ante su audiencia.

—Bien, señores y señoritas, hagamos algo de ejercicio práctico. Quiero que trabajen en parejas y desarrollen una estrategia para gestionar una inversión riesgosa, pero potencialmente lucrativa. Presenten sus ideas en la siguiente clase.

—Perfecto. Esto será divertido —dije recostando mi cabeza sobre su hombro.

—Vamos, no puede ser tan difícil. Podemos simular una inversión en criptomonedas emergentes —dijo Francesca con rapidez.

—¿Criptomonedas? Genial, invirtamos en «Dogecoin del Espacio». Seguro que suena prometedor.

Ella me fulminó con la mirada.

—Céntrate, Angelo. —Se levantó haciéndome trastabillar—. Vayamos a la biblioteca, no quiero ser la pareja que haga el ridículo. —Guardó sus cuadernos en su mochila—. Andando.

—¿Tiene que ser hoy?

—Sí… tiene.

—Está bien, pero esta noche te quedas en mi departamento —negocié con ella.

—Esta noche lo mejor para ti será dormir.

—Duermo mejor si estás a mi lado. —La atraje a mi cuerpo y dejé un beso en su cabello.

—Vamos a la biblioteca. —Prácticamente me arrastró a pesar de mi débil propuesta.

Estaba riendo conmigo y a expensas mías, cuando su teléfono sonó, buscó entre su mochila hasta dar con el aparato, miró la pantalla como siempre la expresión en su rostro cambió a una fastidiada.

No era un secreto para mí que las llamadas de su hermano no eran sus favoritas.

—¿Todo bien? —pregunté, mientras el teléfono seguía sonando.

—Vuelvo en un segundo… Es mi cuñada.

Si las llamadas de su hermano no eran sus favoritas, las de su cuñada eran un completo incordio.

—¿Fran? —la llamé, pero ella ya estaba alejándose, caminando hacia la esquina más apartada de la biblioteca.

Intenté darle su espacio mientras buscaba por dónde empezar nuestra investigación. Elegí una mesa junto a la ventana, con vista directa pasillo, y desde allí busqué a Francesca. Ya no estaba donde la había visto minutos antes.

En cambio, la vi cruzar el umbral del salón con pasos rápidos, casi nerviosos, como si quisiera mezclarse con los estudiantes que empezaban a llenar el pasillo. Su espalda estaba rígida, y su mano derecha se cerraba en un puño que apenas se notaba desde mi posición. No miró atrás, pero todo en su forma de caminar gritaba que estaba huyendo. De algo. O de alguien.

CAPÍTULO 12

Francesca

Estaba tomándole el pelo a Angelo, por el incidente en clases, cuando la melodía de mi celular sonó. Busqué en mi mochila y me detuve cuando vi el nombre de Gianella en la pantalla. Inmediatamente pensé en Michele.

—Vuelvo en un segundo —dije sin mirar a Angelo.

Lo escuché decir que buscaría lugar para nosotros, pero ya estaba caminando hacia el otro lado de la biblioteca al tiempo que contestaba a mi cuñada.

—¿Michele, está bien? —contesté, sintiendo un sudor frío recorrerme la espalda.

—Soy yo. —La voz de Michele me arrancó un suspiro de alivio. Me recosté contra la columna, agradeciendo a Dios que mi hermano estuviera vivo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me llamas desde el teléfono de Gianella?

—No sé dónde quedó el mío. Estamos en la casa de campo de Franco Vitello, en Positano. —Hizo una pausa. El silencio me tensó el estómago—. Tuvimos un ataque directo, Francesca. Vinimos por seguridad.

—¿Estás bien? —mi voz sonó más aguda de lo que pretendía.

—Los jodidos rusos pusieron una maldita bomba en nuestra casa. Voy a matar a esos hijos de puta. —Su tono era un filo cortante—. Adelantaremos tu compromiso. Será este fin de semana.

—¿Qué? ¡Espera! —Me aparté de la columna y salí de la biblioteca, chocando con un par de estudiantes que me lanzaron miradas molestas.

—No, no hay nada que esperar. Daniele va a ayudarnos a desterrar a esos malditos de nuestro territorio. He hablado con él. Nos proporcionará armas y…

—Michele, espera…

—¡No! —bramó, y tuve que alejar el teléfono de mi oído—. Vas a hacer lo que tienes que hacer. Por tu familia. Por esta familia.

—¡No! —mi grito asustó a un par de chicos que se giraron a mirarme—. No puedes disponer de mi vida. Estoy en exámenes, no puedo planear una fiesta de compromiso ahora. —Sabía que era una excusa patética, pero recé por que funcionara.

—El compromiso será el fin de semana, Francesca. Gianella, su madre y su hermana ya están encargándose de todo. Haremos la fiesta aquí, en la casa de los Vitello.

—¡Michele!

—El avión te esperará en el hangar mañana a las once treinta. La fiesta será el sábado por la tarde. Carla te enviará tres opciones para que elijas qué vestir. No me des problemas, te necesito. Ahora más que nunca, la 'Ndrangheta necesita aliados. —Cortó sin darme oportunidad de responder.

Me quedé con el teléfono en la mano, escuchando el pitido seco de la llamada finalizada. El pasillo se sentía frío, como si de repente el aire hubiera cambiado de densidad. Afuera, el cielo estaba cubierto de un gris pesado, amenazante, idéntico al que parecía cubrir mi futuro.

Quería gritar, romper algo. La rabia me consumía, sentía mi pecho apretado. ¿Cómo se atrevía a decidir mi destino? ¿Cómo podía decirme con tanta frialdad que «tenía que sacrificarme por la familia»? La respuesta era clara, a él no le importaba mi vida, ni mis deseos, mis sueños no importaban.

Inspiré hondo, intentando calmar la presión en mi pecho, pero el eco de sus palabras seguía martillando mi cabeza.

Sabía que, si subía a ese avión, ya no habría marcha atrás.

Vi a Angelo serpentear entre los estudiantes intentando llegar donde estaba, pero no podía enfrentarlo en este momento. Di la vuelta buscando salir del lugar antes de que él me alcanzara. No me importaron las personas con las que tropecé, corrí sin importarme que Angelo gritara mi nombre, pidiéndome que me detuviera. Corrí hasta perderme en el campus entre la multitud, que me observaba pero que apenas yo podía ver. Escapé por las calles empedradas de la ciudad hasta llegar al jardín botánico, pasé ahí gran parte del fin de semana mientras Angelo estaba en Chicago, rodeada de árboles. Era el lugar que más calma me daba, un refugio secreto entre la naturaleza.

Me senté en uno de los bancos de madera una vez estuve en el invernadero, mirando hacia el horizonte, donde la torre de la iglesia se anteponía a las nubes bajas. Me abracé, dejando las lágrimas correr mientras el olor a tierra húmeda y hojas secas, me envolvía.

Mi compromiso era en cuatro días. Mi vida, mis acciones y mi futuro estaba reducido a un acuerdo con beneficios para terceros, no podía recordar a Michele siendo tan calculador y frío, incapaz de verme más que como una pieza en su juego de ajedrez.

Me repetí una y otra vez, que, en cuatro días, Daniele Esposito colocaría un anillo en mi dedo, que marcaría el inicio de mi condena. Cerré los ojos, queriendo creer que era una pesadilla y que despertaría, para estar en los brazos de Angelo. Pero sabía que no era así. En cuatro días, un hombre que no conozco sellaría una promesa que lo convertiría en mi esposo. No por elección, sino por imposición.

La imagen de Angelo volvió a mi memoria, el hombre que amo, el que me miraba como si fuese el centro de su universo.

Pensé en qué diría si le contaba la verdad, si le confesaba quién era realmente y lo que debía hacer en nombre de la familia.

Angelo procedía de una familia poderosa, de una familia italiana que también tenía que ver con el crimen organizado. Él tenía los medios y las conexiones para salvarme de esta locura, pero ¿y si no lo hacía? ¿Si al contarle mi verdad se sentía traicionado? Tuve casi cinco meses para contarle la verdad, para decirle quién era y no lo hice. Decírselo sería liberarme, sería compartir esta carga que me estaba rompiendo por dentro.

Me sentía como si estuviera atrapada en un cuarto sin salida. La furia me golpeaba como una ola, pero el miedo era lo que me paralizaba. Tenía miedo de enfrentar a mi hermano, de enfrentarme a la familia y de perder a Angelo. Dolía tanto que apenas podía respirar.

No supe cuánto tiempo estuve ahí, entumecida. Pero ya era de noche cuando me puse de pie y caminé hacia casa, una ligera lluvia caía. Subí las escaleras sintiendo cómo si cargara una pesada loza de cemento en mi espalda, la puerta del departamento de Angelo estaba cerrada, quise refugiarme en sus brazos, pero no estaba lista para verlo ni para darle explicaciones. Así que subí el último tramo de escaleras hasta llegar a mi pequeño piso. Angelo estaba sentado frente a mi puerta con la cabeza baja y la misma ropa que usó por la mañana.

—Fran. —Me refugié entre sus brazos y tomó todo de mí no derrumbarme y llorar—. ¿Estás bien? —Acunó mi cara revisándome detenidamente. Estaba segura de que tenía los ojos inflamados y la nariz colorada—. Te llamé muchas veces, ¿qué sucedió? ¿Está bien tu hermano?

Me aparté para sacar mis llaves y abrí la puerta sin decir una palabra.

—Fran…

Tiré mi mochila y me giré hacia él, tomando su boca con firmeza. Lo necesitaba, lo necesitaba más que cualquier cosa ahora

mismo.

Angelo

Me llevé el teléfono a la oreja y volvió a irse a buzón, ya había perdido la cuenta de todas las veces que le llamé; siempre con el mismo resultado.

«¿Fran, por favor, solo dime dónde estás?». Debí correr más rápido, alcanzarla.

Bajé mi cabeza justo en el instante en que ella llegó. Me levanté rápidamente y la abracé con fuerza, antes de detallarla, en busca de eso que estaba mal. Tenía los ojos inflamados, la nariz y las mejillas sonrojadas, como si hubiese estado llorando por largo tiempo, verla así hacía que mi corazón doliera, que quisiera arrancarme la piel si con ello podía aliviar su pesar. Se soltó de mi abrazo y abrió la puerta del departamento. A pesar de que tenía una llave de mi piso, nunca me dio la suya, no lo vi mal, ni siquiera me molesté en pedírsela.

—Fran…

Ella soltó su mochila y en un parpadeó atrapó mi boca, fue tan inesperado y fuerte, que perdí el equilibrio trastabillando hacia atrás. Intenté hablar una vez más, queriendo averiguar qué estaba sucediendo, pero ella apretó mi cabeza a la suya. Me aferré a su cintura y caminé hacia la cama, olvidando mis preocupaciones y me centré en lo que ella necesitaba de mí.

Quitó mi camisa y abrió con premura el botón de mis pantalones, como si necesitara sentirme, tenerme, cerciorarse de que estaba ahí. Era como un huracán categoría cinco, sus manos se movían rápidamente, intentando abarcarme por completo. Tomé sus manos colocándolas sobre su cabeza, cortando su beso feroz para dejar pequeños besos en la curvatura de su cuello.

—Angelo —susurró, mientras descendía por su torso hasta quitar su camisa y su sostén negro, que contrastaba perfectamente con su piel pálida.

Joder, era *sexy* y nunca me cansaría de decirlo.

Mis manos se movieron lentamente por su piel, su abdomen suave y tonificado, sus pechos tersos y llenos. Mis propias necesidades se reducían cuando ella gemía y se revolvía por mis atenciones. Deslicé mis dedos por la pretina de sus *jeans* y los bajé lentamente por sus piernas. A pesar de que solté sus manos, ella las mantuvo sobre su cabeza. Mi polla palpitó al ver la tanga de encaje negro a juego con el sostén. Pude ver la humedad que cubría la tela, tiré hasta que se rompió y palpé el líquido entre sus piernas. Francesca se movía, gimiendo mi nombre mientras mis dedos acariciaban su sexo y se deleitaban con su humedad.

—Angelo… no juegues… por favor… te necesito, por favor.

Cada una de sus palabras y sus jadeos me hacían querer devorarla por completo.

—¿Qué necesitas, *carissima*? Dime qué quieres… —Deslicé los dedos en su interior, mi pulgar sobre su clítoris antes de cernirme sobre ella, para besar su cuello.

Jadeé sobre su cuerpo cuando su mano arropó mi erección. Mi boca fue brusca y demandante y mi lengua masajeaba la suya, mientras mis manos se enterraban en su cadera. Mi erección se cubrió con su excitación cuando me llevó justo donde me necesitaba. Empujé en su interior lentamente, pero ella siguió removiéndose, rozándose contra mi piel, mostrándome que no quería suavidad que me quería apasionado y salvaje, me introduje en su sexo de un solo empujón.

Ella se arqueó debajo mí, su coño estaba húmedo, caliente y mi miembro la llenaba completamente. Gruñí contra su boca, mientras enredaba sus piernas en mi cadera, la follé sintiendo cada roce, cada jadeo, cada humedad.

—Fran —gemí mientras me movía en su interior—. Mierda, *carissima*. —Sentía que me estaba consumiendo en ella—. Joder… —Empujé más fuerte, más profundo, pero no demasiado rápido.

Ella chilló mi nombre y uní mi frente a la suya. Nuestros alientos se mezclaron, jadeamos juntos. Su cuerpo aceptó mis embestidas y empezó a tensarse, pude sentir mis testículos preparados para correrme. ¡Joder, el placer era alucinante!

—Vente para mí —murmuré en su oído—. Vamos, bebé córrete para mí. —Su boca se abrió y su cuerpo se tensó. Contuve la respiración intentando alargar mi orgasmo, mientras ella se contrajo a mi alrededor. Di una última embestida profunda, derramándome en su interior.

Estaba exhaust0 cuando rodé a su lado, pude ver que ella también estaba agotada y que la expresión desolada en su rostro había desaparecido y eso me dio calma.

Francesca se levantó de la cama y caminó hacia al baño, la imité, terminando de desvestirme antes de recostarme de nuevo. Si era sexo lo que ella necesitaba, estaba dispuesto para que me tomara todas las veces que considerara necesarias. Para cuando ella salió del baño, yo estaba bajo las cobijas. Ella llevaba puesta una camisa de las mías que hacía tiempo no veía y pensé que había dejado en uno de mis viajes a Chicago. Se metió bajo las cobijas y la atraje a mi pecho, pensaba que iba a abrirse conmigo; sin embargo, permaneció en silencio. Besé su cabeza, dándole su tiempo mientras la habitación se sumergia en el silencio.

Estaba a punto de quedarme dormido cuando ella dijo las palabras que no creí escuchar al menos en un tiempo.

—Te amo… —susurró. Al principio creí que escuché mal pero entonces ella se movió hasta que nuestros rostros quedaron frente a frente—. Te amo, Angelo.

Moví unos mechones de su cabello hasta dejarlos tras su oreja; no pude evitar sonreír, aunque su semblante recobró la expresión de tristeza.

—También te amo —le dije antes de acercarme a su boca. Nos besamos por un tiempo, sin pausas, pero sin prisas, luego abrazados y desnudos, nos quedamos dormidos.

Francesca no fue a clases el día siguiente, pero yo tenía varias faltas acumuladas, por lo que no podía tomarme un día libre sin una justificación apropiada. Además, ya me había saltado un par de horas el día anterior. Se sentía extraño no tenerla junto a mí en clases, intenté enfocarme en el estudio, pero se me estaba haciendo difícil.

Estaba comiendo un sándwich de pavo durante el almuerzo, cuando mi teléfono empezó a sonar, contesté rápidamente al darme cuenta de que era Massimo.

—¿Qué pasa con Chiara? —Me levanté y tiré los restos a la basura. Mientras me dirigía hacia mi siguiente clase.

—¿Chiara? Ella, está bien. Valentino y ella están en una cita o algo así.

—Así que el cabrón dijo la verdad.

—Te dije que se enamorarían —dijo mi hermano solemne—. Por cierto, la hija de los Ferrer será presentada en sociedad en un mes, podrías venir y…

—No, me diste un par de años.

—La chica es linda, educada y de buena familia. Será una muy buena espos…

—Massimo —lo interrumpí—. ¿Solo llamaste para eso?

—Cara, quiere saber si vendrás para Navidad.

—Por supuesto, el semestre acabará en un par de semanas. Llevaré a Francesca conmigo.

—Angelo —la voz de mi hermano se tornó seria—. ¿Crees que es la indicada?

—No será alguien de nuestro mundo, pero es a quien quiero como mi esposa.

—¿Ella ya sabe de ti? ¿Sabe quién eres? Recuerda que para Antonella no fue fácil adaptarse a este mundo, es una de las razones

por las que nos casamos en familia o se hacen treguas y se forman lazos con familias cuyos hijos, nacen y crecen en nuestro mundo.

—Le contaré todo antes de llevarla —intenté que mi voz no titubeara.

—Ah, ¿sí? ¿Le dirás que has asesinado, coaccionado y que eres un experimentado hacker que lleva todas las operaciones de informática de nuestra organización? —se burló— Despierta, Angelo, huirá apenas le cuentes la historia de nuestra familia —su voz cambió a fría y calculadora.

—Francesca, me ama —declaré y no pude evitar sonreír al recordar cómo ella lo había dicho por primera vez.

—Espero que así sea, hermano. Piénsalo muy bien antes de cualquier decisión que tomes —hubo una pausa antes de que volviera a hablar—, pero no llamaba por eso. Hay un evento en Positano el próximo sábado…

—Me parece bien que viajes a Italia… —lo interrumpí intuyendo lo que venía.

—Yo no puedo ir, aunque atrapamos a Tanaka y dimos de baja a Isaías, he estado fuera de Chicago mucho tiempo, hay asuntos que atender, tanto en Luxor como en la familia. Tú estás cerca a Italia y no tienes clases esos dos días; así que se me ha ocurrido que seas tú quien vaya en representación de la Sacra Familia.

—Supongo que no puedo negarme.

—Ese es mi hermanito, muy inteligente…

—¿Qué tipo de fiesta es?

—Un compromiso matrimonial —me informó. Genial, odiaba los compromisos—. Acompañarás a Valentino, ya que Vito quiere empezar a darle obligaciones directas en cuanto a su organización, te enviaré por correo los tiquetes de avión.

Terminé la llamada con Massimo justo antes de que mi nueva clase empezara.

Pasé a un *pub* por hamburguesas, papas y malteadas antes de llegar a casa. Había sido un día estresante y para cuando llegué a mi edificio estaba agotado. Subí las escaleras y abrí la puerta de mi piso, esperando ver a Francesca en el alfeizar de la ventana o en la cama, como ya era costumbre, pero estaba vacío, tan vacío como cuando salí por la mañana. Dejé mi mochila y subí el último tramo de escaleras que me llevaba hasta el piso de Francesca, la puerta estaba abierta, ya que era el único mono ambiente en el lugar.

—*Carissima*….

—Estoy aquí.

Su voz seguía escuchándose distante y fría. Entré y lo primero que vi fue la maleta sobre la cama. Francesca estaba sacando ropa de su closet.

—¿Te vas? —pregunté, colocando la bolsa con la comida en la mesa, antes de caminar hacia ella.

—Solo hasta el lunes, tengo algo que atender en casa. —Caminó hacia mí y dejó un beso sobre mi boca.

—¿Es por la llamada de ayer?

—Trajiste comida.

Cambió el tema rápidamente buscando la bolsa y sentándose al estilo indio en la cama mientras sacaba las papas.

—Sabes que estoy aquí para ti y…

—No es nada, Angelo. Solo hay algunos problemas en casa que debo solucionar, solo me tomará unos días.

—¿Cuándo sale el vuelo?

—En tres horas…

—Te llevaré al aeropuerto.

Ella asintió llevándose una papa a la boca.

Comimos sin prisas mientras le contaba un poco sobre el día en el campus, a pesar de que sus ojos estaban aún hinchados, por

un momento volvió a ser la Francesca que amaba. Pedimos un servicio de transporte para ir al aeropuerto y la sostuve contra mí más tiempo de lo normal, antes de que se marchara. Los días serían una putada sin ella. La besé con fuerza cuando la llamada a su vuelo fue anunciada por los altavoces de la terminal.

—*Carissima*, cuando regreses, tengo que contarte algo que he estado guardando solo para mí.

—Angelo…

—Llámame todos los días, Francesca —dije en un tono bajo, firme—. Cuando regreses empezaremos algo nuevo que no haya espacio para dudas… solo para empezar lo que sé que es nuestro. —confesé. Sus ojos se empañaron y forzó una sonrisa.

—Yo también tengo algo que decirte cuando regrese.

—Ve —añadi, con una sonrisa—. Pero recuerda que me debes cada llamada… —Caminó hacia la puerta de embarque y se giró antes de entrar.

—Yo también te amo Angelo, con cada latido de mi corazón.

Tuve el irrefrenable deseo ir hacía ella y besarla hasta convencerla de que no se fuera, pero no lo hice; en cambio, dejé que se girara y esperé hasta que no pude verla más.

Cinco días y ella volvería a mí.

CAPÍTULO 13

Angelo

Los días pasaron con lentitud, cada noche cuando llegaba al departamento llamaba a Francesca y hablábamos durante horas, hasta que ella empezaba a bostezar. Entonces colgaba y dormía; en mis sueños la tenía justo entre mis brazos, de donde no la dejaría salir jamás.

Una vez terminara el semestre convencería a Francesca de ir conmigo a Chicago a conocer a Massimo y Cara.

Hablé por teléfono con Chiara. Me contó que Valentino y ella pensaban renovar sus votos en una ceremonia íntima en Punta Cana, le hablé de Francesca y cómo me hacía sentir. Ella me dijo que luchara por lo que sentía, porque sabía lo que era estar enamorada. Aunque me alegraba que mi hermana pudiera ser feliz, no podía dejar de pensar en todo lo que vivió desde que se mudó a Nueva York.

El sábado por la mañana viaje a Positano, no dije nada de mi viaje a Francesca, ya que, si tenía tiempo, iría a verla y de paso a su hermano. Valentino ya estaba esperándome en el hotel cuando pise suelo italiano.

El Palazzo de Margherita, era un hotel clásico, ubicado en el centro de Positano, que brindaba unas vistas increíbles de la ciudad. La fiesta de compromiso no sería hasta por la tarde en casa del capo de la Corona de la Unita, casi al anochecer, por lo que hicimos un poco de turismo y bebimos en uno de los bares locales, mientras hablábamos de lo único que Valentino Costa y yo teníamos en común: Chiara.

Cuando se acercó la hora de irnos al evento, Valentino alquiló un Ferrari spider negro, cada uno fue a su habitación y quedamos de encontrarnos a una hora especifica.

Según la información de Massimo y Valentino, el compromiso matrimonial sería entre la hermana del capo de la 'Ndrangheta y el *consigliere* —y futuro capo— de la Sacra Corona en Las Vegas. Como la mayoría de los matrimonios en la mafia, sería más una negociación para que los italianos pudieran acceder a nuevas rutas de contrabando y drogas procedentes de Latinoamérica y Norteamérica.

Ahora entendía, porqué, Massimo me envió como representante de la Sacra Familia y porqué Valentino representaba a la Cosa Nostra. Sabía que mi hermano mantenía contacto con las grandes familias de la mafia.

El lugar donde se llevaría a cabo el evento era una magnífica propiedad histórica del siglo XVII. La villa estaba rodeada de exuberantes jardines. Tenía un área exclusiva para la celebración, desde donde se podía observar la bahía de Cantone y la de Leranto. Había gente pululando por todo el lugar, meseros pasaban con bandejas llenas de copas de champaña. No conocía siquiera a una cuarta parte de las personas aquí reunidas y Valentino no estaba mejor que yo, aun así, intentábamos encajar en los grupos que éramos incluidos, había visto a Daniele en diferentes ocasiones, pero no éramos íntimos.

Mi celular sonó y el nombre de Francesca apareció en la pantalla, me alejé de Valentino y del grupo de hombres que nos rodeaba antes de enviar un mensaje de WhatsApp.

«Lo siento, *carissima,* no puedo contestar, estoy en un aburrido evento en representación de mi hermano».

«¿Qué tan aburrido?»

«Del uno al diez… cero. No conozco a nadie aquí, solo al esposo de mi hermana. Te llamo cuando regrese al hotel».

«Te amo, Angelo, eres lo mejor que me ha sucedido en los últimos meses».

«También te amo, *carissima*».

Guardé mi celular y volví con el grupo, odiaba mentirle, pero dañaría la sorpresa si le decía que estaba a pocos kilómetros de ella. Michele Romano subió a la tarima a un costado del jardín, colocándose tras el micrófono. El bullicio, la música y las risas cesaron; el silencio se instauró en el lugar, su presencia era casi tan imponente como la de Massimo, a su izquierda estaban un hombre de edad avanzada y una mujer, a su derecha estaba Daniele Esposito y su abuelo, quien era el capo de la Sacra Corona.

—Ese es el capo de La Corona de la Unita —dijo valentino señalando al hombre de avanzada edad—. Por años disputaron territorio con la 'Ndrangheta, hasta que hicieron una tregua, si no estoy mal, la chica es la esposa de Michele Romano, el nuevo capo después de la muerte de su hermano.

—Damas y caballeros, es un placer tenerlos aquí esta preciosa tarde —empezó Michele en italiano. Tomé una copa de champaña que me ofrecía un mesero—. Como saben, hace cinco años me casé con Gianella, creando con esto un lazo irrompible entre la La Corona de la Unita y la 'Ndrangheta; ahora, nuestra gran familia celebra otra unión, esta vez, entre Daniele y mi hermana menor. Esperamos que la Sacra Corona se integre a esta gran familia, por favor, hermanita, acércate.

Una mujer pequeña, delgada y de cabellos rojos como las llamas del infierno salió de la casa y subió a la tarima, colocándose junto a Daniele.

—Es un placer para mí, anunciarles el compromiso matrimonial entre mi hermana Francesca Romano y Daniele…

Todo se detuvo a mi alrededor. El aire dejó de entrar a mis pulmones, los músculos de mi cuerpo se tensaron, al tiempo que un calor ardiente que brotaba desde mi pecho, me explotaba en la cabeza.

Ira. Pura y física ira.

La copa en mi mano crujió, el fino cristal se fragmentó partiéndose en pedazos y la champaña derramada se mezcló con la sangre que salía de algunos cortes en mi mano.

—Angelo —la voz preocupada de Valentino se escuchó sobre la multitud que aplaudía, justo en ese momento, Daniele colocaba un anillo en el dedo de mi jodida novia—. Necesitamos un botiquín.

Varios de los invitados se giraron a verme. Francesca levantó la mirada encontrándose con mis ojos, esperaba que pudiera ver la furia ardiendo en mis pupilas.

Di un paso hacia adelante, pero Valentino me detuvo con firmeza.

—Ven conmigo —murmuró entre dientes, tirando de mi hasta llevarme a uno de los baños. Caminaba en forma automática y podía escuchar a Valentino hablar, pero no entendía lo que decía.

Cinco meses.

Cinco malditos meses en los que le abrí la puerta a mi vida, a mi rutina, a mi mente. Meses en los que bajé la guardia, algo que juré que nunca haría. Me confié de sus sonrisas, de sus besos, de esos malditos ojos que me envenenaron sin que me diera cuenta.

Debí escuchar a mi conciencia, investigar cada uno de sus pasos, pero me comporté como un jodido imbécil, dejándome arrastrar por el corazón y no lo hice. Ahora la rabia no era solo contra ella. Era contra mí. Por caer. Por creer. Por enamorarme como un maldito idiota.

Aparté la mano que Valentino intentaba vendarme y descargué el puño contra el espejo. El cristal estalló en una lluvia de fragmentos y cortes frescos abrieron mi piel. No los sentí. El dolor físico no podía competir con el que me estaba carcomiendo por dentro.

—¡Mierda! —gritó Valentino, que intentaba controlar el sangrado, mientras apretaba una toalla en mi mano.

¿Había sido una mentira? ¿Cada mensaje, cada beso, sus te amo? Negué con la cabeza, no iba a permitirme sentir otra cosa que no fuera furia.

Francesca

«Te amo, Angelo, eres lo mejor que me ha sucedido en los últimos meses».

Envié el mensaje antes de que mis manos empezaran a temblar. La mentira pesaba en mi pecho, apretando mis pulmones. Me dije que era la última vez, que después de esta noche lo dejaría todo atrás, pero incluso ahora sabía que era un consuelo vacío. Nunca fui buena mintiendo, pero con él, mentir se sentía como arrancarme pedazos de mí misma.

Cuando llegó el mensaje, su respuesta fue inmediata. Siempre lo era.

«También te amo, *carissima*».

Cerré los ojos, sintiendo cómo esas palabras me quemaban. Angelo me amaba, no tenía dudas de eso, pero su amor no cambiaba el hecho de que él no podía ser parte de mi mundo y yo no podía ser parte del suyo. Bajé las escaleras como si fuera a mi propia ejecución. El espejo del final del pasillo mostraba a una mujer hermosa y elegante, el vestido lo sentía como un guante, pero un guante que aprisionaba mi garganta. Quería correr, dar la vuelta y escapar, pero no conocía nada más. Esta era mi vida, para bien o para mal. Levanté el rostro y subí al cadalso.

El aire se sentía denso, como si cada aplauso, cada palabra de Michele en el micrófono, se clavara en mi piel como una advertencia. El aroma de las flores me ocasionó un ligero vahído. Cuando Daniele tomó mi mano y colocó el anillo en mi dedo, me sentí como una prisionera encadenada, atrapada entre las expectativas de mi familia y el caos de mis propios deseos. Observé los ojos del hombre que me miraba como si fuera un pedazo de carne, *su pedazo de carne* y

lo único que sentí fue repulsión. Miré hacia la multitud buscando una salida, cualquier cosa que me diera una señal de que esto no era real.

Mis ojos recorrieron el jardín hasta encontrarse con unos familiares ojos oscuros. Su mirada era una tormenta, pura furia contenida. Mi corazón se detuvo, no podía creer que estuviera, entre los invitados. Sufría, podía notarlo en sus ojos, en la manera en que aferraba la copa de champán hasta que el cristal se rompió, derramando su sangre y el alcohol en el suelo. Mi cuerpo entero tembló, una mezcla de miedo y desesperación. Esto no debió suceder así, quería que la tierra se abriera y me tragara de un solo bocado. Por un momento me olvidé de Daniele, de mi familia, del maldito matrimonio. Solo existía él, pero esa conexión duró un segundo, porque cuando dio un paso hacia mí, el hombre a su lado lo detuvo llevándolo lejos antes de que pudiera acercarse.

*

*

La expresión en mi rostro no pasó desapercibida para mi hermano, quien me miró con un gesto de advertencia. Me obligué a fingir una sonrisa cuando Daniele acercó sus labios a mi oído.

—No muerdo, querida Francesca. Podrías mostrar algo más de entusiasmo, ya que tendrás que ver mi jodido rostro toda la vida.

Me excusé, necesitaba un respiro, así que entré en una de las habitaciones de la casa. Quería olvidar por un instante la mirada de traición de Angelo.

La habitación estaba en penumbras cuando la puerta se abrió de golpe. Me giré rápidamente, pero no necesitaba verlo para saber quién era, su presencia llenaba el espacio como una tormenta a punto de desatarse.

—Angelo… —Su nombre salió de mis labios en un susurro, pero él no respondió.

Su mirada me atravesó como un cuchillo, fría y ardiente al mismo tiempo.

—¿Me amas, Francesca? —preguntó con la voz baja pero cargada de peligro. Era una pregunta, pero no esperaba una respuesta.

—Déjame explicarte… —intenté decir, pero él me interrumpió.

—Explicarme, ¿qué? —Su tono se elevó, y el control que normalmente lo definía estaba empezando a desmoronarse. Dio un paso hacia mí, y aunque cada fibra de mi ser me decía que retrocediera, me quedé en mi lugar—. ¿Que todo esto ha sido una mentira? ¿Que mientras yo estaba aquí, creyendo en ti, como un soberano imbécil, tú estabas jugando a ser la prometida perfecta de ese bastardo?

—No es lo que piensas —susurré, pero incluso a mí me sonó débil.

—¿No es lo que pienso? —sonrió, pero no había humor en su voz, solo amargura. Se pasó una mano por el cabello, marcada por pequeños cortes—. ¿Entonces qué es, Francesca? ¿Qué clase de juego estás jugando conmigo?

—No es un juego —mi voz finalmente se elevó y di un paso hacia él. No podía dejar que pensara que todo esto había sido por mi propia elección—. No pedí esto, Angelo. No pedí ser parte de una familia que decide mi vida.

—No me creas estupido.

— ¿Y tú? —cuestioné, mi voz se elevó para igualar la suya—. ¿Qué hay de tus mentiras? ¿Crees que puedes venir aquí y señalarme, cuando tú mismo me has ocultado quien eres?

Él se detuvo, su rostro se tensó mientras procesaba mis palabras. Pero no le di tiempo para reaccionar.

—¡Eres el hermano del capo de la Sacra Familia! —grité, cada palabra salió como un dardo. Mi pecho se agitó con la rabia reprimida durante meses—. ¡Me hiciste creer que eras solo un

hombre más, que podía confiar en ti, mientras todo el tiempo llevabas una sombra detrás de ti! ¿Cómo te atreves a reclamarme algo cuando tú también me has mentido?

Su mandíbula se apretó y pensé que iba a negarlo, a intentar justificarlo.

—No, no quieras hacerme ver como un villano —su voz era fría —, no quieras rebajarme a tu puto nivel, no fui yo quien llegó con un apellido de mentiras, siempre te dije quién era, siempre supiste el nombre de mi hermano, nunca lo negué.

—Nunca lo dijiste tampoco —repliqué, avanzando hacia él, mis pasos eran firmes a pesar del temblor en mi cuerpo—. Mentir y omitir es lo mismo, tu me dejaste confiar en ti sin saber quién eras realmente. ¿Sabes cómo me sentí cuando descubrí la verdad? Cuando supe que estaba… —mi voz se quebró—. Que estaba enamorada de un hombre que vive en un mundo que me asfixiaba.

—¿Asfixiarte? —dio un paso hacia mí; su mirada estaba llena de furia—. Todo lo que he hecho ha sido para protegerte, para mantenerte lejos de mi mundo, creyendo que eras ajena a esto, para que no tuvieras que lidiar con las sombras que yo cargo. Pero tú… —su voz se convirtió en un susurro cargado de veneno—. Tú eres parte de esas jodidas sombras. ¿Pensaste que no me enteraría? El karma es una maldita perra.

La tensión en el aire era insoportable, como si todo estuviera a punto de explotar. Las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta mientras lo veía acercarse, con la mirada cargada de furia y fuego.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —preguntó, mirándome directamente a sus ojos. Estaba ardiendo, y ese fuego estaba dirigido a mí—. No que me mentiste, me engañaste o que me ocultaste quién eras de verdad. Lo peor de todo esto, es que me usaste.

El golpe de sus palabras fue como un puñal directo al pecho. Retrocedí un paso, tratando de poner distancia entre nosotros, pero

él avanzó.

—¿Usarte? —repetí, sentía tanta rabia como de dolor—. ¿Eso es lo que piensas?

—No —gruñó, su mandíbula apretándose—. Es lo que sé. Todo este maldito tiempo. Cada beso, cada palabra, cada maldito «te amo». ¿Qué era? ¿Una maldita distracción? ¿Un juego para mantenerme lo suficientemente cerca, pero nunca lo bastante dentro como para que supiera la verdad?

—¡No es así! —grité, sintiendo cómo las lágrimas ardían en mis ojos—. Nunca fue un juego, Angelo. Nunca.

—¿No? —sonrió con amargura—. Entonces explícame, cómo es que acabas de decirme que me amas, pero llego aquí, para verte al lado de un hijo de puta, aceptando un anillo de compromiso, como si yo no significara absolutamente nada.

—No tuve elección —grité.

—Tal vez, pero pudiste ser sincera Francesca. —Su tono era cortante. Dio otro paso hacia mí, y la intensidad en su mirada me dejó sin aliento—. Yo elegí amarte, aun sabiendo que eso podría significar ponerme en contra de mi familia, lo que me destruiría por completo.

No tenía una respuesta para eso, porque sabía que no importaba lo que dijera, no sería suficiente. La verdad era que era mi obligación proteger a mi familia, a mí misma, a costa de lo que sentía por él. Pero no podía decírselo, no podía decirle que era consciente de que lo nuestro no tenía futuro, aunque mi corazón se desmoronara en migajas.

—Angelo, yo… —intenté, pero él levantó una mano, deteniéndome.

—No. No quiero escuchar más excusas. —Sus ojos estaban oscuros, pero detrás de la furia había algo que dolía más que cualquier grito o recriminación, decepción—. Me miraste a los ojos y

me mentiste. Me dijiste que me amabas, Francesca. ¿Fue siquiera verdad? ¿Alguna vez fui algo más que un escape para ti?

—Sí —susurré con mi voz quebrándose—. Te amé. Te amo. Pero mi amor no elige mi destino, naciste dentro de una familia como lo mía, sabes perfectamente que las mujeres somos usadas como fichas, aunque quiera, no podemos estar juntos. Esto... lo nuestro, no tenía futuro desde el comienzo.

Él se rio de nuevo, pero esta vez no hubo amargura, solo vacío.

—Eso es lo más cobarde que has dicho. —Cada palabra estaba cargada de un dolor que intentaba ocultar detrás de su fachada fría —. No tiene futuro porque tú decidiste que no lo tiene. Porque prefieres quedarte atrapada en las expectativas de tu familia antes de luchar por lo que realmente quieres.

—¿Y qué sabes tú de luchar? —solté, la rabia reemplazó mi miedo—. Tú, que te escondes detrás de un apellido, de una reputación. ¡Angelo Di Lucca, el hombre que lo tiene todo bajo control! ¡No te atrevas a llamarme cobarde ni a decirme que no peleo! Porque cada día de mi jodida vida, es una maldita lucha.

—Tal vez este era el momento para que dejaras de luchar contra mí y empezaras a luchar por lo que realmente importaba — susurró peligroso—. Pero yo solo fui tu juguete, tu distracción antes de ser la esposa del *consigliere* de la Sacra Corona.

Esas palabras me rompieron. Quería gritar, golpearlo, hacerle entender que estaba equivocado, que lo amaba más de lo que podía soportar, pero no lo hice, porque él tenía razón. No había elegido luchar por él. Elegí el camino seguro, uno que no me costara mi familia, ni mi mundo. Lo vi dar un paso atrás con su mirada fija en la mía. Había algo en ese movimiento que dejó un vacío en mi pecho.

—Esto termina aquí, Francesca. —Su voz era firme, pero había un temblor en sus palabras que me dejó paralizada—. No voy a ser tu segundo plato, tu opción conveniente. No puedes escapar —dijo finalmente en un susurro—. Pero no jugarás más conmigo. Ahora

puedes regodearte con tus amigas que engañaste al hermano del capo de la Sacra Familia, que lo envolviste como una maldita víbora, antes de devorar su presa. Puedes ir y ser la esposa trofeo para la que fuiste criada. Al fin y al cabo, no sabes ser más que eso, un puto trofeo. —Se giró y caminó hacia la puerta para irse, pero se detuvo antes de girar la perilla—. No vuelvas a cruzarte en mi camino y mantén algo presente, si tú eres un incendio, yo soy el maldito infierno. Al final, ninguno de los dos enseñó su verdadero yo.

Quise decir algo, una última cosa, pero no pude. Abrió la puerta y cada uno de sus pasos resonó como un eco de mi propia derrota. Cuando la puerta se cerró detrás de él, el silencio en la habitación fue ensordecedor, entonces lo entendí. No solo había perdido a Angelo, también había perdido mi vida, y por más que lo quisiera, no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 14

Francesca

Lo único que deseaba era que la maldita noche terminara, estaba cansada de sonreír, de aparentar que nada pasaba cuando por dentro me estaba muriendo. Esto no debió suceder y mucho menos de esta manera, no cuando tenía un par de meses más.

Durante todas las veces que pude escabullirme al baño, le escribí mensajes de *WhatsApp* a Angelo, pero no había contestado ninguno, lo que hacía que me preocupara más. Cuando cayó la noche, me disculpé con Daniele y los invitados.

Mi hermano y mi recién comprado prometido, hablaban de negocios, así que, alegué un terrible dolor de la cabeza. Aunque estaba segura de que nadie iba a extrañarme, porque la mayoría de los asistentes seguían bebiendo, ajenos a mi desasosiego. Subí las escaleras y entré en la habitación que me asignaron, tomé mi celular y marqué rápidamente el número de Angelo.

—Vamos, por favor, contesta… por favor. —La puerta se abrió, Carla entró y enseguida colgué la llamada cuando se fue a buzón.

—Michele me dijo que te trajera algo para el dolor de cabeza.

—No tengo dolor de cabeza, es solo…

Ella miró la pantalla de mi celular y alcanzó a leer mi historial de llamadas.

—¿Angelo? ¿Es en serio, Francesca? ¡Vas a casarte en seis meses, te dije que era peligroso!

—Él no es peligroso, me ama.

—¡Por Dios! No puedes estar hablando en serio. —Caminó hacia la ventana—. Tu marido será joven y guapo, porque…

—¡No lo entiendes! Él me vio, nos vio, sabe que voy a casarme, si fuese peligroso… Me habría matado cuando intenté explicarle las cosas.

—¿Está aquí? —preguntó con asombro. Asentí—. ¿Tu hermano lo sabe?

Mi teléfono vibró y abrí la aplicación de mensajes al ver que era de Angelo.

«*¿Sabes qué es lo único real entre nosotros? Que fuiste el peor error de mi vida. Pensé que eras especial, que valías la pena, pero solo eras un pasatiempo barato con una bonita fachada. Me usaste, me mentiste y te reíste de mí, pero ¿sabes qué es lo gracioso? Que ahora soy yo quien se ríe. Porque tú no vales nada. Eres un chiste, un desperdicio de tiempo y de cariño. No me duele perderte, porque nunca fuiste más que otra muesca en mi cama. Tengo la plena certeza de que voy a encontrar a alguien infinitamente mejor que tú, alguien que sí sepa amar, porque lo único que hiciste fue demostrar que eres incapaz de sentir algo real.*

Quédate con tu miseria, que yo me quedo con mi dignidad».

Solté el celular en la cama, las lágrimas empezaron a derramarse incontrolables por mis mejillas, mientras que Carla tomaba el celular.

—Que se cree ese hijo de puta…

—Déjalo, tiene razón.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi amiga Francesca? ¡Él también te engañó! Se hace la víctima y habla de engaños cuando también llevaba una doble vida.

—Déjame sola, Carla. —Le quité el celular y releí el mensaje.

Ella tenía razón, Angelo no era la víctima. Él también llevaba una doble vida, tenía sus propios secretos y pretendía hacerme

sentir como una villana. La rabia heló mi sangre y me llené de furia mientras escribía el último mensaje, al único hombre que había amado en toda mi vida.

«¿Te dolió? Qué ironía, porque a mí no me dolió en lo absoluto jugar contigo. Eres tan patético que realmente creíste que significabas algo para mí. Pero, ¿sabes qué es lo peor? Que mientras me acusas de engañarte, tú hiciste exactamente lo mismo. Me mentiste, me ocultaste quién eres en realidad, fingiste ser alguien más… Y, aún así tienes el descaro de hacerte la víctima. Me das asco, lo único que quiero es borrar cada segundo que desperdicié contigo. Si crees que me arrepiento de algo, estás más perdido de lo que pensaba, paso de ti Angelo Di Lucca, viviré mi vida y esperó que puedas ser feliz o la mitad de lo que yo planeo ser.

No vuelvas a escribirme, no vuelvas a buscarme. Ojalá la próxima idiota que caiga en tu juego te haga pedazos».

Como él lo había dicho, era el final, jugué con fuego sabiendo perfectamente que nos quemaría a los dos, aunque no podía arrepentirme de haberlo amado. A pesar de que cada momento con él fue un peligro, también había sido lo más real que había tenido en mi vida.

A la mañana siguiente, le informé a Michele mi decisión de no volver a Oxford. La boda sería en seis meses, por lo que Gianella y yo volaríamos con Daniele a Estados Unidos, y viviríamos entre Las Vegas y Nueva York, donde se realizaría el evento para empezar con los preparativos.

Mi vida no cambiaría por el simple hecho de que Angelo Di Lucca me despreciara, al contrario, su odio era lo mejor para nosotros.

*

*

Tres meses después

El sonido del cristal chocando, resonaba como un eco en la inmensidad del salón. Todo parecía perfecto, las luces cálidas reflejándose en los candelabros, las flores frescas adornando las mesas. Mientras que la organizadora de bodas, pululaba de aquí para allá, revisando la muestra de lo que sería el salón de bodas. Todo aquello que parecía tan perfecto que me resultaba insoportablemente ajeno, mi vida se había convertido en un torbellino de citas con decoradores, en compañía de Gianella y la organizadora.

—Francesca, querida, ¿qué opinas de estos centros de mesa? —La voz de Gianella interrumpió mis pensamientos.

Parpadeé, obligándome a prestar atención. Los arreglos eran hermosos, sin duda, pero no importaban. Nada de esto importaba.

—Están bien —murmuré, sin siquiera levantar la vista de mi móvil.

Podía sentir su mirada fija en mí, evaluándome como si fuera otro detalle de la boda que necesitaba ajustar.

—¿Están bien? —repitió, con el tono ligeramente más agudo de lo habitual—. Francesca, estos no son solo «centros de mesa». Son la primera impresión que tendrán los invitados al entrar al salón. Todo debe ser perfecto… Ya que será el evento más importante de tu vida.

—¿De mi vida? —pregunté, levantando finalmente la vista. Había una amargura en mi voz que no pude ocultar—. ¿O de la de mi hermano?

El silencio que siguió fue breve pero tenso. Gianella alzó una ceja, en una expresión cuidadosamente controlada, pero pude ver la chispa de molestia en sus ojos.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan dramática? —dijo, entrelazando las manos sobre su regazo—. Esta boda no es solo para ti, Francesca. Es para nuestra familia… para asegurar nuestro futuro. ¿Qué hay de malo en querer que sea perfecta?

—¿Perfecta para quién? —insistí, subiendo un poco más el tono. Las cabezas de algunos empleados y los escoltas que nos acompañaban se giraron hacia nosotras, pero no me importó—. ¿Para los invitados? ¿Para Daniele? ¿Para ti? Porque no creo que nadie se haya detenido a preguntarme qué quiero yo.

Gianella se inclinó hacia adelante y su rostro se endureció.

—Ya sabemos lo que quieres, Francesca. —Sus palabras eran frías, como si estuviera reprendiendo a una niña caprichosa—. Tú quieres hacer lo que te plazca, sin pensar en las consecuencias. Pero la vida no funciona así, especialmente no para nosotras. Las decisiones que tomamos no son solo nuestras, afectan a toda la familia.

—Tal vez no quiero ser parte de esta «familia» si significa sacrificarme a cada paso —repliqué, sintiendo cómo mi garganta se cerraba. Las palabras salieron cargadas de frustración y desesperación.

—Francesca, esto no es un sacrificio, es tu deber. —Soltó un suspiro pesado, como si mi respuesta fuera predecible y agotadora —. Daniele es un buen hombre, y este matrimonio asegurará el bienestar de todos. ¿No crees que deberías estar agradecida por eso?

—¿Agradecida? —solté una risa amarga, sacudiendo la cabeza —. Agradecida por casarme con alguien a quien no amo, por pasar mis días fingiendo que todo esto significa algo para mí. Esto no es una boda. Es una transacción.

Gianella se enderezó, cruzando los brazos con una firmeza que me recordaba que no había espacio para debatir con ella.

—¿Podrías darnos un segundo a solas? —sonrió hacia la asesora de bodas, que asintió y se marchó—. ¡Basta ya, muchachita caprichosa! —su tono fue de regaño. Abrí la boca para defenderme, pero ella no me dejo hablar—. No te gusta esta boda, genial eso lo tenemos claro, pero no eres la primera ni la única chica de nuestra familia que no quiere casarse, pero tienes que hacerlo, así que finge,

Francesca, finge como lo hice yo, como lo hacemos todas. Hazlo por la familia. Por tu hermano… Hazlo porque eso es lo que se espera de ti —su reproche era afilado, y cada palabra cortaba más profundo.

Quería hacer que entendiera lo que estaba pasando dentro de mí. Pero en lugar de eso, me quedé en silencio, porque sabía que no importaba cuánto hablara, cuánto intentara razonar con ella, nada cambiaría. La boda se llevaría a cabo me gustara o no.

Ella se reacomodó en el asiento antes de mirarme con una mezcla de decepción y dureza que a mí me importó un bledo, al fin y al cabo, no era mi madre. ¡A la mierda todo el mundo! Me levanté del lugar dispuesta a salir de allí, pero sus palabras me sembraron en aquel maldito lugar.

—Tienes que dejar de pensar solo en ti, Francesca —dijo entregándome un maldito catalogo—. No puedes vivir en tus fantasías. Algún día entenderás como lo hacemos todos, que esto es lo que tiene que suceder.

Me giré y me fui dejándola sola entre el constante murmurllo de los preparativos. Salí a la calle y mi escolta personal caminó a mi lado. Llegué a Central Park y me senté en una silla que estaba alrededor de una de las alamedas. Abrí el catalogo observando, los diferentes arreglos. Todos eran hermosos, pero cada vez que los miraba, sentía que me ahogaba un poco más. Odiaba las flores, el color de los manteles y el rumbo que había tomado mi vida.

El recuerdo de las palabras de despedida de Angelo seguía golpeándome con fuerza, arrancando el aire de mis pulmones y dejándome con un vacío que parecía crecer con cada día que pasaba.

Cerré los ojos, pero la imagen de su rostro seguía allí, como un fantasma que se negaba a desaparecer y a pesar de que me había aferrado a la rabia por su falta de sinceridad, aun recordaba ese destello de decepción que trató de ocultar detrás de su furia.

Me llevé una mano al pecho, tratando de calmar el peso aplastante que se había instalado allí desde entonces. Pero era inútil,

porque su ausencia era como una herida abierta que se negaba a sanar.

Las lágrimas comenzaron a arder en mis ojos, pero las contuve. No podía permitirme romperme, así que me guardé el dolor, lo empujé a un rincón de mi mente y me forcé a continuar. Pero dentro de mí, sabía que nunca podría olvidar esa noche… Ni a él.

Porque Angelo no era solo mi pasado. Era mi herida más profunda y también mi mayor anhelo. Él me había hecho sentir viva, como si cada segundo a su lado importara, pero esa noche, la realidad cayó sobre nosotros como un martillo.

No había escapatoria, ni para él, ni para mí.

CAPÍTULO 15

Angelo

La música de la discoteca golpeaba con una intensidad que podía sentir en el pecho, pero no lograba ahogar el ruido en mi cabeza. La capital era un refugio para quienes querían perderse en la multitud, y eso era exactamente lo que intentaba hacer esta noche.

Perderme. Olvidar. Divertirme…

Ella no volvió a clases después de ese fin de semana, no es que esperaba que lo hiciera. La parte mafiosa en mi sangre deseaba venganza, tenía un par de fotos con poca ropa que seguramente Daniele Esposito amaría ver. Sin embargo, también sabía lo que les pasaba a esas chicas que se atrevían a estar con otros hombres cuando tenían un futuro pactado.

Apoyado contra la barra, con un vaso de *whisky* en la mano, dejé que mi mirada vagara por la multitud de cuerpos en movimiento. Fue entonces cuando vi un destello de cabello rojo bajo las luces de neón, brillante y encendido como una llama. Mi corazón se detuvo, mi mundo se congeló.

Francesca.

El vaso en mi mano tembló ligeramente, y antes de que pudiera pensar, mis pies ya se movían, guiados por un instinto que no podía controlar. Ella estaba allí, a unos metros de distancia, caminando hacia la pista de baile. Sus movimientos eran elegantes, familiares, y el color de su cabello… Joder, era exactamente igual. No podía ser nadie más.

—¡Francesca! —grité, aunque la música ahogó mi voz.

La mujer no se detuvo. Su espalda seguía dándome la misma silueta que conocía de memoria, pero algo en mí comenzó a dudar. «¿Era ella? ¿Realmente era ella?», la desesperación me hizo avanzar más rápido, por lo que empecé a empujar a las personas que se interponían en mi camino.

Cuando finalmente la alcancé, puse una mano en su hombro y ella se giró. Mis ojos buscaron los suyos con la misma intensidad con la que buscaba aire, pero no eran los ojos de Francesca. No era la mirada esmeralda que podía congelarme y derretirme al mismo tiempo. Eran ojos marrones, grandes y sorprendidos, pertenecientes a otra mujer.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó, su tono fue cortés pero distante.

Me quedé en silencio, sintiendo cómo la realidad me golpeaba como un puñetazo en el estómago. Retiré la mano de su hombro, avergonzado por el impulso que me llevó hasta allí.

—Lo siento, te confundí con alguien más —dije finalmente, girándome antes de que ella pudiera responder.

Volví a la barra con pasos pesados, cada uno cargado de frustración. La música seguía retumbando, las luces seguían parpadeando, y la multitud se movía, pero para mí todo era estático. Solo podía escuchar el eco de su nombre en mi cabeza.

No había tenido una sola palabra de Francesca desde ese último mensaje.

Me dejé caer en un taburete, señalando al barman para que me sirviera otro *whisky*. La quemazón en mi garganta al beberlo fue un recordatorio tangible de que seguía vivo, aunque en ese momento prefería lo contrario.

No era ella, por supuesto que no lo era. Francesca estaba a kilómetros de distancia, probablemente en una de esas reuniones sociales donde todos fingían ser felices y perfectos. Pero verla, o creer que la había visto, abrió algo que llevaba semanas tratando de

enterrar. Ella estaba en mi cabeza, en mi sangre, y no había nada que pudiera hacer para olvidarla.

A Massimo no le agradó la idea de que dejara Oxford una vez acabado el semestre, pero me impuse y había decidido pasar las últimas semanas en Londres en una fiesta sin final. No pensaba volver a un lugar en donde cada calle estaba tapizada de recuerdos de una mujer que me vio la cara de imbécil, al final, Massimo terminó cediendo, siempre y cuando empezara a trabajar en Luxor como pasante. Terminaría mis estudios en la universidad de Chicago a pesar de que mis notas eran tan bajas que me avergonzaban.

Justo cuando el *whisky* comenzaba a amortiguar la frustración, dos mujeres aparecieron a mi lado en la barra con las miradas cargadas de intenciones obvias. La rubia se inclinó hacia mí, con una sonrisa juguetona que habría funcionado en cualquier otra etapa de mi vida.

—¿Esperas a alguien? —preguntó, coqueta mientras sus dedos rozaban mi brazo.

Mi mirada vagó hacia la multitud una vez más, buscando sin querer otro destello de cabello rojo que no existía. Entonces me obligué a responder, a aferrarme a cualquier cosa que me mantuviera lejos de mis pensamientos.

—No, pero parece que ustedes sí me estaban esperando —respondí con una sonrisa ladeada.

Ellas rieron, encantadas con mi respuesta, y en cuestión de minutos, las había convencido de seguirme fuera de la discoteca. Sus voces, sus risas, incluso sus toques, eran un intento desesperado de llenar el vacío que había en mi vida. Pero mientras caminábamos hacia el hotel, donde me estaba quedando por el fin de semana antes de volar a casa, algo en mi interior me decía que no importaba cuántas veces intentara reemplazarla. Nadie sería suficiente. Ninguna era ella y pensarlo hacía que me pusiera de muy mal humor.

Una vez llegamos al hotel, las chicas fueron al bar por un trago, me dejé caer en el sofá y desabroché los botones de mi pantalón sacando mi polla y acariciándola de arriba abajo.

—Y entonces —llamé su atención. Ambas chicas me miraron—. ¿Cuál de las dos hará los honores?

—¿Quién dijo que no podemos ser las dos? —contestó la rubia. Dejó su bebida a un lado y la otra la siguió. Se arrodillaron en la mullida alfombra.

Cerré los ojos cuando la primera se llevó mi erección a la boca mientras que la segunda lamía mis testículos. Después de eso todo fue descontrol.

El sol se filtraba por las ventanas, golpeando directamente mis ojos. Cerré los párpados con fuerza, dejando escapar un gruñido bajo, mientras el dolor de cabeza comenzaba a instalarse. El ruido de risas suaves y cuchicheos me recordó que no estaba solo.

Me levanté y caminé hacia la sala de la *suite* con pasos pesados. Divisando a las chicas, envueltas cada una en una de mis camisas y compartiendo lo que parecía ser el resto de una botella de vino. Ambas se giraron al verme entrar, sonriendo como si estuviéramos en un maldito cuento de hadas.

—Buenos días, guapo —dijo la rubia, acercándose con esa mirada coqueta que la noche anterior me pareció interesante, pero que ahora me resultaba más de lo mismo.

—Buenos días —gruñí, pasando junto a ella hacia el minibar buscando una lata de *Monster*, me volví hacia ellas, cruzando los brazos—. Espero que lo hayan pasado bien, pero creo que es hora de que continúen con su día.

Sus sonrisas se desvanecieron un poco, pero no protestaron. La morena se encogió de hombros, murmurando algo sobre tener planes, y la rubia me lanzó una mirada que intentaba ser seductora.

—¿Estás seguro de que no quieres que nos quedemos un rato más? —preguntó la morena, acercándose.

La miré fijamente, dejando que el cansancio y la irritación se reflejaran en mi expresión.

—Estoy seguro —respondí con un tono firme, dándole a entender que la conversación había terminado.

Ambas recogieron sus cosas con murmullos, y cuando finalmente cerré la puerta detrás de ellas, dejé escapar un largo suspiro. Me dirigí hacia el sofá, destapando la lata, tenia que tomar un avión en un par de horas.

*

*

Tres meses después…

Me pasé una mano por la cara, intentando arrancarme el sueño y, con él, el rastro de la noche anterior. Desde que volví a Chicago todo había sido chicas, fiestas, discotecas. Un intento patético de escapar de lo que realmente me carcomía por dentro.

Funcionaba en el segundo que la adrenalina me invadía, pero cuando disminuía, lo único que podía ver era lo patético que me había convertido.

Tres meses y aún seguía atrapado en el mismo maldito lugar. Había cambiado de universidad, de compañeros e incluso de continente; sin embargo, seguía hundiéndome en un círculo vicioso, y cada vez me burlaba más de mí mismo por mi incapacidad para superar lo que sucedió con Francesca, permitiendo que su sombra dictara cada uno de mis movimientos.

Tomé el teléfono, dispuesto a revisar los correos de la empresa. Hacer mis pasantías en Luxor Corp me enfrentaba a nuevos retos, lo que mantenía mi cabeza en constante revolución. Justo cuando estaba por abrir mi bandeja de entrada, el nombre de Chiara apareció en la pantalla. Suspiré, pasando una mano por mi cabello desordenado.

—¿Qué pasa, Chiara? —pregunté, tratando de sonar más despierto de lo que estaba.

—Buenos días para ti también, hermano. Tu sobrina está jugando a karate kid en mi útero —respondió con sarcasmo. Podía imaginarla rodando los ojos al otro lado de la línea—. ¿Mal humor o resaca?

—Ambos —dije, caminando hacia la cocina. Necesitaba café si era que iba a empezar el día después de la fiesta en casa de Fabio Ruzzi la noche anterior.

—¿Otra noche de fiesta? —Su tono era ligero, pero sabía que detrás de esa pregunta estaba la verdadera preocupación. Chiara siempre sabía más de lo que admitía.

—No es asunto tuyo —repliqué, más duro de lo que pretendía.

—Por supuesto que lo es, Angelo —su tono se hizo más duro —. Porque sé exactamente porqué estás haciendo esto. ¿Cuántas noches más vas a pasar fingiendo que lo que pasó no te afectó? ¿Que no te importa?

Me tensé, apretando la mandíbula mientras su nombre volvía a aparecer en mi mente como una maldita condena.

—No empieces, Chiara —advertí, tratando de cortar la conversación antes de que pudiera ir más lejos. Amaba a mi hermanita y estaba esperando su primer bebé, pero eso no le daba derecho a intervenir en mi vida.

—No estoy empezando, Angelo. Ya estamos en medio de esto —su voz bajó, pero no perdió firmeza—. No puedes seguir así. Ella no vale la pena si te está destruyendo de esta manera.

—Solo me divierto, no hables de lo que no entiendes —lancé, comenzando a caminar por la sala. La furia en mi voz era más conmigo mismo que con ella—. No sabes lo que pasó. No sabes lo que siento.

—Sé suficiente —dijo Chiara y su voz sonó tan firme que me detuve—. Sé que te enamoraste de una mujer que no podía elegirte.

—¿Qué no podía o que no quería?

—Angelo, sabes cómo son las cosas en las familias involucradas con la mafia… —Ella intentaba justificarla. Quería gritarle, decirle que se equivocaba, pero no pude. Porque sabía que tenía razón—. Sé que cada día sigues pensando en ella, lo que no sé es si la odias o la sigues amando.

—Amarla u odiarla sería tener sentimientos por ella, y ella ya no es nadie, así que deja de preocuparte porque estoy bien —dije finalmente, puede demostrar en el tono de mi voz, lo derrotado que estaba—. Las pasantías en Luxor me mantienen ocupado.

—¿A quién intentas convencer? ¿A mí o a ti mismo? —preguntó antes de soltar un suspiro—. ¿Crees que acostarte con una mujer diferente cada noche te hará olvidarla?

—¡Basta ya, Chiara! Hago lo que tengo que hacer. Soy joven y con deseos. No voy a dejar de follar por una maldita bruja.

—Está bien, Esta bien. Solo cuídate. Por favor.

No respondí, simplemente colgué, dejé el teléfono sobre la mesa antes de dejarme caer nuevamente en el sofá. Chiara podía tener razón. Podía estar autodestruyéndome con cada día que pasaba pensando en Francesca. Pero era un camino que no sabía cómo dejar atrás, porque no importaba cuánto lo intentara, aún seguía buscándola en cada sombra, en cada mirada, en cada maldita mujer que se cruzaba por mi vida y eso era lo que más me frustraba. No que la amara, sino que no sabía cómo dejar de hacerlo.

CAPÍTULO 16

Francesca

—Sonríe, Francesca, este es tu primer evento en Estados Unidos —dijo Daniele, apretando la mano en mi cintura—. No me hagas quedar mal.

—Me estás haciendo daño —señalé, cuando él afianzó el agarre. Era su manera de que obedeciera, pellizcos, codazos, pequeños gestos imperceptibles para los demás, pero que dejaban huellas en mi piel y en mis actos.

—¿Daño, tesoro? Solo te estoy pidiendo que sonrías. Este es nuestro primer evento en público ¿Qué van a pensar de nosotros? —demandó entre dientes.

Una pareja pasó a nuestro lado y forcé una sonrisa. Como él dijo, era nuestro primer evento después del compromiso. Gianella también vendría, pero había tenido problemas con su vestido, lo que hizo que Daniele y yo saliéramos antes.

No es que la extrañara, pero estaba en medio de personas que no conocía, en un evento que se suponía era para caridad y donde la empresa de Daniele era participante.

Una pareja caminó hacia nosotros. La mujer era preciosa, cabello oscuro, figura esbelta, pequeña, con un vestido realmente *sexy*, a diferencia del hombre que era alto, puro músculo con un corte al estilo mohicano y un traje hecho a la medida. El agarre de Daniele en mi cintura se aflojó cuando ellos estuvieron cerca.

—Daniele. —Se dieron un apretón de manos con confianza.

—Vito —dijo Daniele con una gran sonrisa.

—Recuerdas a mi esposa, ¿verdad?

—Por supuesto, Gia. Cada vez más hermosa.

—Tú eres un adulador, señor Esposito —dijo con una sonrisa. Ellos parecían llevarse bien—. ¿Y esta hermosa jovencita?

—Oh, cierto. No estuvieron en mi compromiso en Italia. Francesca, querida. Ellos son Los Costa. —Se acercó a mi oído—. Vito, es el capo encargado de la Cosa Nostra en Estados Unidos.

—Francesca Romano —me presenté.

—Estuve en el velorio de tu padre y hermano… —dijo el hombre—. Una perdida lamentable.

No lo recordaba y ese era un hombre difícil de olvidar, realmente no recordaba nada de ese día, solo quería que terminara y así poder ir a mi cuarto para llorar la muerte de mis seres queridos.

—Tino, dijo que eras realmente preciosa. ¿Cuánto tiempo van a estar en Nueva York? ¿En dónde se están hospedando? Antes de irte deberías pasar por mi tienda, está en la Quinta Avenida y…

Ella hablaba a mil palabras por minuto, lo que no ayudaba a los nervios que sentía. No sé qué reflejó mi rostro para que el hombre sonriera antes de hablar.

—*Carissima*… —interrumpió a su esposa—. La estás asustando.

—Estoy bien, solo que no estoy acostumbrada a este tipo de eventos.

—Es para una buena causa. —Gianna se acercó—. Aquí entre nos, tampoco me gustan mucho estos eventos.

—Daniele, me disculpas un minuto. Necesito hablar algo contigo —dijo Vito.

—¿Estarás bien? —Él me miró.

Antes que pudiera contestar Gia tiró de mi brazo.

—Tranquilo, yo me quedo con ella; además, me atrevo a decir que estamos a salvo.

—Gianella debe estar por llegar. —Daniele asintió, dejó un beso en mi mejilla, gesto que apenas toleraba, pero había aprendido a disimular el desagrado.

—Volveré pronto, tesoro.

Los vi alejarse y no pude evitar respirar. Estar con Daniele Esposito, era como tener una cuerda invisible que me oprimía la garganta.

—Ven, vamos. ¿Has comido algo? —me preguntó Gia.

Abrí los ojos, sorprendida, porque parecía estar leyendo mis pensamientos, finalmente, negué con la cabeza.

—Lo supuse, con ese vestido, pero hay unos canapés de cangrejo que son una explosión de sabor. Además, son pequeños, así que no se notará mucho.

Caminamos por el salón, que estaba a reventar. Había invitados de toda clase, bailaban, bebían o simplemente charlaban. Rápidamente, perdí la cuenta de cuántas personas había saludado esa noche.

—¿Preparada para la boda?

Sonreí, quería salir corriendo y no volver a pisar suelo americano nunca más.

—Estas reuniones son un fastidio —dijo mi nueva conocida cuando nos acercábamos a la mesa—. Si al menos Chiara estuviese aquí.

—¿Chiara? —pregunté, ese nombe me traía recuerdos.

—Ella es la hermana que la vida me regaló, pero ahora está esperando un bebé y puede saltarse todas estas formalidades —resopló—. Es Valentino quien viene a estos eventos, pero con Chiara en casa, Vito aceptó venir en su lugar.

Iba a contestarle a Gia cuando Gianella me tomó del brazo, haciendo que diera un giro brusco.

—Tenemos que irnos —ordenó en un tono de voz gélido, mientras tiraba de mí.

—Gianella, esta es G…

—¿Qué no escuchas? Tenemos que irnos. —Tiró de mi brazo nuevamente, parecía nerviosa, desesperada.

—Gianella, tenemos que esperar a Daniel…

—¡Me importa un comino, Daniele! —gritó, atrayendo la atención hacia nosotros.

—No pasa nada —se apresuró Gia a intervenir—. Deberías soltarla, no quieres llamar más la atención —murmuró.

—¿Y tú quién rayos eres? —preguntó despectivamente.

—Mi nombre es Gianna Costa. —El apellido pareció alertar aún más a Gianella.

—¿Está todo bien, señoritas? —El esposo de Gia se colocó a su lado.

Daniele nos dio una mirada interrogante, entonces Gianella me soltó y se acercó a mi prometido.

—Tenemos que irnos, mi padre… —Gianella, titubeó nerviosa —. Mi padre tuvo un infarto, tenemos que volar a Italia esta noche.

—Discúlpenos, por favor —expresó Daniele, llevándonos hacia los jardines del hotel. A lo lejos vi a Gia despedirme con la mano.

—¿Qué rayos te sucede? Por qué atraes la atención así —reprochó Daniele a Gianella con furia, una vez estuvimos solos.

—Mi madre, ella me llamó, mi padre está…

—Pues, vete tú —la interrumpió.

—¿¡Qué!? —dijimos Gianella y yo al tiempo.

—Ella no puede quedarse, a Michele no le hará gracia si me presento sola en casa.

—La boda es en un mes —gruñó Daniele en voz baja—. Todavía tienen que definir algunos detalles, hay eventos comerciales a los que tenemos que asistir. No pueden simplemente irse sin más.

No quería quedarme sola con Daniele. Gianella me acompañaría hasta el día de la boda. Luego, una de las empleadas y Roberto, mi escolta personal, se quedarían conmigo en Nueva York.

—Está bien, como quieras, pero necesito llegar al aeropuerto en veinte minutos. Logré conseguir un par de boletos a último minuto.

—Llamaré a mi chofer. —Daniele sacó su celular, dejándonos solas.

—Espera, espera. Yo no puedo quedarme aquí sola con él. —señalé a Daniele.

—Maldita sea, Francesca, no es como si fueses virgen.

—Si lo soy o no, no es tu maldito problema. No quiero estar con él hasta…

—Vámonos —anunció Daniele en cuanto regresó.

El camino al aeropuerto fue silencioso. Mi corazón latía con fuerza. Gianella se bajó del auto sin dedicarme ni una mirada, y en cuanto la puerta se cerró, sentí que me sofocaba. No quería quedarme a solas con Daniele. Su presencia era pesada, invasiva, como si llenara cada rincón del coche con una amenaza muda.

—Llévanos al hotel —ordenó Daniele. Tragué el nudo en mi garganta cuando se sentó a mi lado en la limusina—. Ahora que tu chaperona se marchó, supongo que nos podemos conocer mejor antes de la boda. —Su mano se coló por la abertura de mi falda.

—Por favor —supliqué. Su nariz se deslizó en mi cuello—. No en un auto —dije lo primero que se me ocurrió. Su mano se detuvo y él se alejó.

—Como tú digas, *carissima* —murmuró, dejando un beso en mi mejilla que hizo que los canapés de cangrejo se revolvieran en mi estómago.

—No me llames así. —El recuerdo de Angelo besando la piel de mi vientre mientras me llamaba de esa manera, relampagueó en mi mente.

—Como tú digas, tesoro. —Sacó de su chaqueta un cigarrillo y lo encendió.

Busqué mi celular y le escribí un mensaje a Michele.

«Gianella se ha ido, se llevó a Roberto. Estoy sola con Paul y Phillipo».

Escribí mientras el auto sorteaba las calles de la ciudad de los rascacielos. Llevábamos más de tres meses allí, ultimando los detalles para la boda, aunque los viajes continuos a Las Vegas se habían vuelto parte de la rutina para que Daniele atendiera sus negocios. Cada vez que íbamos, sentía que él respiraba mejor, como si en esa ciudad todo le perteneciera.

Michele, en cambio, había sido tajante: la boda se celebraría en Nueva York, en un territorio neutral donde ninguno de los dos lados tuviera ventaja. Su voz no admitía réplica, y aunque Daniele se opuso con toda la terquedad que lo caracterizaba, terminó cediendo. Pero esa rendición no fue gratuita, se sentía en la forma en que me tomaba del brazo un segundo más de lo necesario, o en el peso de sus silencios cuando el tema salía a flote.

El chofer de Daniele tardó cuarenta y cinco minutos en llevarnos al hotel. Tragué el nudo en mi garganta cuando el auto se detuvo; él salió primero y me tendió la mano.

—Tesoro. —Me sonrió, instándome a tomarla. Mi mano tembló cuando su piel rozó la mía—. Puedes subir.

Sentí un gran alivio cuando no insistió en acompañarme. El hotel donde nos hospedábamos en Nueva York tenía una vista privilegiada del horizonte iluminado. Sin embargo, la suite se sentía

como una jaula, sin importar lo lujosa que fuera. Llevaba demasiado tiempo encerrada allí, y ahora, sin Gianella, el miedo se me instalaba en el pecho, miedo a mi destino… y miedo a Daniele.

Mientras subía en el elevador junto con los hombres encargados de mi seguridad, me asaltó un recuerdo que me erizó la piel: Daniele subiendo su mano por mi pierna desnuda, su aliento ardiendo en mi cuello, su piel pegada a la mía.

Entré a la suite, me quité el vestido y caminé hacia el baño. Necesitaba sumergirme en agua tibia y borrar cualquier rastro del hombre que sería mi marido en menos de treinta días. Estaba a punto de entrar cuando golpearon la puerta. Temblé de pies a cabeza, imaginando quién podría estar del otro lado.

—Abre la puerta, tesoro. Solo quiero conversar un rato contigo, aprovechando que estamos solos —la voz de Daniele, al otro lado de la puerta, sonó amortiguada, pero con el impacto para provocar que una terrible presión se instalara en mi pecho. No podía abrirle, pero temía lo que pasaría si no lo hacía—. Abre ahora, maldita sea, no estoy de humor para tus desafíos y tus berrinches.

Tomé la bata de seda y me la puse y cuando le abrí, la empujó y entró en la habitación, mi mirada se encontró con la de Paul, Phillipo no estaba a su lado, en vez de él, uno de los hombres de Daniele de mirada intimidante estaba recostado a la pared.

—Francesca, Francesca… Mandé a tus guardaespaldas a descansar, pero Paul insistió que debía quedarse de guardia, como si yo no pudiese cuidar a mi prometida —sonrió con sarcasmo—. Cierra la puerta, tesoro…

Le di una última mirada a Paul, su mirada impotente y su cuerpo tenso era un claro indicio de que no estaba de acuerdo con las ordenes de Daniele. Pero al estar en desventaja tampoco podía hacer mucho.

—Estaré aquí afuera, señorita Romano —dijo con voz pausada.

—Francesca, ven aquí, deja a los guardias hacer su trabajo.

Cerré la puerta dispuesta a solucionar la inquietud de Daniele lo más rápido posible.

—Estoy cansada y… —Su mano impactó contra mi mejilla con firmeza. No esperaba el golpe, por lo que mi cuerpo se sacudió y caí en la alfombra.

—Cállate. —Se agachó frente a mí y su mano apretó mi mandíbula fuerte, pero asegurándose de no dejar marcas visibles en mi piel—. ¿Quién crees que eres para cuestionar una de mis órdenes? ¿Acaso crees que mis hombres no son lo suficientemente capaces como para proteger tu trasero italiano? —Tomó mi brazo, levantándome de un tirón y luego me arrojó sobre la cama.

Mi corazón latió con fuerza cuando eliminó la distancia que nos separaba, me tensé y el miedo latió en mis venas cuando él apoyó una rodilla sobre la cama, cubriendo mi cuerpo con el suyo.

—Necesitas aprender a ser dócil querida y a respetar a tu marido —su voz, baja y aterciopelada, pretendía ternura, pero conocía la mentira que se ocultaba detrás de cada palabra. Lo había visto de primera mano desde el momento que llegamos a Nueva York.

—Aún no eres mi marido —murmuré—. Dijiste que querías hablar de la boda —dije con tono de voz quebrado.

Atrapó un mechón de mi cabello colocándolo tras mi oreja, el simple roce envió un escalofrío a cada rincón de mi cuerpo.

Este era el verdadero Daniele Esposito, en público era un caballero de sonrisa impecable, de gestos refinados, capaz de engañar al mundo entero con su encanto, pero en privado, un depredador envuelto en seda y perfume caro.

—Nos casamos en un mes —recordó, como si pudiera olvidarlo. Tragué el nudo en mi garganta cuando su mano libre se deslizó sobre mi pecho izquierdo, apretando levemente mi pezón sobre la bata de seda. Mi corazón latió como un tambor—. Deberíamos empezar a acostumbrarnos el uno al otro, ¿no crees? —

Su aliento rozó contra mi mejilla cuando inclinó su cabeza, buscando mis labios. Automáticamente giré el rostro. Daniele suspiró, su mano abandonó mi pecho, para sujetarme por el cuello—. No me hagas ser rudo contigo, eres mía, Francesca. Te compré y ahora quiero ver de una vez por todas lo que he adquirido; nunca, nadie me ha dicho que no.

El miedo me heló los huesos, pero no más que la impotencia, no más que la rabia que ardía en mis venas a pesar de que tenía la certeza de que no tenía escapatoria. Aunque Paul estaba afuera sabía perfectamente que no podía ir en contra de la voluntad de Daniele, para los ojos de los hombres de la 'Ndrangheta, yo era la moneda de cambio entre ambas familias. Cerré los ojos mientras los labios de Daniele se posaron en mi mejilla. Evoqué los recuerdos de Angelo, la forma en que me abrazaba, sosteniéndome con delicadeza, la presión en mi cuello se afianzó y Daniele tomó mi boca en un beso brusco.

—Tú y yo…. —Desabrochó la bata dejando mi cuerpo al descubierto, lo único que se interponía entre él y yo eran sus capas de ropa y unas ligeras bragas negras—. Vamos a divertirnos, sé buena conmigo, tesoro.

Las lágrimas ardieron en mis párpados, pero no permití que cayeran, en cambio cerré los ojos con fuerza, como si pudiera escapar de la realidad. La desesperación trepó por mi cuerpo de la misma manera que él lo hacía, un grito desesperado nació y murió en mi garganta mientras él me obligaba a devolverle el beso.

Una vez más, el recuerdo de Angelo se coló en mi memoria mientras Daniele tiraba de mi labio inferior, sabía que no había escapatoria, sin embargo, no iba a rendirme.

—Daniele —murmuré—. No hagas esto, por favor.

—Hoy o dentro de un mes, va a suceder…

Solo estaba haciendo tiempo, aunque sabía que no lo tenía. Necesitaba escapar. No sabía cómo, pero tenía que encontrar la forma. No podía ser la esposa de este hombre.

Daniele se puso de pie con calma y se volvió hacia mí. Caminó despacio, como si disfrutara cada paso, y se inclinó lo suficiente para que su voz me acariciara el oído.

—Por esta noche, no sucederá nada —sus palabras se deslizaron como veneno disfrazado de cortesía—. Pero cuando estemos casados, Francesca, reclamaré lo que es mío y créeme no podrás eludir tus obligaciones.

Se enderezó con una sonrisa burlona, peligrosa, que me heló la sangre. Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario antes de apartarse, como si ya tuviera todo resuelto.

En ese instante, supe que debía escapar. Antes de la boda o acabaría viviendo la peor de las prisiones.

CAPÍTULO 17

Angelo

La ultima nota de La Vie En Rose, una de las melodías favoritas de Cara llenaba el estudio donde ella dedicaba varias horas a su amado violín; en la casa familiar, el hogar donde habíamos crecido. Siempre había sido el único lugar donde encontraba un poco de paz en medio del caos que envolvía nuestras vidas, pero esta vez, sentía que estaba a punto de recibir una reprimenda. Estaba seguro de que mi comportamiento tenía preocupada a la esposa de mi hermano y por primera vez en meses, me cuestioné mi actuar.

Chiara y yo adorábamos a Cara, era lo más parecido a una madre que tuvimos desde la muerte de nuestros padres, a pesar de los pocos años que nos llevaba. Ella siempre nos protegió y vio por nosotros desde antes de que mi hermano y ella se casaran. Cara Di Lucca tenía mi amor incondicional y mi lealtad absoluta.

Me recargué en el sofá de cuero, observándola mientras guardaba su violín en el estuche. Su cabello rubio estaba recogido en un moño elegante. Nuestras miradas se encontraron y aunque sonreí noté que me estudiaba con esa mezcla de paciencia y preocupación que siempre me había desarmado.

—Has estado distante, querido —dijo con voz suave una vez estuvo sentada frente a mi—. Tus sobrinos crecerán en un santiamén y siento que te estás perdiendo de muchas cosas.

Agaché la mirada para esconder mi gesto hastiado. No estaba para reprimendas, pero por Cara las soportaría.

—He estado ocupado, con la universidad, la empresa y el trabajo adicional que me encarga tu esposo. Mi agenda me deja poco tiempo para la familia —señalé al levantar el rostro, esta vez con una expresión neutral.

Ella ladeó la cabeza y me analizó con mirada penetrante, sabía que estaba recurriendo a una excusa barata, pero se quedó en silencio.

—Desde que volviste de Oxford convertido en un fantasma, apenas de te dejas ver —insistió.

Evité de nuevo su mirada. Sabía a dónde quería llegar con esto, y no estaba seguro de que quisiera escucharlo.

—No empieces, Cara.

—Ya empecé y no me detendré hasta que me escuches. —Su tono era bajo, pero no admitía discusión.

—No tienes idea de lo que está pasando conmigo —murmuré, mirando el líquido oscuro en mi taza.

—Oh, Angelo, no me insultes —exhaló, negando con la cabeza —. Por supuesto que lo sé.

—¿Qué quieres decir? —Levanté la vista, frunciendo el ceño.

Cara apoyó los codos en la mesa, cruzando las manos bajo el mentón.

—Que sé quién es la joven de la que estás enamorado y lo que ocurrió en Positano, incluso lo sabía mucho antes que tu hermano.

El aire abandonó mis pulmones y sentí la tensión recorrer mi espalda, como si alguien acabara de presionar un arma contra mi pecho.

—¿Cómo?

—Te conozco desde que eras un niño, quizá no eres mi hijo, pero mi corazón lo siente así. Verte enamorado, me hizo querer saber quien era esa chica y si te lastimaría, no me equivoqué. Llevas meses actuando como un hombre con el corazón roto. —Su voz se suavizó.

—¿Qué hiciste, Cara? —Me pasé una mano por el rostro, tratando de contener la frustración.

—Lo que cualquier madre haría cuando ve a su hijo destruyéndose a sí mismo. La mandé investigar y cundo supe quien era le conté a tu hermano.

Mi mandíbula se tensó. No debía sorprenderme, porque Cara siempre había sido una estratega, y nunca dejaba un cabo suelto cuando se trataba de la familia. Mi hermano creía tener el control de todo, pero ella, en pocos años, lo había igualado en estrategia.

—Así que fuiste tú… Me enviaste a Positano en lugar de Massimo, y Valentino sabía lo que pasaría.

Ella asintió lentamente.

—Supe que Francesca Romano era la hermana de Michele Romano y la prometida de Daniele Esposito.

Me levanté, molesto. Ella no tenía ningún derecho… Alcé la mirada, observando a la mujer que amaba, pero que en ese momento quería odiar.

—Tú…

La puerta se abrió y Lorenzo entró corriendo con un dibujo en las manos. Carlota, la nana, se disculpó mientras lo seguía apresurada. Caminé hacia la ventana que daba al jardín, intentando regular mis emociones, mientras el niño parloteaba sobre su día en el jardín infantil.

Pasaron unos segundos antes de que pudiera volver a mirarla. En los ojos de la mujer de mi hermano solo veía amor y compasión

hacia mí. Lorenzo corrió hacia mi lado, mostrándome un dibujo hecho con crayones de todos los colores. Besé su mejilla, alabé su obra y se la entregué a Carlota.

—Lleva a Lorenzo arriba, es su hora del baño. Estaré con ustedes en unos momentos —dijo Cara con voz pausada.

Cuando quedamos solos, nuestras miradas volvieron a encontrarse.

—Massimo lo supo todo el tiempo.

—No era él quien tenía que abrirte los ojos.

—Pero lo hizo al enviarme a Positano.

—Sabes que no puedes hacer nada, ¿verdad? —preguntó con calma, aunque había un atisbo de tristeza en su voz.

—¿Por qué no? —gruñí entre dientes.

—Porque conoces cómo son las reglas en las familias. Angelo, no estoy aquí para hablarte de Francesca. Ella no es quien me importa. Estoy aquí para hablar de ti. Esto no es solo sobre lo que sientes —suspiró, recostándose contra el respaldo—. Es sobre lo que representamos… y lo que ellos representan. Si sigues por ese camino, podrías iniciar una guerra.

—¿Y crees que eso me importa? —solté una carcajada amarga.

—Debería —su tono fue más cortante esta vez—. Porque no solo se trata de ti. Se trata de Massimo, de la familia y de cada uno de nosotros.

Cerré los ojos un segundo, sintiendo la rabia burbujear en mi interior.

—¿Y qué pasa con ella, Cara? —pregunté finalmente—. ¿Qué pasa con Francesca? Se burló en mis narices, me vio la cara…

Ella guardó silencio por un momento, como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado.

—Lo que pasa con ella es que está atrapada. No puede hacer nada.

Abrí los ojos, fijándolos en ella.

—Eso es mierda, ella pudo contar conmigo, debió decirme. No mentirme.

Cara suspiró y negó con la cabeza.

—Esa chica no eligió esta vida más de lo que tú elegiste enamorarte de ella y significa que, si sigues hundiéndote en este dolor, terminarás en un pozo, por algo que puede que nunca puedas tener.

Su advertencia debería haberme calmado. Debería haberme hecho reflexionar, pero solo encendió más la rabia en mi interior.

—¿Quieres que la olvide? —pregunté, desafiante.

Me miró con la dulzura de una madre que sabe que su hijo está a punto de cometer un error, pero también sabe que no puede detenerlo.

—Quiero que pienses con claridad, que seas el hombre que Massimo necesita que seas. Que La Sacra Familia necesita que seas. Es cuestión de tiempo para que hagas algo de lo que puedes arrepentirte, te conozco Angelo.

—Ya la he olvidado, no significa nada —dije alzando la voz—. Así que no tienes nada de qué preocuparte.

—Tus ojos y tus gestos, hasta la forma en la que hablas de ella me dicen lo contrario.

—Ya no siento nada por ella. —Quise parecer determinante pero mi voz se rompió.

—No intentes engañarte a ti mismo, Angelo. —Se inclinó hacia adelante y puso su mano sobre la mía—. No juegues a que nada de esto te importa cuando es obvio que sí.

Respiré hondo, sintiendo el peso de sus palabras hundirse en mi pecho.

—Dime la verdad, Cara —susurré—. Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Ella tardó en responder, como si realmente estuviera debatiéndose en su mente.

—Si estuviera en tu lugar, olvidarla, pero no como lo has hecho hasta ahora, eso te traerá más vacío y dolor.

Solté un suspiro pesaroso.

—Cómo te conozco muy bien —continuó ella—, sé que eso no ocurrirá y lo único que puedo decirte es que hagas lo que hagas no pierdas la cabeza en el proceso.

Mi mirada se encontró con la suya, entendí que, a pesar de todo, ella me apoyaba. Me puse de pie, dándole una última mirada antes de girarme para salir de la habitación.

—Nunca la tuve en su sitio desde que la conocí.

Cara no dijo nada, pero su sonrisa triste me siguió, incluso cuando cerré la puerta detrás de mí.

Francesca

—¡Francesca! —La emoción de Carla me sacó de mis pensamientos, justo antes de sentir sus brazos rodeándome con fuerza.

El alivio fue inmediato, porque mi amiga estaba aquí. Después de que Daniele irrumpió en mi habitación la noche del evento en Nueva York, Phillipo y Paul no se despegaron de mi lado,

prácticamente tomaban turnos para que siempre estuviese acompañada. Había sostenido una larga conversación con Michele, por lo que Carla, Roberto y tres hombres más llegarían para hacerme compañía.

Cerré los ojos, abrazándola con la misma intensidad. Era el primer contacto genuino que tenía en semanas.

—Pensé que nunca llegarías —murmuré contra su hombro.

—Te dije que no te dejaría sola en este infierno. —Carla se separó lo suficiente para mirarme a los ojos, su expresión reflejaba una mezcla de alivio y preocupación.

—No sabes cuánto necesitaba verte. —Sonreí, aunque la tristeza seguía aferrada a mi pecho.

—Lo sé —dijo, pasándome un brazo por los hombros, mientras observaba la habitación—. Y por eso vamos a olvidarnos de todo por unas horas. Haremos un recorrido por la ciudad, siempre quise conocer los escenarios donde filmaron *Friends*. Me llevarás al Empire. —Miró su reloj—. Eso será antes del vuelo que tomaremos esta noche.

—¿A dónde vamos? ¿A casa? —pregunté esperanzada.

—Daniele necesita regresar a Las Vegas. Michele no quiere que te quedes sola en Nueva York, ya casi todos los detalles de la boda están listos, puedes solucionar cualquier cosa por teléfono con la *wedding planner*. —Me miró con pesar—. Además, necesitas familiarizarte más con tu familia política.

Había ido en un par de ocasiones, pero para eventos que requerían la presencia de Daniele, realmente no conocía a su madre, ni a su familia, no es que tuviese algo memorable en la ciudad, pero tampoco ganaría nada si me oponía a irme.

Por lo menos tenia a Carla.

*

*

Las paredes de la mansión Esposito en Las Vegas eran imponentes, decoradas con detalles en mármol y oro, había una fuente en medio de una opulenta entrada, sus detalles ostentosos no me impresionaban. Esa casa no era más que otra jaula disfrazada de lujo.

Cada día que pasaba me sentía más atrapada y sofocada. El anillo en mi dedo era un recordatorio constante de la condena que mi familia había sellado por mí. Un símbolo del control que Daniele tenía sobre mi vida; lo único positivo del viaje era la compañía de Carla y los escoltas de confianza de mi hermano que habían llegado a Estados Unidos, tres días atrás en remplazo de Paul y Phillipo después de una discusión que tuve con Michele.

La seguridad de tener a Carla conmigo y al personal que conocía a mi alrededor hizo que me relajara, a pesar del ambiente opresivo y de la presencia de la familia Esposito, la madre y las dos hermanas menores, a quienes apenas había visto.

Daniele no había vuelto a tocarme, pero su sola presencia era suficiente para incomodarme. Una noche, mientras cenábamos, fui testigo de su crueldad. Una mujer joven y hermosa logró burlar la seguridad de la entrada y presentarse en el comedor.

Su rostro golpeado no pareció sorprender a nadie en la mesa. Daniele se levantó del comedor y sin disculparse ordenó a sus hombres que la llevaran al sótano.

Me pregunté cómo habría burlado la seguridad de la mansión. ¿La habría ayudado alguien desde dentro? ¿Sería una empleada de la casa?

La madre de Daniele, una mujer de carácter, apenas le prestó atención al alboroto o a los gritos que se escucharon.

—Es una *putana*. Solo una mujer de esa clase se presenta en una casa en la que no ha sido invitada —murmuró cuando los gritos se escucharon más fuertes.

Michele no prestó atención cuando intenté hablar con él sobre lo ocurrido a esa chica y sobre el compromiso. Me dijo que tuviera paciencia que, si no le llevaba la contraria a Daniele, nunca tendría que pasar por ello y que solo tenía que tener presente cual era mi lugar. Como si eso fuera una justificación para obligarme a compartir mi vida con un hombre al que empezaba a despreciar.

Carla llegó una noche a mi habitación con un recipiente lleno de palomitas de maíz, para ver una serie de Netflix de la que habían puesto la última temporada. Alegué un dolor de cabeza para quedarme en cama, Daniele hizo mala cara ante mi negativa de acompañarlo a una cena en El MGM y luego a un concierto de Bruno Mars, lo sentía por Bruno, era de mis cantantes preferidos, pero la imagen de esa mujer seguía rondando mis pensamientos.

No me casaría con Daniele, así estallara la tercera guerra mundial, la decisión estaba tomada. Tan pronto volviera a Nueva York escaparía, me perdería en el país, asumiría una nueva identidad, me cortaría el cabello, lo teñiría. Tenía ahorrado efectivo suficiente para hacerlo. Mi hermano no merecía mi lealtad, no cuando lo único que le importaba era entregarme a un monstruo a cambio de unos ceros más en su cuenta bancaria.

—Sé que esto no es asunto mío, pero… quiero decirte algo. —murmuró Carla sentándose a mi lado.

Fruncí el ceño, tomándome unos segundos ante de asentir.

—Dime.

—Ten cuidado con Daniele. —Ella miró alrededor con discreción, como si la madre de Daniele o su terrorífica ama de llaves se fueran a materializar de golpe.

—¿A qué te refieres? —pregunté, intentando mantener mi expresión neutral, pero un escalofrío me recorría la espalda.

—A que no es el hombre que crees que es. Mejor dicho, que no es el hombre que Michele cree que es.

Mi garganta se secó.

—Lo sé —murmuré, sin poder ocultar la amargura en mi voz.

No le había contado a Carla lo ocurrido con Daniele en Nueva York, ni mi deseo de huir. A pesar de que era mi amiga y la quería, sabía que la lealtad de ella era hacia el hombre que amaba; por eso, apenas le hablaba de mis sentimientos.

—No, no lo sabes. —Su mirada se endureció—. Es peor de lo que imaginas, Francesca. Es un maldito enfermo, tiene amantes en cada ciudad donde tiene negocios, pero eso no es lo más grave, hay rumores. Mujeres que han desaparecido después de estar con él.

—¿Cómo te enteraste? —Mi estómago se revolvió.

Carla suspiró.

—Escuché a una de las empleadas hablando de la mujer que estuvo aquí hace unos días, parece que su cadáver apareció en el desierto.

—Michele, no me cree.

—Tendrá que hacerlo, aquí no encontrarás ningún tipo de apoyo, nadie habla de estas cosas y todas sabemos lo que pasa cuando un hombre como él se casa con una mujer joven y bonita como tú.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotras como una maldición. La serie empezó y nos acomodamos en la gran cama, pero yo ya no podía concentrarme.

La opresión en mi pecho se volvió insoportable, necesitaba salir de aquel lugar, escabullirme de esa vida donde apenas podía

respirar. La jaula en la que estaba atrapada se volvía más real con cada minuto que pasaba, la peor parte, era que solo tenía una salida.

CAPÍTULO 18

Angelo

El reflejo en el espejo me devolvía la mirada de un hombre que ya no reconocía. Ojos oscuros, ojeras apenas disimuladas, el cabello revuelto; era como si toda la jodida carga de estos últimos meses hubiera dejado una marca imborrable en mí. Cara tenía razón, era hora de sacar la cabeza de mi trasero.

Meses de excesos, de noches llenas de mujeres cuyos nombres olvidaba antes de que amaneciera. Días completos de fiestas, *whisky* y decisiones impulsivas que solo terminaban con un vacío aún más grande que el que intentaba llenar. Me convencí de que perderme en esto me ayudaría a olvidar, pero no lo logró. Ni una sola maldita vez.

Porque cada mujer que llevaba a mi cama tenía el defecto de no ser ella. Cada trago, cada noche de sexo sinsentido, cada intento de distraerme no había hecho más que reafirmar una jodida verdad; seguía atrapado en el infierno que Francesca dejó en mí. Necesitaba salir del maldito agujero.

Me lavé la cara con agua fría, sintiendo el escalofrío recorrerme la piel. Podía permitirme muchas cosas, pero ser débil no era una de ellas. Tenía que recuperar el control, volver a ser quien era antes de que todo esto me convirtiera en una sombra de mí mismo, pero antes de cerrar esta historia, había una última cosa que necesitaba hacer si quería seguir adelante, si realmente quería dejar todo atrás, entonces tenía que saber a quién la habían entregado.

No porque me importara o porque me doliera, sino porque necesitaba asegurarme de que cuando diera vuelta a la página, sería sabiendo que no dejaría un cabo suelto que me atormentara después. Si el maldito resultaba ser peor de lo que imaginaba, entonces no iba a quedarme de brazos cruzados.

Me senté frente a la laptop, dejando que mis dedos se movieran con la rapidez que había desarrollado con los años. Hacía mucho que no usaba estas habilidades con fines personales, pero esta vez, no tenía ninguna intención de contenerme.

Hackearlo. Rastrearlo. Joderlo, si era necesario.

Si Francesca iba a casarse con ese hijo de puta, sin conocer su verdadera naturaleza, no iba a ser porque yo lo permitiera. Un rumor había sido suficiente para levantar esta marea. Escuché a Bruno Rizzo, uno de los capitanes de Massimo. Hablaban de la pobre chica que se casaría con Esposito y de cómo tuvo que buscar a una extranjera, porque ningún hombre en su sano juicio entregaría a su hija a esa bestia.

Tomé un trago de Redbull, encendí la pantalla y me preparé por tercer día consecutivo para descubrir la verdad. Porque si algo me había enseñado la vida, era que los secretos siempre salían a la luz y mi instinto me decía que Esposito tenía muchos más esqueletos de los que teníamos mi familia y yo en generaciones. Lo único que tenía que hacer era encontrarlos.

Daniele Esposito, *consigliere* de la Sacra Corona en Las Vegas, el hombre al que habían entregado a Francesca como si fuera una maldita propiedad. No fue fácil obtener información sobre él, sus redes estaban fuertemente blindadas. Sin embargo, después de varios días de intentos infructuosos, encontré la forma de burlar su software y entrar. Lo que descubrí me revolvió el estómago: no era más que un imbécil con poder y un historial de violencia que me hizo apretar los dientes con furia.

Me incliné sobre la computadora portátil, la luz azulada iluminaba la pantalla mientras mi código registraba el sistema de seguridad de sus servidores privados. No era la primera vez que hackeaba a alguien, pero nunca lo había hecho con un propósito tan personal. Esta no era una simple infiltración de información, era una búsqueda de razones para destruirlo y las encontré.

Trata de blancas y más cadáveres de mujeres de los que podía contar. El maldito era un psicópata. Correos electrónicos, transferencias de dinero que conectaban con clubes de alto perfil en Las Vegas y Manhattan. Documentos que probaban la existencia de mujeres que habían desaparecido después de pasar por su cama. Grandes compensaciones económicas a familiares de víctimas, a abogados, policías, informes médicos ocultos, evidencia de fracturas, golpes, marcas de asfixia. Un cabrón enfermo.

La sangre me hervía mientras pasaba de archivo en archivo. No era solo sucio, era una maldita plaga. Un psicópata con poder, intocable bajo el manto de la Sacra Corona. Pero lo que realmente encendió mi rabia fue la idea de Francesca en sus manos.

Cerré la laptop con un golpe seco, mi respiración pesada, mientras mi mente funcionaba a toda velocidad. Tenía dos opciones: ignorarlo y seguir con mi vida, o hacer algo. Algo que podía joderme a mí, a mi familia y, lo peor de todo, a ella. Pero ante una decisión como esa, mi lógica dejó de importar.

Ya había decidido. Esa boda no iba a suceder.

*

*

Con toda la información, empecé a crear mi estrategia. De la universidad iba a Luxor y trataba de llevar una vida aparentemente normal, para no darle pie a Massimo para reproches ni suspicacias. Esa tarde, al salir de la empresa, tendría una reunión con el primer peón en mi partida de ajedrez.

El club privado estaba en la parte más exclusiva de Chicago, un lugar donde los verdaderos jugadores del poder se reunían lejos de las miradas curiosas. No era un sitio cualquiera, porque no se podía entrar sin invitación, y mucho menos sin influencia. Yo tenía ambas, gracias a mi apellido.

Me dirigí hacia la sala VIP, una habitación apartada del bullicio del bar principal, con paredes revestidas en madera oscura y un tenue aroma a *whisky* añejo flotando en el aire. Me senté en un sillón de cuero negro, encendí un cigarro y esperé.

El hombre al que iba a ver no era alguien con quien se tratara a la ligera.

Alessandro Bianchi, era una leyenda en la mafia italiana, respetado, temido y, más importante aún, un enemigo declarado de Daniele Esposito, luego que su familia le arrebatara la cabeza de la Sacra Corona.

La puerta se abrió y apareció en el umbral. Alto, con cabello oscuro y una presencia que exudaba autoridad. Llevaba un traje perfectamente cortado y sus ojos fríos se clavaron en los míos, mientras se acercaba con una calma absoluta. Se sentó frente a mí, tomó el vaso de *whisky*, que le habían servido, y bebió un sorbo.

—Si esto es una trampa, Di Lucca. Te aseguro que será la última que hagas.

—Si fuera una trampa —sonreí, apoyando el cigarro en el cenicero de cristal—. No te habría elegido a ti.

—Hablemos claro. —Dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco—. ¿Por qué me pediste esta reunión?

—Porque tenemos un enemigo en común —dije inclinándome ligeramente hacia adelante. Alessandro alzó una ceja, como si esperara más—. Daniele Esposito.

—¿Tu hermano sabe que estás reunido conmigo?

—No, es un asunto personal.

—Continúa. —Su expresión no cambió, pero sus ojos se oscurecieron.

—Sé que lo odias. —Me serví un trago antes de hablar—. Sé que quieres verlo caer y yo también.

—¿Por qué lo odias?

—Me quitó algo importante y no quiero que lo tenga.

—¿Por qué querría ayudarte? —preguntó, mirándome con suspicacia—. Eres un *amateur* jugando en las grandes ligas.

—Quiero verlo caer —sonreí con arrogancia—, y su caída te beneficiará; porque, seamos honestos, esto es algo que llevas años esperando.

—¿Por qué estás tan seguro de que eso es lo que quiero? —Alessandro giró el vaso entre los dedos, pensativo.

—Porque perdiste algo importante por su culpa.

La mirada del hombre mostró un rasgo furioso y golpeó el vaso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué tienes en mente?

Me incliné más cerca, para estar seguro de que me escuchara muy bien.

—Voy a asegurarme de que Daniele Esposito, tenga unas cuantas pérdidas en los próximos días; de paso, me aseguraré de que no llegue al altar.

Alessandro me estudió en silencio, con la mandíbula tensa, pero luego dejó escapar una leve risa.

—La chica, siempre es una chica. Pensé que Massimo había entrenado bien a sus cachorros —señaló, refiriéndose a Chiara y a mí—, pero no pensé que fueras tan estúpido. Enfrentar a Daniele, arrebatándole su mujer es una condena a muerte.

—No soy estúpido, Alessandro. Soy un hombre que sabe lo que quiere y Francesca no es su mujer, aún.

No era una mentira, no del todo.

Alessandro se apoyó contra el respaldo del sillón, observándome con una sonrisa cínica, tomó un sorbo de licor y fumó de su habano, despidiendo volutas en el aire.

—Ese hijo de puta, ha estado jodiéndome desde hace años, a pesar de ser familia —carraspeó—. Tiene negocios con diferentes cárteles, ha traicionado a sus propios aliados y es un jodido perro rabioso que no sabe cuándo quedarse en su sitio. Si desaparece, el equilibrio en la Sacra Corona cambiaría... y no todos estarán felices con eso.

—No necesitamos que desaparezca. Solo restarle poder, tú para tus propios intereses, yo para los míos.

—¿Y cómo planeas hacerlo? —Alessandro me miró con curiosidad.

—Déjame preocuparme por los detalles. —Bebí un sorbo de *whisky* y lo miré fijamente—. Solo necesito saber si estoy perdiendo mi tiempo contigo o si realmente quieres verlo caer.

—No me gusta perder el tiempo, Di Lucca. —Él sonrió, un gesto peligroso—. Si tienes un plan, puedo ayudarte. Si lo jodes, no esperes que te cubra la espalda.

—No necesito que me cubran la espalda. —Le devolví la sonrisa, levantando mi vaso en un brindis silencioso—. Solo necesito la oportunidad.

Nos quedamos en silencio, cada uno midiendo al otro. En ese momento supe que habría una guerra. Lo sentía por mi hermano, porque su vida tranquila iba acabarse en pocos días.

Daniele Esposito no se casaría con Francesca Romano. No mientras yo tuviera un halito de vida.

Francesca

El vestido de seda roja que llevaba puesto se pegaba a mi cuerpo como una segunda piel. El restaurante donde Daniele me llevó, era uno de los más exclusivos de Las Vegas, con paredes de mármol y luces doradas que reflejaban el lujo desmedido del mundo en el que ahora estaba atrapada.

Un vistazo a mi entorno y todo parecía perfecto. Las mesas llenas de empresarios, políticos y hombres de la mafia vestidos con trajes impecables, las copas de vino brillando bajo la luz tenue, la conversación ligera y calculada. Pero yo sabía la verdad, ya que este no era un encuentro romántico a la luz tenue del cristal. Era otra demostración de poder de Daniele Esposito.

Desde que Carla llegó a Las Vegas, mi vida se convirtió un juego de apariencias aún más peligroso. Daniele se volvió más posesivo, más controlador, exigiendo que estuviera a su lado en cada evento, que sonriera cuando él lo quisiera, que fingiera que era feliz y por supuesto esta noche, no era la excepción.

Daniele tomó su copa de vino y la giró entre sus dedos con una expresión que no me gustaba.

—Nos vamos a casar en un par de semanas, Francesca —dijo con ese tono bajo y firme que me helaba la sangre—. Quiero que comiences a comportarte como mi esposa.

Respiré hondo, sintiendo el peso de cada palabra. Si me obligaba a compartir su cama, lo ahorcaría antes del amanecer.

—¿A qué te refieres? —carraspeé asustada.

Al imbécil le brillaron los ojos de algo que no supe dilucidar. Apoyó un brazo sobre la mesa y me miró fijamente.

—A que dejes de salir sin avisarme, a que dejes de actuar como si todavía tuvieras opciones. —Bebió un sorbo de vino—. Y que tengas muy presente, cada segundo del día a quién perteneces.

—No soy una posesión, Daniele. —Mis manos se crisparon sobre mi regazo.

—No, claro que no —dijo con falsa amabilidad—. Pero tampoco eres libre. —Una sonrisa torcida se formó en su rostro.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora? —El miedo se instaló en mi pecho, pero lo disfracé con la frialdad que había aprendido a usar.

Daniele dejó la copa sobre la mesa y se inclinó un poco más hacia mí.

—Porque me molesta que te escabullas con tu amiga Carla y salgan a pasear por el área turística de la ciudad —dijo en un susurro—. No quiero que te distraigas con ella. No sea que te llene la cabeza de ideas equivocadas.

Antes de que pudiera responder, uno de sus hombres se acercó a la mesa y le susurró algo al oído. Daniele asintió y se levantó.

—Vuelvo en un momento —murmuró, inclinándose para besarme en la mejilla.

El contacto de sus labios me hizo contener la respiración. Lo observé alejarse con su hombre de confianza, caminando hacia un pasillo al fondo del restaurante. Mi instinto me decía que debía seguirlo. Así que, me levanté con cuidado, asegurándome de que nadie me prestara atención, y caminé por el mismo pasillo. El sonido de la música y las conversaciones se fueron apagando a medida que avanzaba, hasta que escuché voces en una de las habitaciones privadas. La puerta estaba entreabierta. Daniele, de pie frente a otro hombre, alto y de cabello oscuro, que parecía temblar mientras miraba al suelo.

—Te di una oportunidad, Marco —dijo Daniele con voz calmada, casi perezosa—. Te pedí una sola cosa, que me pagaras a tiempo.

—No tengo dinero, pero Sherry, mi hermana… —balbuceó el otro hombre.

Daniele suspiró y, sin previo aviso, le propinó un golpe brutal en el rostro. El hombre cayó al suelo con un gemido ahogado, llevándose las manos a la nariz ensangrentada.

Mi estómago se revolvió, pero no podía apartar la vista.

—No quiero a las zorras de tu familia, ya me las he follado a todas —dijo Daniele, sacando un pañuelo de su bolsillo y se limpió los nudillos. Sentí nauseas en ese momento—. Quiero mi dinero.

El hombre se arrastraba frenéticamente hacia atrás.

—Lo tendré para mañana, lo juro, pero ella es la joven, no la conoces, tiene dieciocho años, puede servirte en el club.

Daniele se arrodillo junto a él y le tomó el rostro con una falsa ternura.

—Llévala esta noche.

El hombre asintió. Daniele se puso de pie y chasqueó los dedos. Uno de sus hombres sacó un arma y, sin dudarlo, le disparó en la pierna. Contuve un grito, tapándome la boca con las manos mientras el cuerpo del hombre temblaba en el suelo.

—Tienes hasta la medianoche —dijo Daniele, como si acabara de discutir sobre el clima. Luego se giró hacia la puerta.

Mi corazón se detuvo, pero me aparté rápidamente, volviendo sobre mis pasos sin hacer ruido. Logré llegar a la mesa antes de que Daniele regresara, con la misma expresión serena de siempre, se sentó frente a mí, como si nada hubiera pasado.

—¿Lista para el postre, amor? —preguntó con una sonrisa.

Mi estómago se revolvió de nuevo. Aunque la violencia era parte del ADN de la mafia, ver personalmente al hombre con el que me iba a casar ejerciendo su crueldad, no era sencillo, pero tampoco

podía ser hipócrita, todos los hombres de la mafia eran malvados, necesitaban serlo para seguir vivos al final del día. Estaba segura de que si hubiera sido Angelo o Michele los que propinaran ese tipo de violencia, no me hubiera causado el mismo repudio que me inspiraba Daniele en ese momento. Lo observé con una mezcla de miedo y odio. Si no encontraba una manera de salir de esto… pronto me convertiría en su próxima víctima.

CAPÍTULO 19

Angelo

La bodega donde almacenábamos las armas que enviábamos a Ucrania y a otros lugares del mundo, estaba desierta, ahora que el cargamento había salido desde el puerto el día anterior, y estaría así los próximos quince días, justo el tiempo que necesitaba para prepararlos y organizar las cosas para lo que iba a ocurrir. Amadeo, Dante y Luca, mis tres mejores amigos. Más que amigos, eran hermanos y ahora, estaba a punto de pedirles que me ayudaran en la locura más grande de nuestras vidas. Todos nacimos en la familia, fuimos criados y educados para ser útiles y leales a Massimo y a la Sacra Familia.

Bajé del auto, sacando la botella de *Whisky* del maletero y entré a la bodega. Amadeo, Dante y Luca me siguieron, les había enviado un mensaje de texto luego de mi reunión con Alessandro, para que nos reuniéramos aquí, y aunque no les di muchos detalles, aquí estaban. El aire en el almacén olía a humedad y a pólvora. La vieja lámpara colgante parpadeaba, proyectando sombras largas, sobre la única mesa que estaba en el lugar, dejé la botella en el centro y busqué en el archivador unos vasos desechables, pero encontré vasos de cristal.

—Estamos de suerte —mascullé, colocando los vasos en la mesa antes de servir el licor. Cada uno tomó un vaso.

—¿Nos hiciste venir hasta aquí solo para beber? —preguntó Amadeo, observando el vaso.

Tomé un trago, reteniéndolo en mi boca unos segundos antes de tragarlo.

—Es un *Tomatin Legacy,* obtuvo una puntuación de 99 sobre 100 en el International *Wine and Spirits Competition*.

—No tengo ni puta idea de qué es esa competencia, pero la hija del gobernador Blair, me está esperando en un VIP de The Loop, dinos por qué nos citaste aquí —farfulló Luca, tomándose el líquido ambarino de un solo trago—. ¡Joder, está fuerte!

Bebí un poco más ante la mirada interrogante de mis amigos.

—Los necesito —dije sin tanto preámbulo—. Acabo de verme con Alessandro Bianchi.

—¿Bianchi? Ese no es quien iba a ocupar el lugar de Esposito en Las Vegas pero que se vio envuelto en un problema de drogas.

—No comes donde cagas —dijo Dante—. Regla básica de la mafia. —Apuró el vaso, igual que Luca—. ¿Para qué necesitas a Bianchi?

—Voy a robarme a Francesca antes de su boda. —Me serví otro trago y me lo bebí rápidamente—. Bianchi, me va a ayudar.

Los había puesto al día de mi romance con Francesca una noche de borrachera, pero ellos, el único consejo que me dieron fue que un clavo sacaba otro clavo. Me pidieron que la olvidara, porque se había vuelto intocable para mí.

—Ya te volviste loco… Dime que esto es una jodida broma. —exhaló Amadeo.

Tanto Luca como Dante no dijeron nada, Luca cruzó los brazos y Dante solo me observó.

—No lo es —dije solemnemente.

—¿Quieres repetirlo? —soltó Luca, con una calma tan peligrosa que si no estuviese acostumbrado a su frío actuar me

pondría los pelos de punta.

—Voy a robarme a Francesca antes de su…

Dante maldijo por lo bajo y se pasó las manos por la cara.

—¿¡Te estás escuchando!? —Amadeo miró a mis amigos—. Díganle que lo que quiere hacer es una puta locura. La Sacra Familia no hace tratos con Bianchi, ¿Massimo sabe de esto?

—Mi hermano no lo sabe.

—Esto no es ninguna mierda, Angelo. —Amadeo se llevó la mano las manos a la cabeza—. Esposito seguramente tiene a su prometida totalmente custodiada, vas a declarar una puta guerra.

—¿Qué crees que va a hacer Massimo cuando se entere? —preguntó Dante, sirviéndose otro trago.

—Me va a matar —dije sin titubear.

—Al menos lo sabes. —Lucas rio por lo bajo, pero no tenía nada de humor.

—Eso no lo hace menos estúpido —soltó Amadeo—. Es una maldita mujer, Angelo. Hay millones de mujeres en el mundo, eres un Di Lucca, maldita sea, puedes tener a la que quieras.

—¡La quiero a ella! —grité—. Está en peligro y solo cuento con ustedes tres, maldita sea. —Mi arrebato los sorprendió, pero aun podía ver sus miradas escépticas—. Estuve investigando a Esposito, es un maltratador y…

—¿Y qué?, no será el primero ni el último que golpeé a su mujer si no se comporta como es debido —adujo Amadeo.

—¿Cómo tu padre golpeaba a tu madre? —cuestioné.

Massimo había puesto fin al ciclo de violencia, con el que Marcus, el padre de Amadeo, había sometido a su madre, luego de jurarle que haría que Salvatore lo despellejara por cada golpe que Aurora tuviera.

La habitación quedo en silencio.

—No puedo quedarme quieto y verla condenarse a un matrimonio de mierda con un hombre que no solo no la ama, si no que la atemoriza —continué.

—No puedes joder con esto y esperar salir ileso —soltó Luca, sirviendo otra ronda.

No respondí, porque no había forma de salir ileso.

—¿Cómo sabes que la atemoriza? A lo mejor es una de esas mujeres que disfruta que le den una tunda de vez en cuando —comentó Dante.

Sabía que Francesca no era de esas, era impulsiva, valiente y capaz de clavarle un cuchillo a quien osara tocarla o eso esperaba.

Mateo se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—¿Cómo se supone que vas a hacer el robo del siglo? —inquirió Luca, mirándome fijamente.

—No lo sé, aún. Bianchi quedó en conseguirme los datos de los lugares donde podríamos hacerlo.

—Tu hermano no solo te va matar, también nos va a dar caza a nosotros…

—¿Están considerando esto? —farfulló Amadeo, frustrado, mientras observaba a Dante y a Luca.

—No lo sé, Amadeo. Llevamos años juntos. No me gusta la idea, pero tampoco quiero dejarlo solo con esta mierda —señaló Luca.

Los demás de quedaron en silencio.

—Entonces, ¿estamos dentro? —pregunté, con el corazón martillándome en el pecho.

—Siempre lo hemos estado. —Dante bebió un trago de su *whisky*, se limpió la boca y se acercó—. Una cagada más o una cagada menos, no hará que mi querido padre me mire de otra manera.

—Vamos a morir por tu culpa, imbécil. —Luca negó con la cabeza.

—Si esto sale mal, yo no te mato, pero te juro que te sirvo en bandeja de plata a tu hermano para que haga el jodido trabajo —concluyó Amadeo.

Sonreí por primera vez en toda la noche, sabía que podía contar con ellos.

—No va a salir mal, Massimo también hizo locuras por amor.

—Sí, pero el es maldito capo, nuestro maldito capo. —Amadeo tomó la botella, empinándosela—. ¿Cuándo tendremos un plan consolidado?

—La boda es en un par de semanas —dije golpeando la mesa suavemente.

—Eso nos deja poco tiempo —agregó Luca.

—Puta madre… —Amadeo resopló, negando con la cabeza—. Cuando mi mamá me decía que dejara de juntarme con idiotas, debí haberle hecho caso.

Dante soltó una carcajada.

—Ya que Massimo nos va a matar, creo que si iré a cumplir esa cita con la hija del gobernador. Nos vemos.

—Tú estás, muy jodido, hermano —insistió Amadeo, saliendo tras de Luca.

Solo quedamos Dante y yo.

—Sabes que esto es traición, si desatas una guerra con la Sacra Corona, tu hermano nunca te lo va a perdonar esta familia ha

tenido su cuota de enemigos.

—Massimo no es tonto, Alessandro va a encargarse de Esposito, esto nos dará una tregua con la Sacra Corona —dije, intentando mantener la voz firme—. A nadie más que a Bianchi le interesa que esta boda no se lleve a cabo. Siempre ha querido ver caer a Esposito, a él no le interesa Francesca.

—¿Y qué te hace pensar que va a mantener su palabra? Los de su especie son serpientes, Angelo. ¿Y si después de la boda nos cazan como perros?

No respondí, no lo sabía.

—Pase lo que pase, estoy contigo, aunque Amadeo tiene razón… Tú estás muy jodido o peor que eso, estás encoñado. —Dante me dio una palmada en el hombro y luego me dejó solo.

Tenía solo dos semanas… No podía permitirme errores.

*

*

Pasé la última semana recopilando información, observando cada movimiento en las cámaras de la villa en los Hamptons, que rentó Esposito. No fue fácil, me tomó tres días poder acceder al enrutador y fue con ayuda de uno de los hombres de Bianchi, que, además, me mantenía informado. Logré conseguir la información sobre los lugares en donde podría llevar a cabo el rapto.

Esposito tenía un ejército de cincuenta de sus mejores soldados vigilando cada movimiento de Francesca y de las personas en la villa. El hermano de Francesca, su esposa y una comitiva de italianos ya estaban instalados en la casa, la boda de un mafioso no era un evento cualquiera. No es como si simplemente llegara y tomara a la novia de la mano, estaba intentando elaborar la mejor estrategia.

Me mudé del todo al antiguo departamento de Massimo, y cada noche cuando mi hermano no me necesitaba, venía a casa a rodearme de planos y fotos que me había enviado el contacto de Bianchi… Estaba en busca de lugares de escape y necesitaba decidirme pronto.

La pantalla de mi celular se iluminó y lo levanté del escritorio leyendo el mensaje de Bianchi.

«Necesitas decidirte ya niño, los italianos llegaron con una comitiva de sus propios hombres, robar a esa chica de la villa o de la iglesia está completamente fuera de lugar, de hecho, necesitarás mucha buena suerte para que siquiera salgan vivos de ahí. Hay cerca de cien hombres custodiando cada maldito lugar. Costa también ofreció un grupo de sus hombres. Después de todo, Nueva York es su territorio y necesita que todo salga a pedir de boca. Te aconsejo la cena de ensayo o el lugar donde están haciendo las pruebas de vestuario para la chica. Según mi informante, van pocos hombres. Voy a enviar a tu correo los planos de Il Rozzo, el salón de eventos donde se llevará a cabo la cena de ensayo. Llámame cuando los tengan. Por cierto, el atelier donde se están llevando las pruebas está en la Quinta Avenida, también te enviaré los planos».

Abrí el correo y descargué las imágenes que Bianchi me había enviado, estaba a punto de empezar a analizarlas cuando mi teléfono sonó.

—Hola, niño —la voz de Alessandro tenía un toque ronco—. ¿Recibiste mi correo?

—Estaba descargando los planos para llamarte, tengo en pantalla los de Il Rozzo.

—Bien, si te das cuenta, la entrada principal está descartada, los hombres de los Romano y los de Daniele estarán ahí, por lo que es demasiada seguridad. Sin embargo, la puerta trasera que da hacia un callejón por donde entra el personal, solo tendrá dos

guardias y seguramente será más fácil neutralizarlos. Necesitarías unas cinco personas, dos que entren contigo, dos en el auto y otro más por si hay algún cambio de último minuto.

—Solo cuento con tres.

—Puedo ayudarte con los dos que te faltan —dijo sin miramientos.

Prefería hacer esto con mis propios hombres.

—¿Y el atelier?, ¿sabes cuantos hombres la custodiaran en la prueba del vestido?

—No tengo la información de quienes la acompañaran a la prueba, pero las mujeres andan en manada, habrá varios guardias, unos puestos por Daniele y otros por su hermano. No creo que tengas una mejor oportunidad, niño.

—Tengo que pensarlo.

—La última prueba de vestuario es en tres días. Francesca debe de estar en el atelier a las dieciséis treinta. La cena de ensayo es un día antes de la boda a las veinte horas, no tienes tiempo para pensar, debes decidirlo —me insistió. Tragué el nudo en mi garganta —. Tic tac, niño… Tic Tac.

Colgó y yo dejé caer el celular en la mesa, llevándome las manos al cabello. Minutos después, tomé mi móvil de nuevo y marqué a Amadeo, Luca y Dante.

—Veámonos en la bodega a medianoche. —Di un trago al vaso que tenía al lado de la laptop y tomé mi chaqueta.

Llegué a la bodega en tiempo récord, luego caminé hacia la entrada y desplegué el plano del atelier en la mesa, saqué de mi bolsillo una caja de cigarros, tomé uno mientras observaba el plano frente a mí. Los chicos llegaron quince minutos después, Luca fue el primero en llegar.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —gritó Dante mientras entraba. Observándonos a Luca y a mí—. ¿No hay *whisky* caro hoy?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Necesitamos viajar mañana a Nueva York sin que nuestras familias lo sepan.

—Entonces, sí secuestrarás a Francesca Romano en su boda. Joder, pensé que era una puta broma —farfulló Amadeo.

—No estoy bromeando, necesitamos estar en Nueva york mañana por la noche.

—¿Mañana?

—Sí, mañana. En tres días es la última prueba de su vestido. Para mí, es la opción más viable, robarla de la iglesia sería un jodido suicidio. La cena de ensayo tendrá casi la misma cantidad de guardias, pero solo contará con cuatro, máximo cinco escoltas para ir al atelier. Por eso el margen de tiempo es corto, lo ideal es estar un día antes en Nueva York y no llamar la atención.

—¿Pedirás ayuda a Chiara o a su esposo? —inquirió Dante, negué con la cabeza, estaba actuando en nombre propio.

—No quiero involucrar a las familias.

Amadeo resopló.

—¿Y qué se supone que vamos a decirles a nuestros padres y a tu hermano? —preguntó Dante.

—De mi hermano me encargo yo, algo se me ocurrirá. Rentaremos un auto y conduciremos hasta Nueva York. En dos días es su última prueba del vestido.

—¿Y qué has pensado?

Tomé mi bolígrafo laser.

—Luca y yo entraremos disfrazados de repartidores, Dante, tú manejas como un jodido loco y Amadeo. —Hice la señal de un

disparo con los dedos—. Tienes buena puntería.

—No tanto como la tuya.

—Tienes mejor ojo y alcance que yo, soy bueno con los cuchillos, pero no tan hábil con los rifles de largo alcance. Te necesito como sombra en lo alto, cuidando mi espalda y la de Luca, Los hombres de Bianchi crearán la distracción.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en Bianchi? —preguntó Dante.

—En estos momentos solo puedo confiar en ustedes.

—Esto es una jodida locura —maldijo Amadeo—. ¿Recuérdame por qué jodido coño vamos a hacer esto?

—Por Francesca —les recordé con fervor—, antes muerto que verla caminar al altar con ese maldito hijo de puta.

—Si Bianchi decide no ayudarnos al final, va a ser una cacería, nos van a matar como putos animales —señaló Dante.

—¿Qué tipo de distracción creará Bianchi? —Luca sacó un cigarrillo de su bolsillo y caminó hacia la mesa.

—Algo lo suficientemente grande como para que saquen a la mayoría de los guardias del edificio. Un tiroteo en la otra calle, una amenaza de bomba… No importa, lo que sea. El punto es que Francesca se quedará con un solo escolta dentro del atelier. Mientras nosotros la sacamos por la parte trasera y nos esfumamos antes de que se den cuenta. —Me llevé la mano al cabello peinándome hacia atrás—. Chicos, sé que lo que les pido es mucho, pero no puedo hacerlo sin ustedes. Los hombres de Massimo le deben lealtad a mi hermano, ninguno me ayudará.

—También somos hombres de tu hermano —dijo Dante—. Y…

—También le juramos lealtad —apuntó Amadeo, interrumpiendo.

—Tienes que buscar los puntos de las cloacas —aconsejó Luca, mirando los planos—, quizá necesitemos escabullirnos y el sistema de alcantarillado puede convertirse en un aliado; lo dijo mi hermano cuando atraparon a la rusa que jodía a Salvatore.

—Necesitamos armas. —Dante se acercó al plano—. Amadeo necesita un rifle, y más que armas, necesitamos municiones.

—Puedo conseguirlas —aseguré.

—¿Sabes qué? —Lucas se recargó en la mesa, frotándose la nuca—. Al carajo. ¡Vamos a hacerlo!

—¿Dante?

—Es una jodida declaración de guerra y estoy dentro —afirmó con una sonrisa de pura adrenalina

—Vamos a morir por tu culpa, imbécil —increpó, molesto, Amadeo.

—Mañana por la noche, repasaremos bien el plan.

CAPÍTULO 20

Francesca

—¿Ansiosa por esta tarde? —preguntó Bianca, la madre de Daniele, sentándose en su lugar en la mesa. Tenía una sonrisa demasiado grande y fingida—. La última prueba del vestido de novia, ya casi es el gran día.

Forcé una sonrisa, esa que había perfeccionado desde que salí de Italia, se suponía que era una novia feliz, pero «la felicidad» estaba en mi último lugar de prioridades.

—Sí, claro… ansiosa —murmuré, llevando a mis labios la taza con café, estaba fría, pero no importaba.

Mientras más se acercaba el día, mi estómago parecía apretarse, escuché murmullos por el pasillo justo antes de que Michele, Gianella y Daniele aparecieran por las puertas dobles de la villa que, mi odiado prometido, alquiló para los invitados de la boda.

Daniele se inclinó dejando un beso en mi mejilla. Mi piel se erizó ante su contacto, cada día mi asco hacia él crecía. No podría sobrevivir a una vida atada a ese hijo de puta. A sus maltratos, a su falsa postura de caballero. Me obligué a no moverme, a fingir que todo estaba bien, a seguir al pie de la letra el consejo que Gianella me dio meses atrás. Toda mi vida se convirtió en una mentira y aunque estaba atrapada en este maldito trato que fue sellado con honor y conveniencia aún no me resignaba a mi suerte. Aunque me aterraba lo que Daniele pudiera hacer conmigo cuando encontrara la manera de escapar.

—Tenemos un día ocupado —dijo Gianella, mirando su celular mientras la servidumbre empezaba a servir el desayuno. Quería subir a mi cuarto y quedarme ahí hasta el momento en el que pudiera escapar—. Necesitas ropa especial para la noche de bodas. Luego podemos almorzar fuera. —Bianca asintió—, y después vamos al spa y luego al atelier aún falta la última prueba del vestido. —Me desconecté, las palabras se convirtieron en un ruido de fondo. Me concentré en mirar la tostada en mi plato, y revolver los huevos.

Podía ver a Michele, observándome en silencio. El desayuno acabó mucho antes de lo que esperaba, subí a mi habitación con Carla siguiéndome los talones.

—¿Le contaste a mi hermano? —dije con desdén. Carla negó —. No abortaste Carla, vas a tener un hijo de mi hermano, el próximo capo de nuestra familia.

—Crees que tu hermano va a darle su lugar. Este bebé no es más que un bastardo, lo daré en adopción tan pronto nazca.

—¿Y dejar que otra persona crie a mi sobrino? Olvídate de eso.

—Tu hermano sabe que estoy embarazada. Me envió aquí con un montón de dinero, este bebé no le importa.

—¿Y a ti Carla? ¿A ti tampoco te importa?

Carla bajó la mirada, y dio un largo suspiro.

—¡Ayúdame a escapar, ven conmigo!

—¿Escapar?

—Sí, escapar, no estoy dispuesta a compartir mi vida con Daniele, tu misma lo dijiste, él es un monstruo cruel, no puedo vivir con él. Si vienes conmigo podemos cuidar del bebé, tú y yo, lejos de este mundo oscuro que solo trae lágrimas y tristezas.

—¿A dónde vamos a ir?

—¡Donde sea, pero lejos! Tengo un plan y necesito tu ayuda.

—Es demasiado arriesgado, es una locura —dijo con los ojos desorbitados.

—Una locura es que dejes a tu bebé abandonado, una locura es que yo acepte los golpes de Daniele. —Tomé a Carla de las manos y nos sentamos sobre la cama.

—Si te golpeó debes decirle a Michele.

Negué con la cabeza y levanté mi camisa, aún tenía marcas en mi cintura de los dedos de Daniele, un nada sutil apretón en la cintura, cuando el hijo de uno de los políticos invitados a la gala me hizo reír. Carla jadeó, soltó sus manos de las mías y se las llevó a la boca.

—Michele no hará nada, le conviene más este acuerdo. Además, tampoco quiero que se meta en problemas por mí, tengo un plan para escapar el día de la boda, pero te necesito, por favor.

La puerta se abrió, entró Gianella y nos miró

—Nos vamos.

—¿Tiene que ser hoy? Tengo dolor de cabeza —dije apática. Si seguía así, terminaría ahorcándome con el encaje de algún ligero.

—Por supuesto, es la lencería de la luna de miel. Deja el dolor de cabeza para cuando estés casada. Siempre es una buena excusa —recalcó Gianella.

—¿Realmente crees que a Daniele le importe cómo me vea después de la boda o si tengo o no dolor de cabeza?, solo le interesará cuan dispuesta estaré para tener sexo. Si vamos a comprar lencería, quiero ir a la boutique de Gianna Costa, está cerca del atelier después de todo.

—Ya tenemos cita en Victoria Secret.

—Pues, cancélala. Será donde Gianna o no saldré de aquí.

—Está bien, como quieras —dijo con fastidio.

Acompañé a Gianella. Tan pronto salí de la casa, me di cuenta de que la madre de Daniele haría parte de este día de mierda. Perfecto, tendría que sonreír y fingir todo el puto día.

La boutique de lujo tenía un aroma dulce y artificial, como a flores y especias caras. Gia, nos recibió con una sonrisa encantadora.

—Tenemos lo mejor de la nueva colección —anunció, guiándonos al área privada de probadores—. Tu prometido no podrá apartar las manos de ti.

Tragué saliva, lo único que deseaba era que mantuviera sus asquerosas manos lejos de mí. Gianna empezó a mostrarnos un modelito tras otro, encaje, sedas y transparencias, ante la mirada de mi suegra, de Sofía, la hermana de Daniele, y Gianella.

—Este es perfecto —dijo Bianca, señalando un corsé de encaje negro con ligas a juego—. Seductor, pero elegante. No puedes decepcionar a mi hijo en la noche de bodas.

Miré el conjunto, enseguida el desayuno subió a mi garganta.

Me abstraje después de que Gianella, Bianca y Sofía, eligieron conjuntos para mi noche de bodas e incluso para ellas mismas. Dejando una fuerte cantidad de dinero en la boutique de Gianna. Cuando salimos del lugar ya era hora de almorzar. Las dejé elegir el restaurante porque realmente me daba lo mismo. Terminamos en Le Bernardin, en donde fue más de lo mismo; conversaciones acerca de la boda, la decoración, las vajillas personalizadas que Daniele hizo especialmente para la ocasión y los invitados que llegarían para la cena de ensayo.

Revolví mi ensalada Cesar de un lado a otro, sonriendo y asintiendo como una maldita muñeca. Una vez terminado el almuerzo, nos dirigimos al spa, donde al menos pude relajarme. Mientras la masajista frotaba mi cuello y espalda, no podía dejar de

pensar que aún faltaba lo más difícil del día. Meterme en el vestido de novia.

El atelier estaba iluminado con una luz cálida y elegante, a pesar de estar cerrado al público. Los escoltas que habían estado acompañándonos todo el día, se quedaron afuera. Solo Roberto, mi escolta de confianza y Dominic, un hombre que Daniele puso a mi servicio, estaban dentro del lugar.

Donatella, la costurera, hablaba del vestido como si se tratara de una obra maestra. Podía escucharla y a mis engorrosas acompañantes hablar de lo fino de la tela, del encaje y de cómo la pedrería había sido cosida una a una. Una de las asistentes me ayudó a deslizarme en la pieza blanca. El vestido resbaló sobre mi cuerpo con suavidad, ajustándose perfectamente a cada una de mis curvas. La chica tiró de un trozo de tela a mi espalda y fue abotonando cada uno de los broches, casi imperceptibles en el encaje, haciendo que la prenda se abrazara a mi torso.

—Es hermoso, señorita Romano —dijo la asistente al verme.

No, no lo era, no en mí, no en mi rostro decaído cuando me vi al espejo, y observé a otra persona. Una muñeca vestida para una exhibición, un adorno que cumpliría su propósito en tres días. El nudo en mi garganta, era tan fuerte que a duras penas pude tragar saliva, mis dedos recorrieron los bordados, las piedras. En otra vida este sería el vestido de mis sueños.

La puerta del atelier se abrió y escuché la voz de Donatella ordenar a su otra asistente atender a Gianella y las demás.

La nueva asistente dejó una botella de champaña.

—La señora Rizzo mandó a buscar el preferido de la señora Esposito. —Acomodó las capas del faldón—. ¿Está lista para salir?

No es que tuviese otra opción. Ella abrió la cortina y me ayudó a caminar hacia donde estaban las mujeres. Detrás de ellas, Donatella y su asistente estaban sirviendo la champaña.

—Estás hermosa —murmuró Bianca, levantándose.

Le sostuve la mirada sin decir nada porque mis emociones eran un volcán a punto de entrar en erupción. Un hombre vestido con chaqueta negra y gorra, se giró y nuestras miradas se encontraron. ¡Yo conocía esa mirada! Antes de que pudiera reaccionar, antes de que pudiera decir algo, una fuerte detonación se escuchó desde fuera del atelier sacudiéndonos a todos.

Angelo

Dante, tamborileaba los dedos contra el volante de la furgoneta estacionada en el callejón trasero del atelier. Su mirada se movía entre los retrovisores y la entrada del edificio.

—El pichón ha arribado —murmuró Amadeo por el auricular, desde su posición en el edificio de enfrente—. Hay ocho gorilas. Dos en moto, dos, conduciendo autos de lujo; dos, en la entrada y dos más que entraron junto con el pichón y las urracas.

—¡Joder! —mascullé, justo cuando el programa de desvío de llamadas, que instalé en el sistema de comunicaciones del atelier, desvió una llamada justo a mi celular. Le pedí a Luca y a Dante que hicieran silencio; tan pronto contesté, una voz habló abruptamente.

—Necesitamos una botella de champaña, lo antes posible. —La chica parecía urgida.

—La llevaremos inmediatamente —susurré, colgando la llamada.

Tenía un arsenal de las armas de la mazmorra que Massimo guardaba en casa, esperaba que no notara su ausencia hasta que termináramos con el rapto. También fuimos a una tienda de disfraces, por lo que Luca y yo teníamos peluca y bigotes falsos, lo demás lo pedí por internet. Auriculares y micro cámaras, celulares

prepagos; además, cada uno alquiló un auto con un nombre falso y lo dejó estacionado en diferentes puntos de la ciudad.

Luca también me ayudó a trazar unas líneas por el sistema de alcantarillado, eso era lo que hacía a Luca Ferrari, uno de los miembros más importantes de la Sacra Familia. Por lo que era mi deber llevarlo de vuelta a mi hermano sano y salvo.

—¿Estás listo, An?

Asentí tragando el nudo en mi garganta, no era la primera vez que Luca se infiltraba, así que lo dejé ir delante, cruzamos la calle con paso relajado, cargando dos cajas vacías con etiquetas falsas. Los guardias en la puerta nos miraron con aburrimiento.

—¿Entrega? —preguntó uno, sin demasiado interés.

—Vestidos y accesorios, pedidos por la señora Ricci, para la señorita Romano y una botella de Armand de Brignac Blanc de Noirs Assemblage Three —respondió Luca, sacando un recibo falso.

El guardia frunció el ceño y revisó la lista en su celular.

—No tengo nada programado… tendría que…

—Las boutiques de lujo siempre piden cosas a último minuto. —Luca sonrió—. ¿Quieres que me lleve de vuelta un pedido de veinte mil dólares y que la mujer se enoje?

—Amigo, nos están esperando. Hemos hecho lo que está en nuestras manos para que esto llegue a tiempo.

El guardia hizo ademán fastidiado.

—Necesito notificarlos —condicionó. Luca rodó los ojos mientras el hombre hablaba por la radio—. Tengo una entrega en la puerta para la señora Ricci, una botella de champaña y otras cosas.

—Están esperando… Déjalos pasar, pero revisa que la mercancía este en buen estado.

Mi estómago se tensó, porque en las cajas no había nada. Solo espuma de embalaje y una botella de champaña.

—Esto solo debe ser abierto por la señora Ricci, son más de veinte mil dólares en accesorios —exclamé apartando una de las cajas—. Solo dejaremos esto y nos iremos.

El hombre sacudió la caja y luego la llevo a su oído.

—Maldita sea, vayan rápido.

No tenía que decirlo dos veces, cerramos la puerta tras de nosotros y otro escolta se nos acercó.

—¿La entrega? —Una mujer se acercó y tomó la caja donde estaba la botella de champaña destapándola y sirviendo en unas copas.

—Necesito que firmes —respondí, sacando un bolígrafo mientras con la otra mano deslizaba el arma de mi chaqueta.

Alcé la mirada y mi atención se enfocó en Francesca, de pie frente a un espejo, con el vestido que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Cuatro mujeres más estaban sentadas frente a ella, alabando los detalles del vestido.

—Tengo que ver que hay dentro de la otra caja. —Soltó los precintos y justo en ese momento la mirada de Francesca se cruzó con la mía, al mismo tiempo que se escuchaba la primera detonación.

El estruendo fue ensordecedor.

La onda expansiva hizo temblar las paredes y los ventanales de la boutique estallaron en mil pedazos. El cuerpo de uno de los escoltas que custodiaba la entrada fue arrojado contra un maniquí. Las vendedoras y Donatella Ricci cayeron al suelo, cubriéndose la cabeza. Francesca se tambaleó, llevándose una mano a la cara, donde una astilla de vidrio le cortó la mejilla. Luca neutralizó al

guardia de un solo golpe y desarmó al otro con un solo movimiento, colocándole el cañón de la pistola contra su sien.

—Ve por ella —gritó mi amigo, salté al guardaespaldas inmovilizado y sujeté a Francesca, con mi arma presionando su cabeza.

—¡Todos al suelo! —dijo Luca, haciendo un par disparos al aire.

—Nadie se mueva —mascullé, tirando de Francesca hacia la salida trasera.

El guardaespaldas intentó levantarse y Luca le disparó en el hombro. Francesca gritó y tiré aún más de ella, instándola a salir.

—¡Tenemos invitados, amigos! ¡Salgan de ahí! —La voz de Amadeo se escuchó desde el auricular.

—¡Mierda! —mascullé.

—¡Nos jodimos, hay refuerzos viniendo!

—¡Suéltame, bastardo! —Francesca forcejeó en mis brazos.

—Ni lo sueñes, *carissima* —susurré en su oído. Sus ojos se abrieron y su respiración se aceleró. Por el auricular podía escuchar a Amadeo disparando y a Dante con la camioneta encendida—. Vámonos —ordené.

Luca me siguió, arrastrando al escolta que seguía con el arma en su sien. Golpeamos la puerta del callejón con fuerza; tan pronto salimos, una lluvia de disparos cayó sobre nosotros.

—¡Mierda! ¡Son muchos, no puedo con todos! —gritó Amadeo.

Una de las balas le dio a Luca, mi amigo respondió poniendo al escolta de escudo, por lo que el hombre recibió una ráfaga de disparos, que terminó salpicándolo de sangre.

—Corran, corran, corran —gritó Dante.

Un grupo de hombres apareció por la boca norte del callejón. Otros dos, por la puerta de salida. Así que disparamos a matar, sin importar que parecíamos rodeados. Llegamos a la avenida sur justo a tiempo para entrar en la furgoneta. Francesca fue la primera en subir y luego Luca, subí detrás, cerrando la puerta y bajando la cabeza, mientras otra lluvia de disparos se impactaba en la carrocería.

—Sácanos de aquí, ahora —grité a Dante que conducía a toda velocidad.

Me quité la camiseta para presionar la herida de Luca que estaba cerca de su hombro izquierdo, pero sangraba como si le hubiese dado a un órgano vital. El vestido de Francesca estaba completamente arruinado.

—Nos siguen, Angelo.

Saqué mi celular y le entregué mi camisa a Francesca

—Presiona la herida con fuerza, Fran.

—Angelo…

—Solo presiona fuerte —exigí con dientes apretados. Los neumáticos chirriaban, Dante presionó el acelerador a todo lo que daba—. Déjanos cerca del Auto B. Francesca y yo nos bajaremos. —Saqué mi celular y marqué a Bianchi, contestó al tercer timbrazo—. Necesitamos distracción.

—Conduce hasta…

Un golpe fuerte hizo que Dante perdiera el control del coche. Mi amigo maldijo, pero recuperó el control rápidamente. El siguiente impacto nos hizo tambalearnos contra el costado, mi cabeza golpeó con el metal. Francesca gritó y sentí el flujo caliente de la sangre correr por mi rostro. Más disparos chocaron contra la carrocería.

—Niño, niño, ¿estás ahí?

—Aquí estoy.

—Necesitas perderlos, debes llegar hasta Brooklyn, las calles de Manhattan son un blanco fácil para desaparecer. Escúchame muy bien, hay un estacionamiento subterráneo en Dumbo… poca seguridad, sin cámaras en la salida trasera. Mis hombres tomarán las riendas a partir de ahí.

—¿*Están bien chicos?* —farfulló Amadeo por el auricular—. *Salí de la zona, espero ordenes por celular, a partir de este momento estoy fuera.*

—Tienes que sacarnos del maldito radar —le solté a Dante.

—Estoy en eso —replicó, mientras tomaba la salida hacia Chinatown.

Las calles se estrechaban, los carteles de neón brillaban sobre los techos de los autos, y el tráfico nocturno se volvía un arma de doble filo. Miré por el vidrio roto, a dos autos que aún nos seguían.

—Un auto intenta rebasarnos. —Luca Gimió mientras se sentaba—. Dame un arma, Angelo. Perdí la mía —pidió tendiéndome la mano. Le entregué un arma y él miró a Francesca—. Mantente en el suelo, Francesca Romano —susurró antes de volver su mirada hacia mí—. ¿Cuántas balas te quedan?

—Las suficientes.

—Úsalas contra esos hijos de puta. —Se movió hacia el vidrio roto del auto y disparó hacia uno de los autos que intentó esquivarlo. Disparó de nuevo, esta vez hacia un neumático que explotó, haciendo que el conductor perdiera el control, y terminara estrellándose contra un puesto callejero.

Dante tomó otra curva cerrada y nos adentramos en los túneles del Puente de Manhattan.

—Desvía a Brooklyn, Dante —ordené, aunque nuestro punto de encuentro era Jersey.

—¿Brooklyn? ¡Nos van a encerrar ahí! —gritó Dante, a punto de perder el control.

—Bianchi, tiene a sus hombres ahí —grité mientras avanzábamos por los túneles oscuros con dos autos siguiéndonos los talones.

—Hay un estacionamiento en Dumbo, Bianchi nos espera ahí.

—¡Alessandro Bianchi! —gritó Francesca.

Dante presionó aún más el acelerador; cuando llegamos a Dumbo, giró sin frenar, entrando a toda velocidad al túnel del estacionamiento, bloqueando la entrada con la furgoneta.

—Salgan ahora —ordené, tomando a Francesca de la mano.

Dante me ayudó con Luca y salimos justo antes de escuchar el chirrido de neumáticos y los disparos no se hicieron esperar, los hombres de Bianchi aparecieron, todos con pasamontañas, disparando ráfagas reiterativamente. Uno de ellos me detuvo entregándome una llave de un auto.

—Suban las escaleras y salgan por la entrada norte, hay un único auto ahí.

Corrimos mientras escuchábamos las detonaciones, ayudé a Dante con Luca, instando a Francesca a correr. Tal como el hombre de Bianchi nos había dicho, había un auto estacionado en la entrada norte. Francesca y Luca se subieron detrás, Dante tomó el volante y me senté de copiloto, el sonido de las llantas derrapando, hizo juego con las sirenas de los autos de policía.

—Sal de Brooklyn, déjanos a Francesca y a mí en Jersey, vuelvan a casa esta misma noche. —Me giré observando a Luca—. ¿Crees soportar el trayecto hasta Chicago?

Él asintió, pero su rostro se llenó de dolor.

—¿Y tú? ¿A dónde irás?

—Francesca y yo tenemos que salir del país y desafortunadamente, solo hay una persona que puede ayudarme.

CAPÍTULO 21

Angelo

El rugido del motor era un zumbido constante en mis oídos, pero no más fuerte que el latido frenético de mi corazón. Después de dejar a mis amigos, conduje zigzagueando entre calles secundarias hasta que dejé Brooklyn atrás, pero mi mirada iba al espejo retrovisor cada diez segundos. No por miedo o paranoia, sino por costumbre. A este punto, vivir mirando por encima del hombro era parte de nuestra naturaleza.

El aire estaba cargado de humo, metal y una tensión me oprimía el pecho. A lo mejor era mi ropa y la de Fran, la que despedía ese olor a violencia. Las sirenas se habían desvanecido a nuestras espaldas, pero la sensación de estar siendo cazados seguía ahí. Me giré en el asiento y vi a Francesca, con ese maldito vestido de novia rasgado, el cabello enredado y los labios aún temblando. Sus ojos me buscaron y cuando nuestras miradas se cruzaron, algo en mí se tensó. No vi miedo, sino confianza; sin embargo, yo aún estaba furioso con ella.

—Estamos cerca —murmuré.

Minutos después entró una llamada telefónica de Bianchi.

—Cambia de auto antes de irte a dónde diablos decidas. Te voy a enviar una dirección. Hazlo enseguida, porque Daniele ya envío sus perros de presa por toda la ciudad, si no sales en minutos, no podré hacer más por ti, niño.

Bianchi colgó y observé por centésima vez el espejo retrovisor. La dirección que me envío, era en un complejo industrial cercano a Nueva Jersey. Después de cambiar de auto y quitarme la chaqueta para que Francesca se cubriera el maldito vestido, enfilé hacia la casa de mi hermana.

—¿Y ahora? —preguntó ella con voz baja.

—Ahora buscamos a quién pueda sacarnos de la ciudad; a lo mejor del país —respondí, sacando el teléfono de mi chaqueta, pero lo volví a dejar en su sitio, era mejor no alertarlo—. Pero eso tiene un precio. Uno que no estoy seguro de que estés dispuesta a pagar.

—Angelo —me dijo, alzando el rostro hacia mí—. Ya pagué con mi vida durante meses. No tengo nada que perder.

Quise decirle que lo entendía, pues yo también perdí todo desde que ella se fue, pero no lo hice. Solo seguí conduciendo a casa de mi hermana. Recé para que Valentino Costa no me pegara un tiro cuando viera el lío en el que había metido a su familia.

Francesca cruzó los brazos con fuerza sobre su pecho y clavó la mirada al frente; la tensión en ella era palpable, además, podía sentir su rabia en cada respiración.

—¿Cuánto tiempo llevabas planeando esto? —su voz fue baja y áspera.

—Desde que supe quién diablos era él —respondí sin rodeos.

—¿Pensaste que secuestrarme era la solución?

—Pensé que salvarte era lo mínimo que podía hacer.

Ella sonrió, sin humor, con los ojos brillando de rabia contenida.

—¿Salvarme? ¿De qué me salvaste, Angelo? Yo ya tenia un plan, no necesitaba tu ayuda.

—¿¡Es en serio!? —Golpeé el volante con la palma abierta— ¡Te estoy dando una salida! Las gracias serían palabras más adecuadas que tu dignidad maltratada ¿Te enamoraste de ese maldito? ¿Es eso?

—¡No voy a contestar a eso! —explotó, girándose hacia mí y mirándome espantada.

—¡Esto es increíble! —exclamé, porque sus palabras me atravesaron como cuchillas y solté una carcajada plena de ironía —. ¡Te recuerdo qué tú eras la única jodida parte de mi vida que no se sentía como una guerra! ¡Y te fuiste! Sin explicaciones, te escondiste en lugar de enfrentarme.

—¡Porque no podía quedarme! —gritó, al borde del colapso—. ¡Porque tú también me mentiste! ¿O ya se te olvidó que me acosté con el hermano del capo de la Sacra Familia de Chicago sin saber quién demonios eras?

—¡¿Y tú crees que eso fue fácil para mí?! —repliqué, furioso—. ¡¿Crees que no me destrozó saber que te ibas a casar con un cabrón como Daniele?! ¿O que verte en esa tarima con ese vestido, no fue lo más jodido que he vivido?

—¡Entonces no te acerques más a mí! —soltó con voz quebrada—. ¡Déjame ir, Angelo! Si tanto te duele, si tanto te rompí, ¿por qué no me dejas desaparecer?

—¡Porque no puedo! —estallé—. Porque, maldita sea, no sé cómo sacarte de mi cabeza. Porque, aunque me duela, sigo queriendo protegerte.

Solo quedó el sonido del motor y su respiración acelerada.

La miré de reojo, sintiendo un nudo insoportable en la garganta. Quise decirle que la entendía, que también tenía mi cuota de heridas en la espalda, porque desde que ella se fue, no había un día que no despertara con la sensación de que algo vital me faltaba,

pero no lo hice. Porque el orgullo aún me sangraba y no sabía cómo amarla sin destruirnos.

—Si tienes algo más que decir, hazlo ahora, porque cuando lleguemos a casa de mi hermana, no quiero dudas. No quiero que ellos se metan en un problema por algo que tú aún no sabes si quieres.

—¿Y tú sí sabes lo que quieres?

—¡Estoy aquí maldita sea! Si eso no te dice lo que quiero… Te quiero viva y libre y si tengo que ir al infierno para darte eso, entonces ya estoy a medio camino. No creas que mis deseos arreglan las cosas, esto no lo hice para que tú y yo volvamos a estar juntos, eso no.

—Debiste dejarme entonces. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las contuvo. Igual que yo—. No me debías nada.

—¡No quería verte muerta en manos de ese maldito!

Seguí conduciendo, sin hablarnos más, con el orgullo herido y el corazón latiendo más fuerte que nunca.

La casa de Chiara apareció frente a nosotros. Bajamos del auto rápidamente y toqué la puerta con fuerza, afortunadamente, no tuve que esperar demasiado.

Chiara abrió, y su rostro cambió al instante. Su mirada se fijó en mi pecho, en las manchas y luego en mis ojos; enseguida supo que no era una visita fraternal.

—Angelo. —Sus brazos me rodearon de inmediato—. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Me aparté para que pudiera ver a la mujer que estaba detrás de mí. El vestido estaba arrugado, sucio, rasgado en la parte inferior. Su cabello rojo caía en ondas desordenadas sobre sus hombros, y sus ojos —esos ojos que conocía mejor que los míos— brillaban con miedo y también determinación.

—Angelo… —Chiara me miró otra vez, sabiendo sin que yo dijera nada, que acababa de arrastrar un caos peligroso a su casa.

—Necesito tu ayuda, hermana… —fue todo lo que logré decir antes de oír el motor de otro coche subiendo la colina.

El corazón me dio un vuelco, giré la cabeza y vi el auto negro de Valentino acercándose.

Mierda.

—Espérame adentro. —Chiara tomó el control con la calma que siempre la caracterizaba—. Valentino está volviendo del supermercado —dijo, sin alzar la voz, aunque su tono no dejaba lugar a discusión.

Me agaché ligeramente, dejé un beso en su mejilla, y sin soltar a Francesca, crucé el umbral. Ella apretó mis dedos como si también entendiera lo que significaba estar en esa casa. Un lugar donde por ahora estábamos a salvo, pero no exentos de juicio. Entramos justo cuando escuché la voz de Valentino desde el porche.

—Tu helado, mi amor. No terminaste la frase y solo puedo imaginar…

La puerta se abrió y la escena se congeló. Valentino se detuvo en seco al vernos en el salón. Yo, con la camisa ensangrentada, los ojos inyectados de cansancio, y Francesca, como una digna novia fugitiva, de pie a mi lado, como una pieza de porcelana a punto de quebrarse. Sus ojos pasaron de mí a ella, y luego a Chiara, que acababa de cerrar la puerta detrás de él.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, pero ya tenía esa mirada. Esa maldita mirada de los Costa que decía: *esto va a costarnos caro.*

—Necesito tu ayuda. —Tragué saliva y respiré hondo. Di un paso adelante, como si pudiera minimizar el desastre que acababa de traer a su puerta.

Valentino me sostuvo la mirada. Una, dos, tres eternas respiraciones. Y su respuesta no llegó. Pero sabía que, si me decía que no, lo haría con una bala. Si me decía que sí, sería por el amor que le tenía a Chiara y por el vínculo inquebrantable que compartíamos. Me mantuve firme, porque retroceder ya no era una opción.

Valentino soltó un bote de helado en una mesa y me miró con rabia.

—No tienes ni puta idea de lo que acabas de hacer —señaló en tono letal.

Mi cuñado no era idiota, sabía que lo que acababa de cruzar por su puerta no era solo «un lío», era una jodida guerra. Aunque los inicios entre nosotros fueron complicados, ambos nos habíamos respetado, pero también había límites… y yo los acababa de romper.

Las palabras aún flotaban en el aire cuando Valentino me atravesó con la mirada. No necesitaba levantar la voz, porque él no era de esos. Sus ojos se clavaron en mí, luego en Francesca, que no bajó la mirada, aunque su cuerpo temblaba apenas perceptible.

—Francesca Romano… Te robaste a la puta novia de Daniele Esposito, en mi jodido territorio —gruñó con voz afilada como una navaja.

—Sí —respondí sin pestañear.

Chiara, que hasta ahora había permanecido a un lado, soltó un leve suspiro. El nombre no pasó desapercibido para ella.

Valentino se quedó peligrosamente quieto, y me preparé para el golpe, pero lo que dijo me sorprendió más que un puñetazo.

—¿Cómo diablos te atreviste?

No contesté, solo lo miré, porque la respuesta estaba escrita en mi rostro. Él exhaló, lento, luego se pasó una mano por el rostro

y giró sobre sus talones como si necesitara alejarse antes de explotar.

—¡Chiara! —Su voz estalló, fuerte y dura—. ¿Sabías esto?

—No tenía idea —respondió firme y se dio la vuelta para mirarlo de frente.

—¡Nos estás metiendo en una guerra! —gruñó él, luego volvió a mirarme—. ¿Tú sabes lo que acabas de hacer?

—Lo sé —dije con los dientes apretados—, y lo volvería a hacer. Cada maldito segundo de esta noche valió la pena, si ella ya no estará bajo las manos de ese cabrón.

—¡Angelo, por Dios! —gritó Valentino, ahora con los puños apretados—. No es una cualquiera. Es la hermana del hijo de puta que maneja media Camorra y está prometida al único bastardo capaz de desatar una carnicería si no la recupera.

—Pues que venga —dije con voz baja y venenosa—. Que traiga su ejército. No voy a retroceder.

Francesca me miró de reojo. No dijo nada, pero sentí cómo sus dedos rozaron los míos. Ni siquiera sabía si lo hizo para calmarme… o para aferrarse a algo mientras todo su mundo se desmoronaba.

—Lárgate de mi casa —soltó Valentino.

—¡Valentino! —Chiara se interpuso entre nosotros—. No puedes hacer eso… No así.

—¿Quieres que me quede de brazos cruzados mientras tu hermano arrastra la muerte hasta nuestra puerta?

—¡No va a arrastrar nada si lo ayudamos a salir del país! —dijo ella con un control férreo—. ¡Pero si los abandonamos ahora, no solo firmamos su sentencia de muerte… firmamos la nuestra!

—Tienes veinticuatro horas. —Valentino se frotó la mandíbula. Luego me miró—. Ni un minuto más.

Asentí, fue lo único que pude hacer.

—Francesca, ven —dijo Chiara con suavidad—. Voy a prepararte algo de ropa limpia.

Ella se fue con mi hermana, sin mirarme.

—Esto no va a terminar bien, Angelo. —Valentino se acercó a mí—. Y tú lo sabes.

—No vine buscando un final feliz. —Lo miré con frialdad—. Solo vine por ella.

—¿Has pensado en lo que dirá tu hermano? ¿En lo que lo obligarás a hacer?

Massimo me cogería de las pelotas y haría un adorno de navidad con ellas, estaba seguro.

—Es cuestión de tiempo que sepan quién está detrás de todo esto. Tengo que llamar a Massimo y a Vito. —Valentino se refería a Vito Costa, el capo de la Cosa Nostra, ya que estábamos en su territorio—. Necesitamos ir a su casa, es la única con un ejército lo bastante grande como para contener la mierda que empezará a salpicar tan pronto se sepa que el hermano menor del capo de la Sacra Familia está detrás del secuestro de la novia. Este error tuyo nos va a costar vidas, dinero… y será el fin de una tregua que hemos luchado a toda costa por mantener.

Viéndolo de esa manera, era entendible la reacción de Valentino y sabía que la reacción de Massimo sería mucho peor. Él salió de la estancia para encerrarse en su estudio.

Yo fui a la cocina donde encontré a Chiara sirviendo tres tazas de té. Se sentó en uno de los bancos que estaban junto al mesón de mármol. Me miró largo rato antes de hablar.

—¿La amas?

No le respondí.

—¿Es amor, Angelo, o es culpa? ¿Es redención… o es obsesión?

—Es todo eso —confesé con la voz quebrada—, y nada a la vez.

Ella suspiró. Se levantó, caminó hacia mí y me acarició el cabello, como cuando éramos niños.

—Siempre fuiste el que más amor necesitaba… pero el que menos sabía pedirlo.

—Cara y tú siempre fueron las únicas que me lo dieron sin preguntarme nada.

—Entonces escúchame ahora, solo por esta vez. —Se paró frente a mí, observé su vientre redondeado y una punzada de culpa laceró mi pecho. Valentino tenía razón, si alguien pusiese a mi familia en peligro, le mostraría menos cortesía de la que él me había ofrecido—. Si de verdad vas a arriesgarlo todo por esa mujer, más te vale que valga la pena, porque cuando esto estalle, vas a necesitar algo más fuerte que tus puños para sobrevivir y espero que esa jovencita asustada esté a la altura de todo lo que se viene.

—Yo la amo, Chiara. —La miré con dolor, miedo y rabia—. Pero no sé si podré estar con ella. Ese es el problema.

Ella me abrazó, no como la hermana fuerte y sabia, sino como la única persona que sabía que mi corazón, por más que lo negara, estaba hecho pedazos.

CAPÍTULO 22

Francesca

El agua caliente resbalaba por mi cuerpo como un intento torpe de arrancar lo que había vivido las últimas horas. Pero no había temperatura suficiente para borrar el miedo, ni presión de agua capaz de limpiar la sangre invisible del hombre que habían herido y que sentía aún pegada a la piel. Apoyé ambas manos en la pared y cerré los ojos, dejando que el chorro cayera sobre mi espalda. La humedad me envolvía, pero en lugar de consolarme, solo amplificaba pensamientos catastróficos dentro de mí.

El vestido de novia, yacía sobre la baldosa del baño, todavía podía sentir el roce de la tela en mis piernas. A pesar de que sabía que estaba en un lugar seguro, aún seguía atrapada en el temor. En los recuerdos de Daniele apretando mi muñeca con fuerza, en sus hombres que vigilaban cada uno de mis pasos, en la mirada de Carla como si ya estuviera condenada y no supiera cómo salvarme, en el gesto de reprobación de mi cuñada y el de mi suegra.

Estaba libre en ese momento, pero aún no lo creía. A pesar de que Angelo me lo gritó, me lo empujó entre los dientes, me lo prometió con los ojos cargados de furia. Pero la libertad no llegaba solo porque alguien te arrancaba de una casa.

Me toqué el hombro, donde aún sentía el temblor de mis propios músculos. Quizá mi cuerpo asimilaba cosas que mi mente no estaba lista para procesar. Aun así, cuando Angelo me tomó de la mano, cuando me empujó dentro del auto y gritó mi nombre

mientras las balas volaban detrás de nosotros, una parte de mí, una parte que no quiero reconocer, se sintió viva o tal vez simplemente *vista*. Por primera vez en meses alguien me vio como algo más que una pieza en un tablero de poder y eso me asustaba más que Daniele.

Deseaba creerle, pero no había nada más peligroso que la esperanza, porque quería quedarme y sabía que eso iba a complicarlo todo, porque a pesar del tiempo que habíamos estado separados, mis sentimientos por Angelo eran los mismos. Apreté los párpados con fuerza, ahogando un suspiro. No había forma de que lo ocurrido terminara bien, no en este mundo, ni con los nombres que llevábamos; un Di Lucca y una Romano. Él, sangre de guerra, yo una promesa de alianza rota y, sin embargo, aquí estaba, en su refugio, con una cuenta de violencia detrás de nosotros que tendríamos que pagar. Nadie sale ileso cuando el amor y la guerra se cruzan en la misma casa.

El vapor aún llenaba el baño cuando cerré el grifo. Me envolví en una toalla blanca que me cubría hasta los muslos, y salí a la habitación, el aire fresco del dormitorio me hizo estremecer, pensé que estaría sola, pero Chiara estaba junto a la cama, con un pantalón oscuro, una blusa blanca entre las manos y una mirada que me heló más que la brisa del aire acondicionado. Su expresión era dura, perfectamente controlada. Tenía el tipo de rostro que no temblaba ante nada. Belleza afilada, fuerza en la mandíbula, y ojos que parecían leer demasiado.

—Te traje ropa —dijo, extendiéndome el conjunto sin acercarse—. No sé tu talla, pero supongo que podrás arreglártelas.

Tomé la ropa con una mano, sin apartar la mirada. Había algo en su tono que me empujaba a ponerme en guardia.

—Gracias —murmuré.

Chiara asintió, pero no se movió. No era una visita casual, estaba ahí por algo y no me equivoqué.

—¿Él ya te contó todo? —pregunté, solo para romper ese silencio que se hacía incómodo.

—No necesito que lo haga, vi su cara cuando cruzó esa puerta, la sangre en su camisa y su silencio. —Su tono no subía, pero cada palabra era contundente—. Conozco a mi hermano, puedo contar con los dedos de una sola mano las veces que lo he visto así… y aún me sobran dedos.

Bajé la mirada. Algo se apretó dentro de mí, como si su juicio fuera un látigo invisible.

—Cuando salí de mi casa esta mañana no tenía idea de que el día terminaría así.

—¿Y cómo querías que terminara? ¿Casándote con ese hombre, mientras mi hermano sufría por ti? —Ahora sí se acercó, no agresiva, pero sí firme—. Lo abandonaste, lo dejaste con la rabia y el vacío. Durante meses, no fue más que un fantasma de sí mismo. Nadie pudo sacarlo de ahí… Ahora traiciona a su familia y arriesga su vida por ti.

—No tuve elección. —Sentí el ardor detrás de los ojos, pero no iba a llorar—. Tú sabes lo que significa estar atrapada en una relación sin amor.

—No te compares conmigo—replicó Chiara.

—¿Por qué? ¿Acaso tu matrimonio con Valentino Costa no fue otra muestra del poder que tienen nuestras familias sobre las mujeres que nacemos en este mundo? ¿Qué diferencia hay entre tú y yo? Te casaste para aumentar el poder de tu familia, pero me juzgas como si mi voz pudiese ser escuchada.

—No voy a hablar de mi relación con mi esposo contigo, ni más faltaba. —Tiró la ropa en la cama y caminó hacia la salida,

pensé que me dejaría sola, pero giró, enfrentándome una vez más —. Mi hermano arriesgó todo por ti, te eligió cuando hacerlo significaba ir contra su familia, su mundo, y hasta su propia seguridad. Tú… desapareciste, tenías una vida ya arreglada a la cual volver, somos piezas de acomodo, no lo niego, pero no fuiste sincera con mi hermano.

Eso sí dolió.

—Él tampoco fue sincero conmigo, pensé que era un joven cualquiera, no el hermano de un maldito capo.

Nos miramos y por un momento, ambas listas para la confrontación, éramos dos mujeres con demasiado peso en los hombros. Ella, la hermana protectora de un hombre al que le habían mentido y yo la mujer que lo había perdido y traicionado.

—No quiero lastimarlo —dije con mi garganta cerrándose—. Nada de esto fue mi idea, hice lo mejor por mi familia, lo mejor por Angelo, me alejé, no lo contacté, ¿sabes lo duro que fue para mí?

—Tus sentimientos no me importan —exclamó con molestia—. No lo lastimes otra vez, Francesca. Porque si lo haces… —Se giró y abrió la puerta, pero no salió—, me encargaré de que lo pagues caro.

Me quedé de pie, en medio de la habitación con solo una toalla cubriendo mi desnudez y la certeza de que mi futuro era incierto.

El pantalón negro que me prestó me quedaba un poco suelto en la cintura, pero era cómodo. La blusa blanca tenía aroma a lavanda, cálido y casero, tan distinto al del perfume caro y los trajes de diseñador que había usado en los últimos meses.

Me puse unas zapatillas que encontré a los pies de la cama. Recogí mi cabello en un moño y respiré hondo antes de salir de la habitación. Al bajar las escaleras, el ambiente en la casa era completamente diferente a cuando llegamos, era tenso, oscuro y el

olor a tormenta saturaba el aire. Mientras hombres armados hasta los dientes rodeaban la propiedad.

Tragué el nudo en mi garganta y caminé hacia el salón en donde quedó Angelo y el hermano menor de los Costa. Encontré a Angelo de espaldas a mí, junto a una de las ventanas. La luz de la lámpara dibujaba una sombra a su alrededor. Tenía un vaso de *whisky* en la mano, el cabello húmedo. Se había cambiado la ropa por un traje oscuro que le quedaba holgado, a lo mejor era de su cuñado, su cuerpo estaba rígido, como si estuviese cayendo en la cuenta de todo lo que implicaba lo ocurrido.

—Angelo —dije en voz baja.

No me oyó al principio o tal vez sí, pero no dijo nada.

—Angelo —dije de nuevo. Él se tensó aún más y se giró lentamente. Sus ojos se encontraron con los míos, la batalla reflejada en ellos me dijo lo que ya sabía. Estábamos metidos en un gran problema—. ¿Estás bien? —pregunté, rompiendo la distancia que nos separaba.

Él sonrió sin humor, bebiendo un trago largo.

—¿De verdad quieres preguntarme eso? —su voz tenía un tono burlón. Bebió otro trago y caminó hacia mí—. ¿Cómo quieres que esté?

—Solo quería… —Sentí cómo se me aprisionaba el pecho.

—¿Qué? —interrumpió—. ¿Agradecerme? ¿Decirme que tú no me pediste que fuese por ti? O a lo mejor eres tan masoquista que quieres volver con él.

—Solo quiero saber por qué lo hiciste.

—Por imbécil —refutó exasperado. Caminó hacia la botella de *whisky* y se sirvió medio vaso—. Porque descubrí que tu prometido era un grandísimo hijo de puta, psicópata. y mi consciencia no me dejaba dormir en las noches.

—¿Qué significa eso? ¿Tu y yo aún…?

—¡No! —me interrumpió soltando un suspiro largo—. Tú y yo nada —su voz fue casi un susurro—. Esto no lo hice para tenerte de vuelta. Lo hice, porque, a pesar de que una parte de mí te odia por todo lo que me hiciste sentir, no quería que terminaras siendo un número más en la lista de sus víctimas.

—Agradezco lo que hiciste, pero debiste dejarme donde estaba.

Él cerró los ojos un segundo. Tragó saliva y negó con la cabeza.

—No quiero tu agradecimiento, digamos que hice mi buena acción del día. Te saqué del infierno, tú lo sabes y yo también.

Iba a contestarle, pero como si el universo supiera que no podíamos soportar ni un segundo más, la puerta de la sala se abrió bruscamente. Era Valentino, entró con una expresión tensa y traía el celular en la mano.

—Tenemos que irnos ya. —Su mirada se posó en Angelo, luego en mí—. Vito quiere verlos.

Mi cuerpo se tensó y el pulso se me aceleró. Vito Costa, era el verdadero jefe de la Cosa Nostra en Nueva York. El hermano de Valentino. El hombre al que nadie desobedecía.

Angelo dejó la copa sobre la mesa sin decir nada. Su rostro volvió a ser el del hombre que conocí en Oxford, el que ocultaba tormentas detrás de una calma peligrosa.

—¿Nos llevas con él? —preguntó.

—Sí. —Valentino se giró hacia mí—. Es mejor que no digas nada si no estás segura de querer sobrevivir.

*

*

En el vehículo todos guardamos silencio. Valentino iba al volante, con una expresión que no admitía preguntas, tenía los ojos en la carretera, el ceño fruncido con una tensión que parecía no abandonarlo nunca. Uno de sus escoltas iba a su lado y Chiara iba atrás con nosotros. Mientras que un ejército de autos iba adelante y detrás de nuestro vehículo.

Angelo estaba a mi lado, sentado a solo unos centímetros de mí, pero a kilómetros de distancia. No hablábamos, ni siquiera nos mirábamos. Sin embargo, cada movimiento, respiro o vibración del auto… era una guerra de emociones reprimidas.

Él no se movía, miraba por la ventana y tenía la mandíbula tensa. Quería tocarle la mano, preguntarle si aún pensaba en mí como suya, pero tenía miedo de la respuesta. A lo mejor lo había perdido para siempre.

Las luces de la ciudad pasaban rápidas por las ventanas, el ambiente de las calles era tenso. Valentino le comentó a su escolta que había autos y hombres de Daniele por toda la ciudad y que había un precio por mi cabeza, que sería cuestión de horas que se supiera quién me había raptado. Angelo giró su mirada un segundo, sus ojos eran fríos, calculadores, nada que ver con el hombre del que me enamoré; eso me resultó más cortante que cualquiera de sus frases filosas. Su mandíbula estaba rígida y los nudillos apoyados sobre la rodilla, blancos de tanta presión.

Chiara también estaba en silencio, pero su energía era distinta. Llevaba una mano sobre el abdomen, con un movimiento lento y circular, casi imperceptible, acariciando a su bebé, como si con ese gesto lo protegiera de la tormenta que se avecinaba. La expresión en su rostro era tensa, pero no era por miedo, era preocupación. Era una mujer que sabía que estaba en medio de un fuego cruzado entre su hermano, el hombre que amaba… y la mujer que podía destrozarlo todo.

—No quiero que digan nada que no sea necesario —advirtió Valentino sin mirarnos—. No es una conversación. Es una jodida audiencia por sus vidas, así que me dejan hablar a mí.

Asentimos. Como dos acusados antes de un juicio.

—Todo estará bien —susurró Chiara, más para sí misma que para nosotros.

El coche siguió avanzando hasta la entrada de la mansión de Vito Costa, que estaba flanqueada por dos columnas de piedra, tan altas y severas como los hombres que custodiaban el portón. El coche de Valentino no disminuyó la velocidad, aun así, los guardias abrieron sin preguntar.

¿Lo reconocían o le temían? Quizá ambas. Valentino habló por teléfono mientras conducía, su voz fue baja y directa.

—Avísale que estamos llegando. Nos vemos en la oficina. —Se giró hacia Angelo—. Mi hermano está hecho una bomba, si vas a decir algo, cuida muy bien de tus palabras.

—Debimos haber venido solos, no sabemos en qué está pensando Daniele —dijo Angelo, mirando a su hermana. Valentino bufó con una risa seca, carente de humor.

—No, no iba a dejar a mi esposa embarazada en casa sola, con el peor error que has cometido en tu vida, cuando media Sacra Corona la está buscando. Estás de cabeza metido en esto y desesperado como un perro herido. Esa combinación es dinamita.

El coche frenó frente a la gran escalinata. Dos hombres vestidos de negro abrieron las puertas. El aire frío de la noche me azotó la piel cuando bajé. Angelo descendió a mi lado, alerta, como un animal en terreno enemigo, un grupo de guardias custodiaban el lugar, lo que me hizo saber que más que un hogar era un cuartel de guerra.

—La oficina está preparada. —El escolta de Valentino se adelantó un paso.

Valentino solo asintió.

Nos condujeron por medio del jardín. Entonces llegamos a una puerta doble oscura e intimidante. Valentino se volvió hacia nosotros con una expresión aterradoramente seria. Esta sería la reunión que marcaría nuestro destino.

CAPÍTULO 23

Angelo

Vito estaba al teléfono cuando entramos a la oficina, desde que la exnovia de Valentino había burlado la seguridad del lugar y asesinó al mejor amigo de Chiara, Vito había reforzado la seguridad de la mansión Costa. La casa y la «oficina» era un lugar impenetrable. Su mirada de fuego nos observó de soslayo, su cuerpo estaba tensó, su rostro denotaba preocupación, ira y algo más que no podía identificar.

Siete hombres estaban en la habitación, Gianna, detrás de él. Colgó el teléfono, y antes de que Valentino pudiera decir una palabra, lanzó el vaso, que tenía en la mano, contra la pared detrás de mí, haciendo que Valentino protegiera a Chiara y Francesca se escondiera detrás de mí.

—¿¡Tienes una puta idea de la tormenta que se avecina!? —gritó levantándose de su asiento.

Gianna tomó su brazo como si su sutil toque pudiese apaciguar la furia de su esposo. Tenía dos opciones, bajar la cabeza o mantenerla erguida. Elegí mantenerme con la frente en alto, porque no me arrepentía de lo que había hecho.

—Hice lo mismo que tú hiciste hace ocho años, cuando te llevaste a Gia de Chicago —contesté con serenidad—. Se la quitaste de las manos a Gino Martieli. Delante de la cara de su propio padre.

—Entonces vienes a mi ciudad, causas un jodido caos y tienes la desfachatez de echarme mierda en la cara. Debería meterte un

tiro en la frente, maldito niño.

—Como mi padre debió hacer contigo.

—No compares —la voz de Vito se llenó de cólera.

—¡Es la misma situación!

—¡Basta! —dijo Valentino. Intentando mediar entre los dos—. Tienes que calmarte, hermano.

—¿Calmarme? —bramó, golpeando la mesa con el puño—. Esposito es uno de esos hombres con los que no se juega. Ahora, gracias a este estúpido, querrá remover la ciudad piedra por piedra. No, peor que eso, tendremos una puta guerra en la puerta de nuestra casa, apenas si hemos podido reorganizarnos después de los mexicanos y la Yakuza. Daniele Esposito, es un maldito alacrán, de los que no hacen ruido al acercarse, de los que te miran desde la sombra con el veneno en la punta del alma, esperando el momento exacto para clavar la aguja. No ruge, sisea. Y cuando lo hace, el mundo se encoge, porque es brutal. Quienes lo conocen, saben que detrás de ese porte elegante, de la camisa bien planchada y los zapatos italianos, existe un monstruo con memoria perfecta. Un depredador que no olvida ni perdona, y gracias a ti. —Me señaló—. Es un alacrán herido y un alacrán herido es sinónimo de guerra.

—Necesitamos planear estrategias de combate. Cuando estalle la verdad, no habrá tiempo para dudas. ¿Nuestros informantes ya pasaron el primer informe? —dijo Valentino a su hermano.

—Aún no sabe que el golpe vino de la Sacra familia... pero lo averiguará —contestó Anderson, la mano derecha de Vito—. Es como un perro hambriento, olfatea hasta entre las grietas más pequeñas. Además, su madre... está hospitalizada. Al parecer, a la mujer casi le da un infarto en la boutique.

Hubo una pausa, una especie de silencio, como si cada uno estuviese pensando qué hacer.

—El golpe no vino de la Sacra familia. El golpe vino de mí —lo dije con frialdad.

El silencio que siguió fue una sentencia, pesada sobre los hombros y amenazaba con volverse plomo. Nadie se movía, ni si quiera se atrevían a respirar.

Vito me miró como si acabara de firmar mi ejecución. Sus ojos entrecerrados no buscaban respuestas, ya las tenía. Estaba haciendo cálculos. ¿Cuánto valía mi vida? ¿Cuánto costaría mi muerte?

—¿Qué dijiste? —preguntó con voz rasposa.

—Que el golpe no vino de la Sacra. Vino de mí, Massimo no tenía idea de lo que iba a hacer —repetí, claro y directo, como un disparo entre ceja y ceja.

Gianna dio un paso hacia él, apenas rozando su brazo con los dedos. Vito no se inmutó, era una estatua de furia. Sus hombres se mantuvieron quietos, ninguno se atrevería a interrumpir la furia de su jefe.

—Si no fuera por este imbécil —masculló el más joven—. Estaríamos en paz.

La mirada de Vito se apartó de la mía y giró hacia el soldado. El silencio se hizo más espeso. El tipo, quizás sin notarlo, acababa de cruzar una línea invisible, no por lo que dijo, sino por decirlo frente a su jefe.

—¿Qué dijiste, Doménico? —preguntó Vito, sin subir la voz.

—Solo que si ese cabrón, hubiese dejado el pito en sus pantalones, no tendríamos este problema —dijo el soldado, cruzado de brazos.

—¿Ese cabrón? —repitió Vito, amenazador.

—Es lo que es. —Doménico asintió—. Por qué tenemos que pagar una guerra que no nos compete. La Sacra Familia debe hacerse responsable de esto y usted lo sabe.

No sabía si era valiente o simplemente idiota. Vito se movió tan rápido que el golpe fue un susurro en el aire. Lo tomó del cuello de la camisa y lo estampó contra la pared con tal fuerza que el cuadro de atrás cayó al suelo. Lo levantó apenas unos centímetros, lo suficiente para humillarlo.

—Tú no vas a venir a decirme cómo hacer mi puto trabajo —bramó, drenando un poco la rabia que sentía—. Puedes estar en desacuerdo, puedes pensar lo que quieras, pero si te atreves a hablar así delante de mí otra vez… te arranco la lengua y te la hago tragar. ¿Me entendiste?

El tipo tragó saliva. Vito lo soltó y cayó al suelo de rodillas.

—Me importa una mierda si tu hermano lo sabía o no, eso lo hablaremos él y yo más adelante —dijo, señalándome nuevamente con el dedo, como si cada palabra fuera una bala—. Has puesto a mi familia en la mira de un lunático. Has traído el caos a esta ciudad, a mi ciudad, y aparte tienes el cinismo de retarme. —Caminó hasta quedar frente a mí, pero, mantuve mi mirada en la suya.

—¿Esperabas que pidiera perdón? —pregunté—. ¿Así como una vez lo hiciste tú?

La vena en la sien de Vito parecía a punto de estallar, estaba seguro de que, si Massimo no fuese mi hermano, estaría moliéndome a golpes o con una bala entre ceja y ceja. Pero no podía dejarme intimidar por él o sería mi final y el de Francesca.

—¿Es lo único que tienes que decir?

—No me juzgues por lo que tú ya hiciste —expresé.

Vito Cerró los puños y en un movimiento rápido que no esperaba, golpeó mi rostro tan fuerte que escuché un crujido y luego el sabor metálico en mi boca, las mujeres soltaron un grito ahogado y Francesca se aferró a mi camisa cuando me tambaleé, le di una sonrisa irónica. Escupí la sangre y me limpié la boca.

—Me lo merecía —murmuré con voz contrita—. Pero si vuelves a golpearme, te devolveré el golpe.

—No me provoques, niño —las palabras de Vito estaban cargadas de violencia—. No puedes justificar tus actos con lo ocurrido con mi matrimonio años atrás, tampoco esperes de mí, aprobación por lo que cometiste, fue una cagada monumental y lo sabes.

—O sea, que lo tuyo es justifi…

—Creo que es suficiente, Angelo. —Chiara se colocó frente a mí interrumpiéndome—. Si no quieres que el siguiente golpe venga de mí, sabes que Vito tiene razón.

—Tu hermano viene en camino, veremos si con él eres tan insolente. —Vito pasó por mi lado y caminó hacia la puerta con los pasos firmes.

Gianna lo siguió, pero antes de salir, me miró y en sus ojos vi miedo. No por ella, ni por Vito, sino por lo que vendría. Anderson negó con la cabeza y salió detrás de ellos. La habitación se quedó en silencio; toqué mi rostro con cuidado, el golpe de Vito me dejaría un moretón.

—¿¡Acaso estabas pensando!? —gritó Chiara tan pronto estuvimos solos—. Estabas actuando como un…

—Como un pendejo —escupió Valentino. No dije nada, no tenía ánimos de discutir con alguien que sabía que tenía razón—. Provocar a Vito en ese estado, era como echar gasolina en medio del incendio.

—¿Qué mierda pensabas, Angelo? ¿Qué ibas a jugar la carta del «hice lo mismo que tú y por ello él iba a aplaudirte»? —arremetió Chiara.

—No es como si pudiera matarme, la Cosa Nostra perdería mucho más que la Sacra familia si tu hermano me lastima.

—Tengo que recordarte que estás en su territorio, donde él es jefe, tiene derecho a reventarte los sesos, pero no lo hizo… por respeto a Chiara, o quizá, porque somos una familia. Pero no abuses de esa mierda, porque te juro que no va a durar para siempre —terminó Valentino por ella.

Francesca, que había permanecido todo el tiempo en silencio, dio un paso hacia mí. La puerta se abrió nuevamente y Gianna entró.

—Parece que hay problemas en el puerto —dijo y luego exhaló con fuerza—, aparecieron los primeros cuerpos, son dos soldados de bajo raso, tienen signos evidentes de tortura. La policía ya está ahí, Vito se fue con Anderson, pero dejó dicho que todos nos quedemos aquí. —Caminó hacia mi hermana que tenía una mirada mordaz y acarició su vientre haciéndola sonreír—. Creo que es la mejor opción, la ciudad está en alerta y no quiero que nadie corra riesgos.

Valentino asintió sin discutir.

—Chiara, tú vas a quedarte en la habitación del ala este. Es la más segura de la casa, Francesca puede ir contigo —dijo con una sonrisa serena, pero su mirada dejaba claro que no era una sugerencia—. Una de las empleadas dejó varios cambios de ropa para ti, escoge lo que quieras.

Ambas chicas asintieron sin decir palabra. Gianna las guio por el pasillo como si fueran sus hijas.

Valentino y yo salimos de la oficina y caminamos por el jardín, no tenía idea de qué hora era, pero estaba seguro de que debía ser jodidamente tarde. Lo vi sacar un cigarrillo de su chaqueta y encenderlo.

—¿Quieres uno?

—No sabía que seguías fumando, pensé que por el bebé… —dije tomando uno.

—No fumo, pero necesito calmarme un poco y tratar de enfriar mi cabeza para cuando tu hermano llegue… Deberías descansar —dijo, sin mirarme.

—Voy a esperar a que Massimo llegue —respondí, dándole una calada larga al cigarro. No podía dormir, no hasta saber de los chicos y de cómo estaba Luca.

Valentino suspiró, cansado.

—No te mueras antes de que nazca mi bebé, ¿sí? —dijo, aplastando el cigarro contra una piedra—. Sería muy doloroso para Chiara.

—Lo intentaré. —Levanté una ceja, esbozando una mueca que no alcanzó a ser sonrisa.

Valentino se giró y caminó de regreso a la casa. Gianna lo esperaba en la puerta. Él le acarició la espalda antes de desaparecer con ella entre las sombras del pasillo, como si ese fuera su refugio eterno.

Yo me quedé solo, con mi culpa y la certeza de que, cuando Massimo llegara, me mataría con lentitud.

*

*

—¡Angelo! —la voz de Gianna me sobresaltó. Me había quedado dormido en algún punto de la noche en el sofá de la estancia—. Vito y tu hermano vienen en camino, pensé que debía despertarte para que vayas pensando cómo vas a enfrentarlos.

—Gracias, Gianna —dije con voz somnolienta—. ¿Puedes decirme dónde puedo limpiarme?

—Sube las escaleras hacia el ala este, pasa la primera puerta doble y sigue por el corredor, en la tercera pintura muévela a un lado y digita el código es 331022, hay un pasadizo secreto ahí, la

primera habitación es la de Chiara y Valentino, la segunda puedes usarla.

Me levanté y le dejé un beso en la mejilla.

—Perdón, Gi —murmuré antes de salir.

—No hay disculpas cuando las cosas se hacen en nombre del amor, vi a Francesca en un par de ocasiones con Daniele, podía notar lo tensa que lucia a su lado.

Sus palabras me reconfortaron, miré la hora en mi reloj mientras subía las escaleras, era más de medianoche. Pasé la primera puerta y ubiqué la pintura rápidamente, digité el código y una puerta casi imperceptible se abrió a un pasillo iluminado, pasé por la primera puerta y escuché a Chiara discutir con Valentino.

—*Necesitas descansar, piensa en nuestro bebé* —le dijo Valentino.

—*En lo único que puedo pensar ahora, es que mi hermano no mate a mi gemelo* —respondió histérica—. *Voy a estar ahí, con tu aprobación o sin ella. No te estoy pidiendo permiso.*

—*Bien, solo intenta no exaltarte…*

Seguí de largo, sin querer meterme en sus asuntos y abrí la segunda puerta. Francesca se exaltó cuando entré, estaba sentada en el alfeizar de la ventana mirando hacia la oscuridad. Cerré la puerta detrás de mí, sintiéndome agotado, sin fuerzas para una confrontación, más de la que ya tenía programada. Por un segundo, quise correr a ella y que su abrazo me diese una recarga para enfrentar lo que venía, pero no lo hice, en vez de ello caminé hacia el baño y tomé el pomo de la cerradura.

—Angelo —su voz me detuvo—. ¿Cómo arreglo esto? No sé qué hacer.

Uní mi frente a la puerta sonriendo sardónicamente.

—No estoy buscando que lo arregles, Francesca —murmuré antes de entrar al baño. Me lavé el rostro y me peiné, luego saqué el celular y marqué el número de Amadeo que timbró dos veces, pero se fue a buzón de voz. Empezaba a preocuparme.

Cuando volví a la habitación, Francesca estaba frente a la puerta, había encendido las luces y su cuerpo estaba cubierto por una fina capa de tela de seda, entonces vi sus brazos.

Ella tenía moretones, unos violetas otros verdes, tirando a amarillo, mis ojos se abrieron, la sangre latió con furia en mis venas. Ella llevó sus manos a los tirantes de su bata dejándolos caer, tenia un conjunto de ropa interior pero no fue ello, lo que llamó mi atención. En su cintura podían apreciarse formas de dedos de color rojo intenso, mi pecho se oprimió, un grito nació y murió en mi garganta. Se acercó a mí y su mano tomó mi rostro acariciando mi mejilla, yo me alejé.

Escuché el motor antes de ver las luces. Reconocí el rugido del auto de Vito antes de que cruzara los portones. Había llegado el momento de enfrentar a mi hermano.

CAPÍTULO 24

Angelo

Francesca me miró por unos segundos con sus ojos húmedos por las lágrimas que no derramaba, eliminé la distancia que nos separaba y me agaché, recogiendo su bata, para cubrir su desnudez.

—Tengo que bajar, mi hermano está aquí —murmuré pasando por su lado.

—Voy contigo —dijo tomando un kimono de seda de la cama.

—No, creo que lo mejor es que te quedes aquí. —Negué con la cabeza.

—No te lo estoy preguntando. —Se acomodó el pijama colocándose el kimono por encima.

No me quede a esperarla y salí. La habitación de Chiara y Valentino estaba en silencio, seguí mi camino hacia las escaleras y bajé cada peldaño con la cabeza en blanco.

Podía escuchar voces desde la sala, voces completamente iracundas. Inhalé profundamente y di dos pasos hasta hacerme ver; la habitación quedó en silencio. Mi hermano era el epítome de la ira, caminó hacia mí con pasos pesados y lentos. Me obligué a no moverme, metí las manos en mis bolsillos para que no viese el miedo que me corroía. No habló, no respiró, su puño derecho golpeó mi rostro mientras el izquierdo golpeaba mi costado, haciendo que mis rodillas cedieran. Chiara, Gia y Francesca gritaron.

Francesca corrió hacia mí y la aparté de un manotazo, miré a mi hermano y me llevé la mano al costado lastimado, me levanté, quedando de nuevo de pie frente a él.

—¡Massimo! —gritó Cara. Pero por primera vez en los años de matrimonio que llevaban, mi hermano no la escuchó. En vez de ello, me dio un empujón que me hizo trastabillar. No pensaba defenderme, no pensaba moverme, entendía a mi hermano. En su mirada podía leer lo traicionado que se sentía, porque esto no se trataba de mí o de Francesca, se trataba de la guerra que traía a la familia, cuando apenas nos recuperábamos de lo ocurrido con los asiáticos.

—Hazlo otra vez, Massimo. —Mi voz sonó más baja que su respiración agitada, limpié mi rostro con el dorso de la mano y me paré derecho—. Rómpeme la cara, párteme las costillas. Trátame como a un traidor, pero ningún golpe va a hacer que me arrepienta de lo que hice.

Mi hermano estaba listo para golpearme una vez más y yo para recibir su ira, pero Salvatore lo detuvo.

—Basta ya, Massimo —dijo alejando a mi hermano.

Chiara y Cara corrieron hacia mí, mientras mi hermana examinaba mis golpes, Cara me arropó con su maternal toque.

Vito, Gianna y Valentino estaban a un costado del salón. Andersson, el *consigliere* de Vito, seguía recuperándose de sus heridas, por lo que estaba sentado en el sofá.

Mi mirada volvió a Massimo, tenía los ojos cerrados y respiraba como un jodido toro a punto de embestir.

—¿Tienes idea de lo que has desatado, Angelo? —preguntó con dolor.

—Por supuesto que lo sé. —Alejé a ambas mujeres y caminé hacia mi hermano.

—¿Estás dispuesto a cargar con las consecuencias? —preguntó Salvatore.

—Sí. Aun así, lo volvería a hacer —respondí con total claridad —, porque tú nos enseñaste a luchar por lo que creemos correcto y hace unos segundos confirmé que lo que hice fue lo mejor.

—¿Lo mejor para quién, imbécil? —farfulló mi hermano con desdén.

—Lo mejor para Francesca, así que haz lo que tengas que hacer, sé lo que hice, y estoy dispuesto a morir por mis actos si es necesario.

Massimo respiró hondo, bajando lentamente los brazos. Me miró con una mezcla de decepción y tristeza, como si aún esperara algo de mí, algo que ya no existía. Orgullo, amor, lealtades rotas, un linaje que se tambaleaba entre la sangre y la razón.

—¡No! —Francesca habló y todas las miradas se posaron sobre ella. Caminó hacia mí, deteniéndose a mi lado—. Regrésenme con Daniele y me aseguraré de que esto no pase a mayores.

Mi rostro giró hacia ella tan rápido que pensé me dislocaría el cuello.

—¡Eso no! —exclamé con fiereza.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer, antes de que el conflicto avance —señaló Vito—, pero estoy seguro de que es cuestión de horas antes de que Daniele desate un infierno en esta cuidad.

—Ella no volverá a manos de ese maldito, no después de lo que vi —dije mirando a Salvatore y a mi hermano.

—¿Quién estaba contigo? —La voz de Massimo se alzó sobre la de Vito—. ¡Habla, maldita sea!

—Ellos no tienen nada que ver en esto. Yo asumiré toda la culpa y pagaré el precio que tenga que pagar por ella.

—¿Asumirás tú solo? —repitió con voz ronca—. ¿Tú solo vas a cargar con un pacto roto, con un acuerdo sellado en sangre? ¡Maldito seas, Angelo! ¡Condenaste a nuestras familias por un capricho!

—¡Ella no es un maldito capricho!

—¡Es lo que es!

—Entonces cuando te enamoraste de Cara, ¿fue un capricho? O tú. —Miré a Salvatore—. Cuando obligaste a Antonella a casarse contigo

Salvatore rio sardónico.

Francesca apretó mi brazo. Podía sentir el temblor leve de su cuerpo bajo el kimono, sus dedos aferrándose a mí como si pudiera hacerme más fuerte, como si fuésemos uno solo.

—Quiero que nos dejen solos —murmuré—. Necesito esa última concesión, hermano. —Miré a Massimo—. Cara, Chiara, Gia, llévense a Francesca.

—No pienso moverme de aquí —dijo mi hermana.

Francesca dio un paso adelante, todo su cuerpo temblaba, pero ella mantuvo la vista fija en mi hermano. Desató el nudo de su kimono, intenté detenerla, pero ella me detuvo. La tensión en la sala era tangible. Gianna palideció, Cara sujetó el brazo de Massimo con fuerza y Salvatore… Salvatore, él tenía esa mirada de siempre, era como si nada le importara una mierda.

El kimono de seda se deslizó por los brazos de Francesca, revelando sus moretones. Cara ahogó un grito y Gia, sorprendida, se llevó la mano a la boca.

—De esto fui salvada —murmuró con voz trémula—. No quiero volver con él, pero tampoco quiero que Angelo muera —confesó. Tomé el kimono y se lo puse sobre los hombros. La sala quedó en silencio—, preferiría entregar mi propia vida antes que la de él.

—Déjennos solos —dijo mi hermano después de unos minutos. Todos en la sala salieron. Cara le dijo algo al oído y le dio un beso en los labios antes de salir. Chiara se quedó—. Tú también Chiara.

—No vas a matarlo.

—No lo haré, ve a descansar, hermana… Por favor.

—Estaré en la sala contigua. —Se acercó a nosotros y me tomó de la mano, llevándome frente a Massimo, donde también tomó la suya—. Por favor, hallaremos la manera de solucionar esto, como siempre lo hemos hecho, solo hay que calmarse un poco.

Massimo tomó su rostro acercándola a él y dejó un beso sobre su frente. Por un par de minutos ninguno de los dos dijo nada, mi hermano dejó caer la máscara de furia, quedando solo la decepción y el dolor. Caminó hacia una botella abierta y se sirvió un vaso, tomándolo de un solo trago, luego se sirvió de nuevo.

—Cuando papá murió, juré que nunca te soltaría. Que iba a mantenerte a salvo. Que todo lo que papá me había enseñado lo usaría para protegerte. —Se giró un poco hacia mí—. Ahora estás aquí. Desafiando todo por una mujer. Una que podría destruirnos.

—No es solo una mujer. —Giré lentamente para enfrentarlo—. Es ella, Massimo.

Su mandíbula se tensó. No respondió de inmediato.

—Tú siempre fuiste el chico callado con corazón enorme, Angelo. Yo... yo fui el que tuvo que aprender a cerrarlo. A callarlo, por eso soy el capo. Porque hay que saber matar con la mirada y callar con la boca llena de sangre. —Bajó la mirada y respiró con fuerza—. No tienes idea de cuánto desearía poder ser solo tu hermano esta noche. No el capo, ni el jefe. No quisiera tener que decidir si te entrego o si te protejo. Porque ¿sabes qué? No quiero perderte. No después de todo.

El nudo en mi garganta ardió como plomo derretido.

—Entonces no lo hagas, dame tiempo para pensar en qué hacer de aquí en adelante —dije con sinceridad—. Lamento que te sientas traicionado, hermano. Pero si te decía lo que quería hacer, hubieses hecho lo que estuviese en tus manos para evitarlo y ya viste su cuerpo marcado por moretones.

Me miró, por fin, sin rabia. Solo con el rostro marcado de preocupación. El hermano que una vez me enseñó a andar en bicicleta. El hombre que sacrificó su juventud por un legado.

—No quiero elegir. Pero tú ya me obligaste a hacerlo.

—Si estuvieras en mi lugar... ¿Habrías hecho algo diferente?

Tardó en responder. Tragó saliva, con sus ojos fijamente en los mios.

—No —musitó—. Maldita sea, no. —Bebió de la copa.

—Entonces dime —le dije con la voz baja—. ¿Qué pesa más? ¿Tu deber como capo o tu amor como hermano?

—No lo entiendes, Angelo… Es la confianza quebrada con nuestros aliados, con nuestra gente y con los enemigos que están esperando vernos tambalear para devorarnos. Si te protejo... si te elijo como hermano… condenaré nuestro apellido. —Se pasó la mano por la cara, como si intentara borrarse los pensamientos—. Te daré hasta el amanecer —dijo—. Dejaré de ser un capo y por estas horas, solo seré tu hermano, pero en la mañana, Angelo… Seré quién tendré que ser.

—Massimo. —Vito entró a la sala haciendo que mi hermano girara el rostro—. Creo que Daniele ya sabe todo. Mis hombres no contestan el teléfono, el cultivo de la granja de Huntington ya no existe y aparte han dejado esto con los guardias del portón. —Valentino, Salvatore y Anderson entraron a la estancia—. Es mejor que ninguna de las chicas lo vea. —Vito dejó la caja sobre la mesa delante del sofá—. Tino.

Valentino caminó hacia la caja abriendo las tapas.

—Es Gioele Zanolí.

—Maldición —bramó Vito—. Era uno de mis informantes. —Me acerqué a la caja mirando la cabeza cercenada de un hombre, que se notaba había sido torturado hasta la muerte. Estaba completamente afeitado, hasta las cejas, y la piel del rostro llevaba tallada en carne viva una cruz invertida. En la boca, forzada a abrirse con un gancho metálico que le destrozó los labios, descansaba un trozo de papel.

Valentino lo tomó. Dejando ver que le habían sacado todos los dientes y le cortaron la lengua.

—Por cada acción hay un precio. Por cada traición, una tumba. Esto es solo el principio… Esposito —leyó Valentino.

Chiara entró al salón con pasos apurados, sus ojos ardían como si acabara de nacerle una idea entre las llamas de la desesperación. Vito y Valentino se colocaron frente a la caja evitando que mi hermana observara el contenido.

—¡Tengo un plan! —exclamó, y todos volteamos hacia ella, como si sus palabras fueran un disparo. Valentino se acercó a su esposa, queriendo calmarla, pero se apartó de su toque con firmeza —. Podemos evitar la guerra, si hacemos esto bien. No quiero más sangre, no quiero funerales, ni mucho menos que ninguno de ustedes muera.

Las mujeres se acercaron a la sala, observando desde afuera, Vito alzó una ceja.

—Habla —ordenó él con tono seco.

—Hay que proponerle algo a Daniele a cambio de Francesca.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. —Miró a Massimo—. Participación en Luxor, en el contrabando de armas, porcentaje de las granjas de marihuana —

enumeró—. Puede tener a la mujer que quiera.

—Pero él quiere a la señorita Romano, y Esposito, es como un niño caprichoso con sus mujeres.

—Ella no es su mujer —detoné.

—Entonces hay que hablar con el hermano de Francesca —dijo, sin titubeos—. Es el que realmente tiene el poder de decidir por ella. Vito, envía un mensaje a Michele Romano.

—¿Crees que servirá de algo? —inquirió Valentino dudoso.

—Yo puedo llamar a mi hermano y pedirle que se reúna con ustedes —intervino Francesca, viendo una luz de esperanza en medio de la debacle.

—En esta reunión anunciarán la boda de Angelo y Francesca —concluyó Chiara.

Sentí un nudo en el estómago. La palabra casarme sonó como un disparo seco, dentro de una jaula.

—Eso no va a pasar —repliqué sin pensarlo. Mi voz era más baja que la suya, pero no menos firme—. Lo mejor para ella… para ambos, es que salga del país. Que desaparezca y que empiece de cero.

Chiara me miró con una furia que pocas veces le había visto. Dio un paso al frente y alzó la voz como si hablara con un ejército entero.

—¿A dónde la vas a mandar, Angelo? ¿Europa? ¿América del Sur? ¿Un maldito monasterio en Tombuctú? ¡Estoy ideando una forma de que no nos maten a todos y tú lo único que haces es pensar en ti! Eres un egoísta. —Valentino se acercó a ella, poniendo una mano en su hombro, pero se lo quitó de encima sin mirarlo siquiera—. No pienso tener a mi bebé sola —lanzó—. Así que, si tú no piensas en lo que tienes que hacer por Francesca, al menos hazlo

por mí. Porque si ustedes mueren, los mato otra vez cuando lleguen al infierno.

—Un matrimonio por otro, garantías para los italianos y un incentivo para Esposito —intervino Salvatore, que había estado en silencio hasta ahora, cruzado de brazos junto a una ventana—. No es fácil, pero es posible. Si el hermano accede, podemos controlar la narrativa. No como enemigos sino como aliados. Romano necesita una ruta directa de coca y armas, por esa razón se unió a Daniele. Además, está casado con la hija del capo de la Corona de la Unita, cuya posesión en armamentos es superior a la de la 'Ndrangheta, es posible que lo que Romano quiera sea apoyo en caso de que la 'Ndrangheta decida que ya no son buenos aliados. Es mucho más beneficioso para él obtener la alianza con la Sacra Familia y la Cosa Nostra que solo con la Sacra Corona.

—Estoy segura de que él no ha visto los moretones —terció Valentino.

—Hablan de Francesca como si fuese mercancía —dijo Gianna.

—En este momento ella es un producto —aseguró Massimo.

Todos miramos a Vito, después de todo, este era su territorio. Él no dijo nada, solo se quedó con la mirada fija en las llamas de la chimenea. Al final, asintió, con ese gesto que apenas se nota, pero que todos sabíamos leer.

—Habrá tiempo para contemplar mejor esa idea —dijo con voz baja—. Cuando salga el sol. Ahora todos a descansar. Incluyéndote a ti, Chiara, no es bueno que estés despierta a esta hora. —Ella quiso replicar, pero su esposo la rodeó con el brazo, esta vez con éxito. La sacó con ternura, pero también con firmeza—. Gia, lleva a Cara, Massimo y Salvatore a sus respectivas habitaciones. —Vito parecía cargar el peso del mundo en sus hombros, se sirvió una copa y luego se sentó en el sofá sin dejar de mirar la caja. Tocó el auricular en su oído y llamó a tres hombres que rápidamente estuvieron en la

estancia—. Busquen el resto del cuerpo de Gioele, debe estar cerca al puente de Brooklyn. Antes de que la policía lo haga. —Su mirada se encontró con la mía—. ¿Qué mierda haces aquí aún?

—Puedo enseñarte lo que hackeé de sus computadoras, puedo enseñarte la información sobre sus movimientos. Quizá encontremos algo que pueda beneficiarnos. Solo necesito un computador. —Tenía que hacer algo para ganar tiempo y haría lo que estuviese en mis manos para contener la guerra que se avecinaba.

CAPÍTULO 25

Francesca

Dormir lo que quedaba de la noche, fue imposible. La ansiedad me latía en la garganta. Cada vez que cerraba los ojos, sentía la sombra de Daniele acechándome hasta alcanzarme. Al final, me rendí, incapaz de seguir dando vueltas en la cama, así que me levanté y fui hacia la ventana. Afuera, a pesar de la neblina propia de la madrugada, me permitió ver a los hombres de Vito y de Massimo en la penumbra, apostados en las esquinas, caminando en silencio, atentos a cualquier movimiento. Eran un muro de carne y acero. Sin embargo, yo seguía sintiéndome expuesta… desnuda ante algo mucho peor.

Verlos me ofrecía un consuelo tan frágil como un vidrio a punto de estallar. Porque Daniele me estaba cazando, y cuando un depredador huele la sangre, no importa cuántos muros levante, siempre encontrará la forma de atrapar a su presa. Sentía que la espera se estiraba como un hilo a punto de romperse. Mientras yo estaba justo ahí, al borde, colgando.

Me aparté de la ventana como si temiera que también pudiera verme a través del cristal. Crucé la habitación, entré en el baño, me duché y me cambié con un conjunto de sudadera nuevo que había sobre una silla acompañados de unos tenis. Necesitaba al menos una taza de café, antes de hacer la llamada que sabía me cambiaría la vida.

Cara y Chiara ya estaban sentadas alrededor del mesón de la amplia cocina, mientras Gianna, junto a una empleada, preparaba

cantidades ingentes de panqueques.

—Buenos días —dije en tono de voz bajo y avergonzado. Como si hubiera sido yo la que lideró mi escape.

Cara respondió el saludo, no de manera cálida, pero sí educada. Chiara en cambio, volteó la cara y no me contestó. Gia se acercó al mesón dejando un plato de panqueques y otro de tocino sobre la encimera.

—Sírvete lo que quieras, debes estar hambrienta y nada como buen plato de comida para enfrentar el día que nos espera. —Se acercó con la jarra de la cafetera y sirvió café para todas, menos para Chiara, que bebía una taza de té—. Los hombres están reunidos en el estudio.

—Gracias —dije tomando la taza, el calorcillo que desprendía la bebida me calentó un poco—. Tengo que hablar con mi hermano. Necesito un celular.

Chiara sin decir una sola palabra, deslizó uno por el mesón. Lo tuve en mis manos durante largos segundos, ¿qué podría decirle para arreglar esto?

—Es preferible que esa llamada la hagas delante de Vito y Massimo. Estoy segura de que ellos querrán escuchar lo que tengas que decir.

La mujer tenía razón, pero no me entusiasmaba en los más mínimo enfrentarme de nuevo a la animadversión de Vito y Massimo. Cara y Chiara salieron del lugar, mientras que Gia se sentó frente a mí, después de dar la orden a una de las empleadas que llevara unos platos de comida a los hombres reunidos en el estudio.

—Desayuna un poco, mujer —insistió Gia mientras sorbía de su taza de café—. Lamento mucho lo que Daniele te hizo. Sabía que no era un santo, pero no que llegaba a tales extremos.

—Nadie lo conoce, es misógino, violento disfrazado de una buena persona.

Gia asintió dejando la taza sobre la mesa.

—A pesar de que Angelo actuó con total desatino, le aplaudo lo que hizo, porque mi esposo hizo lo mismo por mí en su momento. Creo que yo hubiera matado al malnacido que quería casarse conmigo donde me hubiera puesto un dedo encima. Vito me salvó de un destino horrible.

—Lo de ustedes terminó muy bien, están enamorados.

—Ningún comienzo es fácil, las mujeres que estamos aquí podemos dar fe de ello.

Valentino entró en la cocina y después de un escueto saludo me pidió que lo acompañara. Al llegar al estudio, Vito estaba sentado en su trono, Massimo estaba a su lado y Angelo estaba de pie, recostado sobre un mueble repleto de libros, se enderezó tan pronto entré al lugar.

—Espero que hayas descansado —dijo Vito Costa con esa voz grave que no admitía réplica, mientras su mirada me traspasaba como un cuchillo afilado—. Llamaremos a tu hermano y lo citaremos a una reunión. Quiero que presentemos un frente unido. Vas a decirle que la fuga fue tu idea, porque tu deseo es casarte con Angelo.

Sentí que mi mundo se encogía. Angelo se irguió a mi lado como una chispa a punto de estallar.

—¡No! —rugió con los dientes apretados.

Massimo Di Lucca lo fulminó con la mirada desde el otro extremo de la sala.

—¡Tú cállate! —exclamó con dureza glacial—. No tienes ni voz ni voto en este desastre. Tal vez si decimos que fue su idea Michele Romano te perdone la vida.

El silencio fue brutal, como aquel que precede a las ejecuciones.

—¡No puedes decidir por los dos! —reviró Angelo, dando un paso adelante—. No puedo salvar a Francesca de un matrimonio que no quería para meterla de cabeza en otro.

—Eso debiste pensarlo antes de hacer tamaña estupidez —replicó Massimo con una calma peligrosa.

Los ojos de todos estaban sobre mí y mi pecho se contrajo, mi corazón latió con fuerza y por un momento sentí que me costaba respirar, las mujeres entraron y se sentaron el sofá mas alejado sin decir una palabra.

Chiara, me miraba en silencio. No con juicio, sino con comprensión. Por lo poco que sabía, ella y Valentino se habían casado debido a un pacto entre familias. Entendía muy bien lo que era vivir atrapada entre el deber y el deseo.

—¿Y tú? —preguntó Vito, sin desviar su mirada de mí—. ¿Qué vas a decir cuando tu hermano se siente frente a esta mesa? ¿Qué Angelo te secuestro? ¿Que fue un acto de locura? ¿O vas a decir la verdad?

La verdad. ¿Cuál era la verdad? Que quería huir. Que ya no podía soportar las manos de Daniele, ni sus amenazas, ni sus ojos fríos sobre mi cuerpo. Que cuando Angelo me tomó del brazo y me obligó a correr, sentí el aire en los pulmones por primera vez en meses.

—¿No tengo derecho a decidir nada? —mi voz salió en un susurro.

Massimo rio, sin humor.

—Tú decidiste cuando entraste en esta guerra, Francesca. Desde el momento en que cruzaste esa puerta con Angelo, te volviste en parte de nuestro mundo.

—¡Yo no elegí estar aquí! —grité, temblando, sintiendo que algo dentro de mí se rompía—. ¡Yo solo quería ser libre!

—Lo serás —dijo Vito con voz baja—. Libre como la esposa del hombre que te arrancó del infierno. Nadie va a poner en duda esta historia, si se presentan unidos.

Angelo me miró. Sus ojos estaban rojos de ira y frustración.

—Francesca —dijo en voz baja, y todos los demás desaparecieron por un segundo—. No quiero que digas lo que no sientes. No quiero otra mentira, ni siquiera si es por salvarme a mí.

Las palabras se atascaron en mi garganta. Sentí las lágrimas arder en mis ojos, pero me obligué a no derramar ninguna.

—Yo… solo sé, que, si Daniele me encuentra, va a matarme. Si mi hermano no nos cree, va a matarnos, si decimos la verdad, la guerra empieza hoy y moriremos todos.

El silencio volvió a instalarse cargando la estancia.

—Entonces —murmuró Vito—, es sencillo. —Se inclinó hacia delante, con los dedos entrelazados sobre la mesa—. Llama.

El celular temblaba en mi mano. Mis dedos estaban helados, pero marqué igual. Una, dos, tres señales y entonces, la furia estalló del otro lado de la línea.

—*¡¿Come cazzo osi chiamarmi, figlio di puttana?!*[2] —rugió mi hermano, su voz estaba cargada de un veneno que me golpeó directo al pecho—. ¡¿Dónde está mi hermana!?

—Soy yo, Michele… —me salió en un hilo de voz roto pero firme.

—¡Francesca, hermana! ¿Dónde estás? ¿Cómo estás? ¿Te han hecho algo? —lanzó una pregunta tras otra.

—Estoy bien —murmuré, desesperada—. Estoy viva y a salvo.

—No te preocupes hermana, todo se arreglará, te sacaremos de ahí, ya sabemos que fuiste raptada por Angelo Di Lucca con ayuda de los Costa.

—Las cosas no sucedieron así, no fui raptada, yo lo contacté a él. —Mi voz salió temblorosa—. ¡Yo lo busqué! ¡Angelo estudió conmigo en Oxford! ¡Le pedí que me sacara de ahí!

La línea quedó muda.

—No fue un secuestro, fue mi decisión —continué, con voz vibrante, pero con el alma en llamas—. Pensé que podía casarme con Daniele, pensé que podía soportarlo. Pero no puedo, Michele. No después de todo lo que hizo conmigo.

—¿Y te refugiaste con un Di Lucca? ¿Con la puta Sacra Familia? —Su respiración era agitada, molesta y decepcionada.

—Él fue el único que me escuchó, vino por mí y me creyó.

—¿Acaso sabes lo que esto significa? ¿Sabes lo que puede hacer Daniele si se entera de que fue tu idea? Mandaste a la mierda todo por un jodido capricho.

—No es un capricho, es mi vida Michele. ¿¡Acaso sabes tú quién demonios es Daniele Esposito!? Intenté decirte muchas veces que estabas entregándome a un puto sádico.

—Esta no era la vía, Francesca. Daniele va a desatar una guerra, hombres morirán, las calles de Nueva York y Chicago se impregnarán de sangre.

—Según tú, ¿cuál era la vía, Michele? Que te entregaran mi cuerpo sin vida, aunque ni eso, porque Daniele los desaparecería en el desierto. Quizás hubieses tenido unas cenizas que ni siquiera serían mías.

Silencio, otra vez silencio.

—Vito y Massimo quieren hablar —dije, bajando el tono—. Sin violencia y sin armas, una reunión a medianoche en el muelle

cuatenta y dos. Evitemos una guerra para la cual la 'Ndrangheta no está preparada, por favor, hermano. Si sientes algo de compasión por mí, ve a la reunión.

—Francesca, espero que esto no sea una trampa. Porque si lo es… no te salvas ni tú.

Y colgó.

Angelo

Nos dividimos en tres vehículos para llegar al muelle. Salvatore, Francesca y yo íbamos juntos. Mi hermano decidió irse con Valentino y Vito, este último, había enviado un puñado de hombres para que cuidaran nuestras vidas desde las sombras. El puerto estaba desolado como se tenía previsto. El concreto estaba húmedo bajo mis botas; mientras el East River golpeaba con calma contra los pilotos del muelle.

Al principio habíamos pensado que lo mejor para Francesca era que permaneciera en uno de los tres vehículos sin dejarse ver, pero Andersson y Salvatore se opusieron. Tenerla a la vista serviría como un escudo para aplacar cualquier ánimo belicoso, por ello estaba a un metro de mí, con los brazos cruzados, recostada en uno de los autos, como un jodido ente, no hablaba tampoco temblaba, pero la rigidez en su cuerpo dejaba ver que estaba muy asustada.

A lo lejos, los faros de cinco vehículos irrumpieron en el silencio y se detuvieron de golpe.

Vito habló a sus hombres rápidamente para que se mantuvieran alerta, tres hombres se bajaron de cada auto, estaban fuertemente armados. Pasaron un par de minutos antes de que Daniele diera un paso al frente, vestido de traje oscuro y un gesto adusto, a su lado Michele Romano era su contraste, tenía un traje gris claro y ojos furiosos. Si pudiera matarme con su mirada, estaría en el fondo del río.

Massimo, Vito y Valentino avanzaron. Sin temor, espaldas rectas, pasos fuertes y rostros adustos.

—Di Lucca —escupió Michele, como si mi apellido le quemara la lengua.

—Pensé que esta sería una reunión pacífica —señaló Vito, apuntando a sus armas con el dedo.

—¿Pacífica? —gruñó Esposito—. Hace solo una semana hablamos de garantías para mi boda en tu territorio y luego roban a mi novia de la prueba de vestido. No me creas tan imbécil como para venir desarmado.

—¿Dónde está mi hermana? —inquirió Michele.

—Estoy aquí. —Ella dio un paso entre Massimo y Vito.

Daniele la miró y su sonrisa se transformó en una de odio intenso.

—Vendrás conmigo —dijo, mirando a Michele.

—No hicimos esta reunión para que ella vaya con ustedes. Francesca ha pedido nuestra protección —contestó Vito, avanzando un paso.

—¿Protección? —reviró Michele—. ¿De qué diablos hablas? Dónde más estaría segura si no es con su familia, con su prometido.

—El prometido que la lastima —exploté.

Daniele se rio y Massimo me lanzó una mirada desaprobatoria.

—Porque es de ustedes que ella necesita protección —argumentó Massimo—. Mi hermano tuvo los cojones de proteger a una mujer que hubiera terminado muerta en cualquier momento.

Michele bufó.

—¿De nosotros? ¿Desde cuándo la 'Ndrangheta necesita a la Sacra familia para solucionar sus problemas?

—Desde que no pueden velar por la seguridad de sus mujeres —adujo Valentino con voz solemne.

Vito alzó una mano llamando a la calma y así mantener a su hermano callado.

—Tenemos una oferta y queremos que la escuchen antes de convertir nuestras calles en ríos de sangre, sangre de nuestros hombres.

—Francesca va a casarse con Angelo —expresó Massimo en total calma.

—¡Eso no va a pasar! —Daniele dio un paso adelante completamente ofuscado—. Francesca es mi prometida, nos casaremos en una semana, me importa un carajo si tengo que tapizar esta ciudad con cadáveres.

En un solo movimiento sincronizado. Una docena de armas fueron desenfundadas al mismo tiempo. Todos los guardaespaldas levantaron sus pistolas.

—También tenemos una oferta para ti, Daniele, pero para esto hay que bajar las armas. —Massimo tomó el control de la conversación.

El muelle entero era una jodida bomba a punto de estallar. Francesca miraba a su hermano con angustia latente y con el profundo deseo de que escuchara las propuestas que tenían para él.

—Michele —dijo Massimo acercándose. Dejé de respirar, mi hermano estaba exponiendo su vida con tal de evitar el desastre—. No solo Angelo tomará como esposa a Francesca. Como bien lo dijiste, todos los que nacemos en este mundo tenemos labrado nuestro destino. Tú ni siquiera habías pensado convertirte en un capi, lo hiciste por respeto a tu legado cuando tu hermano falleció, como yo lo hice por mis padres. Necesitas una ruta para que tus armas y drogas lleguen a Italia con mayor rapidez. Era lo que querías de Daniele. —Michele no dijo ni una palabra—. Aliarte con la

Sacra familia, agilizará las entregas en la mitad del tiempo. Además, tendrás una ventaja importante para tu negocio.

Daniele gruñó y yo agradecí mi habilidad para buscar información hasta en los más pequeños detalles, ya que gracias a ello habíamos podido venir a esta reunión con propuestas claras y tentadoras.

—No solo eso —continuó Massimo y mi mirada se centró en él —. Angelo se irá a Positano durante veinticuatro meses y estará bajo tu mando.

—¿¡Qué!?—Exhalé, mirando a Salvatore mientras Massimo continuaba.

—Como sabes, mi hermano es el mejor hacker de nuestra familia, entrenará a tus hombres y garantizará que aproveches mejor las debilidades de todos tus enemigos.

Michele pareció pensarlo, después de unos segundos ordenó a sus hombres que bajaran las armas.

Daniele se giró colérico.

—No estás hablando en serio —dijo mirando a Michele, que continuaba meditando en lo que Massimo le estaba ofreciendo—. ¿Y cuál es tu oferta, Massimo? ¿Esperas que esté de acuerdo con que tu hermano se quede con mi prometida? —saltó encolerizado, al darse cuenta de que estaba perdiendo a Michele.

CAPÍTULO 26

Angelo

El viento se tornó helado, Francesca se llevó las manos a los brazos, vi su cuerpo temblar y aunque quería ir a ella y darle mi chaqueta, no lo hice, me quedé quieto observando las armas que aún nos apuntaban.

Fue Vito quién dio un paso al frente.

—Tú tendrás poder —su voz arrastrándose como el filo de un cuchillo por una garganta—. Estamos aquí porque queremos evitar una guerra. Pero no vamos a rogar por paz, así que piénsalo muy bien, porque la oferta no estará siempre sobre la mesa, ten en cuenta que, si juntamos mi ejército con el de Massimo, hacemos más del doble de tus hombres, mis calles quedarían tapizadas de cadáveres, como tú bien lo dijiste, pero en Las Vegas no quedará un solo hombre de la Sacra Corona vivo.

—Paz —repitió, como si probara una palabra que no reconocía —. Me suena a derrota disfrazada.

Salvatore, sonrió por lo bajo.

—¿Así que viniste aquí a quejarte o escuchar? —preguntó Salvatore, uniéndose a la conversación.

Daniele lo miró sin sonreír.

—No vine aquí por propuestas inverosímiles, vine a recuperar lo que es mío.

—Nunca he sido tuya —dijo Francesca, con voz firme—. Ni lo seré.

La expresión en el rostro de Daniele cambió.

—Bien. Entonces ¿qué? ¿Me invitan a una cumbre para decirme que perdí?

—No. —Vito dio un paso adelante—. Te invitamos a ofrecerte algo que valga más que una mujer que nunca te amó. —Se giró hacia Massimo—. Díselo.

Massimo se alisó los puños de su camisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—La Sacra familia y la Cosa Nostra se unirán a ti, para que tengas control total sobre Las Vegas. Eso incluye ayudarte a desaparecer los *clubs* de moteros que están en el área. Así podrás distribuir toda clase de sustancias en tus calles sin que nadie te controle. —Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios—. De hecho, has tenido problemas con el inventario de tus armas, los federales han interceptado tus últimos envíos. Podemos darte el nombre de quién te está traicionando. Rompe el compromiso y podrás vengarte de él. Tendrás el control total de tu territorio y te evitarás muchos dolores de cabeza.

Salvatore le dio a mi hermano un sobre cerrado, la mirada de Daniele pasó de Francesca a mí, luego a Vito y finalizó en Massimo, la furia que envolvía su interior se veía reflejada en sus ojos. Daniele Esposito era inteligente.

—Sin el apoyo de la Corona de la Unita sabes que perderás, estamos ofreciendo una alianza entre familias italoamericanas —concluyó Massimo.

—Acepto —dijo al fin. Massimo se acercó a él, entregándole el sobre con la información del hombre que estaba estropeando sus entregas. Daniele dio una orden para que sus hombres bajaran las armas, pero su mirada se centró en mí—. Quiero que recuerdes

algo, *bambino*. Nadie se burla de mí, yo no lo olvido. Un día… algo tuyo será arrancado de tus manos y pagarás con sangre la humillación que me hiciste. —Volteó el rostro deteniéndose en Francesca—. Cuídate *principessa*, nunca se sabe qué puede suceder —alegó con tono frío.

—No es de caballeros, sellar un pacto con amenazas Daniele —dijo Massimo sin dejar de mirarlo.

—Yo no soy un caballero… Soy un demonio. —Daniele le dio una sonrisa a medio lado—. Te la llevaste hoy… pero nadie le roba dos veces a un hombre como yo… Cuando más tranquilo estés, ahí será mi momento. —Se giró hacia Michele, que no había dicho ni una palabra—. Eres un pusilánime.

Este le sostuvo la mirada. Negó con la cabeza y caminó hacia el auto.

—Daniele. —Vito habló con voz alta, haciéndolo detenerse—. Tienes dos horas, para que tú y tus hombres salgan de mi territorio.

No dijo nada, continuó su camino y sus guardaespaldas lo siguieron como sombras.

Francesca

Tan pronto el auto de Daniele se alejó, mi hermano caminó hacia mí.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó mirándome a los ojos. Asentí—. Tengo mis reglas —dijo desviando la mirada hacia Massimo y Vito.

—Escucho —dijo Massimo con interés.

—Quiero que este contrato quede por escrito y quiero que la boda se lleve a cabo mañana.

—¿Mañana? —expresé con sorpresa.

—Gran parte de la familia está aquí y no vale la pena retrasar lo inevitable, esquivaste una bala, Francesca.

—De acuerdo —habló Vito—. Podemos organizar una boda sencilla para mañana.

—O pedir a Daniele sus planes de boda, al final lo único que ha cambiado es el novio —expresó Salvatore con diversión—. Que aguafiestas son ustedes —murmuró cuando ninguno se rio.

—¿Nos vemos mañana entonces? —dijo Michele, tendiéndole la mano a Vito y luego a Massimo—. Me llevaré a mi hermana esta noche.

Abrí los ojos y Massimo negó con la cabeza.

—Aunque aún no sea la esposa de mi hermano, ella ya es una Di Lucca. Además, necesita preparar con las mujeres una boda exprés.

—Bien —sin decir una palabra más Michele y sus hombres se fueron, no sin antes darme una última mirada.

—Salvatore, lleva a Francesca a casa. Angelo, tú vienes conmigo —ordenó Massimo, agarrando a Angelo por el cuello y lo obligó a subirse a uno de los autos.

Salvatore Lombardi conducía con la calma de un hombre que había visto más muertes que amaneceres. No hablaba, solo mantenía la vista fija en la carretera mientras yo, en el asiento trasero, apretaba las manos sobre mis rodillas, tratando de ordenar lo que acababa de ocurrir.

—Él no quiere casarse —murmuré, sin esperar respuesta—. Dejó muy claro que lo nuestro se había terminado.

Salvatore esperó un par de minutos antes de contestar.

—Massimo lo sabe —dijo con voz grave—. Pero no es el único que no quiere. Sabes mejor que nadie que Daniele no va a quedarse de brazos cruzados.

—Creí que con el acuerdo… —Me mordí el labio, bajando la mirada.

—No hay acuerdos reales con tipos como Daniele Esposito —me interrumpió tajante—. Él aceptó porque no tenía otra salida, sin el apoyo de Michele, estaba solo frente a dos grandes familias. Pero eso no significa que haya perdonado, ni olvidado.

El silencio volvió a instalarse.

—¿Puedes decirme por qué Massimo insinuó que Angelo será un soldado de la 'Ndrangheta?

—No lo insinuó, lo dijo muy claro, quiere que esté lejos de Las Vegas. Lejos de los estragos de su decisión. —Hizo una pausa larga, como si calibrara cuánto decirme—. Si algo estalla en Estados Unidos, Angelo debe tomar las riendas de la familia. Es su derecho de nacimiento.

—¿Él lo sabía? —Me costó tragar saliva.

—Se entero al mismo tiempo que tú.

—Me odiará si lo separo de su familia, de su hermana. Me odiará más de lo que ya me odia.

—Lo arriesgó todo por ti. No creo que te odie, pero definitivamente no estás en su lista de personas favoritas —dijo Salvatore con honestidad brutal.

El teléfono de Salvatore empezó a sonar y él observó la pantalla antes de contestar.

—¿Ant?

Apoyé la cabeza contra la ventanilla. La ciudad pasaba como un suspiro frío tras el cristal.

Cuando llegamos a la mansión, ninguno de los autos estaba ahí, entré a la casa y me pareció extraño que las mujeres no estuvieran en la estancia, pero estaba demasiado cansada para

averiguar dónde estaban, subí las escaleras y entré a la habitación, sentí un gran alivio, pero al mismo tiempo unas inmensas ganas de llorar.

*

*

La mañana siguiente cuando el sol estaba en lo alto, salí de la cama y me di un baño, me vestí con un traje suelto, me agarré el cabello en un moño bajo. Antes de salir al pasillo secreto, inhalé profundo al sentir el sutil aroma de las flores.

Desde el segundo piso, observaba el desfile de preparativos como si estuviera al otro lado de un cristal. Como si esto le estuviera pasando a otra mujer. Docenas de cajas de rosas blancas, peonías, lirios, orquídeas de tallo largo decoraban la planta baja. Una mujer de cabello castaño ordenaba dónde colocar las flores. Las voces del personal se mezclaban con el sonido de cintas cortadas, teléfonos sonando, y cajas de cristal que eran abiertas con delicadeza.

—Francesca —dijo Gianna con su tono alegre, mientras subía los últimos peldaños de la escalera—. Ya iba a ir a despertarte. Necesitas comer, *amore.* —Me miró como si pudiera ver cada una de mis grietas—. No puedes desmayarte en la ceremonia.

—¿Dónde está Angelo?

—En la oficina junto con los demás hombres, discuten los últimos detalles del traslado. —Traslado. Sonaba a exilio—. Cara, Antonella y Chiara trabajan fuertemente para que todo esté listo para el atardecer, la boda será en el jardín.

Al llegar al primer piso, caminé por el pasillo rumbo a la cocina, cuando frente a mí, una de las puertas custodiadas por un par de hombres se abrió y salió Valentino, que pasó por mi lado dándome un asentimiento de cabeza, pude ver a Angelo que miraba por la ventana y decidí entrar. El sol entraba a través del cristal, indiferente a todo lo que ocurría alrededor.

Tenía puesto un traje oscuro que parecía estar acorde a su estado sombrío. Nuestros ojos se encontraron, por un segundo, el tiempo dejó de avanzar.

—No se supone que debamos vernos antes de la boda —murmuré, aunque mi voz tembló al final—, pero necesitaba hablar contigo.

Angelo soltó un suspiro cansado, profundas ojeras surcaban sus ojos, el cabello lucía despeinado, como si no hubiese pegado el ojo en toda la noche.

—No se supone que esta boda deba pasar —dijo él. Su voz era baja, firme, aunque también dolida.

Cerré la puerta tras de mí y caminé hasta la ventana. Angelo me señaló un sillón, pero no me senté. Él no se acercó, se mantuvo de pie observando el circo en el jardín.

—No quiero hacer esto, Francesca —dijo al fin, sin rodeos.

—Sin embargo, aquí estamos. —Mi garganta se cerró. Se volvió hacia mí, con los ojos cargados de rabia y algo más oscuro—. Tú, pronto vestida de blanco como si esto fuera real. Yo, fingiendo que quiero prometerte un «para siempre» que nunca planeé darte.

Cada palabra me golpeaba como una bofetada, pero no retrocedí.

—Entonces, ¿por qué aceptaste este desatino?

—Porque no puedo hacerle más daño a mi hermano —contestó con dureza—. Porque prefiero casarme contigo y encerrarte en nuestra casa antes que permitir que ese hijo de puta te toque otra vez.

—Y ¿qué hay de mí, Angelo? —Lo miré. Por fin sin miedo—. ¿De lo que yo quiero?

Él presionó la mandíbula. Un músculo en su cuello palpitó como una advertencia. Durante un segundo, pareció que iba a gritar,

que iba a atravesar la ventana con los puños, pero en vez de eso, se acercó.

—¿De lo que tú quieres? —repitió, con una risa amarga que no llegó a sus ojos—. ¿Acaso pensaste en eso cuando me dejaste por Daniele? ¿Cuándo me mentiste sobre quién eras?

Lo miré, sintiendo que la culpa me rodeaba el cuello como un lazo que se apretaba solo.

—Angelo…

—No —me cortó con voz ronca—. No me digas que era necesario. No me vengas con discursos de lealtad o sacrificios, porque si me hubieras amado… aunque sea un poco, un maldito segundo… habrías sido sincera conmigo.

—Como lo fuiste tú —reviré inmediatamente.

—Yo no cambié mis apellidos, ni te di datos falsos, si tienes que culparme por algo, es por omisión, pero yo nunca te mentí. —Negó con la cabeza—. Siempre caemos en el mismo laberinto sin salida ¿Cómo vamos a casarnos si no podemos perdonarnos, si el pasado aún nos lastima?

Pasó a mi lado y estaba a punto de irse cuando hablé:

—Amarte era caminar sobre fuego, y yo… estaba dispuesta a quemarme, pero tu más que nadie sabes para lo que una mujer en este mundo esta destinada y eso es proteger a su familia.

—¿Tu familia? La que te entregó a un maldito psicópata sin preocuparse por tu bienestar —reprochó.

—No iba a quedarme, tenía un plan para huir, para encontrar la manera de que dejaras de odiarme. —Tragué saliva y di dos pasos hacia él, luego me detuve.

—¿Dejar de odiarte Francesca? ¿Crees que te odio? No es odio lo que atraviesa mi corazón, es un sentimiento horrible de traición. Me traicionaste desde el momento en que ese maldito loco te colocó

un anillo frente a mis ojos. —Él se acercó, hasta que nuestras sombras se tocaron—. Me traicionaste cada noche que estuvimos juntos y me ocultaste quien eras. Me traicioné a mi mismo cada vez que quise arrancarte de mi pecho y no pude. La traición pesa más que el odio Francesca, rompiste mi lealtad y eso en este mundo es más fuerte que todo.

Me temblaban las manos, pero no retrocedí.

—Aun así, ¿vas casarte conmigo? —pregunté con la misma rabia que él me profesaba.

En un movimiento rápido, Angelo me besó. Un beso duro, fuerte, me besó como un castigo, como si me odiara y me amara al mismo tiempo. Como si mi nombre fuera la única oración que aún recordaba. Sus labios sabían a rabia y a deseo. A todo lo que no habíamos dicho. A todo lo que aún dolía.

Se separó de mí sin decir una sola palabra, dio media vuelta y caminó hasta la puerta. Su espalda parecía una muralla de hielo.

—Yo te amo —murmuré sin dejar de mirarlo. Lo vi dudar, por una fracción de segundo.

—Tal vez tú solo sabes amar cuando ya es demasiado tarde. —Giró la cabeza apenas lo suficiente para que su voz llegara a mí, áspera, herida, ardiendo en veneno—. Hoy vamos a

casarnos, pero no por nosotros… Por ellos.

Sin decir más, salió de la habitación, dejando solo el silencio... y un amor herido, encerrado en la prisión de nuestro orgullo.

CAPÍTULO 27

Angelo

El mundo se movía allá afuera, como si se estuviera planeando la jodida boda real. Floreros de cristal, arreglos en tonos marfil. Mesas que parecían sacadas de un salón de lujo, meseros que iban y venían, guardias de tres familias velando porque esto no terminara en una maldita boda de sangre.

Me estaba ahogando con el nudo de mi corbata, al punto de que tuve que quitármela. La dejé caer sobre el escritorio con un suspiro cargado de rabia. Tenía las manos temblorosas, no por miedo a la boda, sino por lo que significaba. Casarme con Francesca no era el problema. Era… la consecuencia de un acto impulsivo, de haberla amado sin estar listo, de salvarla para no verla en brazos de otro.

No sabía si podría ser el hombre que ella, la Sacra Familia y los más cercanos necesitaban. No sabía si conseguiría hacer lo que se esperaba de mí. Lo que sentía por Francesca era tan real que dolía, pero no sabía si la rabia y el resentimiento podría sostener lo que vendría después.

— ¿Vas a quedarte ahí como un cadáver o vas a vestirte de una buena vez? —la voz de Massimo cortó el silencio.

No me volví a verlo. Sabía que estaba recostado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, como siempre.

—No quiero casarme —dije, sin adornos ni excusas.

—Lo sé —respondió.

—¿Aún así me vas a empujar a hacerlo? —Me giré para mirarlo.

Massimo me sostuvo la mirada con esa calma suya que no temía al fuego.

—No, no voy a obligarte, ya no. —Caminó hasta mí—. Pero vine a recordarte por qué carajo estás aquí.

—¿Para protegerla? ¿Para que la familia no pierda poder? ¿Para no darle a Daniele una razón para atacarnos y jodernos la vida?

—No —dijo, y su voz bajó, tomó la corbata y me la puso en el cuello, inundándola con firmeza—. Estás aquí porque cuando ella estuvo en peligro, tú no llamaste a nadie, no pediste permiso y fuiste por ella.

Me quedé en silencio.

—Porque la miras igual que yo miraba a Cara —añadió, casi en un susurro—. Como si no supieras vivir sin ella… pero tampoco cómo sobrevivir con ella.

—No sé si puedo perdonarla. —Mi pecho se contrajo.

—Podrás si pones de tu parte —dijo—. Porque si no lo haces tú, otro lo hará y te juro por lo que más quieras, Angelo… no vas a soportar verla en manos de otro. —Me dio dos palmadas en el pecho y yo me dejé caer en el sillón—. No te estoy pidiendo que le jures amor eterno —dijo con honestidad brutal, poniéndome una mano sobre el hombro—. Solo que te comportes como un hombre que camina a pesar de sus heridas.

Cerré los ojos y respiré hondo, sintiendo el peso de la elección aplastándome los huesos.

—¿Tú crees que ella me va a perdonar por no querer esto?

—No lo sé, pero en este momento solo necesita saber que no vas a salir corriendo.

Me puse de pie, tomé la chaqueta y me miré al espejo. Seguía sintiéndome roto, podría tratar de sobrellevar las cosas, el hecho de que ella entrara a esta familia era una forma de sentirse protegida y eso tendría que bastarle por el momento.

—Gracias, hermano —murmuré.

—Todavía puedes huir. —Massimo sonrió de lado—, pero si lo haces… yo mismo te voy a ir a buscar y te voy a romper cada maldito hueso.

Sonreí y salí de la habitación rumbo a una boda, rumbo al altar improvisado de mi propia impulsividad y esperando que este matrimonio no se convirtiera en una condena.

Francesca

La habitación tenía aroma a perfume de jazmín y a maquillaje en polvo. La luz entraba tamizada por las cortinas de encaje, acariciando el tul blanco que envolvía mi cuerpo como una promesa que no sabía si quería cumplir. Sentada frente al espejo, me veía como una de esas muñecas de porcelana que solía coleccionar de niña. Hermosa. Inerte.

En mi pecho pesaba la discusión que tuve con Angelo, recordar su rostro tenso, la mirada dolida, no me hacía apreciar los detalles. La manera en que Chiara trataba de cambiar su percepción de mí, suavizando su trato a lo largo del día, pero con una sombra de desconfianza que me llegaba a lo más profundo.

—Estás preciosa —dijo Chiara, entrando sin anunciarse.

Su vientre abultado hacía sus pasos más lentos, pero su presencia era tan fuerte como siempre. A su lado venía Gia, elegante

y serena como una reina de hielo. Se acercaron como si supieran que estaba a punto de romperme.

—A veces no se necesita estar lista —dijo Gia, colocándome unos pendientes con suavidad—. Solo se necesita valor para dar el paso… y descubrir si el amor sobrevive después.

—Si no sobrevive —añadió Chiara, mientras me acomodaba el velo—, entonces te haces más fuerte. Porque aprendiste a cruzar el fuego sin quemarte.

—¿Ustedes tuvieron miedo? —pregunté sin mirarlas.

—Mucho —dijeron al unísono.

—Cuando me casé con Valentino, todo lo que sentía era rabia. —Chiara sonrió con tristeza—. Me estaba casando con un hombre impuesto por mi hermano. Fue una unión pactada desde pequeños, sabía que iba a llegar, pero no pensé que fuera tan rápido.

—Igual que mi boda con Daniele.

—Nuestro comienzo fue muy difícil. —Chiara asintió—. Pero él... supo llegar a mí y nos enamoramos.

—Casi que no. —Gia sonrió—. Fue una época algo difícil para la familia. Mi historia fue un poco diferente. Yo estaba agradecida con Vito, pero el amor no ocurrió de golpe. Él era soberbio y un estratega que me veía como peón en una partida de ajedrez. Pero cuando me vio llorar por primera vez… entendió que no era un juego.

—¿Y Angelo? —susurré, con el alma en vilo—. ¿Si él no lo entiende nunca?

—Entonces serás tú quien se lo enseñe. —Chiara me tomó de las manos—. Pero hoy... hoy es el primer paso, pequeño, pero importante. Solo un comienzo.

Las lágrimas pugnaban por salir, pero no lo harían. No hoy.

—Las mujeres como nosotras no amamos fácil. —Gia se puso de pie y me ofreció una última mirada—. Amamos con cicatrices. Con rabia. Con hambre de ser vistas y cuando un hombre se atreve a amarnos de verdad… no necesita estar listo. Solo necesita quedarse.

Chiara me apretó la mano. Gia me presionó los hombros y salieron dejándome unos minutos de intimidad. Me quedé frente al espejo, respirando. Tendría que ser fuerte para seguir sosteniéndome, atravesar el infierno y salir victoriosa.

El jardín de la mansión de Vito Costa había sido transformado en una visión de ensueño, caminos marcados con pétalos, sillas dispuestas como un ejército en formación, mesas que relucían bajo la luz del atardecer neoyorquino, pero bajo esa perfección, había algo más, era una tensión pura, áspera y casi violenta.

Cada rostro entre los invitados era una máscara con sonrisas de estrategias y los murmullos, un arma envainada. Las familias estaban allí: la Sacra Familia, la Cosa Nostra, representantes de la 'Ndrangheta y de la mafia italoamericana de ambos lados del Atlántico. Todos observaban como buitres vestidos de gala. Con elegancia sí, pero con armas dispuestas para ser usadas.

El susurro de los invitados se detuvo con el primer acorde del cuarteto. Un silencio expectante se extendía como una niebla densa sobre el jardín. Entretanto yo caminaba hacia el altar al lado de mi hermano Michele. Tenía el brazo rígido mientras lo tomaba. Su traje impecable y el rostro impasible, como si todo lo que había dicho el día anterior ya no importara. Como si llevarme hasta el altar fuera su última obligación antes de soltarme definitivamente.

—Todavía puedo sacarte de aquí —murmuró, apenas moviendo los labios—. Podemos subir a un auto y desaparecer. —Me acercó más a su brazo.

—No necesito que me rescates. No esta vez, no lo hiciste cuando más te necesité, no me vengas con ese ofrecimiento ahora.

No dijo nada, pero su mandíbula se endureció, sus dedos se crisparon en mi brazo, como si la sola idea de entregarme a un Di Lucca lo desgarrara por dentro.

—¿Lo amas? —preguntó sin mirarme.

—Sí —respondí—. Pero eso no hace las cosas más fáciles.

Suspiró.

—Entonces que te sirva de advertencia, Francesca. Si él te falla… no habrá segunda oportunidad, para ninguno de los dos.

Lo miré de reojo. Sus ojos brillaban, no de emoción sino de rabia contenida.

—Lo sé —dijo.

La música subió. El altar estaba a unos metros y ahí estaba Angelo esperándome, tan hermoso que mi corazón creyó explotar de anhelo. Él no tenía idea de los sentimientos que despertaba en mí, tendría que esconderlos si quería sobrevivir a esto.

—Eres mi hermana. —Michele frenó un segundo, antes de dar el último paso. Se giró hacia mí, con la voz más baja que un susurro —. La única que me queda. Nunca lo olvides.

No le contesté. Entonces, con un movimiento casi mecánico, tomó mi mano y la entregó a Angelo, no hubo palabras entre ellos. Solo miradas, furiosas y cargadas de amenaza.

Cuando Michele se alejó, sentí aliviarse el peso de todo lo que dejaba atrás. Pero al tomar la mano de Angelo, sentí la certeza amarga de que, aunque no lo elegí, nadie más que yo misma vendría a salvarme. Nuestros dedos apenas se rozaban, nuestras miradas eran cuchillas. Él vestía de negro como si supiera que el amor también podía ser un duelo.

El juez hablaba, sus palabras flotaban como humo entre nosotros, llenado el aire de promesas eternas, votos sagrados y una unión indisoluble. Pero nada de lo que sentíamos tenía que ver con eso. Cuando llegó el momento, el mundo se redujo a una sola palabra.

—Francesca Romano —dijo el juez—, ¿aceptas a Angelo Di Lucca como tu esposo, para amarlo y honrarlo, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte?

Mis labios estaban secos, mi corazón, desbordado, pero mi voz salió firme.

—Acepto.

Las miradas se clavaron en Angelo. Su cuerpo era una estatua de tensión, pero sus ojos… Sus ojos estaban vivos y llenos de algo que parecía amor, rabia y miedo, o todo a la vez.

—Angelo Di Lucca —continuó el oficiante—, ¿aceptas a Francesca Romano como tu esposa, para amarla y honrarla, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte?

Hubo un segundo de silencio que se sintió como el borde de un abismo. Entonces él habló.

—Acepto.

El juez pronunció las palabras que nos unían oficialmente y enseguida: «Pueden besarse».

Angelo se inclinó, tomó mi rostro con ambas manos y me besó. No fue suave, tampoco fue dulce. Fue brutal, doloroso y real. Como si nos estuviéramos despidiendo de todo lo que alguna vez creímos que seríamos. Cuando nos separamos, los aplausos de los presentes fueron medidos; nadie sonreía de verdad, porque todos sabían lo que acababa de ocurrir.

Una promesa sellada con piel… y con pólvora.

CAPÍTULO 28

Angelo

Si alguien viera esta boda desde fuera, pensaría que era perfecta. El jardín estaba iluminado por faroles colgantes, las mesas decoradas con elegancia. El alcohol corría con generosidad, las risas eran suaves, los brindis medidos. Pero yo sabía lo que había debajo, estábamos rodeados de hombres que alguna vez se apuntaron mutuamente con una pistola, ahora estaban vestidos con trajes caros y copas en la mano, fingiendo que este matrimonio era el símbolo de un nuevo comienzo y nuevas alianzas.

Los invitados pertenecían a las principales familias de Estados Unidos; no había gente extraña, políticos ni empresarios que no pertenecieran a nuestros negocios. Sabíamos que caminábamos en un piso de cristal. Massimo y Michele no quisieron a nadie ajeno a este mundo esa noche. No era una época de paz, solo gozábamos de una pausa armada.

Massimo caminaba entre los invitados como un general que no guardaba la espada. Vito observaba todo desde el centro de la terraza, con su copa en alto y los ojos agudos como un halcón en cacería. Michele se mantenía cerca de Francesca, tal vez demasiado cerca. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos como si aún evaluara si tenía derecho a estar a su lado.

Y yo solo quería que este circo acabara.

—Mi querido Angelo —una voz nasal y cargada de acento italiano interrumpió mis pensamientos—. Muy bien jugado. Nunca lo

habría creído.

Era Alessandro Bianchi, el embajador silencioso de la Sacra Corona en Nueva York. Se acercó a mi, su sonrisa era tan falsa como su saludo.

—Me sorprendiste, Di Lucca. Ya tienes a tu chica, sin embargo, yo aún no tengo nada…

Tragué el nudo en mi garganta.

—Estoy en deuda contigo. Mi familia lo está.

—Lo sé, y llegará el momento en que necesite cobrar esa deuda y espero no llevarme una decepción.

Cara apareció a mi lado y la tensión se calmó por un segundo. Alessandro asintió hacia ella.

—Un Di Lucca siempre paga sus deudas —dije mientras se alejaba.

—¿Ya empiezan a llover los cumplidos envenenados? —me susurró sin dejar de sonreír a los invitados.

—No saben hacer otra cosa —respondí por lo bajo, devolviéndole una sonrisa tensa—. Todos estos brindis suenan como advertencias disfrazadas.

—Tal vez lo son —dijo ella, con la tranquilidad que solo alguien entrenado en este mundo puede mostrar. —Necesitas ir por tu esposa, no puede bailar siempre con su hermano.

Nos acercamos hacia Michele y Francesca que bailaban a un costado de la pista.

—Creo que deberíamos dejar que los novios bailen —dijo Cara a Michele. Francesca me observó con algo de timidez, su mano tocó la mia, mientras la orquesta iniciaba los acordes de una canción suave.

Bailamos con lentitud, nuestros corazones latiendo al unísono, nuestras respiraciones acompasadas; el aroma cálido de su piel me arrastró de golpe a Oxford, a aquella primera vez en la Radcliffe Camera, cuando nos escondimos entre estanterías prohibidas y casi nos descubren.

Francesca alzó la mirada hacia mí, y en sus ojos vi un deseo que me empujaba a hundirme en ella sin retorno. Sus labios, apenas separados, eran una invitación silenciosa que me estaba tragando por completo. Incliné el rostro, dispuesto a caer en ese abismo, y entonces, una mano en mi hombro rompió el hechizo.

—La siguiente pieza es mía —anunció Lucio Romano, un familiar de Francesca, con una sonrisa que no admitía objeciones.

Massimo y Michele dedicaron unas palabras en las que hablaron del compromiso y la tradición. Finalmente, Vito se levantó. Golpeó su copa con una cuchara de plata y de nuevo se hizo silencio.

—Un brindis por los novios —dijo Vito, alzando su copa con una sonrisa seca—. Dos apellidos se unen hoy, y con ellos, evitamos que algunas balas no se dispararan. Que este matrimonio traiga paz o al menos mantenga los dedos fuera del gatillo. —Hizo una pausa, paseando la mirada entre los presentes—. Porque ya todos sabemos el hilo tan delgado en el que caminamos. Bienvenidos a la tregua más peligrosa que esta ciudad ha visto.

El silencio que siguió al brindis de Vito Costa fue tan agudo que podía escucharse el leve tintinear de una copa mal apoyada en una mesa cercana.

Michele Romano mantenía su expresión de mármol. Sus ojos iban de Vito a mí, como si aún no decidiera si debía darme la mano o atravesarme el corazón con una bala. Su esposa y su gente se habían mantenido al margen durante toda la velada.

Salvatore Lombardi sonreía con los labios, pero no con los ojos. Sus dedos tamborileaban sobre la copa como si contara segundos antes de que el brindis se volviera profecía.

Massimo, a unos pasos de Vito, no disimuló su sonrisa de medio lado, sabía lo suficiente como para saber que él también esperaba el momento en que alguno de los presentes cruzara la línea invisible del respeto.

Francesca no se movió, notaba lo tensa que estaba, cuando este debía ser uno de los días más felices de nuestras vidas. Entonces, como si todo fuera normal, el cuarteto de cuerdas volvió a tocar. Una melodía suave, clásica, que parecía pedirles a todos que olvidaran la amenaza camuflada en un brindis con *champagne*.

Michele levantó su copa hacia mí, con su mirada fija e imperturbable. Yo hice lo mismo, sellando con ese gesto, algo más que una alianza. Sellamos una advertencia.

Al final de la fiesta más de una docena de invitados ya se había retirado. Massimo me hizo una señal, mientras mi esposa charlaba entre un grupo de mujeres. Lo seguí hasta el estudio, y minutos después, Michele Romano entró, cerrando la puerta tras de sí. Sus pasos eran firmes, decididos. No traía copa, ni sonrisa, solo una mirada gélida y un mensaje que quería dejar claro antes de marcharse.

Mi hermano lo esperaba de pie, junto a una estantería cargada de libros antiguos. Salvatore, estaba sentado al fondo, disfrutando de un trago, rara vez intervenía, pero siempre observaba.

—¿Vienes a hacer otro brindis o a marcar territorio? —preguntó Massimo, con la voz tranquila y los brazos cruzados.

—No tengo tiempo para brindis, y el territorio ya está marcado desde que acepté que mi hermana se casara con tu hermano —replicó Michele, directo al grano—. Pero no me voy sin dejar ciertas cosas claras.

—Adelante. —Massimo alzó una ceja, sin perder su calma habitual—. Sorpréndeme.

—Esto no es una alianza de sangre, es una tregua. Temporal y frágil. Cualquier movimiento en falso y todo se derrumba.

—Estoy de acuerdo —respondió Massimo—. Pero ya se hizo, y fue tu hermana quién cruzó la línea, no tú. Ella eligió. Yo solo garantizo que se le respetará y se le cuidará como miembro de esta familia.

—Tú garantizas, sí. —Michele dio un paso más cerca—. Pero tu hermano no ha dicho nada.

—Angelo, no es como yo —admitió Massimo sin dudar—. No es diplomático, ni mucho menos paciente, pero por Francesca… ha hecho cosas que ni yo habría permitido.

—¿Cómo secuestrarla?

—Como salvarla, porque tú no lo hiciste a tiempo. —Massimo lo miró, sin desviar la vista.

El golpe fue certero. Michele apretó la mandíbula, pero no respondió.

—Ambos fallaron y ella eligió —dijo Salvatore, con voz grave y firme, desde su rincón—. Seguir discutiendo sobre el mismo tema de quién hizo qué no devolverá el tiempo, así que hay que seguir adelante. Lo que importa ahora es si están dispuestos a proteger esa elección… o a convertirla en otra guerra.

Michele respiró hondo y Miró a Massimo por última vez.

—Voy a vigilar muy de cerca este matrimonio, Di Lucca. No porque no confíe en Francesca. Sino porque no confío en ti, ni en los tuyos.

—Perfecto. —Massimo asintió lentamente—. Entonces hablaremos el mismo idioma. Mi hermano estará bajo tu ala un buen rato, tiempo más que suficiente para que demuestre su valía y sepas

de qué está hecho. Espero que sepas valorar lo que te estoy entregando. Durante el tiempo que mi hermano esté en Positano, te darás cuenta de que, si lo aprovechas, traerá grandes beneficios para tu organización.

—El dinero no es importante cuando la familia está en peligro.

—Romano. —Massimo resopló—. No me vengas con frases sacadas de internet, tú y yo sabemos que a nuestras familias las mueve el dinero…

Ambos hombres se sostuvieron la mirada, logrando una especie de equilibrio.

—No vine a esta habitación a quedarme callado, ni Francesca ni yo somos niños —intervine cansado de que otros decidieran por mí.

Michele giró apenas el rostro hacia mí, sin perder su dureza.

—Entonces habla. —Me miró con los ojos de un hermano que ha tenido que tragarse un enorme sapo y aún lo tenía en su garganta.

—Yo no quería casarme. Esto fue un matrimonio impuesto.

—Aun así, lo hiciste.

—Sí, lo hice. —Asentí una vez, firme y furioso—. Porque ella no merecía casarse con un monstruo peor. Porque al menos conmigo no tendrá que preocuparse por una golpiza, pero no te confundas, esto no es un cuento de hadas.

—Demasiado posesivo como para que tus palabras me preocupen Di Lucca, preocúpate tú por mantenerla segura y no meteré un tiro en tu dura cabeza.

Le sostuve la mirada, con los dientes apretados. Michele me estudió unos segundos y vi algo nuevo en su expresión, no respeto… pero sí reconocimiento. Como si por fin entendiera que no era un capricho pasajero, sino el idiota que terminó con una argolla en el

dedo y una granada en el pecho, todo por salvar lo que su familia nunca tuvo el interés de proteger. Quise refutarle eso y más, pero no valía la pena. Además, la mirada de Massimo no me permitiría ir más allá.

Michele se volvió para marcharse. Pero antes de abrir la puerta, murmuró sin girarse.

—No sé si eres lo que ella necesita, pero eres su esposo ahora y eso significa que, si la lastimas, no vas a tener que preocuparte por Daniele, ni por ningún capo… Solo por mí.

Al salir el silencio quedó flotando como humo.

—Esto no termina aquí —dijo Salvatore, cruzando una pierna con lentitud.

—No —respondió Massimo, observando donde estuvo Michele —. Pero empieza con dos premisas, Angelo no eligió casarse y Francesca no eligió estar en deuda con medio mundo.

—Entonces ninguno está libre —murmuró Salvatore—. Eso los hace peligrosos o perfectos.

—Depende de cuánto duren juntos —dijo Massimo, encendiendo un cigarro—, y cuántos quieran separarlos.

Dejé atrás las voces de Massimo y Salvatore, inmersos en sus teorías sobre la fragilidad del poder, los pactos entre clanes y el futuro de los que ya no teníamos el lujo de vivir en paz. Mi hermano me había dicho que viajaríamos a Chicago a primera hora de la mañana. Una de las empleadas de la casa me dijo que Francesca se había retirado a los aposentos que compartiríamos hasta nuestra vuelta a Chicago.

Yo tenía otros asuntos que me pesaban más. Observé de nuevo la argolla en mi dedo, mientras me dirigía a la habitación que compartiría con mi esposa. Ella estaba detrás de una puerta que no sabía cómo cruzar, sin sentir que me estaba traicionando a mí

mismo. Las luces estaban bajas, y el pasillo de los aposentos de los invitados olía a flores blancas y cera derretida. La puerta estaba entornada, toqué una vez con los nudillos y sin esperar respuesta entré.

Francesca estaba de espaldas, parada frente a la ventana, aún con el vestido puesto, aunque sin el velo ni los tacones. La luz de una lámpara lateral dibujaba la curva de su hombro desnudo y proyectaba su silueta como una sombra lejana. No se volvió, ni dijo nada, yo tampoco, solo cerré la puerta.

—Deberías descansar, viajaremos a Chicago en unas horas. — Solté la frase como si estuviera dictando una orden logística. Ni un matiz más, ni uno menos.

Ella giró el rostro, con esa expresión neutra que había perfeccionado mejor que cualquier asesino que conocí. Ni un reproche, ni una súplica. Solo una máscara.

—¿A qué hora salimos?

—En unas cuatro horas —dije mirando mi reloj y quitándomelo enseguida, lo dejé sobre la cómoda con un chasquido seco—. El vuelo es privado. No tienes que empacar, ya está todo preparado.

Francesca caminó hasta el tocador y comenzó a quitarse los pendientes con calma. Yo me senté en el sofá. Saqué un cigarro del bolsillo interior de la chaqueta, aunque sabía que no estaba permitido fumar en esa habitación.

No me importó; ella tampoco protestó.

—Ha sido un largo día…

—Sí —respondí. Sin dejar de observarla.

Sus movimientos eran suaves, ensayados. Como si salir del vestido fuera algo cronometrado, como si no mirarme directamente le diera un poco de privacidad. Mi mirada recorrió sus curvas no con ternura, pero sí con deseo. Con la rabia fría que sentía por haber

sido obligado a hacer lo correcto. Me dije que no la tocaría, el infierno se congelaría primero.

—Puedes dormir aquí —dije al fin, señalando la cama con el mentón—. Yo me quedaré en el sofá.

Ella no discutió, ni mucho menos agradeció. Se puso una bata de seda sobre la ropa interior y se acercó a la cama con pasos suaves, se acostó de lado, de espaldas a mí. Yo me quedé como un imbécil en el sofá. Con el cigarro apagado entre los dedos y el corazón apretado.

Éramos marido y mujer, compartiendo cuatro paredes… pero separados por orgullo, silencio, y la certeza de que ya no sabíamos quiénes éramos el uno para el otro.

CAPÍTULO 29

Angelo

El vuelo a chicago fue en absoluto silencio, Massimo, Cara, Salvatore y Antonella, que había llegado para el matrimonio, como esposa del *consigliere* de la familia, iban cada uno sumido en su mundo. Francesca observaba por la ventana junto a Carla, una mujer que Michele Romano había dispuesto para compañía de su hermana, además de los dos guardaespaldas que no despegaban su mirada de ella. Dejando en claro que no confiaba en nosotros.

Dos autos nos recogieron en el hangar del aeropuerto para llevarnos a la mansión. Había una pequeña celebración en casa cuando llegamos, cortesía de Martha, la esposa de Donato, nuestro antiguo *consigliere*. Algunos de nuestros capitanes, los ancianos de la familia que me miraban con malos ojos y varios soldados. Aparentemente, todos estaban reunidos para nuestra celebración, pero sabía porque estaban realmente en casa.

El juicio.

A pesar de que sabía cuál era mi castigo por haber actuado sin la autorización de Massimo, no podía dejar de pensar en Luca, Dante y Amadeo. Perdí contacto con ellos desde hacía tres días, pero sabía por Salvatore que estaban en Chicago a salvo, afortunadamente.

Cara fue la encargada de presentar a Francesca a las mujeres, aunque no serviría de mucho, nos iríamos a Positano tan pronto el juicio concluyera.

Me mantuve toda la tarde sentado en mi lugar en la mesa de los novios, observando a mi mujer, la vida era injusta, hace unos meses lo que más deseaba era que ella fuese completamente mía. Ahora lo era y, sin embargo, lo aborrecía.

Massimo no habló conmigo, supuse que entre los dos todo estaba dicho y él debía comportarse como mi capo. Un capo al que le falté al respeto por no acatar su autoridad. El día trascurrió entre música y alcohol para aquellos que no estaban citados en la noche. Cuando el sol cayó, Salvatore se acercó a mí, diciéndome que debía cambiarme de ropa.

Entré a la mansión ante la atenta mirada de Francesca. La voz de Cara y Massimo podía escucharse desde el estudio. Discutían, sin embargo, Salvatore no me dejó ir, en vez de ello, me empujó escaleras arriba.

—Nos vamos en cuarenta minutos, Angelo —sentenció con voz dura.

Subí a mi habitación y saqué un traje oscuro de mi armario antes de meterme al baño; intenté poner mi mente en blanco mientras el agua tibia relajaba mis músculos. Había estado en muchos juicios a lo largo de mi vida, sabía que Massimo había tenido que llevar a cabo una declaración sangrienta para que se respetara su derecho de sangre.

Incluso pensé en qué hubiese hecho papá. Creo que él no hubiese sido tan benevolente.

El vapor cubría el baño para cuando terminé mi ducha, mi teléfono estaba sonando sobre el lavado. El nombre de Chiara aparecía en la pantalla. Mi hermana había discutido con mi hermano antes de volar a Chicago, ella quería estar conmigo, pero en su estado era peligroso para el bebé que volara.

Massimo le había jurado solo una cosa: no permitiría que me torturaran.

—Hola —dije a mi hermana cuando mi teléfono volvió a sonar —. Estaba en la ducha.

—Prométeme que acatarás la orden de Massimo sin protestar —dijo tan pronto terminé de hablar.

—Te lo prometo —respondí con honestidad—. Estaré bien, Chiara, deja de preocuparte por mí, me sentiría como una mierda si algo te llegara a suceder por mi culpa

—No puedo no hacerlo, te irás a Italia…

—Es como cuando estaba en Londres, Chi. Te llamaré tan seguido como pueda y vendré a verte cuando tengas a tu bebé.

—Eso me tranquiliza —sonreí.

—Tengo que irme, me esperan. —No tenía que agregar nada más para que ella supiera a qué me refería.

—Te amo, hermano.

—Yo a ti, te hablo antes de subir al avión. —Colgué la llamada y anudé la toalla a mi cintura para salir del baño.

Como se estaba haciendo costumbre, Francesca estaba sentada en la cama cuando entré a la habitación. Nuestras miradas se cruzaron por unos instantes, antes de que yo caminara hacia el traje.

—Voy a vestirme —dije sin mirarla.

—No es nada que no haya visto antes. —Por un segundo nuestras miradas volvieron chocarse, pero ella no se movió. Dejé caer la toalla; ella sostuvo la mirada en mí, podía notar el deseo en sus ojos. Caminé desnudo por la habitación, buscando y colocándome piezas de ropa hasta estar vestido, iba a salir cuando me habló.

—Angelo.

Me detuve con la mano en la perilla.

—Vuelve a mí.

No dije nada, en cambio salí de la habitación. Cara, Massimo y Salvatore me esperaban bajo la escalera. Ella me dio un abrazo apretado que duró poco más de un minuto como si estuviese despidiéndose y a la vez no quisiera soltarme. Dejé un beso en su mejilla, asegurándole con ese gesto que estaba bien; luego caminé hacia los autos fuera de la mansión, con mi hermano y su *consegliere,* flanqueando mis pasos.

Ni Massimo ni Salvatore dijeron nada en el camino, el ambiente se sentía incómodo. Me removí en el asiento trasero, cuando Salvatore condujo hasta llegar a las bodegas de la familia. Los autos de los capitanes y los ancianos, estaban frente a dichas bodegas, respiré profundamente cuando Salva apagó el motor.

—Angelo, tienes que darme tu celular.

Miré a mi hermano por el espejo retrovisor y él asintió.

Massimo fue el primero en bajar, le entregué el celular a Salvatore y bajé del auto junto con él, dos soldados cercaban la entrada, pero estaba seguro de que había algunos más patrullando y otros camuflados en las sombras.

El puerto estaba en silencio, solo se escuchaba el golpeteo rítmico del agua contra los pilotes de madera. Tan pronto entré, lo primero que vi fue a mis amigos, Dante, Amadeo y Luca, estaban de rodillas con las manos en la espalda frente a nuestros hombres, las luces apuntaban a ellos como testigos mudos sobre sus cabezas Ninguno parecía golpeado o torturado y una parte de mí, sintió alivio ante ese hecho.

Los hombres hicieron un camino mientras mi hermano se dirigía hacia mis amigos, con Salvatore como su sombra, y yo como el prisionero que camina directo a su ejecución.

—Arrodíllate junto a tus amigos, Angelo Di Lucca —dijo Massimo con voz de barítono.

Los demás rápidamente hicieron un círculo alrededor de nosotros, las tres momias que parecían no querer morirse jamás y que conformaban el conjunto de ancianos de la Sacra familia, estaban enfrente. Detrás de ellos, los capitanes y luego algunos soldados que estaban aquí solo para relatar los hechos que ocurrirían esta noche y de como mi hermano impartiría justicia. Me arrodillé rápidamente y giré mi rostro hacia ellos. Mis hermanos. Mis cómplices. Mi sangre, aunque fuese no oficial. Amadeo estaba visiblemente nervioso, Dante tenía el rostro enterrado en el suelo y Luca me guiñó un ojo.

Massimo se aclaró la garganta antes de volver a hablar.

—Angelo Di Lucca, Dante Rizzo, Amadeo Martino y Luca Ferrari. ¿Saben por qué están aquí esta noche? —Asentimos. Los padres de Luca, Amadeo y Dante, capitanes de South Side, Downtown y Far Southeast Side estaban ahí también, observándonos con aplomo y esperando la decisión de mi hermano —. Ustedes no solo, actuaron de manera egoísta, colocando sus convicciones por encima de la familia, saquearon las bodegas, robaron armas, secuestraron a la prometida de un aliado, violaron la confianza de esta organización y trajeron a nuestra puerta una posible guerra, poniendo a la familia en riesgo. En los tiempos de mi padre, la muerte habría sido una sentencia justa. —Hizo una pausa —. Pero sus familias han apelado por ustedes. Familias con historia, lealtad y honor. Por eso, esta noche no los ejecutaremos, pero tampoco habrá perdón.

Tragué el nudo en mi garganta, sabía que Massimo no me mataría. Sin embargo, el tono inflexible de su voz era hierro puro.

—Es por ello, que hoy se llevará a cabo un juicio, no para que ustedes intenten protegerse, no hay excusa o discusión que sea suficiente para el acto de desconfianza que cometieron. Están aquí, esta noche, para ser castigados por sus actos. —Massimo guardó silencio por un segundo eterno. Solo se oía la respiración contenida

de los presentes—. Luego de una reunión con los ancianos. Yo, Massimo Di Lucca, como cabeza y capo de esta organización, bajo la asesoría de los ancianos de esta familia, hemos decidido que… —Miré a mi hermano con la cabeza en alto—. Amadeo Martino, Dante Rizzo y Luca Ferrari. Sean degradados de la línea de sucesión que la sangre les otorga como futuros capitanes de sus familias… No acep…

—No lo acepto —interrumpió Luca mirando a mi hermano—. No matamos a nadie. —Eso no era cierto, dos escoltas habían muerto—. En cambio, rescatamos a una mujer de las manos de un maldito hijo de puta.

—Rechazar el castigo equivale a la muerte.

—¡Massimo, no! —intervine. Mi hermano me dio una mirada glaciar—. Señor. —Tragué el nudo en mi garganta una vez más—. Asumiré todo —dije, alzando la voz—. Ellos me siguieron. No tienen por qué pagar por un plan que tracé y llevé a cabo. — Massimo ni siquiera se inmutó. Los ancianos hicieron un gesto desdeñoso con la mano—. ¡Fui yo quien planificó todo! —insistí—. ¡Yo robé las armas! ¡Yo di la orden de secuestrar a la prometida del capo de la Sacra Corona! ¡Ellos solo me protegieron!

Mancini levantó su bastón y lo golpeó contra el suelo de concreto. Una vez. Dos veces. Cuando un murmullo recorrió la sala, Los capitanes presentes intercambiaron miradas incómodas. Sabían lo que eso significaba, no había castigo más humillante para una familia que la degradación.

—Silencio. La responsabilidad compartida es la base de esta familia. Si cayeron contigo, caerán contigo.

Vitale carraspeó con lentitud antes de hablar.

—La sangre debe tener precio —murmuró con voz desgastada —. Nadie va obligado a cometer una acción, todos los hombres de esta familia lo hacemos por honor, por lealtad. La lealtad de estos

tres jóvenes siempre debe estar con La Sacra Corona, con Massimo; no contigo, muchacho. Así que, no son menos inocentes por que hayan querido protegerte.

—Entonces prefiero morir. —Luca se levantó del suelo—. A manos de mi capo. —El abuelo de Luca que hacía parte del club de las momias, dio un paso hacia adelante—. Acepto que mi lealtad flaqueó y que esto causó inconvenientes diplomáticos en la relación de nuestros aliados. —Miró a mi hermano—. Señor, si la sangre tiene un precio, entonces derrame la mía o… yo no puedo arrastrar a mi familia. No puedo… Ellos tienen sueños… Mi abuelo…

—Luca. —Ferrari habló, miró hacia su nieto y luego se dirigió a mi hermano—. Luca es mi único nieto, es quien lleva mi legado, su muerte, es la muerte de mi familia, de mi apellido. Señor, le he servido con bien, he sido leal a su padre y a usted mismo, lo he apoyado en todo momento. Sé que no debería inmiscuirme porque su palabra es ley, pero le pido que piense en otra manera de castigar a mi nieto, sin que mi legado deje de existir.

Massimo pareció pensarlo unos segundos, miró a Salvatore y a Ferrari antes de volver a Luca.

—En ese caso, el castigo por la ofensa creada es mutilación. —Luca se estremeció. De su chaqueta Massimo sacó uno de sus cuchillos favoritos—. Perderás la mano izquierda.

Los murmullos se volvieron susurros envenenados. Miré a mi hermano sin poder creer lo que acaba de decir, la mutilación era para personas que robaban.

Massimo miró a Amadeo y a Dante.

—¿Tienen algo que decir? —Amadeo negó y Dante lo acompañó—. Ustedes dos serán degradados a patrullajes por cinco años y en donde mostrarán su lealtad y confianza hacia la organización.

—Señor… —Cerré los ojos sintiendo cómo mi pecho parecía comprimirse, mis amigos no merecían esto.

—¡Calla, Angelo! —exclamó con voz severa.

Salvatore caminó hacia Luca junto con Mateo, a pesar de que hacía años no era el Ejecutor de nuestra familia, de vez en cuando, Massimo le permitía impartir justicia. Mateo le pasó un hacha pequeña, dos soldados agarraron a Luca por los hombros. Mientras otro apretaba una especie de liga a la muñeca de mi amigo.

El filo del hacha de Mateo descendió con un silbido seco, partiendo el aire antes de hundirse en la muñeca expuesta de Luca. La hoja se incrustó en carne, tendones y hueso con un sonido húmedo y brutal, luego siguió un crujido áspero, mientras la sangre brotó al instante oscura y caliente.

—¡Mutílame a mí! —grité—. ¡Fue mi plan! —repetí—. ¡Fue mi plan!

El primer golpe no bastó. Los bordes astillados del radio y el cúbito se separaron apenas, y la piel de la muñeca se rasgó en jirones. Luca soltó un alarido gutural, primitivo, una mezcla de espanto y un dolor tan atroz que parecía incendiarle las terminaciones nerviosas. El segundo hachazo que dio Mateo, llegó decisivo, hundiéndose justo donde la carne ya estaba abierta, y esta vez la mano de Luca cayó al suelo con un golpe sordo, aún convulsionándose en espasmos reflejos. La sangre brotó a borbotones, caliente y espesa, salpicando el suelo y empapando la ropa de mi amigo, que se retorcía sujetándose el muñón abierto, donde los tendones blancos vibraban y el hueso partido asomaba como una astilla grotesca. Podía ver cómo el dolor lacerante torturaba a Luca, el cuerpo entero le temblaba, entre la agonía física y el horror visceral de ver su propia mano separada, convertida en un despojo sanguinolento a sus pies.

—¡Angelo! —la voz de Massimo se escuchó por encima de las demás voces—. Tu castigo es el exilio —gritó, haciendo que todos callaran—. Por el bien de la organización, por el respeto a los pactos que quebraste… Durante cinco años, dejarás de ser miembro de la Sacra Familia. Vivirás en Italia como miembro de la 'Ndrangheta, te someterás a las decisiones que Michele Romano tomé para ti.

¿Cinco? El aire se volvió más denso. Sentí los latidos de mi corazón retumbar en mis oídos como tambores de guerra.

—Durante tu exilio, se te prohíbe cualquier contacto con esta familia y los miembros de la organización —continuó mi hermano, la voz se le quebró por un instante, pero se recompuso rápidamente—. A partir de hoy, dejarás de ser miembro de la Sacara Familia. —Sus ojos estaban vidriosos pero su voz seguía como el plomo.

—Cinco años —murmuré atónito, le dijeron a Michele que solo dos—. Cinco años sin ningún tipo de contacto.

Ferrari sacudió su bastón.

—Debería ser tu mano derecha la que repose en el suelo de este lugar, la mano de la traición. La que firmó la orden, la que disparó sin permiso, como un recordatorio de que nadie está por encima de la sangre. Ni siquiera el hermano del Capo.

—¡Basta! —gritó Massimo—. Ese es mi castigo. Angelo, no podrá pisar ningún territorio aliado, ni asociado a la Sacra Familia por un término de cinco años, ninguno de nosotros tendrá contacto con él, ni él con nosotros.

—¡¡Soy tu hermano!! —grité, mirándolo desesperado. Necesitaba mantener comunicación con Chiara, con mis sobrinos, con Cara.

—Porque eres mi hermano, es que tú y tus amigos no están muertos. Ferrari Luca hizo su elección, como la hicieron Amadeo y Dante. —Caminó hacia mí—. Salvatore te llevará al aeropuerto.

—No hagas esto —murmuré.

—Tu esposa te espera en el hangar.

Sin decir una palabra más, Massimo abandonó el lugar, antes que sus emociones lo abandonaran por completo.

Mi corazón latía con una mezcla de furia, impotencia… y algo más. Le di una última mirada a mis amigos Amadeo envolvía el muñón de Luca con pañuelo. Dante me observaba con honor, susurré sus nombres pidiéndoles perdón, pero nada podría remplazar lo que ellos habían perdido. Sin embargo, no encontré reproches, ni resentimientos en ellos. Giré mi rostro con vergüenza y salí del lugar sintiendo que una parte de mi había sido mutilada.

CAPÍTULO 30

Angelo

Salvatore no dijo una sola palabra durante todo el camino, no es que necesitara una conversación. Me sentía traicionado y dolido, sabía que Massimo tenía que ser duro, era consciente de lo que me jugaba cuando ideé el plan con los chicos.

Los chicos… Joder, Luca perdió su mano y Amadeo y Dante fueron degradados. Esperaba que mi matrimonio con Francesca hubiese aligerado la carga de ellos, pero de nada sirvió.

El auto se detuvo frente al hangar de Luxor Corp. El avión en el que habíamos llegado por la mañana, estaba imponente dentro del lugar, como todo lo que rodea al poder verdadero, limpio, silencioso, blindado. Bajé del auto ante el mutismo de Salvatore, no esperaba que se bajara y me abrazara, pero tampoco que me despidiera con indiferencia. Caminé directo al jet, con la furia oculta bajo la fachada de un hombre que parecía estar completo, pero que por dentro estaba fracturado.

Una auxiliar de vuelo estaba esperándome, asentí hacia ella y subí las escalinatas para entrar a la aeronave, Francesca y, su sombra, Carla, estaban sentadas en el interior conversando en voz baja. Ambas se quedaron calladas tan pronto me vieron.

Genial, más silencio. Me dejé caer sobre una de las butacas, busqué mi celular entre mi chaqueta, recordando que Salvatore me había quitado el aparato, antes de entrar a la bodega. Llevé las manos a mi rostro evitando lanzar una maldición, ahora que estaba

en el avión, las palabras de mi hermano estaban calando en mi corazón.

Me habían exiliado. Cinco años lejos de mi familia. Lejos de mi hermana, que estaba a punto de tener a su primer bebé. Lejos de Chicago, de mi legado, de mis amigos.

La auxiliar, cerró la puerta del avión y se acercó ofreciéndome una copa de *whisky*, pero yo necesitaba toda la maldita botella.

—¿Solo o en las rocas? —dijo con voz coqueta. Miré a la chica, habíamos hecho varios vuelos juntos y nos enrollamos más de una vez.

—Solo tráele la botella de *Whisky* y deja de coquetear con mi esposo. —Francesca carraspeó, ante la evidente desfachatez de Hannah.

Giré mi rostro hacia ella con una sonrisa burlona y luego miré a Hannah que se veía evidentemente confundida y avergonzada.

—Hazle caso a la señora Di Lucca.

El sonido del micrófono del capitán hizo interferencia antes de que nos diera la bienvenida, habló del clima y luego dejó claro que en diez minutos partiríamos rumbo a Cancún.

—¿Cancún? —Me levanté de la silla ante la mirada de Hannah que traía una de las botellas del *whisky* favorito de mi hermano. Toqué la puerta del capitán, dos veces, pero él no abrió, lo que me obligó a tomar el intercomunicador.

—¿¡Cancún!? —grité cuando él contestó—. El destino es Roma, Italia.

—Cancún, señor. Orden directa de la señora Cara.

—Pues la señora Cara no está aquí, así que escucha bien. Mi destino es Roma. Abre la ruta y despega en quince —ordené con voz de trueno.

—No tengo autorización para cambiar el plan de vuelo señor; solo cumplo ordenes de los miembros de la Sacra Familia.

Su declaración fue como puñetazo seco en la cara. Yo ya no era miembro de mi organización. Colgué el intercomunicador con fuerza, volviendo mis pasos a la cabina.

—¿¡Qué demonios estás tramando ahora!? —grité a Francesca, haciendo que ella y su acompañante se sobresaltaran.

—¿¡Qué!?

—¿¡Sabias esto!? —dije entre dientes, colocando las manos en los reposabrazos del asiento. Sus ojos se abrieron, pero no dijo nada —. ¡Maldita sea! —farfullé. Girándome hacia Hannah y tomé la botella de la bandeja, antes de encaminarme hacia la habitación que estaba al fondo del avión.

Francesca apareció un par de minutos después. Me sostuvo la mirada con la calma y determinación.

—¿¡Lo sabias!? —demandé con fiereza.

—Cara me lo dijo antes de subirme al auto que me traería al aeropuerto. —Amaba a Cara, pero, en estos momentos deseaba que no se metiera en mi vida. Ahora entendía el abrazo, el beso y sus palabras cuando nos despedimos en la mansión—. A Carla y a mí nos quitaron los móviles, así que no pude avisarte. Hannah nos los entregó poco antes de que subieras al avión. Cara dijo que quizá unos días en la playa...

Me reí, una risa hueca carente de emociones.

—No necesito playa, ni escapar. Necesito es una jodida máquina del tiempo que me devuelva al maldito día en que te conocí en Oxford y así pasar de ti, de esa manera no hubiese tenido que jugar al héroe perdiendo todo lo que realmente amo.

—Yo no te lo pedí. —Francesca me miraba con esos ojos que siempre me vencían. Verdes, fríos y cargados de algo que ni el odio

podía borrar.

—¿Perdón? —Mi garganta ardía—. Por salvarte, he perdido todo, mi ciudad, mi nombre, mi familia… por ti.

—Yo no te lo pedí —repitió. Me quedé quieto y mudo, porque en el fondo… lo sabía. —Estoy harta de repetírtelo —su voz subió un tono, cortante—, así que deja de echármelo en cara, deja de culparme por algo que fue tu decisión. —gritó, y cada palabra se sintió como un golpe—. ¿Crees que yo quería esta boda? —su voz se quebró, pero no cedió—. Basta ya de patalear por algo que elegiste por los dos.

—Entonces, ¿qué hacemos, Francesca? —dije derrotado. Las palabras eran cuchillas, cada una con filo, con intención. Nos dolían y las decíamos igual—. ¿Seguimos fingiendo que esto es por amor cuando en estos momentos te estoy odiando?

Ella dio un paso hacia mí; no retrocedí. Podía ver la rabia detrás de sus ojos. Hubo un silencio. Denso. Brutal.

—Iremos a Cancún y aceptaremos nuestro destino —sentenció con voz tajante antes de girarse y salir de la recamara.

Por un instante, quise ir tras ella, retenerla, besarla y después, tal vez, hacerla sentir lo que estaba sintiendo. Pero en vez de ello, abrí la botella de *whisky* y dejé que el alcohol me absorbiera.

Francesca

El resort en Tulum, era una visión lujosa de todo lo que se podía disfrutar en un lugar dedicado al descanso. Kilómetros de playas con arena blanca, meseros que ofrecían todo tipo de licores en cualquier espacio del hotel. Diversiones de todo tipo, pero nada de eso me importaba, porque desde que llegamos compartía la *suite* nupcial con Carla. Aún no podía creer que ella estuviese con vida, no pensé en lo que Daniele podría haberle hecho, creyendo que era mi

complice. Michele intervino a tiempo, dándole su protección, después de todo, Carla seguía embarazada de su hijo.

Angelo había alquilado otra habitación en el extremo opuesto a la nuestra. Los días transcurrían en medio de visitas a cenotes, sumergirnos en la cultura de la región, espectáculos típicos, el mar y comidas deliciosas. Carla vibraba emocionada ante cada actividad que se le presentaba y yo disfrutaba con ella. Pocas veces me crucé con Angelo y cuando lo hacía, daba la vuelta y salía del lugar. Estábamos en el mismo hotel, en el mismo mundo, pero a kilómetros de distancia emocional.

Había algo perversamente bello en estar rodeada de tanto paraíso y no sentir nada.

El último día, después de una tarde en el spa. Decidimos despedirnos como Dios manda. Con una buena cena, algo de licor para mí y uno de esos espectáculos que nos robaban el aliento. Estábamos en uno de los restaurantes a cielo abierto que daba a la playa. Carla intentaba llevar el peso de la conversación, queriendo animarme, pero incluso ella podía ver el muro.

—Estás aquí, pero no estás —me dijo mientras armaba unos tacos con los ingredientes que habían llevado a la mesa—. Es como si hubieras dejado tu alma en Nueva York y solo estuviera tu cuerpo.

No supe qué responderle porque tenía razón. Me sentía como un fantasma vestido con seda. Le di una sonrisa fingida, levantando mi cuarta copa de tequila.

—Tu marido acaba de entrar, se sentó en la barra, ni siquiera nos vio.

Di un suspiro contenido, no por Angelo, sino por esta situación y la incertidumbre de lo que nos depararía al llegar a Italia. Lo observaba desde la distancia, tenía la mandíbula tensa, la camisa abierta al sol; su presencia imponente despertaba suspiros y miradas en las demás mujeres.

La música que amenizaba la estancia cambió a algo más romántico. Las luces bajaron su intensidad en el momento que las parejas empezaron a llenar la pista, viéndose locamente enamorados. Mi pecho se contrajo, existió un tiempo donde él y yo seguramente nos veíamos así.

—Deberías ir por él, no va a dar el primer paso si tú no lo das —dijo Carla sorbiendo su mojito sin alcohol.

—Él no quiere saber nada de mí —suspiré.

—Necesitas hacer algo por tu matrimonio, para bien o para mal están casados y eso era lo que querían, ¿no? —Una mujer se acercó y se sentó a su lado. Angelo le regaló una sonrisa torcida. Bebí un caballito de tequila sin dejar de mirarlos, los minutos se me hicieron eternos. Cuando la mujer se acercó a su oído y sonrió ante algo que él contestó, tomé otro caballito y me levanté de la mesa, dispuesta a enfrentarlo y que fuera lo que la vida quisiera.

—¿Qué es tan gracioso, cariño? —dije sentándome a su lado y pidiendo otra copa al mesero.

Angelo me miró de arriba abajo y yo agradecí en ese momento la visita al spa y al salón de belleza. Además, mi bronceado le daba un aspecto lustroso a mi piel. Vi en sus ojos el anhelo, el deseo, vi al Angelo que conocí en Oxford. El mesero dejó delante de mí el tequila y lo tomé de un trago.

—Veo que hiciste una amiga. —Miré a la mujerzuela que pensaba que seguramente se lo llevaría a la cama esta noche—. Lo siento, pero tengo que llevarme a mi esposo, ven cariño, baila conmigo.

Angelo arqueó una ceja.

—Bailemos, cariño, ¿o prefieres que le pida un baile a aquel hombre que no ha dejado de mirarme? —Señalé a un pobre hombre que estaba solo en una de las mesas. Era un sueco que nos había invitado una ronda horas atrás. Él hombre me saludó y eso fue todo

lo que necesité para que Angelo me llevara a la pista de baile y aferrara mi cuerpo al suyo.

—¿Cuál es tu juego, *carissima*? —dijo sobre mi cabello.

Su roce, prendió algo dentro de mí, quizá era el alcohol calentándose en mis venas.

Una melodía de un famoso cantante mexicano se escuchó por la estancia.

Si tú supieras
Que tu recuerdo me acaricia como el viento
Que el corazón se me ha quedado sin palabras
Para decirte que es tan grande lo que siento

Angelo se tensó y quiso separarse de mí, pero no lo dejé, me aferré a él.

—Por favor… —dije aferrada a su camisa.

Si tú supieras
Cómo desangran en tus ojos mis anhelos
Cuando me miran sin saber que estoy muriendo
Por entregarte la pasión que llevo dentro.

Me tomó de nuevo en sus brazos. La letra de la canción sangraba en mi alma y durante ese insensato momento, tuve el anhelo de pedirle que lo intentáramos, que si los dos estábamos juntos podríamos soportar la condena que nos aguardaba. Quise decirle que lo amaba a pesar de sus desplantes y también que sabía lo que él sentía, que había ido a buscarme porque no toleraría que otro hombre pusiera sus manos en mi cuerpo como lo había hecho él o se apoderara de mi alma que era suya. Eso era lo único que me mantenía cuerda y con un halo de esperanza.

Ven
Entrégame tu amor
Para calmar este dolor de no tenerte

Para borrar con tus caricias mis lamentos
Para sembrar mil rosas nuevas en tu vientre

La melodía avanzaba y supe que Angelo entendía la letra porque acariciaba mi espalda con el pulgar, en un roce muy suyo ocasionándome escalofríos y reviviendo mi anhelo por él. Se movía despacio y cada vez más pegado a mí, como si no pudiera tolerar estar lejos. En un momento levanté la cabeza y vi a Carla despedirse de mí con un gesto.

Angelo aferró mi cabello y levantó mi rostro a él.

—Odio necesitarte.

—¿Por qué?

—Porque tú eres el maldito error que no puedo soltar.

Le puse el dedo en los labios y me acerqué a su oído.

—No me hables de errores, Angelo. A veces siento que todo lo que vivimos en Oxford fue un error… No debí, no debimos. Quizá, si hubiésemos luchado contra la atracción, no estaríamos así ahora mismo… con tu cuerpo a pocos metros y tu alma a mil kilómetros de mí.

Ven

Entrégame tu amor
Que está mi vida en cada beso para darte
Y que se pierda en el pasado este tormento
Que no me basta el mundo entero
Para amarte

Angelo me sacó del salón antes de que se escuchara el último acorde de la canción. Me arrinconó en el pasillo cerca del ascensor y me besó como si la vida le fuera en ello, con anhelo y con rabia, el beso fue un choque. Un asalto. Un perdón y una maldición al mismo tiempo.

Me trepé a su cadera, no lo dejaría escapar y le devolví el beso con ímpetu, no quería que pensara, solo quería sentirlo, acariciarlo.

Me llevó así durante todo el camino hasta su *suite*. La habitación estaba en penumbra cuando se cerró la puerta. Ninguno habló, ni pidió permiso. Me aferré de nuevo a él como si esa fuera la única forma de seguir respirando. Me arrinconó contra la puerta, sus manos eran torpes al principio, como si le doliera tocarme, como si su cuerpo aún no supiera si debía reclamarme o castigarme. Pero yo ya no podía fingir más que no lo deseaba.

Me arrastró hacia él con un gruñido ahogado y su boca se estrelló contra la mía con toda la rabia de los días callados. Fue un beso sin belleza, un pecado en forma de caricia candente. Sus dedos me apretaron la cintura como si le doliera soltarme, en dos zancadas nos dejamos caer en la cama, entrelazados, desesperados. Me desnudó con una urgencia que no era pasión, era necesidad. Sus labios recorrieron mi clavícula, mi cuello, cada parte que recordaba… y que no había tocado desde aquella noche.

—Maldita seas… —susurró contra mi piel—. Enamorarme de ti me jodió la vida.

Le aparté el rostro con una mano, apretando los dientes.

—No digas más y fóllame cómo quieres hacerlo desde que me senté a tu lado.

La tensión se quebró como un vidrio bajo nuestros cuerpos. El mundo afuera desapareció. No existía el exilio, ni la venganza, ni el apellido que nos pesaba en la espalda. Solo sus manos, su aliento, y el maldito temblor de mis piernas al sentirlo dentro de mí.

Se movió sobre mí con una cadencia cruda, sin palabras, como si cada embestida fuera una pregunta sin respuesta. Yo le recibía con las uñas hundidas en su espalda, marcando la piel que nadie más iba a tocar. Sus labios rozaron los míos sin besarlos del todo.

Sus ojos no se cerraron, me miraban como si buscaran algo en mí que no se atrevía a nombrar.

—No te odio —murmuró con la voz rasgada—. No sé qué hacer contigo, pero no te odio.

—Yo tampoco sé qué hacer contigo —confesé. Me arqueé bajo su cuerpo, mordiendo mi propio llanto—. Solo sé que te necesito… incluso cuando no debería.

Cuando llegó el clímax, no fue un gemido. Fue una exhalación larga, rota, como si se nos hubiera roto algo dentro y lo fue porque no hicimos el amor. Nos aferramos a los escombros de lo que alguna vez soñamos ser.

Minutos después, me giré. Él no me tocó, yo no lo miré, pero permanecimos ahí, en esa cama tibia, con ese silencio brutal que decía mucho más que cualquier te amo.

CAPÍTULO 31

Angelo

La mansión Romano se alzaba sobre un acantilado como un castillo de piedra orgulloso y antiguo. Podría ser de un lujo renacentista que impresionaría al cualquiera que lo visitara, pero no a mí que estaba más preocupado por la seguridad que envolvía a la 'Ndrangheta italiana, que a los vejestorios que pululaban en el lugar, con la dichosa bienvenida que la mujer de Michele había organizado.

Francesca me observó con preocupación, apenas habíamos cruzado palabra desde nuestra salida de México, no era que tuviera gran cosa que decirle.

Estaba harto de fingir, de las fiestas y de sonreír. Lo único bueno de todo esto, era que Nápoles era precioso: el mar turquesa, los limoneros en flor, el perfume de la costa italiana, como diría Chiara, un lugar donde el amor podía florecer. Lástima que, para mí, este lugar significara una sola palabra, exilio.

Mi padre tenía que estar revolcándose en su tumba. Lo peor de todo es que estaba solo y no tenía nadie con quién desahogarme. No conocía a nadie en este maldito lugar; todos me observaban como si fuese una jodida cucaracha, y como no, Michele me degradó en la primera orden del día.

Un puto soldado raso. Un Di Lucca relegado a tareas menores, a seguir órdenes de hombres que apenas sabían sostener un arma, pero que ahora me daban instrucciones con una sonrisa burlona. Como si no supieran que yo era capaz de quebrarlos con un solo clic.

Permanecí en silencio durante todas las horas que estuvimos en la dichosa reunión, sonriendo cuando me tocaba, comportándome con educación y respeto, fingiendo mientras los soldados de la 'Ndrangheta me menospreciaban. Todo frente a Francesca.

La primera semana en italia fue dura, prácticamente limpiaba la basura de Michele o cualquier imbécil que fuese parte de esta familia o de la jodida Corona de la Unita. El padre de Gianella no era más que un imbécil que estaba bien custodiado y por eso seguía ostentando el título de capo, aunque era Michele el que se hacía cargo de las finanzas de ambas familias.

Borraba huellas, limpiaba escenas, recogía cadáveres, hacía turnos mañana y noche. No le agradaba a Michele, él tampoco me agradaba a mí.

Cada día que pasaba intentaba grabar la posición de cada integrante de ambas familias. Michele no necesitaba gritar, tenía su propia forma actuar, disfrutaba dejándome expuesto y a la vez invisible, reducido.

Pensé que Massimo exageraba cuando decía que no tendría contacto con mi familia, pero cuanto más tiempo pasaba en Italia, más entendía que hacer lo que creía correcto me había arrebatado lo que más me importaba: mi familia, mis hermanos, mis sobrinos, lo único que me quedaba de un mundo que ya no era mío. En medio de esta muralla de cemento, la única presencia familiar era una que apenas podía llamar así.

Con Francesca, todo era un glacial… uno en el que ninguno de los dos intentaba encender una chispa. Cada uno vivía su vida por separado: mientras yo era el perro guardián de su hermano, ella jugaba al tenis, iba al club o se ocupaba de causas benéficas.

Al principio creí que dormiríamos en habitaciones separadas. Me equivoqué. No es que hiciera gran diferencia, nuestra habitación se había convertido en un iglú, las palabras se tragaban y las emociones se enterraban vivas. Pero había algunas malditas noches

en las que el silencio me gritaba su nombre y yo ya no podía fingir que no lo escuchaba.

Lleno de rabia y frustración, tomaba su rostro como un hombre poseído. Sin pensar y sin dudar, solo con la piel erizada y la rabia ardiendo en el pecho, tomaba su boca en un beso furioso, que ella parecía aceptar. No había caricias dulces, ni besos lentos. Solo manos que buscaban castigar, labios que no decían nada y cuerpos que se usaban como armas. A veces me hablaba con los ojos y yo la callaba con mi cuerpo. Otras, gemía mi nombre con los dientes apretados y yo fingía que eso no me quemaba por dentro.

Nunca se negó y eso era lo peor. Porque cuando la tenía debajo de mí, jadeando mi nombre entre suspiros contenidos, no había victoria. Solo un vacío que me consumía, un rencor que no se iba, ni siquiera cuando su cuerpo temblaba por el placer que le entregaba y cuando todo terminaba, cuando el sudor ya no nos cubría la piel, me levantaba sin mirarla, sin hablarle y sin un adiós. Solo me vestía con su aroma aún pegado a mi cuerpo y la culpa mordiéndome los talones, me iba.

Me repetía que era su culpa, que, si no me hubiera empujado a esto, yo no estaría pagando por una guerra que no empecé, pero en el fondo… sabía que no era verdad. Yo había empezado esta guerra, yo había auspiciado este castigo. A su modo, Francesca también lo estaba pagando.

Con cada mirada que evitaba. Con cada sonrisa fingida frente a su hermano, sus amigos y familiares, con cada cena en esa maldita mesa larga, donde todos hablaban de negocios y nadie hablaba de amor, o fiestas donde corría el champán y todos ajustaban sus máscaras para tapar el vacío que los habitaba.

Los meses fueron lentos, tortuosos, pasaron uno tras otro como si la vida se hubiese detenido esa noche cuando dije que aceptaba a Francesca Romano como esposa. Ocho meses trascurrieron sin saber de mi familia, viéndolos desde cuentas falsas que eran encriptadas y bloqueadas, sin importar los VPN que usaba o los códigos de red que instauraba.

Ocho meses compartiendo el mismo infierno, pero sin tocarnos el alma. Solo la piel y eso no sanaba.

Hasta que una noche, Michele cometió un error, una imprudencia que se convirtió en resarcimiento para mí. Fue durante la reunión mensual con los capitanes de ambas familias, en la que los cigarros siempre estaban encendidos, las copas medio vacías y las prostitutas estaban en espera de que sus servicios fueran requeridos. Cuando Michele comentó a su suegro sobre estrategias para aumentar los números, ya que estos parecían ir en picada. Las ganancias estancadas y en las últimas semanas, la organización había perdido una suma significativa de dinero a través de transferencias mal trazadas, intermediarios fantasmas y brechas de seguridad que gritaban incompetencia.

—Estamos filtrando más dinero que un político en campaña. Si alguno tiene una solución, adelante o cállense y limpien el desastre —habló Michele, con el ceño fruncido y el vaso de *whisky* colgando entre sus dedos.

Hubo un murmullo general, algunas excusas. Observé a cada hombre en la sala mientras custodiaba el lugar, aunque custodiar era un eufemismo, Michele me tenía ahí solo para que rellenara sus copas como un maldito mesonero. El silencio tensó el lugar por varios minutos.

Nadie parecía saber qué hacer, nadie excepto yo. Vi la oportunidad y no dudé en tomarla, no por lealtad, ni por familia. Lo hice por orgullo, por poder, porque estaba harto de estar encadenado a una versión de mí que no era real.

—Puedo arreglarlo —mi voz fue clara, directa. No estaba buscando un permiso, estaba salvándoles el puto pellejo. Salí de la sombra y caminé hacia Michele que soltó una carcajada, no con burla… sino con esa arrogancia que se tiene cuando uno cree que ya conoce todos los límites del otro.

Los demás lo hicieron con gestos incrédulos y sonrisas burlonas.

—¿Tú? —Se levantó de su trono dispuesto a enviarme al lugar que él pensaba que me correspondía.

Sin embargo, el padre de Gianella lo detuvo.

—Dejen hablar al chico —masculló, haciendo un ademán para que me acercara.

—¿Qué puede saber un soldado de finanzas? —soltó uno de sus hombres con tono que mostraba su molestia por la irreverencia.

—Cállate, Giacomo, si el chico tiene una solución, déjalo hablar o prefieres que este mes, tu cuenta tenga menos ceros… Además, este no es un soldado normal, es el esposo de la hermana de Michele y por lo que sé un genio de las finanzas y las computadoras.

—¿Y qué? —reviró otro hombre—. Ha sido un limpia suelas desde que llegó con Francesca hace ocho meses y ni qué decir que nos echó a perder la alianza con la Sacra Corona.

—Pero hay una alianza entre ustedes, la Sacra Familia y la Cosa Nostra, es por ello que su cuenta permanece con esa cantidad exorbitante de ceros —contesté sin poder callarme.

—¡Basta! —Michele calló cualquier retahíla que el hombre fuese a decirme—. Angelo, tiene razón, tenemos una alianza con la Cosa Nostra y la Sacra Familia. Es por ello que tenemos la mejor droga del país. Si ha estado trabajando como un soldado raso es porque esa es mi decisión —reconoció con la mandíbula tensa. Dejó el puro en un cenicero y se echó hacia atrás en la silla—. Sorpréndeme, Di Lucca.

Sin prisa me acerqué a la mesa. Sabía que todos esperaban que retrocediera, que bajara la cabeza como el soldado raso que me

obligaban a ser, pero no era el mejor hacker de mi familia solo por mi apellido, así que podían irse al jodido infierno todos.

—Necesito acceso total. —Miré a Michele, como el gato que va a comerse al ratón—. Ningún bloqueo y nadie, absolutamente nadie, respirando sobre mi cuello.

Se hizo el silencio. Michele me dio una sonrisa socarrona.

—Dame una jodida razón para confiarte mis negocios — habló Michele con voz fuerte.

—Porque no sabes cómo hacer para detener el flujo de efectivo en picada, porque si estás tocando el tema con tus mejores hombres es porque necesitas soluciones. Yo las tengo, puedo comprobarles a todos que puedo hacerles ganar mucho más de lo que están ganando. Si tan solo me dejan mover un par de hilos.

Giuseppe le dio una mirada a Michele, que no despegó sus ojos de los míos, había cierta curiosidad en su mirada, como quien empieza a ver los bordes de un arma escondida.

—¿El doble? —murmuró incrédulo.

—El doble —sentencié con convicción.

—Bien, tienes tres semanas. Si fallas, irás a escoltar los camiones con mercancías a la costa.

—No fallaré —apunté solemnemente.

No lo hice. Recuperé cerca de un millón de euros en activos, hice negociaciones por el treinta por ciento más de lo que estaban haciéndose, rastreé las mejores rutas de lavado, ubiqué a los intermediarios que estaban cobrando doble comisión, y desarmé desde adentro una red que se había anidado como un virus entre nuestras cuentas.

Ese fue solo el principio**.**

Durante los tres meses siguientes creé un sistema de encriptación personalizado, a prueba de filtraciones, que detuvo tres intentos de sabotaje provenientes del norte de Italia. Reorganicé los flujos de dinero de ambas familias, automatizando procesos que llevaban años haciéndose de manera manual y poco efectiva; por último, limpié todas y cada una de las conexiones digitales de las organizaciones.

Michele no me felicitó, pero no necesitaba sus palabras, cuando el trabajo estuvo hecho, me dio lo que necesitaba para sobrevivir a mi nueva vida. Respeto, control y poder.

El área financiera y tecnológica pasó a mis manos y con ell0, los hombres dejaron de hablarme como a un subordinado. Comenzaron a escucharme, a seguir mis instrucciones y a temerme, un poco.

Francesca empezó a mirarme como si se hubiera quitado un peso de encima y de pronto se diera cuenta de que el hombre al que su hermano había querido castigar, por fin encontraba su voz.

Yo no sabía en qué me estaba convirtiendo. Solo sabía que ya no era el hombre que vivía con el orgullo hecho trizas. El ascenso dentro de la familia me convirtió en una pieza clave para la 'Ndrangheta y uno de confianza para la Corona de la Unita, el padre de Gianella me perfiló como su mano derecha y aunque seguía bajo el mandato de Michele, era en su territorio donde me sentía más poderoso, más letal. Más frío y más yo.

Ahora, por fin, yo decidía quién ardía y quién no.

Francesca

El mar rompía contra las rocas como cada noche, pero hacía meses que ese sonido no me arrullaba. Ya no era música,

era un reloj, un recordatorio constante de que los días pasaban…
Y yo seguía aquí.

Sin moverme.

Sin decidir.

A pesar de que mi día estaba saturado de trabajo. La fundación con la que mi hermano esperaba lavar culpas, había crecido durante el tiempo que llevaba dirigiéndola. Desde que noté lo mucho que Gianella detestaba el trabajo, ya que la mantenía lejos del spa y el club. Le pedí que me permitiera llevar las riendas, cosa que ella entregó gustosa. Tan pronto como la fundación quedó en mis manos hizo un largo viaje a Europa del Norte y Marruecos. Pasaba más tiempo fuera de casa que en ella, pero ni a Michele, ni a mi nos hacia falta.

Asumí el encargo como directora de la fundación como si la vida se me fuera en ello. Dedicarme a galas benéficas y donaciones, más mi entrenamiento en tenis, me impedían pensar, me impedían tomar acción en algo que sabía de algún modo u otro que tendría que parar.

Cada vez que Angelo me besaba, hacia que mi cuerpo se volviera arcilla bajo su toque, me juraba que sería la última, que sería capaz de alejarlo de un empellón. Sin embargo, nunca lo hacía, al principio me decía que era mi esposo, que una vez me había amado y que cuando el tiempo pasara volveríamos a nuestra época en Oxford, pero los meses pasaron y no fui más que la mujer que servía para que él se desfogara. No me quejaba, disfrutaba cada beso voraz, cada caricia ruda. El maldito sabía qué botones oprimir, o tal vez, mi amor era tan grande que pensaba que era una forma de resarcirlo por su sacrificio, por todo lo que había perdido.

Pensé que quizá si me embarazaba, podía doblegar su orgullo y despertar su amor, pero una mañana dejó una pastilla sobre la

mesa de noche, junto con un frasco de pastillas anticonceptivas y un mensaje de texto desdeñoso.

Anoche olvidé ponerme el condón.

Te dejo la pastilla del día después en la mesa.

Tómala, lo último que necesito, es quieras que juguemos a las casitas y de paso, empieza a tomar pastillas anticonceptivas. No pienso pasarme la vida temiendo que un error nos una más de lo que este matrimonio de mierda ya nos ata.

No quería mis hijos y eso me dolió más que una bofetada.

Esa tarde, Carla me había invitado a almorzar a su nueva casa. Mi hermano había hecho lo único coherente en su jodida vida y había sacado a Carla de casa. La extrañaba con cada suspiro, pero lo mejor para ella y para su hijo, era que estuvieran lejos de Gianella. Al principio, me pareció una mierda por parte de Michele, si tanto la amaba, podía divorciarse de la pécora de su esposa y darle a mi amiga el lugar que se merecía, pero quién era yo para reprocharles algo. Gianella nunca le daría el divorcio a mi hermano, ya que disfrutaba muchísimo de esa posición, lo único que la amargaba era no darle un hijo a Michele, que ya había perdido totalmente el interés en ella.

Cada vez que sentía que la vida me asfixiaba le pedía a Roberto que me trajera a la pequeña villa a las afueras de Praiano, Carla era la única persona con la que podía hablar sin máscaras ni artificios. Mi hermano se veía mucho más feliz desde que decidió tomar a Carla como amante oficial, como muchos hombres de nuestra familia habían hecho. Me preguntaba cuánto tiempo le tomaría a Angelo decidir que también buscaría a una mujer que lo hiciera sentir más que rabia. Carla me recibió en la puerta, saludé a los dos escoltas que custodiaban la entrada y a la mujer que ayudaba a mi amiga a mantener la casa y al bebé, cuando mi hermano iba de visita.

Nos fundimos en un abrazo fuerte y luego caminamos hacia la sala. Ella abrió una botella de vino y me sirvió una copa sin preguntar si yo quería. Sabía que mi alma se estaba ahogando y si iba a morir mejor que fuese con vino. Tan pronto como dejó la copa frente a mí, me la bebí de un solo trago y la coloqué frente a ella para que la llenara de nuevo.

—Luces decaída —dijo al fin, con la voz baja, pero firme. Su mirada estaba fija en mí, en mi reflejo, no en mis ojos.

No respondí porque, ¿cómo se le explica a alguien que no vives, simplemente sobrevives mientras te apagas lentamente?

—Fran.

—Estoy sobreviviendo —murmuré, alisando con los dedos una arruga inexistente en mi blusa, como si eso fuera importante.

—Te estás ahogando y no haces el intento por salvarte.

Me giré lentamente, observando el pequeño jardín que Carla había empezado a plantar, tenía todas las flores favoritas de mi hermano. Ella se apoyó en la baranda con la copa entre los dedos y me miraba con pena.

—Yo sé que Angelo me ama, puedo sentirlo en sus besos enérgicos, en sus caricias, en sus miradas, es su estúpido orgullo y las heridas que insiste en mantener abiertas. No es como si pudiera no entenderlo, lo alejaron de su familia, de su país, de todo lo que le importaba, intenta demostrarle su valía a Michele, pero él lo usa como un peón más sin importar lo mucho que lo intente. En ocasiones pienso que no hay nada que salvar entre los dos, que yo misma propuse este juego al negarle que buscara placer en otras mujeres, esta es una situación que yo misma propicié —confesé en un susurro—. Lo que no sé, es cuanto tiempo más pueda soportarlo, estos meses han sido un infierno, siento que lo tengo y a la vez no.

Pensé en Angelo, en sus manos recorriendo mi cuerpo sin pedir permiso. En sus labios deslizándose por mi piel, marcándome

con sus besos, pero sin permitirme que yo lo marcara. Pensé en las veces que me quedé mirando la puerta después de que se iba.

—Sabes ¿qué es lo peor? —susurré—. Que aún lo amo y ya no sé si eso me hace fuerte o estúpida.

Carla no respondió, solo se acercó y me abrazó por la espalda, apoyando la frente contra mi hombro, como cuando éramos adolescentes y todo dolía menos porque al menos nos dolía juntas.

Las lágrimas bajaron por mis mejillas como si hubieran estado esperando demasiado tiempo para salir. No lloraba por Angelo, mucho menos por mí. Lloraba por la Francesca que había soñado con una vida distinta, por la que creyó que se podía amar a un hombre como él… sin consecuencias.

Carla me sostuvo sin hablar por varios minutos hasta que se escuchó el móvil, varias veces, no quería contestar, pero entonces, el móvil de Carla también empezó a sonar, ella contestó. Habló durante breves segundos.

—Era Michele, dijo que tienes que volver a la casa ahora.

—¿Pasó algo? —pregunté alarmada.

—No lo sé, solo dijo que necesita hablar contigo urgentemente.

Mi pecho se contrajo y mi corazón se saltó un latido. Durante el camino a casa mi mente fue imparable, mostrándome escenarios bizarros. Intenté llamar a Angelo, pero su teléfono se iba a buzón una y otra vez.

Cuando llegué a la mansión, bajé rápidamente del auto y subí las escalinatas que me llevaban al interior de la casa. Pensé en ir hasta el estudio, pero encontré a Michele en la sala, junto a la chimenea, con el rostro tenso y la mandíbula marcada por la rabia. Había una copa de brandy en la mesilla del centro. Eso, por sí solo, ya anunciaba tormenta.

«Qué él esté bien, por favor, Dios. Que esté bien».

Recé mentalmente mientras me acercaba a mi hermano con la espalda recta y los labios apretados. Hasta sentarme en el sofá. Se escucharon unos pasos apresurados y luego Angelo entró a la estancia. Un suspiro de alivio escapó de mi boca cuando lo vi, sus hombros que parecían tensos se aflojaron al verme en el sofá. Caminó con pasos lentos y se detuvo detrás de mí, sus dedos tocaron mi hombro, enviando pequeñas descargas eléctricas a cada rincón de mi cuerpo.

Michele levantó la mirada hacia él y fue directo al punto.

—El capo de la Sacra familia ha sufrido un atentado esta mañana —nos informó. El aire se volvió pesado, apreté los dedos sobre la tela de mi vestido.

—¿Está...? —Angelo palideció.

—Está vivo por ahora, pero su situación no es favorable.

—¿Quién lo hizo? —preguntó con voz ronca.

—Lo único que sé es que estaba en Nueva York. —Michele continuó, con la voz más dura—. Con su *consigliere* y el capo de la Cosa Nostra, fueron emboscados en las afueras de Jersey. Necesitan que viajes inmediatamente.

—¿Cómo está Vito? ¿Y Salvatore?

—No lo sabemos, necesito que viajes a Chicago y veas por nuestros negocios. Valentino nos ha dado seguridad de que las rutas trazadas en Nueva York no tendrán ningún problema, pero en Chicago…

—Me lo estás diciendo en serio ¿negocios?

—Tu hermano y su *consigliere* están heridos. El caos va a explotar si nadie mueve las piezas. No me interesan sus vidas, me interesa que la Camorra pierda dinero. —Angelo apretó sus manos

—. Además, si tu hermano muere, tú serás el próximo capo de la Sacra Familia, al menos hasta que su hijo tenga la mayoría de edad.

—Eres un hijo de…

Me puse de pie, deteniendo cualquier cosa que Angelo pudiera hacer.

—Me pondré a hacer los equipajes, para que podamos salir lo más pronto —dije cambiando el tema entre los dos—. ¿Nos vamos en el jet?

—Tú no vas —sentenció mi hermano con dureza.

El silencio se rompió como vidrio.

—¿Qué dijiste? —la voz de Angelo bajó un tono. Esa calma letal que lo envolvía antes de estallar.

—Francesca se queda. —Michele se cruzó de brazos—. No puedo arriesgar que algo le pase. Volver a Estados Unidos ahora es exponerse. Daniele puede estar esperando el punto para…

—¿Esposito? No hemos sabido de él en todo este tiempo, se consiguió otra tonta y se casó…

—No estamos hablando de un viaje de negocios —interrumpió Michele—. La persona que atacó a tu hermano está suelta y libre.

—Ella es mi esposa, perdón que te lo diga, Michele, pero mi esposa viene conmigo, no la perderé de vista.

—Aquí estará protegida. No puedes protegerla allá. Ustedes, los americanos son una partida de inútiles. Daniele también me aseguró que Francesca estaría bien y ya sabemos cómo terminó todo. Además, eres más útil sin ella a cuestas.

—Voy con Angelo. —Di un paso adelante, con calma pero segura de lo que debía hacer.

—No es personal, Francesca, pero no vas. —Me miró, con esa dureza fraternal, mezcla de protección y dominio.

—Ya no es tu decisión —le recordé. Me observó con esa intensidad que imponía miedo desde niños. Pero yo no desvié la mirada—. Estoy casada, no necesito tu permiso y es mi esposo el que decide por mí.

Angelo me miró entonces. No con dulzura, sino con una mezcla de orgullo y sorpresa que solo él podía tener. Sus labios se curvaron en una línea dura.

—Ella va conmigo. —La frase cayó como sentencia—. Es mi esposa.

—No lo entienden. —Michele apretó los puños. Dio dos pasos, como si quisiera soltar toda la rabia que hervía dentro—. Esto no es una maldita luna de miel. Están tocando el corazón de tu familia. Si ella cruza el océano y algo le pasa, voy a matarte y me importa una mierda si tengo que iniciar una guerra con la Sacra Familia y la Cosa Nostra.

—Entonces que empiece la guerra aquí, conmigo, Michele. —Angelo dio un paso al frente, con los ojos oscuros como tormenta—. Porque no me separaré de ella. No otra vez.

—Iré con Angelo. —Inspiré hondo y hablé sin temblar. Michele me observó con los ojos llenos de ira—. No me vas a encerrar otra vez detrás de paredes que tú elijas. No soy la hermana a la que proteges. Soy una mujer que tiene un marido, para lo bueno y para lo malo, es mi deber estar donde él esté.

El silencio volvió, pero ya no era tenso, era definitivo. Michele respiró hondo. Cerró los ojos un instante, luego giró hacia la mesa y se sirvió, por fin, el brandy.

—Haz lo que te dé la maldita gana… El jet sale en dos horas. Llévense a Dante a Roberto y a Lucio. Te hago responsable de lo que le ocurra a mi hermana, Di Lucca. Lo que dije no era por juego, si algo le pasa a Francesca te voy a desmembrar lentamente.

—No necesitas amenazarme, sabes que la cuidaré con mi vida.

Angelo me tomó del brazo y me sacó de la habitación. Sin duda, él necesitaba llegar rápidamente a Nueva York.

CAPÍTULO 32

Angelo

Llevé el teléfono a mi oreja por séptima vez en la última hora, la auxiliar de vuelo se detuvo frente a mí, dejando una nueva copa de *Whisky* y un mojito virgen de fresa, que era una de las bebidas favoritas de Francesca. Colgué la llamada y mi mirada se enfocó en mi esposa.

Esposa y una puta mierda, habían pasado casi doce meses, ocho como soldado raso y tres desde que me había convertido en la mano derecha de Guiseppe. Casi un año de silencios, de emociones que no expresábamos, meses de sexo sin alma, de una lucha que parecía no tener pies, ni cabeza. Su perfume seguía volviéndome loco, aun cuando la preocupación estaba enloqueciéndome. Si la Sacra Familia había revocado mi castigo, era porque mi hermano debía estar gravemente herido. Al borde de la muerte. Negué con la cabeza y me pasé una mano por el rostro antes de apretar remarcar en mi celular y llevarme el teléfono nuevamente a la oreja.

—Vamos Cara, contesta, por favor, contesta —murmuré, pero la llamada se fue a buzón—. ¡Maldición! —Me levanté de la butaca y caminé hacia la habitación del jet, lanzando el celular en la cama. Quería llorar, quería que el maldito avión fuese más de prisa.

Hacía cuatro horas que habíamos salido de Nápoles y todavía nos quedaban cerca de seis horas de viaje. Me senté en la cama llevándome las manos al rostro, me sentía frustrado, había llamado a Chiara, Valentino, Salvatore, Antonella, Cara, a Donato. Esperando

que cada uno de ellos mantuviera su número de celular, pero ninguno contestaba.

—Angelo —musitó Francesca. Bajé las manos y alcé el rostro, observándola dar un paso dubitativo hacia la habitación; como no la detuve, entró y se sentó a mi lado—. Necesitas calmarte, sé que no es fácil, pero tu hermano estará bien, lo conocí poco; sin embargo, mostró ser un hombre fuerte.

—Tiene que estar bien.

—Lo estará.

—Massimo no puede morir.

—No digas eso —me pidió y tomó mi mano apretándola levemente—. Tú también necesitas ser fuerte.

Fuerte, llevaba siendo fuerte desde que me exiliaron de Chicago, fingiendo que no amaba a mi esposa, teniendo breves tiempos de tregua que solo usaba para saciarme de su cuerpo, para cubrirme en sus gemidos y olvidar el maldito mundo que me rodeaba. Siempre decía que sería la última vez, solo… para caer más hondo, para darme cuenta de que la necesitaba, siempre, justo como ahora.

Acaricié su mejilla y forcé su rostro para que se encontrara con el mío, Francesca no opuso resistencia, nunca la ponía. En un abrir y cerrar de ojos, dejé su cuerpo bajo el mío sobre la cama, besé sus labios, mordiendo su barbilla antes de deslizarme por su cuello solo para luego volver a su boca. Empecé a desabotonar mi camisa; necesitaba más contacto, que mi corazón y el suyo latieran en armonía.

—No. —Francesca me empujó con ambas manos, haciendo que perdiera el equilibrio. Mis ojos se encontraron con los suyos, había fuego, deseo y determinación—. No quiero que sigamos así, Angelo —zanjó. Me levanté procesando lo que ella acababa de decir

—. No quiero más sexo para huir de las falencias que nos atormentan.

Negué con la cabeza. ¿¡Estaba hablando jodidamente en serio!? ¿Ahora? Justo en este momento.

—Angelo, no podemos seguir así, tenemos que hablar… tenemos…

—¿Ahora, Francesca? ¿De verdad, tienes los ovarios de empezar esta conversación sabiendo que te necesito?

—¿Me necesitas? —cuestionó con dureza. Asentí y ella sonrió con tristeza—. Estoy cansada de que lo nuestro solo exista entre sábanas. —La habitación pareció encogerse—. Angelo…

—Eres increíble —la interrumpí con un toque de ironía—. Increíblemente egoísta. —Tomé mi celular y salí de la habitación con el corazón golpeándome como un jodido tambor desbocado. Caminé de vuelta a mi asiento tomando el vaso de *whisky* que no había tocado y me lo bebí de un solo trago. Luego marqué el número de Chiara, pero nada. La línea estaba muerta.

No paso mucho tiempo antes de que Francesca apareciera frente a mí, no la miré, no dije nada, el tiempo pareció detenerse, suspendido en el aire como el avión.

—Tenemos que hablarlo.

—Ya déjalo, Francesca.

—Angelo.

—¡Dije que pararas! —mi voz salió mucho más alta de lo que pretendía. Francesca pareció encogerse en el asiento—. Yo… Yo lo siento —murmuré avergonzado. En el tiempo que llevábamos casados jamás le había alzado la voz y realmente no era mi intención que ella me temiese.

—Nunca estamos solos —murmuró de repente—. La casa siempre está rodeada de personas, hombres, mujeres, la

servidumbre, Gianella, Michelle. Es la primera vez desde que volvimos a Italia que estamos lejos de las personas que nos rodean. —Sabía a lo que se refería, pero mantuve silencio, si hablaba, otra pequeña explosión podía salir de mi interior—. Estamos volando a tu casa, Angelo, a tu tierra y ya no aguanto más —exhaló como si estuviese realmente cansada. Desvié mi mirada hacia la ventana, en un vago intento por no observarla—. Te amo —confesó en voz baja. Mi pecho se contrajo—. Y sé que me amas, lo siento en tus caricias, en cómo dices necesitarme, por cómo me besas cuando el deseo se sobrepone al enojo con el que vives desde que nos casamos. Estoy harta, Angelo, estoy harta de sentirme como una puta.

El golpe fue directo a mi corazón.

—¡No eres una puta! Eres mi esposa, no quiero que vuelvas a decir esa palabra, joder.

—Entonces trátame como tal —replicó ella, su voz tembló, había tantas emociones arremolinadas en sus ojos—. Mírame. Soy tu esposa, si tan solo nos diéramos una oportunidad real… si dejáramos atrás el pasado y nos diéramos una oportunidad. —Se movió de tal manera que quedamos separados solo por algunos centímetros. Alzó la mano con indecisión y acarició mi mejilla con ternura—. Solo tenemos que empezar de cero, o desde Oxford. —Mis ojos escocieron, pero antes de que ella pudiese eliminar la distancia entre los dos, me alejé y presioné el botón que llamaba a la auxiliar de vuelo.

Al ver que la mujer no llegaba me levanté.

—Por favor, Angelo. —suplicó con voz rota—. Por favor, quédate.

—No es el momento para hablar de esto, Francesca —sentencié con voz dura—. Lo hablaremos cuando tenga la certeza de que mi hermano esté fuera de peligro. —Quería quedarme e intentarlo. Pero en ese momento solo tenía en mente a mi familia.

Me senté en la parte izquierda del avión. La auxiliar me ofreció otro trago y asentí sin decir palabra. Durante el resto del vuelo, evité mirar a mi esposa. Me aferré a lo único que sabía hacer a la perfección, fingir que no me importaba.

Simulé que ella no lloraba en silencio mientras miraba por la ventanilla. Fingí que no quería tomarla en mis brazos y llevarla a la habitación, no como un alivio, no para tener sexo, sino para encontrar consuelo en sus brazos. Cuando Francesca se quedó dormida, la tomé en mis brazos y la llevé a la habitación, dejándola sobre la cama. Sonreí cuando mi nombre se coló entre sus labios a pesar de la inconciencia.

El sol despuntaba cuando el capitán informó que aterrizaríamos en el JFK, después de dar la información rutinaria, le pedí a la auxiliar que fuese por mi esposa.

Francesca se cambió de ropa. Lucía unos *jeans* que se ajustaban muy bien a sus curvas y un jersey en crochet de líneas azules. Se alisó el cabello, cosa que odiaba, porque me encantaban sus rizos rebeldes y espontáneos. Llevaba un maquillaje muy discreto.

Yo estaba vuelto una mierda, en sentido literal. No había pegado el ojo en todo el viaje. Estuve intentando hackear el sistema de seguridad de la Sacra Familia, correos, mensajes, algo que me diera noticias de alivio, pero todo estaba malditamente encriptado.

Massimo había conseguido un hacker excelente y el sistema de seguridad de la Sacra Familia, era como una especie de muro de hierro forrado en hormigón.

El aterrizaje fue rápido y el piloto ubicó el hangar de la familia Costa. Estaba listo para salir del pedazo de metal, justo cuando la auxiliar de vuelo abrió la puerta. Bajé las escaleras, encontrándome con una de las personas que más ansiaba ver.

—Chi… —Mis ojos escocieron con fuerza y prácticamente me lancé de las escalinatas, para abrazar a mi hermana con fuerza—. Chiara, Chiara, Chiara —repetí su nombre, una y otra vez.

—Estás aquí —sollozó—. Estás aquí. —Me apretó fuerte. Me aparté lentamente para observarla, su cabello estaba largo, se veía delgada, frágil, grandes ojeras surcaban sus ojos—. Angelo —susurró—. Él está…

—No. —Negué con la cabeza—. No lo digas.

—Está en coma —musitó con lágrimas derramándose por sus mejillas. La atraje de nuevo a mi pecho.

—¿Qué pasó? ¿Quién fue? —murmuré con la voz llena de odio. Encontraría al maldito y le haría pagar por lo que hizo con mi hermano.

—Valentino y Anderson siguen investigando, iban a venir a recogerte, pero supuse que me querías a mí, Cara y Antonella están en el hospital. Salvatore está recuperándose y Vito ya está en casa, fuera de peligro. —Su mirada se desvió hasta posarse detrás de mí. Francesca había bajado del avión y nuestras maletas estaban siendo guardadas por el chofer de Chiara—. Francesca.

—Chiara. —Francesca se acercó y le dio un abrazo—. Gracias por venir.

—No tienes que agradecer, ustedes también son mi familia. —Buscó mi mano y yo la tomé. Lo último que necesitaba era que mi hermana viera que mi matrimonio era un fracaso.

—Señora, el equipaje ya está guardado —dijo el hombre a Chiara.

—Vamos, dejaremos a Francesca en casa y me acompañarás al hospital, quizá me ayudes a convencer a Cara de que vaya a casa a descansar. —Caminamos hacia el auto—. Oh, espera —dijo Chiara deteniéndose cuando llegamos a la todoterreno oscura con vidrios

polarizados—. Tengo una sorpresa para ti. —Me dio un amago de sonrisa—. Ven aquí. —Abrió la puerta del coche, dejándome ver a una bebé de poco menos de un año—. Ella es Angeline…

Mi garganta se cerró, mis piernas fallaron haciendo que me tambaleara. Tenía los mismos ojos verdes que Chiara cuando era niña, pero más grandes, más limpios, llenos de vida y brillantes como el jade bajo el sol, el cabello negro azabache, espeso y suave, le caía en rizos perfectos, enmarcándole el rostro con dulzura. Me miraba sin miedo, con la cabeza ligeramente ladeada, como si intentara descifrarme. Chiara la tomó en brazos.

—Bebé, él es el tío Angelo. —Por unos segundos sé quedó quieta, chupando uno de sus deditos, sin apartar la mirada de mí.

Tragué el nudo en mi garganta y me recompuse, sabía que la hija de Chiara tenía poco menos de un año, sin embargo, no estaba preparado para verme reflejado en esa tierna y dulce carita. Con un poco de miedo di un paso y luego otro, Chiara la sacó del auto tendiendola hacia mí. Sin pensarlo mucho la tomé de los brazos de mi hermana. Angeline se acomodó en mi pecho como si siempre hubiese pertenecido ahí. Como si supiera, por instinto, que yo la amaba sin siquiera conocerla.

—*Ciao, piccolina* —murmuré con voz rasposa—. *Non sapevo che il cielo avesse occhi verdi.*[3] —Ella tocó mi barba con sus manitas pequeñas y luego apoyó su frente en mi cuello. No pude evitar cerrar los ojos; por un segundo, en mucho, mucho tiempo, el mundo dejó de doler.

—Tenemos que irnos —dijo uno de los soldados mirando directamente a Chiara.

Ella asintió, nos subimos al auto. Francesca se ubicó en el asiento del copiloto, al ver que Angeline no parecía querer dejar mi pecho.

A pesar de que Chiara había dicho que fuésemos primero a su casa, decidimos ir directo al hospital, mientras avanzábamos por las calles de Nueva York, me puso al día tanto como pudo, sobre las cosas en la familia, cómo Vito y Salvatore estaban fuera de peligro luego de una cirugía y que Massimo había muerto y vuelto a la vida en el quirófano. Los médicos le indujeron un coma farmacológico.

A pesar de que lo odié, tuve que separarme de la bebita cuando llegamos al hospital. Chiara la dejó a cargo de uno de los soldados dentro del auto.

—¿Es seguro para ella? —dijo Francesca, mientras Chiara dejaba un beso en la frente de Angie.

—El auto es blindado, Rocco y Dario. —Señaló al chofer y al soldado—. Son unos de nuestros mejores tiradores, Mauro y Romeo, en el auto de atrás, morirían por ella. Sinceramente, siento que está mejor conmigo que en casa sin Gianna, su padre o Vito.

Francesca asintió.

—Si no les molesta, voy a quedarme en el auto. —Me dio una mirada y yo asentí.

—Sí, no hay problema.

Chiara y yo caminamos hacia el hospital. Una vez dentro, el olor a antiséptico, desinfectante y miedo, saturó nuestros sentidos. Apenas cruzamos la puerta de la Unidad de Cuidados Intensivos, una enfermera nos ordenó colocarnos una bata y una mascarilla. Chiara me tomó del brazo ahora que estábamos solos, se veía terriblemente cansada.

—No es fácil verlo así —me dijo en un susurro. Pero no importaba cómo se viera, estaba vivo. Eso era lo único que importaba.

Cada paso se sentía como una puñalada. Detrás de una pared de vidrio, conectado a monitores, tubos y respiradores, yacía

Massimo. Tenía el rostro amoratado, un vendaje cubriéndole el abdomen, y la piel tan pálida que parecía mármol. A su lado, Cara estaba sentada en una silla plástica, sosteniendo una de sus manos. Una enfermera vigilaba las constantes vitales, mientras un doctor revisaba su expediente.

—Intentó salvar a Vito. Le dispararon varias veces en el pecho… Fue una emboscada, Angelo. Explotaron los autos muy cerca de ellos, todo fue una maldita trampa —dijo Chiara entre dientes—. Valentino no estaba junto a ellos porque Angie tenía fiebre.

Sentí la furia treparme por la columna como lava ardiente. La escena era clara ahora: Massimo, corriendo en medio del fuego cruzado, empujando a Vito, tomando una bala que no era para él. El rugido de la explosión. El cuerpo de mi hermano volando por el aire.

—Ya estoy aquí —dije a mi hermana—. Massimo se pondrá bien y atraparemos a esos hijos de puta.

La puerta se abrió, el doctor y la enfermera salieron, di un paso hacia él.

—Angelo Di Lucca… Doctor, necesito hablar con usted. ¿Qué pasa con mi hermano? Quiero que me dé un informe detallado desde que mi hermano ingresó al hospital hasta hoy.

—Ingresó con tres impactos de bala —comenzó el doctor, con voz firme—. Uno al lado izquierdo del tórax que alcanzó el pulmón y tuvimos que intervenir quirúrgicamente, por ahora colocamos un drenaje. El segundo disparo fue en el abdomen, lado derecho… le destrozó parte del hígado. El tercero afectó el bazo y tuvimos que extirparlo.

Me pasé las manos por el rostro, sintiendo mis piernas débiles.

—¿Está fuera de peligro?

—Durante la cirugía entró en paro. —El médico negó con la cabeza lentamente—. Perdió mucha sangre, tuvimos que reanimarlo durante cinco minutos. Fue un milagro que lográramos traerlo de vuelta, su organismo está débil, por lo que lo hemos inducido a un coma. Está intubado, sedado. La prioridad es estabilizar sus órganos.

Silencio.

El mundo se volvió ruido blanco. Solo escuchaba mi propia respiración desordenada y el latido rabioso de mi corazón.

—¿Puedo entrar? —murmuré finalmente.

—Solo intenten no estar los dos mucho tiempo. —Miró a Cara por el espejo—. Ella lleva más de veinte horas aquí. En su estado, es recomendable que se tome un tiempo de descanso. Hay unas habitaciones en el ala sur del hospital. La familia Costa es uno de nuestros más grandes benefactores, podrían usarla para descansar.

—Gracias, doctor. —Esperé a que el hombre nos dejara solos antes de hablar—. ¿Cara está embarazada?

Chiara asintió.

—Le diré a Dario que lleve a Angie y a Francesca a casa; iré con ellos para traerle ropa… Me alegro de que estés aquí. —La atraje hacia mí, dejando un beso en su sien. Me desinfecté antes de entrar a la habitación. La mirada de Cara se cruzó con la mía inmediatamente, su rostro lucía cansado, pero sus ojos seguían observándome con amor, el mismo amor que me profesaba desde que la conocí.

Se levanto de la silla y eliminó la distancia que nos separaba envolviendo sus brazos en mi torso, como si fuera un refugio. Me llevó a su pecho como si aún fuera ese niño que perdió a sus padres hacia tanto tiempo. Cerré los ojos, abrazándola con fuerza, mientras me tragaba las lágrimas.

—Ya estoy aquí —murmuré—. Ya no estás sola… Él es fuerte, va a salir de esta.

—Todos ustedes lo son —dijo con voz rota.

—No puedes enfermarte, Cara. El doctor me ha dicho que llevas veinte horas aquí, sin comer ni dormir.

—Yo necesito…

—Necesitas descansar, por Massimo, por los niños, por tu bebé.

Sus ojos se volvieron acuosos.

—Él no lo sabe aún —murmuró, mirando a mi hermano—. No va a dejarme sola, ¿verdad, Angelo?

—No lo hará… Ve a casa, descansa un poco, Francesca y Chiara están afuera. —Cara empezó a negar con la cabeza—. En ausencia de Massimo la dirección de la Sacra Familia recae en mí. Si no quieres ir a descansar como mi cuñada, entonces te lo ordeno como tu capo.

—Angelo.

—Por favor, Cara. —Sostuve su mirada.

—Bien, pero estaré aquí antes de mediodía.

—Después de mediodía. Irás a casa, te darás un baño, comerás algo nutritivo y dormirás. En ese orden, el doctor ha ordenado que una de las habitaciones del pabellón que aún no está ocupado sea para ti, para que tomes algunas horas al día para descansar. Ya estoy aquí deja que me encargue.

—¿Y si despierta y no me ve? —dijo sin dejar de mirarlo.

—No despertará si tú no estás aquí, y estará muy cabreado si sabe que no te has cuidado como debe ser. —Eso pareció hacer que entrara en razón de una vez por todas.

—Por favor, llámame si ocurre algo, cualquier cosa.

—Lo haré. —Cara se despidió reticente, pero al final lo hizo. Me senté en la silla que ella ocupaba minutos antes, miré a mi hermano y apreté su mano.

«Aguanta, Massimo. Maldita sea, aguanta. Porque si tú te vas… yo no sabré cómo sostener esta familia».

CAPÍTULO 33

Angelo

Observé a mi hermano, suspendido entre la vida y la muerte. Estaba cubierto hasta la cintura con una sábana blanca; cables y monitores rodeaban su torso, oculto bajo una bata médica. Un respirador le robaba el sonido natural de la respiración, volviéndola mecánica. Su rostro, aunque sereno, tenía la palidez de quienes han estado demasiado cerca de la muerte y han logrado escapar por un hilo.

Me acerqué a la camilla, obligándome a mantener la calma. Ahora él necesitaba que yo fuera de piedra, aunque por dentro estuviera librando una guerra entre el miedo y el dolor.

—Te extrañé, *fratello*. Más de lo que vas a imaginar nunca. — mi voz se quebró, pero me recompuse rápidamente—. ¿Por qué no abres los ojos y me das una patada que me lleve de vuelta a Italia?, he incumplido tu palabra, creo que vas a tener que hacer una declaración sangrienta y cortarme una mano, como Ferrer quería — me burlé—. No sé qué mierda voy a hacer cuando me toque marcharme otra vez. Cortar toda comunicación con ustedes, fue un infierno…

Negué con la cabeza y caminé hacia la silla, sacando mi celular del bolsillo, necesitaba hacer unas llamadas, pedir favores, moverme en la sombra, tal como me gustaba… Mi trabajo en Italia me satisfacía, me encantaba llenarme los putos bolsillos de dinero, pero nada me daría más satisfacción que encontrar a quién dejó a mi hermano en ese estado.

El cansancio debió vencerme porque el sonido de la puerta siendo abierta me sobresaltó, Cara se había cambiado de ropa y parecía que había dormido un poco.

Valentino estaba del otro lado del cristal junto con Anderson.

—¿Alguna novedad? —preguntó Cara, acercándose a él y dejando un beso en su frente.

Negué con la cabeza.

—Me quedaré con él hasta mañana, Salvatore fue dado de alta, está en casa de Vito, quizá quieras hablar con él.

Asentí.

—Vendré mañana —le anuncié, pero ella negó con la cabeza.

—No quiero que vengas —murmuró sin mirarme—. Quiero que los busques, Angelo. —Una lagrima descendió por su mejilla—. Quiero que les hagas pagar por todo esto… Es por ello que te llamé, por lo que hice que los ancianos levantaran tu castigo… Los quiero muertos.

—Así será. Juro por Dios que voy a encontrar al hijo de puta que le hizo esto. —Era cierto, buscaría hasta debajo de las piedras, aunque Massimo despertara y me enviara de vuelta a Italia, encontraría a la maldita rata y haría que sus días fuesen un infierno —. ¿Estarás bien?

—Estamos bien, Chiara y yo nos haremos cargo de Massimo, tu encárgate de lo demás.

—Mantente fuerte. —Dejé un beso en su mejilla y limpié sus lágrimas—. Mi hermano saldrá de esta. —Salí de la habitación y crucé una mirada con Andersson y Valentino—. ¿Hay alguna novedad?

—Vito quiere hablar contigo.

El camino hacia la Mansión Costa fue rápido. Vito había sido dado de alta el día anterior, sus heridas eran leves, como las de Salvatore. Ambos hombres estaban en el estudio de la casa, se veían agotados, adoloridos, pero dispuestos a luchar.

—Angelo. —Salvatore se levantó gimiendo, mientras sostenía su costado—. Perdóname, yo no…

—No tienes que pedirme perdón, Salvatore. —Miré a Vito—. Sé que mi hermano te salvó la vida.

—Tengo a todos mis hombres patrullando, he estado cobrando favores, solicitando más, pero no hay rastro alguno. Quien lo hizo supo cubrir bien sus huellas.

—No hay crimen perfecto, simplemente no hemos encontrado el cabo suelto. ¿Sabes si el atentado iba dirigido a ti o a Massimo?

—No es algo que pueda decir, todo sucedió muy rápido, veníamos del puerto de Jersey, cuando un auto blindado nos golpeó, hubo fuego cruzado y luego la detonación. Hemos tenido paz todos estos meses. Una paz tensa pero estable, no ha habido movimientos raros, atentados contra la mercancía o armamentos.

—¿Y Daniele? —escupí el nombre como si me quemara.

—Está en Las Vegas. Asumió el cargo de capo de la Sacra Corona hace tres meses —dijo Anderson—. Mis informantes aseguran que Daniele no ha cruzado nuestras líneas y que no se ha movido en toda la semana, ni un paso fuera de su maldito desierto.

La conversación se disolvió en teorías, pero no en respuestas. Salvatore se disculpó después de un par de horas, tomé un portátil y hackeé todas las cámaras cercanas al lugar de los hechos, podía ver la camioneta que embistió el auto donde venían Massimo, Vito y Salvatore, las placas eran falsas y los vidrios estaban tan tintados que era imposible ver algo más que negrura.

—Busca automóviles de alquiler de la marca Hyundai Tucson con las siguientes placas —informé a Valentino.

Con el pasar de las horas, Vito, quién también estaba convaleciente, se disculpó. Tras horas de videos recopilados, Valentino y yo volvimos a casa de Chiara. Estuvimos horas detrás del computador, observando fotograma, tras fotograma, pasando el programa de reconocimiento de rostro por cada uno de los hombres que habían atacado a Massimo. Fue una estrategia bien planificada, ellos eran solo ocho, contra casi cincuenta hombres armados hasta los dientes.

Los días pasaron entre nombres sin rostro, movimientos sin prueba. El atentado seguía siendo un rompecabezas sin piezas, cada vez que pensábamos que habíamos conseguido algo, la pista se perdía en un callejón sin salida.

No había visto a Francesca en los últimos dos días; pedí una habitación separada de la de mi esposa, alegando el hecho de que solo estaba en casa un par de horas y no quería interrumpir su sueño, pero la verdad era otra: en mi memoria, rebobinándose como un disco rayado, seguía suspendida la maldita conversación que sostuvimos en el avión. Específicamente, en ese instante en el que, con lágrimas en los ojos, se llamó puta. Cómo decirle que ella era mi hogar cuando parecíamos estar separados por un puto abismo.

Estaba en el hospital con Cara y Massimo cuando el doctor que atendía a Massimo entró a la habitación. Había pasado una semana desde que había llegado a Nueva York y se sentía como una jodida eternidad.

—¿Hasta cuándo va a estar así? —pregunté al médico, mientras él leía el informe de la enfermera.

—Entiendo su preocupación, señor Di Lucca, la sedación mantiene a su hermano estable, sin forzar órganos que aún se están recuperando.

—No le estoy pidiendo que me diga lo que ya sé —gruñí—. Solo quiero saber hasta cuándo va a estar inconsciente.

El doctor entrelazó sus dedos dándome una mirada cansada.

—Vamos a comenzar a retirar la medicación paulatinamente. Reduciremos la sedación en intervalos controlados. Y así veremos cómo reacciona su cuerpo, si consigue respirar por sí mismo y si sus signos vitales logran mantenerse. Puede tomar un par de días… o más.

—Me llevaré a mi hermano a Chicago. —Ya había hablado con Donato y las cosas no estaban bien en casa, sin Salvatore y sin Massimo, las calles empezaban a salirse de control—. Necesitamos volver a casa, tenemos un médico de cabecera y contrataré al mejor servicio de vuelos médicos especializados.

—Si todo está en orden, no tengo ninguna objeción, señor Di Lucca, pero si no lo hace…

—No le estoy solicitando su permiso —lo interrumpí tajante.

—Tenga en cuenta que la altura y las condiciones atmosféricas pueden afectar a pacientes, lo ideal es esperar un par de días luego de quitarle el respirador mecánico.

—Con el personal adecuado estoy seguro de que minimizaremos cualquier riesgo.

El doctor asintió, terminó de leer los informes y se retiró sin añadir más.

—¿Crees que es lo mejor? —dijo Cara que se había mantenido al margen, dejando que fuese yo quien peleara esta batalla.

—Confio más en Doc, equiparemos un lugar en la mansión para él, así también podrás ver por ti, tu embarazo y los chicos. Chiara me enseñó fotografías, no puedo creer lo mucho que han crecido en solo un par de meses.

—Lo siento yo…

—No, no —dije cuando sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo entiendo Cara, te entiendo, si no es fácil para mí verlo así, mucho menos lo será para ti.

Ella me abrazó con fuerza.

—Él va a despertar.

—Sí, pronto, esto será un mal sueño.

—No volverás a Italia —sentenció con voz dura, iba a rebatirle, pero ella no me dejó hablar—. Así tenga que poner a las momias de cabeza, no permitiré que separen a mi familia una vez más.

—Hablaremos de eso después —murmuré.

Horas después me encontré con Valentino cerca de las bodegas que teníamos en Jersey, donde Massimo, Salvatore y Vito habían estado antes del atentado, intentábamos buscar pistas, encontrar algo, cualquier detalle podía representar algo de lo que nos pudiésemos agarrar. Regresé a casa a medianoche, agotado, frustrado a más no poder y furioso por la lentitud de la investigación.

Caminé hasta la mesa de licores de Valentino y me serví un vaso antes de volver al sofá. Aflojé el nudo de mi corbata y llevé el trago a mis labios. La lámpara baja de la sala proyectaba sombras suaves sobre el suelo de madera. El whisky ardió en mi garganta, pero no lo suficiente para disolver el peso que me aplastaba el pecho. No era solo la situación de Massimo y la escasa cantidad de pistas, también estaba Francesca, suspendida en un limbo que ninguno de los dos se atrevía a romper.

Me pregunté si estaría dormida o despierta, si esperaría que volviera a la habitación. Una parte de mí se cuestionaba qué pasaría si dejaba a un lado este maldito orgullo y dejaba de castigarnos por lo que ambos habíamos hecho mal. Al final, sí, nos habíamos fallado… pero yo había sido el que se quedó con la mujer que amaba, aunque me empeñara en mantenerla lejos.

Si tan solo tuviera el valor de tomar su mano y empezar de nuevo, tal vez, solo tal vez, podríamos rescatar lo que todavía nos quedaba. Estaba cansado de pelear, de huir.

Solo tenía que ver a mis hermanos para saber que ellos eran felices porque habían seguido su corazón y no su orgullo. El sonido de pasos me sacó de mis cavilaciones y solo bastaron unos segundos para que Chiara apareciera por las puertas dobles.

—Valentino, te va a matar si se entera que te estás acabando su muy costosa reserva de *whisky* irlandés… realmente no sé qué gusto le tienen —dijo con una sonrisa cansada.

Solté una risa amarga y ella se sentó a mi lado, descansando su cabeza en mi hombro.

—¿Dónde dejaste a mi esposo? —murmuró después de unos minutos de silencio.

—Quería revisar el informe de las últimas semanas del casino. —Llevé el vaso a mi boca. Chiara tenía razón sabía a petróleo, pero para gustos colores.

—No hemos podido hablar desde que regresaste. ¿Italia te trata bien?

—Me han tratado mejor en otros lugares —respondí con sinceridad—. Pero me he hecho un nombre, le demostré a todos esos *stronzos di merda* de qué está hecho un Di Lucca.

—¿Incluyes a tu esposa entre los gillipollas de mierda? —Giré el rostro observándola—. El ama de llaves me dijo que pediste una habitación aparte.

—Llego muy tarde y…

—Soy tu gemela, Angelo, eso no funciona conmigo —sentenció tajante—. ¿Siguen mal las cosas entre ustedes?

—¿Es que acaso alguna vez han estado bien? —respondí con burla.

—Ya ha pasado tiempo ¿piensas llevar un matrimonio asi toda la vida?

—Es complicado, Chiara.

—Complicado era lo mío con Valentino y me tomó tres meses encontrarle el camino —hizo una pausa y me miró con ternura—. Estás enamorado de ella, lo vi en tu mirada cuando llegaron. Te conozco, no pudiste olvidarla teniéndola lejos, menos sabiendo que es tu esposa. El orgullo no lleva a nada bueno, hermano, o le das una oportunidad real a tu matrimonio o la dejas ir, pero no puedes tenerla flotando en el limbo solo porque no sabes perdonar.

Las palabras de Chiara fueron como pequeños cuchillos agujereando mi pecho.

—Ahora no tengo cabeza para eso —murmuré en mi defensa.

—¿Recuerdas a Cara y a Massimo? Eran enemigos, literalmente. Massimo, iba a matarla, pero escuchó a su corazón y no a su miedo, ha sido mucho tiempo ya. Esa chica no es la misma Francesca de hace un año, es una chica triste. —La miré sorprendido —. Necesitas dejar de lastimarla por el simple hecho de no saber qué hacer con tus emociones.

Escuchamos la puerta abrirse y minutos después Valentino entró a la habitación.

—Pensé que estarían dormidos —dijo Valentino.

Chiara se levantó de mi lado y caminó hacia su esposo. Sus brazos se cruzaron en el cuello de él y se dieron un beso cargado de amor.

—Busquen una habitación —murmuré, señalándolos con el vaso.

—Ve a dormir —dijo con una sonrisa.

—Vayan ustedes, antes quiero revisar algo.

Los vi subir las escaleras y pensé en lo que Chiara había dicho. Ella se había convertido en una mujer casi tan sabia como las mujeres de la familia, como mi madre, Cara o Martha.

Di un largo respiro, saqué la memoria USB de mi bolsillo y la conecté al portátil, para descargar la información de dos cámaras que no había notado hasta esta noche.

La imagen no tenia gran resolución, pero mostraba a dos hombres vestidos completamente de negro, pasamontañas, camisas largas, pantalones cargo y botas militares, por lo que era casi imposible reconocerlos. A diferencia del hombre que habíamos captado dando vueltas por la bodega horas antes y que Valentino había encontrado sin vida. Sin embargo, amplié el video, observando a uno de los primeros tipos que se bajó del auto blindado.

No tenía el pasamontaña puesto completamente y un pequeño rastro de tinta cubría su cuello. Amplié la resolución hasta tener una mejor imagen y coloqué el programa de reconocimiento que le tomó unos pocos minutos darme un tatuaje similar.

Un escorpión, parecido como el que Massimo lucía en el cuello, pero este estaba envuelto en llamas. Mis dedos volaron por el teclado intentando encontrar el mensaje oculto en la imagen, y el programa me arrojo rápidamente el resultado.

El escorpión envuelto en llamas era la marca personal de la Orden del Siroco, una organización similar a una red de asesinos a sueldo independientes, ultra secreta, que trabajaba por contrato para cualquier bando, incluyendo capos caídos, mafias enemigas, incluso agencias corruptas. Pensé que estaba extinta, pero, al parecer, aún se movían en el mercado negro.

La pregunta aquí era ¿Quién contrató a la Orden? ¿Cómo sabían dónde estarían Massimo y Vito?

CAPÍTULO 34

Angelo

Recordaba ese nombre de los susurros del pasado, de las historias que los viejos contaban cuando creían que los jóvenes no escuchaban. Asesinos fantasmas, hombres y mujeres que no pertenecían a nadie, pero estaban en todas partes. Trabajaban por contrato, no por lealtad. Lo que los hacía más peligrosos que cualquier familia, porque a ellos no les importaban los códigos, el honor ni las represalias. Solo el encargo y el dinero.

Abrí una carpeta nueva y comencé a copiar toda la información, necesitaba compartirla con Valentino, Vito y Salvatore de inmediato. Pero no esa noche, porque primero necesitaba seguir investigando, mirar más de cerca.

La Orden era letal, no dejaba cabos sueltos, pero si uno de los suyos había dejado el tatuaje al descubierto, podía ser una señal o un error. No supe a ciencia cierta a qué hora me quedé dormido.

Chiara me despertó a la mañana siguiente, subí las escaleras y me di una ducha, cuando salí del baño, Francesca estaba sentada en la cama. Entonces, las palabras de Chiara volvieron a mis recuerdos; desde hacía días no la veía, traía una bata de satén claro, ceñida al cuerpo y los rizos enredados en un moño descuidado.

—Solo quería saber si estabas bien —murmuró sin mirarme a los ojos.

—Lo estoy…

—¿Estás comiendo siquiera? —Dudó un segundo, luego avanzó y alzó la mano dispuesta a tocarme, pero no lo hizo; anhelé la sensación de su piel contra la mía, pero tampoco me moví.

—¿Encontraste algo?

—Un tatuaje —asentí de nuevo—. Una marca de la Orden del Siroco.

Ella se quedó en silencio. Lo que significaba que también sabía de lo que estaba hablando.

—¿Sabes quién los contrató?

—No. Pero lo descubriré.

—¿Angelo?

—Dime.

—Cuídate. —Se dio media vuelta.

Apreté las manos en puños y antes de que llegara a la puerta la llamé.

—Fran… tenemos que hablar, sobre nosotros, sobre lo que paso en el avión. —Ella asintió—. No voy a volver a Italia, pero tampoco voy a impedirlo si tú quieres hacerlo. —No dijo nada, por un instante me permití mirarla. De verdad. Más allá del orgullo y del enojo, solo la vi, a la chica que me robó el corazón en Oxford.

—Iré con Chiara al hospital, para convencer a Cara de que descanse un poco. —Abrió la puerta y salió

—Gracias —murmuré, aunque ella no me escuchara.

Me vestí y bajé al primer piso. Chiara estaba dándole una papilla a Angeline, dejé un beso en la frente de mi sobrina y pregunté por Valentino, pero él ya se había ido, tomé una manzana del bol de frutas y salí a casa de Vito, necesitaba compartir con los demás lo que había encontrado.

*

*

Vito, Salvatore, Valentino y Anderson, ya estaban en el estudio cuando llegué a la mansión Costa, había llamado a Vito en el camino

para informarle lo que había encontrado y él se encargó de llamar a los demás. Tan pronto como abrí la puerta, Anderson se levantó.

Les relaté nuevamente lo poco que había encontrado y las coincidencias del tatuaje, Vito y Salvatore compartieron una mirada silenciosa.

—No tiene sentido. —Fue Anderson quien rompió el silencio—. Si realmente fue la Orden del Siroco, entonces esto fue un error. No tenemos ninguna disputa con ellos.

—Ellos no se equivocan. Si atacaron a mi hermano, fue porque alguien les pagó para que lo hicieran. ¿Quizá no con ellos, pero si con algún miembro de otra familia? —Solté una risa amarga.

—No, no tenemos ninguna rencilla, la Cosa Nostra no incita a guerras. La última que desviamos la trajiste tú a nuestra puerta —atacó Anderson.

—Anderson tiene razón, no tenemos enemigos. —Vito intercedió—. No de este calibre —su voz era baja, pero con filo. Siempre hablaba como si pensara cada palabra antes de abrir la boca. Luego desvió la mirada hacia Salvatore, como esperando que él desmintiera eso.

—La Sacra Familia ha estado en paz. —Salvatore se irguió en su silla con las manos sobre las rodillas—. No hemos tocado territorios ajenos, ni roto acuerdos. Cualquiera que intente desestabilizarnos, se está metiendo en terreno maldito y no es tan estúpido como para ignorarlo.

—Por eso, esto es aún más jodido. Porque no es una declaración de guerra... es un encargo. Frío y limpio. La Orden no actúa por pasión, lo hace por dinero. —Los demás callaron—. La verdadera pregunta no es por qué —continué—. Es quién. Estoy seguro de que ese cabrón está entre nosotros, o muy cerca. Lo suficiente como para saber cuándo, dónde y cómo golpear.

Anderson se cruzó de brazos. Sus ojos me escudriñaban, como si intentara medir el peso de mis palabras.

—¿Estás diciendo que hay una rata en la familia? ¿Por qué en la nuestra y no en la tuya?

—¿Por qué atacar en Nueva York y no en Chicago? —inquirió Salvatore.

—No sé mucho sobre este grupo —replicó Valentino—, pero entiendo que no aceptan cualquier encargo. Tienen estándares; necesitan información exacta, coordinadas… como rutinas, fallos de seguridad. Esto no fue un mensaje, ni una *vendetta*. Esto fue un maldito trabajo profesional.

—Entonces debemos mirar adentro —dijo Vito finalmente, con voz seca—. Massimo salvó mi vida, por lo que podríamos decir que el ataque era para mí. Si alguien nos vendió, hay que encontrarlo antes de que desaparezca. Valentino reúnete con los rusos, los mexicanos y los irlandeses, ve con Angelo, pero no hagas estupideces, niño.

Valentino se frotó la barbilla, sus ojos iban de uno a otro, calculando posibilidades. Tragué el nudo que se formaba en mi garganta. La rabia estaba ahí, contenida como una presa a punto de romperse.

—Cuando encuentre al infeliz, lo quiero para mí. —Miré a Salvatore, y luego a Valentino. No necesitaba su aprobación, pero la tuve.

Los días siguientes fueron un infierno.

Valentino y yo nos reunimos con cada maldito nombre que figuraba en la vieja lista negra de los Costa. Enemigos viejos, aliados traicioneros, mafiosos retirados y algunos muertos en vida, que aún conservaban conexiones con la calle. Ninguno sabía nada, nadie conocía a la Orden del Siroco y todos juraban no tener nada que ver.

Mentiras o ignorancia. No sabía qué era peor.

Cada reunión era una pérdida de tiempo, una humillación. Estábamos mendigando respuestas como si fuésemos principiantes, cuando habíamos gobernado Chicago con puño de hierro.

Volví a hackear las líneas, pinché teléfonos, caminé por los callejones del bajo mundo, hablé con proxenetas, traficantes, apostadores, viejos amigos de la familia. Nada, al parecer, la Orden se deslizaba entre las sombras como un maldito espejismo.

Caminé por los pasillos del hospital sin hablar, con los nudillos apretados y la garganta ardiendo. Cada paso era un eco contra los azulejos blancos, cada segundo, un ladrido de algo que no quería escuchar.

Francesca y Valentino estaban en la sala de espera junto a Salvatore y Antonella. Abrí la puerta de la habitación, observando a Cara y Chiara al lado de la cama de Massimo, junto al doctor. El sonido de la máquina era un pitido constante, artificial, insultante.

—Señor Di Lucca… estamos listos para empezar a retirar el respirador. —dijo el médico después de revisar las constantes.

La enfermera apagó el ventilador y por un segundo extremadamente largo nada pasó. El monitor marcaba una respiración, mínima, casi inexistente.

Chiara y Cara dejaron de respirar.

Mi pecho se hundió.

—¡Vamos, Massimo, pelea! —le grité.

Una alarma suave parpadeó en el monitor. El doctor lo revisó rápidamente.

—Está respirando solo.

La enfermera se inclinó, para retirar el tubo de la garganta y remplazarlo con una mascarilla. Esperamos a que el personal médico se retirara. Cara corrió a la cama, para besar la mano de su marido con devoción.

—Bien hecho, hermano —dije, mirando a Massimo—. Nos vamos a Chicago. —Luego dirigí la mirada hacia Chiara y Cara.

Habian pasado dos semanas desde que volví de Italia y no teniamos pista alguna. Tampoco la certeza de si el atentado era para

Massimo o para Vito, no pensaba exponer más a mi hermano.

—¡También es mi hermano! —dijo Chiara.

—Estará mejor custodiado en Chicago. Por su familia, por sus hombres, no pienso discutir esto contigo, Chiara. He tomado una decisión.

Mi teléfono sonó, bajé la mirada a la pantalla de mi teléfono y salí de la habitación.

—Vito —murmuré con firmeza.

—Anderson encontró algo —anunció, con la voz cargada de urgencia—. Una de las familias con las que nos reunimos… los Antonetti.

Aferré el celular, cada músculo alerta.

—Uno de sus soldados fue captado por una cámara de seguridad saliendo de un motel en las afueras de Brooklyn, el día antes del atentado. —Hizo una pausa, midiendo sus palabras—. No estaba solo. Se reunió con un hombre que lleva el mismo tatuaje que viste en el video.

El silencio se hizo pesado.

Un motel barato, una cita a escondidas, un tatuaje que no era casualidad. Cada pieza encajaba demasiado bien como para ignorarla.

—¿Estás seguro? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Tan seguro como que esto no fue un golpe improvisado —replicó—. Aquí hay planificación. Anderson está hablando con Valentino en este momento, reunirán un grupo de hombres e irán por él, supuse que te gustaría acompañarlos.

—Estoy en camino.

Francesca tomó el puño de mi chaqueta. Sus ojos eran un torrente de emociones.

—Vuelve —pidió con voz entrecortada. Dejé un beso en su frente y enmarqué su cara con mis manos

—Si te quedas conmigo, te juro que todo va a cambiar *Carissima*…

*

*

Era un motel barato, casi en ruinas, con luces parpadeantes y un letrero que se caía a pedazos. El tipo estaba en la habitación doce. Valentino, Anderson y yo nos movimos como una unidad. Esta vez no íbamos a esperar.

Valentino abrió la puerta de una patada, y el hombre apenas tuvo tiempo de reaccionar. La cama estaba llena de documentos ropa, dineros y pasaportes.

El hijo de puta estaba listo para huir.

—¡Quieto! —gritó Anderson, apuntándole con el arma. Yo me acerqué hasta reducirlo.

—¿Quién te contrató? —pregunté sin rodeos, jalándolo por el cuello de la camiseta—. ¿Quién te pagó para matar a mi hermano?

El tipo escupió al suelo. Sus ojos fríos y crueles, el rictus de terquedad en su semblante me dijeron que no iba a hablar fácilmente.

—No tengo idea de qué mierda estás hablando.

—Te lo preguntaré una vez más.

—¿Sabes lo que hace la Cosa Nostra con las ratas? —murmuró Valentino, acercándose—. Nosotros no negociamos con asesinos. Ni con cobardes.

—¿Ustedes creen que son los únicos que saben moverse en las sombras? —masculló el hombre—. Hay personas más grandes que ustedes. Esto… esto es solo el principio.

Mi sangre se calentó; así que, lo tomé por el cuello y lo empujé contra la pared, apretando con fuerza.

—¿Qué mierdas significa eso?

—No te metes con los juguetes del amo —susurró, entrecortadamente—. Tic tac.

—¿Para quién trabajas? —gruñó Valentino, pero antes de que pudiera contestar, una luz roja se colocó sobre su cabeza y el sonido del disparó nos hizo ponernos en guardia. La habitación se llenó de caos, de maldiciones, de furia. Yo solo me quedé quieto, con la mirada clavada en el tipo muerto.

¿Quién demonios era el amo?

CAPÍTULO 35

Angelo

Me tomó un par de días organizar todo el traslado de Massimo a Chicago. Chiara, Angela, Salvatore, Antonella y Francesca se irían en el avión de Luxor. Mientras Cara y yo acompañaríamos a Massimo en la ambulancia. Nuestro equipo médico viajó desde Chicago y revisó que mi hermano estuviera apto para el viaje, ellos, junto al médico de cabecera de Nueva York autorizaron el traslado.

El viaje en el avión médico fue tenso y difícil, debido al nerviosismo de Cara cuando los signos vitales de Massimo presentaron una leve variación. A pesar de que el equipo médico le insistió que todo iba según lo esperado. Aterrizamos en el hangar privado del aeropuerto, donde una ambulancia equipada con todo lo necesario esperaba a mi hermano.

Aunque el doctor Hillburn, expresó su deseo de brindar un ala del hospital para Massimo, seguía creyendo que él estaría mejor cuidado en casa. Sobre todo, después de lo que el hombre había dicho.

Todavía me preguntaba quién era el amo, pero después de ese día, la investigación cayó nuevamente en un punto que no tenía principio ni final. Bajaron a Massimo del avión, conectado a más máquinas de las que un ser humano debería soportar, pero vivo y eso, en nuestro mundo, ya era una victoria. Cara se mantuvo al lado del personal médico. Siempre pendiente, presente. El equipo de seguridad que Donato envió también estaba listo, incluso teníamos acompañamiento policial.

El recorrido a casa se me hizo eterno. Cuando llegamos a la mansión, Martha y Donato estaban acompañados de Chiara y Francesca. Salvatore, que tenía mejor semblante, también estaba ahí. No vi a Antonella, pero tampoco vi a Angeline, por lo que supuse que ella estaba con todos los niños.

Donato me abrazó, tan pronto el equipo médico entró con Massimo. Se había adecuado una de las habitaciones del primer piso con lo mejor en equipos médicos, según el caso de Massimo, también habría un grupo de enfermeras y un equipo médico que estaría disponible para él, las veinticuatro horas del día.

—Bienvenido, niño —murmuró con familiaridad. Abracé a Martha y luego caminé detrás de Cara.

Mi hermano estaba recostado en la cama de hospital, aun conservaba un monitor con el que le median la frecuencia cardiaca y la presión arterial.

—Sus constantes son normales —dijo Doc al verme. La puerta se abrió y Chiara ingreso a la habitación, se acercó a la cama y lo observó. Massimo había perdido peso y su piel se veía mucho más pálida que lo normal.

—Pensé que si me acercaba más —dijo ella, en voz baja en su oído—, te ibas a despertar de golpe para reñirme por desobedecer la orden de mi marido y venir a estar contigo. Massimo, te necesitamos, abre los ojos —hubo una grieta en su tono—. No me gusta verte así —continuó—. Callado, vulnerable. Despierta, hermano.

Doc, se acercó a mí, el hombre estaba casi tan viejo como las momias, pero seguía viéndose como un roble.

—He estudiado toda la historia clínica de Massimo, he practicado los exámenes correspondientes por hoy creo que es conveniente que se mantenga igual, mañana continuaremos con la disminución de los demás medicamentos —recomendó.

—Cuida de ambos —dije mirando a Cara, que estaba sentada al lado de mi hermano; con el rostro impasible, pero los dedos entrelazados y blancos de tanta presión.

Ella no decía mucho, pero gobernaba en silencio. Era la única capaz de mirar a Doc y doblegarlo con una sola palabra. Aun así, junto a la imponente figura de mi hermano, inmóvil y dormido, parecía más frágil.

Los días pasaron lentamente, tuvimos una cena en donde todos los niños estuvieron presente, no podía creer lo mucho que Lorenzo y Alessandro habían crecido. Salvatore se reintegró al trabajo, a pesar de que Antonella seguía diciéndole que necesitaba descansar.

Pasó toda una semana antes de que mi hermano despertara, sus ojos se abrieron solo un poco, pero se sintió como si toda la casa se enderezara, como si el mundo volviera en su eje. Después de los chequeos médicos y de darle unos minutos de intimidad con su esposa. Me acerqué al borde de la cama, no necesité hablar, porque él ya me estaba observando con esa mirada suya.

—¿Qué ha pasado? —murmuró, con la voz ronca y el tono seco de siempre.

—Estabas en unas vacaciones forzosas, pero ya estás de vuelta —dije dándole una sonrisa—. Nunca más vuelvas a hacerme esto, Massimo.

Él me dio una sonrisa seca.

—¿Quién está al mando? —murmuró con voz carrasposa.

—Yo.

—¿Lo estás haciendo bien? —inquirió con torpeza.

—Estoy haciendo que no se caiga a pedazos —dije—. Que no nos maten y que no te entierren antes de tiempo. ¿Eso cuenta?

Él inspiró con dificultad. Cerró los ojos un momento y cuando los volvió a abrir, su voz fue un susurro:

—Hazlo bien, Angelo... —No me dijo «te lo encargo». No me dijo «confío en ti».

Solo esa frase maldita, que sonaba más a sentencia que a consigna.

—Lo haré, hermano. Encontraré a quién te puso a dormir sin tu consentimiento —dije solemne—. Ya te fallé muchas veces, Massimo —mi voz también era baja—. Pero esta, no será una de ellas.

Cara entró con pasos suaves. Me aparté y ella le tocó la frente y susurró algo solo para él. Entendí que necesitaban privacidad; por lo que salí de la habitación, encontrándome con Chiara que daba órdenes a un escolta.

—¿Sabes dónde está mi esposa? —murmuré, cuando el soldado desapareció.

—En la habitación, con los niños. ¿Siguen discutiendo?

—Realmente no he tenido tiempo para hablar con ella, pero le dije que las cosas cambiarían si no se iba a Italia.

—¿Pensabas enviarla de vuelta?

—Haré lo que ella quiera hacer —dije seguro.

—Sabes que en esta familia no existe el término divorcio. —me recordó.

—Lo sé, pero no voy a obligarla a quedarse junto a mí y seguir viviendo como hasta ahora.

—Ese es mi hermano. —Ella se recostó a mi costado.

—¿Ya arreglaste tus problemas con Valentino?

—Cuando vuelva a Nueva York, ahora lo importante es que Massimo está bien.

La puerta de la habitación de Massimo se abrió y Cara se asomó observándonos.

—Chiara, ¿te quedas con él? —Ella asintió—. Acompáñame —dijo mirándome, la seguí hasta que llegamos al estudio de Massimo —. Seré breve… Los ancianos no te quieren aquí —dijo sin rodeos. Tragué el nudo en la garganta—. Luca perdió su mano, Amadeo y Dante fueron degradados y tú exiliado. Salvatore no puede gobernar, aunque lo niegue, aún está delicado y Donato no está en edad para tomar las riendas de la familia mientras que Massimo se recupera. Amo esta familia. Amo lo leal que son los hombres y la protección que me dan y a mis hijos. Amo a tu hermano y lo que él trajo a mi vida. Es por ello que necesito que él se recupere para que pueda volver a ser el capo que ha sido hasta ahora. Lo que dije mientras estábamos en el hospital es cierto. No puedes irte a Italia.

—Lo sé.

—No he terminado —me interrumpió—. No van a seguirme a mí, pero lo harán contigo y necesito que seas inflexible —asentí.

—¿Qué necesitas que haga?

—Necesito que precedas la reunión de hoy y que apoyes cada una de mis decisiones. Eres un Di Lucca.

—Antes de la reunión con las momias necesito hacer algo.

*

*

La sala de reuniones estaba vacía cuando llegué, pero no por mucho tiempo. Me paré junto a la ventana, observando el cielo gris de Chicago, estaba denso, como si también estuviera esperando. En la mesa había tres carpetas cerradas. Tres nombres escritos con tinta negra.

Dante. Amadeo. Luca.

Cara entró en silencio, sin avisar. Llevaba un vestido azul del mismo color de sus ojos, el cabello recogido, y la expresión de haber decidido cargar con el reino sin pedir permiso.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó sin mirarme.

—Sí —respondí—. Ya fue suficiente castigo.

—La familia no olvida, Angelo.

—Gracias —dije, lo hice de verdad.

La puerta se abrió poco después y ahí estaban mis amigos. Dante, con el rostro más duro que nunca. El pelo más largo, con una mirada más profunda, más madura. Observaron a Cara con curiosidad, ella los saludó y luego nos dejó solos. Sabía cuándo retirarse y dejarnos hablar de guerra.

Amadeo, el más silencioso de los tres, con el cuerpo tenso y la mandíbula apretada; Luca, con la mano izquierda convertida en una prótesis negra, articulada y perfecta. Más precisa que la mano que había perdido. Nadie habló por un momento, solo respiramos el mismo aire. Como si estuviéramos midiendo el daño antes de hablar del perdón.

—No debí dejar que los castigaran así. —Fui el primero en romper el hielo.

—¿Y qué ibas a hacer? —dijo Dante, encogiéndose de hombros—. No es como si hubieses podido hacer algo, estabas tan atado como nosotros.

Me acerqué a la mesa. Abrí una de las carpetas, cada una contenía, el documento de absolución firmado por Cara. Aunque eso no borraba la sangre ni el dolor, a pesar de eso, también me prometí compensarlos económicamente por el tiempo perdido.

—Están limpios. Cara se encargó de que fuera oficial.

—¿Y Michelle, está de acuerdo? —preguntó Luca.

—Michelle no es nadie en esta familia. Por lo que sé, está bastante ocupado con su territorio.

—¿Y tú? —me preguntó Dante, cruzado de brazos—. ¿Tú ya decidiste qué clase de jefe vas a ser?

—No soy el capo de esta familia. —Lo miré a los ojos—. El capo es mi hermano, solo llevaré los negocios mientras él se

recupera. Soy más bien como un asistente con voz de mando, pero mientras este aquí, no olvidaré quién se jugó el cuello por mí.

Hubo un silencio de unos cuantos segundos, confiaba en ellos casi tanto como en mi hermana. El comienzo no sería fácil, habían perdido mucho, pero esperaba que lo que les iba a encomendar, nos permitiera acercarnos otra vez y que ellos gozaran de nuevo de su posición más ricos que nunca, de eso me encargaría desde hoy. Luca se acercó, sacó su arma del cinturón y la dejó sobre la mesa.

—Entonces, díctanos el primer nombre, Angelo. ¿Quién intentó matar a Massimo?

—Aún no lo sabemos —respondí—. Solo tenemos una pista: un tatuaje, un escorpión envuelto en llamas que pertenece a la Orden del Siroco. Al parecer, alguien lo contrató para hacernos daño.

Los tres se miraron.

—¿Quién? —murmuró Amadeo.

—Una orden de asesinos a sueldo y vienen del este. No trabajan para clanes, ni responden a familias. Solo al mejor postor —le contestó Dante.

—¿Crees que uno de los nuestros los contrató? —preguntó Luca.

—No lo sé, es por eso que estoy aquí —anuncié y les hice un ademán para que nos sentáramos—. Esto no es solo venganza —continué—. Es limpieza. Si hay alguien dentro moviendo hilos para matar a Massimo, los Di Lucca seremos un blanco.

—Entonces dime por dónde empezar. —Dante tomó la pistola de nuevo y la aseguró en su cinturón.

—Primero encontraremos al tatuador. Es un trabajo que no se le da a cualquiera, es demasiado artístico para que lo haga cualquier soldado.

—Revolveremos la mierda. ¿Y después? —preguntó Amadeo.

—Después —dije—, vamos a incendiar cada rincón donde se hayan escondido, no me importa si es aquí o en el puto Marte, hay dinero suficiente para comprar cualquier información.

—Gracias por no olvidarnos. —Luca se inclinó hacia mí, con los ojos más fríos que nunca.

Lo miré en silencio.

—Nunca lo hice. Solo aprendí a fingirlo mejor que ustedes.

En ese momento supe que la Sacra Familia volvía a estar armada. No con nombres sino con amigos leales, fieros y con eso me bastaba.

CAPÍTULO 36

Francesca

Esperé a Angelo en la habitación en la que se suponía dormiríamos en la misma habitación, por órdenes de Cara. La mujer me había lanzado una mirada que no dejaba espacio para matices: *«arregla tu mierda o te vas al otro lado del mundo»*.

Pero él, como todas las noches de las últimas dos semanas, no apareció. Me había acostumbrado a escuchar sus pasos en la madrugada. A ese susurro de tela cuando dejaba el abrigo sobre el sillón. A la forma en que no decía nada… pero se quedaba y saciaba su hambre con gestos apasionados que nos mantenían en el filo de la navaja.

Sin embargo, desde nuestra conversación en el avión, nuestras interacciones habían sido casi inexistentes y lo extrañaba.

Suspiré y me acosté, mirando el techo. Al menos Massimo había despertado y con él, la casa entera.
Los pasillos antes silenciados por miedo y respeto, se llenaron de voces. Los niños volvieron a correr. La cocina olía a canela y azúcar, era una receta de Chiara que había logrado dominar sin quemar nada.

«Aún existían los milagros», pensé.

Todavía recordaba las palabras de Angelo en NuevaYork.

«Si te quedas conmigo. Te juro que las cosas van a cambiar».

Sabía que no debía ser fácil para él, por lo que, los últimos días le había dado su espacio, esperando a que sacara un poco de su tiempo y viniera. Pero las noches pasaban y él no venía.

Me levanté de la cama y tomé el kimono de seda rosa que había traído de Italia. Era cerca de medianoche, aun así, la casa estaba llena de hombres, pero quizá podía conseguir algo de té para poder dormir. Bajé las escaleras observando hacia todos los rincones, el ala donde estaba la habitación de Massimo estaba lleno de murmullos y luz. Giré hacia la cocina y me sorprendí cuando encontré a Angelo sentado en una silla de la isla, jadeé al encontrarlo, rodeado de papeles, pantallas y mapas esparcidos.

—No sabía que aún estabas aquí —dije en voz baja, sin mirarlo.

—Es el mejor lugar para trabajar. —Había una taza con café y unas galletas—. ¿No puedes dormir? —preguntó sin desviar la mirada de lo que hacía.

Negué con la cabeza y avancé hasta quedar sentada frente a él, del otro lado de la mesa.

—Michele me envió un tiquete de regreso a Italia para mañana por la tarde, al parecer, ya sabe lo de Massimo. —Sus ojos se alzaron apenas.

—¿Y lo vas a tomar? —preguntó con la voz rasposa. Sostuve su mirada un segundo más del que debía. La intensidad con la que me observaba era una soga apretándome el pecho.

—No —dije por fin—. No, si no vienes conmigo.

Él soltó un suspiro largo, como si llevara demasiado tiempo aguantando la respiración. Bajó la vista hacia uno de los mapas, mientras sus dedos giraban un bolígrafo. El silencio se hizo tan profundo que pude oír el zumbido del refrigerador y el eco lejano de una puerta cerrándose en el ala este. Me incliné hacia él, como si acercarme pudiera romper la barrera que ponía entre nosotros. Entonces, sus ojos se posaron en los míos con un brillo distinto. Esta vez no vi en ellos dolor, ni culpa… Era algo más primitivo, era miedo.

—Dime que me amas, Angelo, dime que me amas y que lucharemos por lo nuestro, que dejaremos atrás la rabia, el orgullo y

le abriremos paso al perdón. —Lo observé con suavidad.

—Este no es el momento para esta conversación —murmuró, volviendo su vista a los mapas.

—¿Entonces cuándo Angelo? —Tomé su barbilla obligándolo a verme.

—No lo sé, Francesca… No lo sé… —Tiró de su rostro—, no sé cómo mirarte a la cara después de lo que me dijiste en el avión, estos últimos meses nos hemos encargado de hacernos tanto daño que…

—¿Que ahora nos da miedo que intentemos ser una pareja? ¿Qué inténtenos ser lo que éramos antes de que las mentiras nos estallaran en la cara? —lo interrumpí en voz baja.

Angelo apretó la mandíbula y pude ver el movimiento sutil en su garganta cuando tragó saliva. El bolígrafo dejó de girar entre sus dedos. La cocina seguía oliendo a especias y a ese perfume suyo que tanto me gustaba. Me incorporé, rodeé la isla despacio y me detuve justo a su lado. Él no se movió, pero sus ojos me siguieron.

—Yo te amo, Angelo. No en teoría. No porque sea cómodo o bonito decirlo. Te amo porque aún con todo lo que dolió, no he hecho otra cosa más que amarte. —Tomé su mano, la que aún sostenía el bolígrafo—. Tú me salvaste y no dije una sola mentira el día que nos casamos, ese día te elegí con heridas y con errores. Te elegí sabiendo que teníamos mucho camino por recorrer, caminos llenos de piedras, lodo. El matrimonio es una casa que construimos con nuestras propias manos, y sí, a veces la rompemos. Nuestra casa está casi destruida, pero también podemos volver a armarla… Si queremos.

Él bajó la cabeza y su respiración era pesada. Me pregunté si lloraba, pero cuando levantó la vista, sus ojos estaban secos, aunque rojos.

—Yo también te amo, Francesca… —Su voz salió apenas audible—. Pero no soy lo que te mereces. He pasado cada noche de

estos últimos meses tratándote como a una…

—No lo digas Angelo. —Tomé su rostro con mis manos—. No quiero lo que tú crees que me merezco. Quiero elegir y te estoy eligiendo, pero solo si quieres que cambiemos nuestro actuar, solo si quieres caminar junto a mí y no en mi contra, ¿sabes qué decía mi padre siempre? —Negó con la cabeza—. Él me decía que la forma en la que un hombre ama se ve en cómo enfrenta sus propios errores.

—Yo me aferré al orgullo. —Desvió la mirada, tenso—, a la traición, al resentimiento que me envolvió cuando te vi en tu casa en ese hermoso vestido portando el anillo de otro hombre.

—Es el tuyo el que llevo ahora —lo interrumpí, señalando la joya—. El tuyo Angelo. —Lo abracé. Esta vez, él me sostuvo con los dos brazos, como si tuviera miedo de que me desvaneciera—. Tú eres mi esposo, mi deber y mi lugar está donde estés.

Él no respondió con palabras. Solo asintió, y hundió la cabeza en mi cuello. Cerré los ojos, sintiendo su respiración contra mi piel, caliente y temblorosa. Durante un momento nos quedamos abrazados, en medio de la cocina silenciosa y rodeados de papeles olvidados. Me aferré a él como si fuera el último refugio antes de la tormenta. Después de una fracción de tiempo, me separé, apenas lo suficiente para mirarlo.

—No me dejes sola esta noche —susurré.

Angelo me miró, sus ojos brillaban bajo la luz tenue de la cocina, como si contuvieran todo lo que nunca se atrevió a decirme. Había en ellos una mezcla de ternura y tormenta, de deseo contenido y miedo profundo. Era la mirada de un hombre que había estado huyendo mucho tiempo… pero que, por fin, quería quedarse.

—No sé cómo hacer esto sin ti, sin que te sientas vulnerada —confesó en un susurro, con una fragilidad que me desgarró más que cualquier herida.

No pude soportarlo más y uní nuestros labios en un beso suave. Fue un beso lento al principio, como si quisiéramos

memorizarnos de nuevo, reconocernos piel a piel después del silencio. Mis manos subieron a su nuca, a su cabello, tirando de él con ansiedad. Lo sentí temblar contra mí, mientras el beso cambiaba, más hondo, urgente… Desesperado.

Como si tuviéramos miedo de que todo lo que habíamos evitado decir se escapara por nuestras bocas entrelazadas. Angelo me levantó por la cintura, y solté un pequeño jadeo contra sus labios cuando sentí mis piernas rodearlo por instinto.

—Dios, Francesca… —murmuró contra mi boca, con su voz quebrada, casi rota—. Te necesito, pero no quiero…

—Empecemos de cero… —dije colocando un dedo sobre su boca—. Además, yo también disfrutaba. —Lo besé más fuerte.

Él me sostuvo con fuerza, como si temiera que me desvaneciera, y comenzó a caminar hacia las escaleras. Mis brazos lo rodearon por el cuello, sintiendo el latido salvaje de su pecho, tan frenético como el mío. Cada paso que daba hacia arriba era una promesa no dicha, un reencuentro necesario.

La casa entera quedó atrás, el mundo quedó atrás. Esa noche, no éramos más que dos cuerpos buscándose, dos historias rotas intentando volver a escribirse, una habitación que aguardaba como un refugio… o un incendio.

A la mañana siguiente, desperté sola en la cama, pero la sonrisa en mi rostro no se podía ocultar. Al ver la hora en la pantalla de mi celular, me di cuenta de lo tarde que era. Nunca solía despertarme tan tarde. Salí de la cama, me di una ducha rápida y me vestí con premura.

Recordar lo que viví con Angelo anoche, hacía que un sutil cosquilleo se instalara en mi intimidad. Bajé las escaleras, encontré a Chiara en la mesa desayunando; al menos no era la única.

—¿Te sientes bien? ¿Dormiste algo? —le pregunté mientras tomaba una tostada.

—Mi esposo llegó anoche y estaba muy molesto. Es cuando más juguetón se pone. No me extrañaría encontrarme con la sorpresa de que enviamos la carta a la cigüeña, anoche después de…

—Demasiada información —dije sabiendo que mi rostro debía estar del color de la grana—. ¿Sabes dónde está Angelo?

—Mi hermano hoy se sintió mejor, así que tiene a nuestros esposos encerrados en su habitación, quiere que lo pongan al corriente. —Comió un poco de sus huevos—. Además, me hizo una petición, dijo y citó, que Cara necesita una pausa, realmente creo que todas lo necesitamos.

—¿Eso es una invitación? —Alcé una ceja mientras tomaba de mi café.

Chiara y yo nos habíamos acercado. No podía decir que éramos las mejores amigas, pero para ella era evidente que Angelo y yo estábamos atrapados en una encrucijada de sentimientos y orgullos mal digeridos. En el fondo, esperaba que lo ocurrido anoche hubiera empezado a borrar esa distancia.

—Es una orden disfrazada de sororidad —dijo con una sonrisa torcida—. Vamos a un spa. Cara y Anto vienen con nosotras y tú no puedes decir que no.

—¿No es contraproducente salir? Digo, el hombre que atentó contra tu hermano aún está afuera.

—Ha pasado una semana, además, no iremos solas, Salvatore, organizó a un grupo de hombres para que nos acompañen.

—Por mí, perfecto…

—Bien, nos vamos en una hora, porque antes, nuestros esposos quieren que portemos algo en nuestros anillos de boda.

Una hora después, nos fuimos en la camioneta negra habitual, con un nutrido grupo de escoltas detrás. Angelo no hizo buena cara ante nuestro deseo de relajarnos en un entorno diferente a la

mansión, pero accedió, por el ruego de Chiara que le señaló que esa salida le haría bien a Cara. El par de hermanos amaba a esa mujer que manejaba la mansión con guante de seda y mano de hierro. Cara iba en silencio, llevaba el ceño fruncido, como si relajar los músculos fuera una traición a la seguridad. Se masajeaba el vientre en claro instinto de protección mientras observaba el paisaje por la ventanilla blindada del vehículo.

—¿No se supone que esto era para relajarte? —le dije con una sonrisa suave, esperando al menos un alzamiento de ceja.

—Tengo el cuerpo entero en alerta —contestó sin mirarme—. Como si algo fuera a pasar y odio esa sensación. Me recuerda a cuando todo va demasiado bien y entonces, algo revienta.

—Entonces con más razón tendremos que relajarnos y entrar en una bañera con sales de lavanda —dijo Chiara—. Francesca, Antonella y yo beberemos champaña y tú tomarás tu bebida espumosa sin alcohol y dejaremos que alguien te masajee los pies hasta que se te olvide que plantaste la cara de las momias, algo que ni siquiera Massimo ha hecho —sonrió, desde el asiento trasero, sacándose las gafas de sol.

Cara resopló con fastidio, pero algo en su mandíbula se suavizó. Como si por un segundo se permitiera bajar el escudo que había erigido desde el atentado a Massimo.

—Además —añadió Antonella con tono cómplice—, juro que, si no haces nada por ti, tu hijo va a salir con el carácter de Massimo. ¿Quieres eso? ¿Vivir con un mini Massimo?

—Ya vivo con dos —musitó Cara, cruzándose de brazos, pero se nos unió en la risa.

El lugar escogido por Chiara era precioso, vegetación nutrida, música suave y una recepción elegante con gente cálida y atenta, dispuesta a hacer su trabajo. Dentro del spa, todo era distinto. Luz tenue, vapor de eucalipto, música instrumental flotando como un suspiro largo. Solo mujeres, murmullos y una sensación extraña de tregua.

Mientras Cara recibía un masaje relajante en las piernas y Chiara y yo un tratamiento con piedras calientes, sentí por primera vez en mucho tiempo el peso salir de mis hombros. Me recosté, cerré los ojos y respiré.

—Mi hermano te ama, ¿sabes? —dijo Chiara. No abrí los ojos. No me moví, pero toda tranquilidad salió por los aires y me tensé—. No digo que lo demuestre bien —continuó ella—. Ni que lo entienda, pero lo hace y no lo dice, porque como hombre de la familia, es orgulloso como él solo.

Mi garganta se cerró, no por sorpresa, pero sí por vergüenza.

—Lo sé —tragué saliva—. Hemos cambiado mucho en estos últimos dos años. —Ella giró la cabeza para mirarme, con algo parecido al afecto—. Es como si hubiese olvidado algunas cosas.

—Entonces apréndelo de nuevo, pero no lo dejes a él solo en esa guerra.

Mi pecho se apretó porque en el fondo, no estaba segura de si yo era parte de esa guerra o solo un campo de batalla más. Me quedé callada, mientras que los dedos de la masajista pasaban por mi espalda como si intentaran aplacar un nudo que ni siquiera sabía cómo nombrar.

—¿Sabes? —Chiara rompió el silencio—. Amo a mi esposo, es un poco enojón, pero si me hubieses preguntado hace un par de años, te hubiese dicho que quería que cayera por las escaleras… Gracias a Dios, está aquí, ya lo extrañaba —dijo con una sonrisa más suave—. Y ni se te ocurra decirle que lo admití, lo negaría en cinco idiomas diferentes.

—Llevaban una semana sin verse —señalé, agradecida del cambio de tema.

—¡Por eso le arranqué la camisa tan pronto lo vi y jugué a los vaqueros gran parte de la noche! No iba a desperdiciar un reencuentro con sentimentalismos baratos.

—Él no quería que vinieras a Chicago…

—Se supone que cuando me casé con él, Vito pasó a ser mi capo, le debo lealtad y obediencia y blablablá. Fue Vito el que ordenó que no viniera.

—Desobedeciste a tu capo. —Ella negó con la cabeza—. Desobedecí a mi cuñado. Cuando vuelva a Nueva York dejaré que Angeline lo suavice un poco. Vito es un hombre de temer, pero un caramelo con Angie. —Todas reímos. Por primera vez, realmente reímos, como si por un instante, los problemas no existieran afuera. Ni los resquemores allí adentro.

Pero por un momento fuimos solo tres mujeres que reían en medio de una tregua.

Después de un suculento almuerzo en un comedor privado con ventanales que daban a un denso y hermoso jardín como los de mi tierra, decidí dar un paseo. Cara dormitaba en una de las tumbonas con el rostro visiblemente relajado, Antonella se había ido por más chocolate y Chiara observaba el celular. El olor a lavanda aún seguía en mi piel. Mis poros abiertos, mis músculos flojos y la piel tersa y suave.

Salí por una de las puertas laterales del lugar, buscando algo que no sabía nombrar. Silencio tal vez, o algo de soledad, pero de esa que no asfixia. El jardín era pequeño pero hermoso, tenía setos recortados, flores blancas y de lavanda silvestre trepando por una pérgola de madera. El viento traía el murmullo lejano de la ciudad, y por un instante, me permití sentirme fuera del mundo, del caos que implicaba ser parte de una organización como la nuestra.

Cerré los ojos recibiendo los rayos del sol y pensé en Angelo. En la forma en que se entregó a mí la noche anterior, en la nueva etapa que se abría ante nosotros, no sabía cómo sería mi vida lejos de Italia, pero estaba segura de algo, estaría junto a él. La brisa jugaba con los bordes de mi bata de satén. El aroma a tierra húmeda y flores frescas volvió a llenarme el pecho, sentí mis pies

descalzos rozar la hierba aún húmeda. Por un segundo, me sentí segura.

Un crujido se escuchó a mi espalda, giré mi cuerpo, observando cada rincón del lugar.

—¡¿Quién está ahí?! —mi voz flaqueó y apreté el nudo de mi bata.

Tres hombres salieron de entre los arbustos. Vestidos de negro de pies a cabeza. Sin rostro, sin palabras, como sombras. Retrocedí tan rápido que tropecé con una piedra, cuando los vi caminar hacia mí, me abalancé hacia el interior, pero uno de ellos fue más rápido y me sujetó por la cintura. Mientras otro tomaba mis brazos. Forcejeé, pateé, mordí y grité, como si eso pudiera salvarme.

—¡Chiara! —grité, desgarrándome la garganta—. ¡Suéltenme, hijos de puta! —aullé, con la voz hecha furia y desesperación. Sentí un pinchazo, como el mordisco de una víbora, el calor se deslizó por mi piel como fuego bajo la carne. Vi a Chiara correr hacia mí, sin embargo, uno de los hombres forcejeó con ella, mis piernas se entumecieron, quería pelear, pero no tenía fuerzas.

—No… —jadeé.

Chiara seguía peleando, mientras gritaba mi nombre y llamaba a seguridad. El ardor de la droga recorrió mis venas, a pesar de mi vista borrosa, pude ver a Chiara quitarle el pasamontaña al hombre con el que peleaba

Joven, pálido e implacable, tenía una cicatriz que surcaba su cara y en el cuello un tatuaje, uno que había visto la noche anterior en los documentos esparcidos sobre la isla que Angelo leía.

—¡Chiara! —grité cuando un hombre apareció detrás de ella clavándole una jeringa en el hombro, sus piernas cedieron, y mi mundo dio vueltas. Lo último que registré fue su cuerpo cayendo cerca del mío, el miedo me envolvió por completo y supe que al final, no había nada que pudiera hacer, porque ellos eran más fuertes.

CAPÍTULO 37

Francesca

Abrí los ojos lentamente, apenas un pestañeo, sentía los párpados pesados, el aire era denso, pero había un fuerte olor a óxido y una mordaza sellaba mi boca. Todo estaba oscuro e intenté moverme, sentarme, no obstante, estaba atada, de manos y pies. El miedo se apoderó de mi cuerpo, me sentía indefensa, entonces gimoteé más por pánico que por dolor.

«Respira, Francesca… Respira».

Cerré los ojos intentando controlar mi miedo, no podía dejarme llevar por él, no ahora. Parpadeé, tratando de acostumbrarme a la oscuridad, y me di cuenta de que estaba en la parte trasera de algún vehículo. Podía sentir la vibración del movimiento bajo mis pies. Respirando fuertemente me arrastré cómo pude hasta un rincón de la carrocería. Apoyé la espalda contra una de las paredes metálicas y me senté. Solo entonces noté unas pequeñas rejillas en el techo, por las que se colaba una franja de luz turbia. Me temblaron los labios debajo de la mordaza, porque ya era de noche, y cuando esos hombres me raptaron apenas era hora de almorzar.

Los recuerdos invadieron mi memoria, recordé a Chiara corriendo hacia mí, peleando por mí. El miedo volvió a hacerse latente, cerré los ojos y me obligué a respirar, no podía dejar que el pánico me invadiera. Aún tenía puesta la bata de spa, manchada y maltratada. Estaba descalza y el costado me escocía.

«Chiara… ¿Dónde está? ¿Está en otro auto?». Traté de recordar, pero lo que más claro tenía en la mente era el instante en

que la aguja penetró mi piel. La sensación punzante en mi cuello, justo antes de que todo se hundiera en un abismo sin fondo. Tragué saliva con dificultad. El cuerpo me pesaba como si no fuera del todo mío.

El auto seguía en movimiento. El ruido del motor, constante y monótono, un zumbido que me mantenía atrapada en la conciencia. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que desperté o cuánto había pasado desde que me sacaron del spa. Moví las manos intentando zafarme, pero no pude deshacer el nudo, estaba a punto de intentarlo de nuevo cuando el auto se detuvo.

Contuve el aliento mientras escuchaba voces apagadas, ansié saber cuántos eran y si tenía alguna oportunidad de luchar, porque quería hacerlo. Respiré profundo y afiné mi oído, pero no podía entender lo que decían. Escuché pasos, un minuto después, las puertas se abrieron y una luz cegadora inundó la cabina. Cerré los ojos mientras me ajustaba a la luz, los entreabrí un segundo después solo para ver a un hombre vestido de negro, pero no podía ver su rostro, ya que permanecía oculto por el ángulo de la luz.

—Está despierta —murmuró sin emoción.

—Ya sabes qué hacer —respondió otro desde afuera.

El primer hombre metió la mano en su chaqueta. Mi estómago se revolvió cuando lo vi sacar una jeringa.

«No». Me revolví con torpeza, mis muñecas dolían, la cuerda se clavaba como alambre en mi piel. Mi garganta emitió un grito ahogado, sofocado por la mordaza empapada en saliva y desesperación. Todo en mí quería huir, pero el pinchazo fue breve, seguido de un ardor instantáneo que se extendió como fuego líquido bajo mi piel. Una lágrima se deslizó por mi mejilla, no de miedo sino de rabia e impotencia. Por saberme vencida sin poder siquiera pelear.

Una oleada de náuseas me golpeó, mientras que la luz se volvió difusa y las voces lejanas. Lo último en lo que pensé antes de que la oscuridad me reclamara de nuevo fue en Angelo, en su voz

ronca al final del día, sus manos grandes y cálidas envolviendo las mías, en la forma en que me miraba cuando pensaba que yo no lo notaba. ¿Dónde estaría ahora? ¿Lo sabría ya? ¿Estaría volviendo el mundo de cabeza para encontrarme? Quise creer que sí.

Angelo

Estaba poniendo a Massimo al día cuando mi celular sonó, el nombre de Cara titilaba en la pantalla y supe que algo no estaba bien.

Mi hermano me miró ceñudo cuando le dije que debía atender algo fuera de la mansión. Me pidió que lo mantuviera al tanto de lo que estaba ocurriendo en las calles. Cuando salí, Dante y Amadeo estaban fuera de la casa junto con otros hombres.

—Ustedes dos, suban al auto ahora. —Me senté tras el volante y derrapé en la entrada de la mansión.

—¿Sucede algo? —preguntó Dante, al ver mi manera desenfrenada de conducir.

—Secuestraron a Francesca y lastimaron a Chiara en el spa en el que estaban. Cara no quiere que Massimo lo sepa.

—Massimo es el jefe de la familia, por supuesto que debe saberlo. Angelo, prometí que nunca volvería a actuar en contra de mi capo.

—Se lo diré cuando tenga pruebas, cuando sepa qué pasó. Cara fue ambigua y necesito saber a qué nos estamos enfrentando.

Conduje como un maniático, zigzagueando entre otros autos, pasándome los semáforos en alto hasta llegar al maldito spa. El motor aún estaba encendido cuando me bajé del auto. Las puertas del lugar estaban abiertas, luces encendidas y rostros confundidos. Mi rostro mostraba una calma absoluta, pero solo una fachada. Necesitaba estar centrado para poder hacer mi trabajo, pero por dentro quería matar a todos esos hijos de puta. Respiré hondo,

cerré el puño, y me obligué a parecer inquebrantable mientras cruzaba la entrada.

—Angelo —la voz de Cara me alcanzó antes de que la viera. Caminó hacia mí con paso rápido, su rostro estaba pálido. Iba a decir algo, pero levanté la mano.

—¿Tú estás bien? —pregunté, buscando heridas o golpes en su piel.

—Antonella y yo estábamos haciéndonos otro tipo de masaje y…

Dejé un beso en su frente cuando a lo lejos vi a Chiara sentada en una silla con la espalda hundida y los brazos colgando a los lados, su piel tenía un color enfermizo. No tenía que ser un genio para saber que era justo cómo se veían las personas drogadas, alguien la había dopado para sacarla del camino. Valentino apareció desde otro pasillo, para abrazar a su esposa con una protección feroz. Chiara lloró en su pecho por unos segundos. Luego se separó y me miró, su gesto me atravesó como una daga. Era evidente que ella se sentía culpable.

—Angelo… lo siento —su voz fue un susurro quebrado—. Intenté ayudarla. Lo juro por mamá y papá, lo intenté… Pero me inyectaron algo, nos inyectaron algo, lo último que vi fue al más grande de los hombres cargar a Francesca.

—No es tu culpa hermana, sé que no es tu culpa, ahora necesito es saber todo lo que recuerdes. ¿Cómo eran y en qué auto se movían? —Limpié sus lágrimas y la alejé de mí.

Ella se quedó en silencio, con su mirada atravesando la mía, como si estuviese evocando recuerdos perdidos.

—Le quité el pasamontaña a uno de ellos y tenía una cicatriz aquí. —Chiara se señaló la mejilla izquierda, temblando—. Y un tatuaje en el cuello. Una especie de cruz… o símbolo… No sé.

Saqué mi celular y busqué la foto del tatuaje de la Orden, deseando que mi hermana me dijera que estaba equivocado.

—¿Ese era el tatuaje?

Chiara lo observó, sus ojos se abrieron y asintió con la cabeza.

¡Maldita sea!

Valentino se acercó y se detuvo detrás de mi hermana, poniéndole las manos sobre los hombros, para mirar en el celular.

—El atentado era para Massimo —murmuró.

Cara jadeó y Chiara se giró abrazando a su esposo, me giré rápidamente lanzando órdenes, necesitaba todas las jodidas grabaciones de las cámaras de seguridad, no solo del spa sino de todo el maldito Chicago. Mi cuerpo empezó a temblar por la tensión, pero me obligué a quedarme quieto. Aunque quería gritar, correr, romper algo, no había espacio para eso.

—Dante, Amadeo. Quiero todas las grabaciones del CTV del spa, las interiores, las exteriores, y de los negocios a cinco cuadras. Ya. Si tienen que arrancarlas con sus putas manos, háganlo.

—Entendido, jefe —contestó Dante sin dudar. Ambos salieron rápidamente.

—¿Por qué? —farfulló Cara, acercándose—. ¿Por qué Francesca, y nos dejaron a Chiara y a mí?

—Francesca hace parte de la Sacra familia, también. —Miré a Valentino—. ¿Puedes llevarlas a casa?

Mi cuñado asintió. No había visto a Antonella, estaba casi que escondida en una columna. Saqué mi celular y le marqué a una de las pocas personas en la que confiaba mi vida.

—Salva, la Orden atacó de nuevo, tienen a Francesca —mascullé con rabia—. Protege a los niños. Valentino y Luca llevarán a Chiara, Antonella y Cara a una de las casas seguras.

—No iré a ningún lado sin Massimo —reviró Cara inmediatamente.

—No me lo pongas difícil —dije sin colgar—. No puedo estar pendiente de ustedes, la maldita ciudad y encontrar a mi esposa —

enumeré y luego volví con Salvatore—. Salva, dobla la seguridad en la casa e informa a todos los hombres disponibles. —En mi mente, lo único que me importaba era encontrar a mi esposa y hacer que cada hijo de puta que estuviera tras su secuestro, pagara con su vida.

Francesca

La cabeza me dolía y una especie de mareo sacudía mi cuerpo; al abrir los ojos, observé a mi alrededor dándome cuenta de que la oscuridad no era total, pero sí densa. Olía a humedad estancada. Tenía la boca seca, los labios agrietados y la garganta en carne viva por la mordaza que, afortunadamente, ya no llevaba… pero seguía atada. Las muñecas me ardían por la fricción de la cuerda y los tobillos estaban igual de ajustados, así que cada movimiento, por mínimo que fuera, se convertía en una tortura.

Estaba en lo que parecía un sótano, aunque más bien se sentía como una tumba. Una tumba sucia, mohosa, sin ventanas ni rejillas. Solo escaleras que conducían hacia una puerta cerrada, una mesa de metal… y una cama que parecía más un lugar para inmovilizar cuerpos que para descansar. Me arrastré, como lo hice en el auto, hasta una esquina. Usé la pared rugosa como apoyo y me obligué a sentarme. El concreto estaba helado. El corazón me latía con fuerza, como si supiera que debía mantenerme atenta, aunque quisiera desaparecer.

«¿Dónde está Chiara?».

La angustia me atravesó el pecho. No sabía si estaba viva, si estaba aquí… o si alguna vez la volvería a ver.

Desde arriba, un murmullo comenzó a tomar forma.

—¿Entonces te vieron? —gritó iracundo un hombre.

—La chica me quitó el pasamontaña, no es mi culpa. Entréganos el dinero y nos iremos.

—Son unos imbéciles.

—Pues, estos imbéciles jodieron a dos capos de un solo golpe.

El aliento se me trabó en los pulmones. Era real… Eran ellos.

—El dinero será transferido a sus cuentas. Tal como acordamos, y les aconsejo que salgan del pais.

El tinte de esa voz me golpeó directo en el pecho. Lo conocía. Esa soberbia, ese timbre cargado de desprecio, era imposible de confundir. Pero mi mente, enturbiada por la droga, luchaba por abrirse paso entre la niebla.

Luego, un portazo sacudió las paredes y el silencio se volvió peor que cualquier amenaza. Los pasos bajando las escaleras me sacaron de mis pensamientos. Zapatos oscuros, movimientos controlados, deliberados. Mi piel se erizó, pero cuando comenzó a tararear, mi corazón se detuvo.

«Esa melodía… No, no puede ser».

—*Benvenuta, moglie*, a casa —murmuró, con ese acento siciliano que me heló la sangre.

Levanté la mirada, como si en el fondo supiera lo que iba a encontrar. Daniele Esposito, la locura en sus ojos era peor que cualquier sombra.

Me alzó del suelo con violencia, como si fuera una muñeca de trapo, y me dejó caer bruscamente sobre la mesa metálica. Un gemido escapó de mi garganta al sentir el contacto brutal del frío contra mi espalda. El acero me traspasó la tela de la bata y se metió en mis huesos. Con manos crueles, ató mis tobillos con cinturones de cuero, luego las muñecas. El corazón empezó a golpearme contra las costillas.

—Daniele… ¿Qué estás haciendo? —pregunté con voz temblorosa, aún aferrada a la esperanza de que esto no fuera real.

Pero no me respondió, solo me desnudó. No lo hizo con lentitud, ni con deseo, lo hizo con odio. Abrió con brusquedad la bata de satén hasta dejarme en ropa interior. Ni siquiera me miró como a una persona.

—Daniele…

—¡Cállate! —escupió. Luego sacó un látigo del cajón de la mesita.

La oscuridad se volvió más espesa. Yo… no podía respirar.

—Llegó el momento de jugar —dijo con una sonrisa torcida.

El primer golpe fue como un relámpago directo en mis piernas, la piel me ardió. Grité y el eco de mi voz chocó contra las paredes.

—Este es por haberme visto la cara de estúpido —gruñó. El segundo azote fue en el abdomen. Me removí por instinto, el dolor era tan agudo que pensé que iba a vomitar—. Este por escapar de mí. —Las lágrimas brotaron sin permiso. Luego vino el tercero. Vi cómo levantaba el látigo con lentitud, disfrutando del momento, de mis lágrimas y mi miedo... Cerré los ojos. Me preparé y me tragué el grito antes de que naciera—. Y este —dijo con voz rota por la furia —, es por haberte casado con el maldito de Angelo Di Lucca.

El golpe fue como una puñalada brutal, el dolor viajó por mis terminaciones nerviosas lacerándome desde adentro pero no lloré. No iba a convertirme en la víctima que él deseaba, ni le daría el gusto de verme sufrir. Daniele volvió a levantar el látigo, y esta vez no lo bajó de inmediato. Solo lo sostuvo frente a mí, como un verdugo que saborea el miedo de su presa.

—Esto es lo que pasa cuando le das la espalda a un hombre que lo apostó todo por ti —murmuró. Si no lo conociera bien creería que estaba dolido—. Tú me hiciste esto, Francesca. Tú lo provocaste… Tú me hiciste esto. —La frase repiqueteó en mi cabeza como una campana hueca.

El problema no era solo su crueldad, era su convicción y ese modo de justificar lo imperdonable. De convertir su violencia en castigo merecido. Ya no era solo miedo lo que sentía, sino rabia y repulsión. No sabía cuánto tiempo me quedaba, ni cuántos latigazos más iba a soportar… pero si sobrevivía, si salía de allí con vida, iba a hacer que se arrepintiera.

Miré el anillo en mi dedo, Valentino había sido tajante al decir que no saldríamos de casa si no lo usábamos, había incrustado un microchip de GPS… Angelo vendría por mí, solo tenía que resistir.

Daniele dejó el látigo sobre la mesa, luego se acercó a mí, me agarró del cabello hasta dejar mi rostro descubierto.

—Esto es solo el principio —murmuró y luego pegó su boca contra la mía.

Apreté los labios y moví la cabeza de un lado a otro, cuando se separó, escupí en su mejilla.

—Angelo vendrá por mí y tus días estarán contados —amenacé cuando se alejó.

Daniele soltó una risa lunática, que me heló la sangre.

—Eso es justamente lo que quiero… que venga, así puedo cobrar una deuda del pasado. Además, darle un disparo en la cabeza solo por el hecho de vulnerar mi territorio. —Dio un paso hacia atrás, subió las escaleras y apagó la luz, luego salió.

«Su territorio… eso significa que ya no estaba en Illinois».

CAPÍTULO 38

Angelo

Habían pasado casi veinticuatro horas desde que se llevaron a Francesca. Las horas se medían en latidos y cada jodido latido me dolía como un golpe. Aprendí a contener la furia y a encerrarla detrás de muros de acero, pero esa noche, mientras la ciudad dormía y seguíamos sin rastros de Francesca, esos muros empezaban a resquebrajarse.

Les tomó cuatro horas a Dante reunir los vídeos de las cámaras del spa y de los negocios aledaños al lugar. Por lo que el estudio de mi hermano estaba rodeado de pantallas y rostros tensos, sentía cómo mi cuerpo vibraba de impotencia.

Cada imagen de la furgoneta blanca, cada pixel distorsionado, aumentaba una febril obsesión. Mis ojos estaban rojos y cansados, no obstante, mis dedos seguían volando sobre el teclado, como lo habían estado haciendo en las últimas ocho horas. Tres hombres del equipo de ciberseguridad de Massimo revisaban las grabaciones como si pudieran exprimirle más información si las veían una vez más. Pero parecía que un agujero negro se la hubiese tragado.

—¿Algo en Iowa? —preguntó Valentino, entrando a la oficina.

Levanté la vista de la pantalla del computador y observé a los tres hombres que estaban junto a mí. Gino y Giuliano estaban a cargo de las cámaras de seguridad.

—No señor, el último punto es una intersección sin cámaras. La camioneta no pasó ninguna caseta más, ni hay peajes cerca. Es como si se hubiera desvanecido.

—O como si supieran exactamente dónde cortarnos el paso —dijo Dante acercándose a Giuliano.

Dante no había querido separarse de mi lado, mientras que Amadeo y Luca organizaron grupos de búsqueda por toda la ciudad, antes de que pudiéramos constatar que la camioneta se había perdido en Iowa.

—¿Dónde está la última señal? —preguntó Valentino sin levantar la voz.

—En un radio de cuatro millas al noreste de Des Moines —respondió Gino.

—¿Algo del GPS? —dijo Moses, el otro que me estaba ayudando a configurar el GPS que Valentino había instalado en los anillos de Chiara y Francesca.

—Seguimos rastreándolo, agradezco que hayas colocado el chip, pero el problema con estos, es que sus conexiones y algoritmos se desconfiguran y cuesta sincronizarlos.

—¿Hablaste con Vito? —preguntó de nuevo. Los chips eran una nueva adquisición de la Cosa Nostra, que empezaba a incursionar en el mercado legal de las armas y la tecnología.

—El señor Costa, me contactó con el equipo de ciberseguridad de la empresa que inventó el chip, estamos trabajando lo más rápido que podemos para sincronizarlos —respondió Moses.

—Es cuestión de tiempo —dijo Valentino con voz firme.

—¿Tiempo? —solté, la palabra con desdén—. ¿Y mientras tanto qué? ¿Qué esperas que haga? —Giré lentamente la cabeza hacia él, con los dientes apretados y las venas palpitando de impotencia en mis sienes—. ¿Qué respire profundo? ¿Que mantenga la calma? —Valentino bajó la mirada un segundo—. ¿Qué harías si fuese Chiara? —pregunté con un susurro cargado de veneno.

Por una fracción de tiempo, la habitación quedó en silencio, solo era interrumpido por el zumbido de los monitores y el chasquido de teclas.

—La haría volver. —Su voz salió baja. Alzó el rostro y me miró con la misma rabia que yo contenía—. Haría arder este puto país si tuviera que hacerlo. Así que no me mires como si no entendiera, porque entiendo demasiado.

La puerta volvió a abrirse y esta vez fue Salvatore el que se asomó, lucía tan cansado como los demás, además no estaba del todo recuperado de sus heridas, por lo que, como con Massimo, estaba en reposo.

—Massimo necesita verte.

Me pasé una mano por la cara, negando con la cabeza.

—Dile a Massimo que estoy ocupado, intentando localizar a mi esposa.

—No es una petición, Angelo —respondió Salvatore con voz de plomo—. Te necesita, ahora.

Miré a Dante que esperaba mis órdenes.

—Moses, no te despegues de ese ordenador hasta que sincronices y actives el maldito chip. Valentino…

—Ve tranquilo, te avisaré si algo sucede. —Me levanté y seguí a Salvatore. La habitación de Massimo estaba en la misma ala de la mansión, por lo que llegué rápidamente.

Mi hermano estaba semi sentado sobre la cama, seguía viéndose demacrado y pálido. Cara estaba a su lado, sujetándole la mano con fuerza. Sus ojos se alzaron hacia mí, suplicantes. Yo no le devolví la mirada, no podía. Estaba furioso con ella.

La discusión que habíamos tenido horas antes aún me palpitaba en la cabeza, a pesar de que entendía su resistencia a separarse de Massimo.

«—Te dije que te fueras a la casa segura, Cara.

—Y yo te dije que no dejaría a Massimo aquí solo, con un objetivo en la espalda.

—¡Tu trabajo es proteger a los niños!

—¡Mi trabajo es proteger a Massimo! ¡No me iré si él no viene conmigo!

—Sabes perfectamente que no podemos moverlo de la casa.

—Entonces nos quedamos todos aquí.

Por su terquedad, tuve que traer a cincuenta hombres para que custodiaran la mansión durante las primeras horas del secuestro de Francesca

Cincuenta que me servían más patrullando en las calles».

Cara apretó los labios, con los ojos vidriosos. Massimo le hizo una señal y ella asintió, dejó un beso en sus labios y salió de la habitación. La culpa me mordió el pecho, pero no podía ocuparme de eso ahora.

—Supongo que aún no has informado nada sobre esta situación a la 'Ndrangheta.

—Esto no es una «situación», Massimo. Se han llevado a mi esposa y me haces venir hasta aquí cuando debería estar rastreando el jodido microchip en su anillo.

—No quiero problemas con la 'Ndrangheta, hermano. Entiendo que estés preocupado por Francesca, es por ello que te he hecho venir.

—No quiero a Michele repitiéndome que por eso debía dejarla en Italia, así que no. No lo he hecho y no lo haré hasta que no sepa dónde está.

—Salvatore y yo hemos estado trabajando. Sé cómo estás y la calma que has manejado hasta ahora es admirable. —No quería que me admiraran, quería encontrar a mi esposa—. Contéstame con la verdad, solo con la verdad, Angelo. ¿La 'Ndrangheta tiene algún enemigo?, uno con el suficiente poder como para hacer revivir a la Orden.

Lo pensé por unos minutos, Nápoles era tan silencioso que era aburrido, patrullé las calles durante meses y lo único que había

hallado era uno que otro traficante que se negaba a obedecer las órdenes.

—No, solo problemas con bandas menores de microtráfico, pero con el poder de la 'Ndrangheta nadie con sentido común quiere ser nuestro enemigo.

—¿Estás seguro? ¿No han tenido ningún tipo de problema que haya desatado la furia de la Orden?

—¡Massimo, ¿a dónde quieres llegar?! —dije perdiendo los estribos.

—¿Sabes que la Orden del Siroco tiene raíces en Sicilia? — dijo Salvatore, uniéndose a la conversación—. Hemos estado pensando que tal vez el ataque a Mássimo fue solo una movida. Una forma de traerte de vuelta a Chicago.

—¿Qué te hace pensar esa tontería?

—Esto no es una guerra contra la Sacra Familia —me interrumpió Salvatore, con una certeza que me heló—. No se llevaron a Chiara, si querían guerra con nosotros, el ataque hubiese sido para ambas, pero a Chiara solo la quitaron del camino. Lo que nos hace pensar que esto es contra ustedes.

—Esto es una estupidez —hablé negando con la cabeza, sin embargo, las palabras de Salvatore hicieron que mi pecho se contrajera.

—Necesito que llames a Michele. —Negué con la cabeza—. Hermano, no seas cabezota.

La puerta se abrió y Valentino entró a la habitación.

—Angelo, lograron abrir el sistema, te necesitan para descifrar los códigos o una mierda de algoritmos.

Corrí hacia el estudio sin importarme más nada de lo que lo que acababan de decirme, abrí la puerta seguido de Salvatore y Valentino. Moses estaba detrás de la pantalla principal, Gino y

Guiliano estaban junto a él mientras tecleaba rápidamente y la pantalla se llenaba de códigos.

—¿Qué tienen? —pregunté apenas crucé la puerta, con la voz más áspera que nunca.

—Logramos hacer conexión y triangular el GPS con las últimas torres de señal que registraron movimiento antes de que se perdiera —respondió Moses sin despegar la mirada de la pantalla—. Estaba encendido hasta hace veinte minutos, probablemente lo destruyeron o está en un lugar sin cobertura.

—¿Ubicación? —pregunté, acercándome al teclado, mis dedos picaban por hacer algo.

—En las afueras de West Wendover. En el estado de Nevada. —Moses señaló un punto rojo en el mapa que parpadeaba.

—¿Nevada? —dijo Valentino sin entender.

—Te lo dije —expresó Salvatore.

Pero no lo escuché aparté a Moses y me incliné sobre el teclado, el sudor bajaba por mi nuca y el corazón me bombeaba con fuerza. Tecleé a toda velocidad, anulando barreras, forzando protocolos. No pensaba ni dudaba, porque era lo único que podía controlar.

—¿Puedes cruzar la información con el tráfico de cámaras públicas, privadas, incluso drones? —pregunté a Gino—. Quiero saber si entró o salió algún puto vehículo del perímetro en las últimas veinticuatro horas.

—Sí, pero tomará tiempo —dijo Giuliano, tenso—. Hay miles de datos.

—No me importa si tienen que vaciar nuestros servidores. Encuentren el maldito punto.

Salvatore puso una mano en mi hombro. Mis músculos estaban tensos como cuerdas de acero. No iba a hablar y no iba a respirar más de lo necesario. La imagen de Francesca con la bata del

spa, descalza, indefensa, era una daga clavada constante en el pecho.

Valentino trajo un mapa y lo desplegó sobre la mesa, trazando puntos junto con Salvatore y Dante. Mientras que, Gino y Giuliano descargaban los videos de seguridad cercanos a la zona industrial donde el GPS había marcado la última señal.

Mi mente, me arrastró a los recuerdos de mi madre dejándonos a Chiara y a mí escondidos tras una roca, mientras tomaba un arma y salía en ayuda a mi padre. Solo porque quería unas vacaciones normales.

Chiara temblaba tanto que tuve que taparle la boca con la mano. Yo solo escuchaba gritos, disparos y el silencio brutal que vino después. El olor metálico y ácido de la sangre mezclada con pólvora, quemado en mi memoria.

Nunca le había dicho a Massimo que solo yo era el único culpable por la muerte de nuestros padres, yo y mi deseo de ser un maldito niño normal, aunque mi padre decía que ningún Di Lucca podía serlo.

«—Esta es nuestra normalidad, Angelo —murmuró un día antes de salir de las vacaciones mientras cenábamos.

—Solo por estas vacaciones papá —le dije con intransigencia —. Solo una semana sin guardias, sin autos blindados, sin que la gente nos miré como si fuéramos fantasmas con dinero. —Mi padre miró a mi madre y ella asintió.

Si hubiese sabido que esas vacaciones destruirían nuestra vida…»

—Angelo. —Volví al estudio, a las voces, al mapa—. Vamos a encontrarla —dijo Salvatore—. No estás solo.

Pero lo estaba, lo había estado desde que era un niño, porque el miedo de perder otra vez a alguien que amaba, me hacía sentir huérfano de nuevo. Solo que esta vez, estaba dispuesto a todo por salvarla.

—Moses, relévame y avísenme cuando tengan la confirmación. —Me levanté—. Dante, acompáñame.

—¿A dónde vas? —gritó Salvatore mientras me levantaba del escritorio.

—Al aeropuerto, si ese es el último punto de señal quiero ir a revisar yo mismo.

—Yo voy contigo —murmuró Valentino, mientras sacaba mi celular y marcaba un numero rápidamente—. Luca, reúne a tus mejores hombres y nos vemos en veinte minutos en el aeropuerto, llama a Amadeo.

—Llévate a Mateo, Fabiano y Alessio, son buenos tiradores —dijo Salvatore—. Avisaré a Massimo.

Asentí y Salvatore me sostuvo la mirada con la gravedad; entendía lo que estaba en juego. Luego asintió, lento, como si aceptara que ya no éramos hombres, sino bestias en busca de sangre.

CAPÍTULO 39

Francesca

Tiré de mis muñecas y mis piernas una vez más, pero el cuero empezaba a lastimarme la piel. Mis lágrimas caían en silencio, mezcladas con el sudor y el polvo. Daniele estaba loco; no del tipo que grita incoherencias, sino del que sonríe mientras tortura. Ya lo había sospechado cuando vivía con él. Ahora lo confirmaba con cada segundo en este sótano.

No tenía hambre, solo una sed seca y dolorosa, como si me hubieran lijado la garganta. Quizá por el calor o por tanto llorar. Ya que habían pasado horas desde que él se fue. Arriba todo estaba en silencio.

Por un instante, esperé que se hubiera marchado, que hubiese perdido el interés después de la ronda de latigazos con la que me marcó la piel. Pero otra idea me atravesó, ¿y si me dejó para morir lentamente? Sin agua, sin comida, sin alguien a quién suplicar. Negué con la cabeza, rechazando esa idea y con la esperanza de que Angelo me estuviera buscando. Era lo único que me sostenía.

«Por Dios, que el maldito chip en mi anillo funcione».

Un chirrido me desgarró los oídos. La puerta se abrió y el corazón se me subió a la garganta. Una voz de mujer rompió el silencio, pero no entendí lo que dijo. Luego, las botas pesadas de Daniele retumbaron en los escalones.

—Ven, la perra está dormida. Le hice tragar una pastilla.

No era cierto. Nunca la tragué, solo le hice creer que lo hice. Me concentré en mi respiración, en mantenerme inmóvil, con los

ojos cerrados, esperando.

«No te muevas, no respires de más, no les des nada».

—Daniele, este no era el trato —dijo una voz que me golpeó el pecho con fuerza.

«No… no puede ser. ¿Gianella?»

—Lo sé —masculló él—. Pero esta *puttana* me debe demasiado. Voy a divertirme con ella antes de enviársela a su marido... o al tuyo, en pedazos. ¿Michele ya lo sabe?

—No lo creo. Hablé con él hace una hora y no dijo nada del secuestro de Francesca. Supongo que Di Lucca no lo ha dicho. Tampoco es como si la fuera a echar de menos... duermen en habitaciones separadas. Solo son extraños con un anillo en común. —Cada palabra se sentía como un golpe. Una traición tras otra. Gianella... Ella tenía que ver en esto. Por esos sus viajes, sus dichosos viajes con sus amigas.

—Entonces —continuó Daniele—, pienso tomar lo que Di Lucca rechazó y después me desharé de ella.

—¿Vas a tener sexo con ella? —gritó Gianella como si no pudiera creerlo—. Eres un hijo de *putta*, estoy arriesgando el pellejo por ti y me dices que vas a comerte a esta zorra en mi puta cara.

El miedo se clavó en mi estómago como una mordida salvaje. Golpes, cortes, humillaciones… podía soportarlo. Pero la idea de que me tomara sin mi consentimiento hacía que un pozo de angustia se abriera dentro de mí, hundiéndome hasta asfixiarme.

—Stsss, gatita... —le dijo Daniele a Gianella—. Luego puedo darte lo que te gusta y como te gusta. —Empezaron a besarse, podía escuchar el sonido de sus labios, su respiración y sus caricias.

¿Michele sabía de la relación de Gianella y Daniele? ¿Fue por eso que se llevó a Carla y al niño fuera de la ciudad? Mi corazón latía tan fuerte que pensé que se me saldría del pecho y mi cuerpo temblaba sobre la mesa. No podía resignarme, no podía dejar que lo hiciera… No podía terminar así.

—Solo sigue el plan, deshazte de ella. Así Di Lucca se largará de Italia. Mi hermano y tú podrán quedarse con el territorio de la 'Ndrangheta cuando matemos a Michele y a su bastardo. Culpamos a los hombres de la Sacra Familia. Dejas a la idiota de tu esposa y gobernamos juntos.

—Tienes todo un plan, mi gatita. —Daniele soltó una risa gutural, baja.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento, quiero que Michele me mire a los ojos y pague por su desprecio, por su rechazo… —habló, furiosa.

—Es un imbécil. ¿Quién puede rechazarte?

Una nueva ronda de besos empezó.

No abrí los ojos.

No podía creerlo.

Gianella y Daniele.

Los pasos se alejaron, subieron por la escalera. Esta vez Daniele olvidó apagar el bombillo de luz cálida que hacía ver el sótano como la casa del terror. Seguía cubierta tan solo por mi ropa interior. La puerta se cerró después de unos minutos y el alivió recorrió mi cuerpo magullado. Él se había ido con Gianella, pero no me importaba, necesitaba escapar antes de que él regresara. Tiré de mis amarres una vez más, pero como las veces anteriores, nada sucedió. Cada músculo me ardía, cada parte me dolía, las marcas de los azotes, los pequeños cortes que Daniele me hizo como firma en mi piel, cuando se aburrió del látigo y tomó un pequeño bisturí. Cada vez que bajaba, traía un nuevo instrumento de tortura.

Debí haberme quedado dormida de puro y físico agotamiento, porque desperté sobresaltada al escuchar pasos desde arriba. Necesitaba agua, tenía la boca reseca y pastosa. Escuché sus pasos bajando las escaleras y cerré los ojos con fuerza, fingiendo estar

dormida. Tal vez se iría de nuevo si no veía el temor en mis ojos, tal vez…

«Por favor, Dios. Por favor, Dios, no dejes que me toque».

Un líquido me empapó la cara, por lo que tosí, ahogada. Daniele derramó sobre mí un cubo con agua helada.

—¡Basta, Daniele! ¡Basta! —grité, escupiendo el agua.

—Eres una niña mala, Francesca —susurró. Dejó caer una caja de herramientas con un estruendo—. No estabas dormida cuando bajé con Gianella... pensaba dejarte ir luego de que me hubiese desecho de tu hermano; no sé, quizá llevarte a uno de mis burdeles, pero morirás aquí. No era el plan inicial, pero soy excelente improvisando.

No podía hablar, no confiaba en mi voz, porque la desesperación se me había metido hasta los huesos.

«Aguanta, Francesca. Solo un poco más. Angelo viene. Tiene que venir».

—Solo suéltame, Daniele —dije con un tono bajo, como quien ofrece veneno disfrazado de miel—. Suéltame y haré que te sientas bien…

Él rio.

—Para eso no necesito soltarte, atada me harás sentir muy bien —murmuró con una mueca burlona. Supe que nada de lo que hiciera o dijera haría que me dejara ir, entonces dejé que la ira se apoderara de mí.

—¡Mátame de una vez, joder! ¡Eres un enfermo! Lo supe cuando viví junto a ti y lo sé ahora —grité.

Él no respondió, en vez de ello caminó hacia una mesa y encendió una radio vieja. La melodía de *Claro de Luna* flotaba en el aire, delicada y cruel, como una burla del destino. Luego se giró hacia mí, un cuchillo brillando entre sus dedos, y avanzó con la mirada desquiciada de quien ya ha cruzado el límite de la cordura.

—No, no… por favor —susurré. Las lágrimas caían de mis ojos con fuerza.

Bajó el rostro hasta quedar a la altura del mío. Por un instante creí que volvería a besarme, pero no lo hizo. En cambio, su lengua recorrió mis mejillas húmedas, saboreando mis lágrimas, antes de posar el filo del cuchillo justo detrás de mi oreja. Lo dejó ahí, inmóvil, como si disfrutara prolongar la amenaza, y luego lo deslizó lentamente hacia abajo, frío como una sentencia. Resbaló por mi cuello, mis pechos, hasta mi ropa interior. Jadeé cuando rasgó mis bragas.

«¡Haz algo, Francesca! No se lo permitas».

—Perfecta… tal como me gustan —susurró, acercando el rostro a mi sexo. Estaba por tocarme cuando una explosión sacudió el sótano. Daniele retrocedió con el cuchillo en alto.

—¿¡Qué hiciste, perra!? —bramó. La bofetada fue tan brutal que el sabor metálico de la sangre inundó mi boca, arrancándome arcadas. Antes de que pudiera reaccionar, otra detonación sacudió las paredes. La oscuridad nos envolvió. —¿Cómo demonios te encontraron? ¡Mierda! Gianella… maldita perra, le dije que no viniera hasta aquí. —Su voz era un gruñido enloquecido—. No lograrán bajar ¡Los mataré a todos antes de que puedan siquiera olerte! —rugió, y salió corriendo escaleras arriba.

Angelo

—¡Lo tengo, señor! ¡Lo tengo! —la voz exaltada de Moses reventó desde el altavoz con un eco metálico—. Está en una zona industrial. Hay varios hangares viejos, la mayoría abandonados o usados como depósitos. La señal más fuerte fue desde uno en particular… una especie de sótano dentro de un hangar.

—Envíame las coordenadas —hablé rápidamente.

—Angelo —la voz de Salvatore irrumpió al instante, más grave y seca—. Es Esposito —dijo con certeza—. Él contrató a la Orden.

Antonio trajo al hombre que Chiara describió, el de la cicatriz en la cara. Intentaba escapar por Evanston cuando un grupo de nuestros hombres lo atrapó y cantó como un maldito pajarito en cuanto empezamos a arrancarle las uñas.

El aire se espesó, porque cada palabra era un clavo en mi pecho.

—¡Maldición! —rugí, levantándome de la silla de un salto—. ¿Está muerto?

—No… aún no.

—No lo mates, lo quiero vivo para cuando vuelva con mi esposa —sentencié tajante, mientras caminaba hacia la cabina del avión. El piloto me miró por el espejo retrovisor del compartimiento cuando llegué hasta él.

—Necesitamos llegar en media hora —ordené.

—Señor… —El copiloto dudó al mirar los controles—. A esa velocidad no es seguro…

—¡Media hora! —grité.

El piloto asintió. El avión vibró, cuando el rugido de los motores se intensificó. La turbulencia nos golpeó como un presagio, ya que las nubes eran oscuras y espesas. Como si el cielo supiera que estaba dispuesto a desatar un infierno si eso me devolvía a mi esposa.

Volví, desesperado, a mi asiento y enseguida mi pierna empezó a rebotar por la ansiedad que me consumía. A mi lado, Valentino sostenía una tableta con los planos del lugar; que Moses, le había enviado. Dante, Mateo, Luca, Alessio, Amadeo, Fabricio, Valentino y yo estábamos listos para la operación. En sus rostros podía observar la misma determinación que yo tenía.

—¿Ya tienen drones? —pregunté sin mirar a nadie.

—Sí — dijo Valentino sin dudar—. Dos en camino, sobrevolarán en diez. El hangar está aislado, solo una carretera

conecta con la vía principal, pero hay rutas de escape por norte, sur, este y oeste. Es fácil cercarlo, si no nos ven venir, solo somos ocho, no sabemos cuántos miembros de la orden, tiene Esposito bajo su mando.

—Será bajo su chequera —terció Dante.

—Entonces hagamos que no nos vean. —Mi mirada se fijó en la pantalla que tenía en frente—. Francesca está ahí —lo dije con tanta certeza que todos se callaron. No era una suposición, yo lo sentía y si alguien le había tocado un solo cabello, no quedaría piedra sobre piedra cuando terminara con ellos. Miré a Valentino—. Ven conmigo, necesitamos un plan.

Mi cuñado asintió.

*

*

El sol empezaba a ocultarse cuando aterrizamos en el aeropuerto de Wendover. Estaba impaciente, por lo que bajé incluso antes de que se apagaran del todo los motores. Valentino había hecho los arreglos para que dos camionetas Duster esperaran por nosotros, nos dividimos en dos grupos. Valentino conducía mientras yo seguía el rastro de la última conexión del GPS de Francesca.

Nos tomó cerca de diez minutos llegar a la zona industrial. Aparcamos los autos lejos del punto que marcaba la tableta, escondidos tras una hilera de árboles secos y esqueletos metálicos de remolques olvidados. Estábamos a tres kilómetros del hangar, al borde de la zona industrial de Wendover, donde todo era óxido y soledad.

Dante aparcó tras nosotros, traía un mapa de la zona. Lo desplegó sobre el capó del auto y Valentino inmediatamente buscó un rotulador.

—Bien, repasemos la estrategia —dijo Valentino haciendo que los hombres se agolparan a nuestro alrededor. Con el rotulador rojo

marcó el punto donde podía estar Francesca—. Sabes que puede que no esté ahí, ¿verdad? —dijo mirándome fijamente.

—Sé que está, tengo un presentimiento —dije completamente convencido.

Valentino asintió.

—Avanzaremos rodeando el área en grupos de cuatro. Luca y Dante, flanco izquierdo. Amadeo y Mateo, flanco derecho. Alessio y Fabiano, detrás. Tú y yo, iremos al frente como lo planeamos. —Asentí.

—Nadie dispara sin mi orden o la de Valentino, salvo que les disparen primero. ¡Luca! —llamé a mi amigo que asintió rápidamente.

Se disculpó para ir detrás del auto y volver con un maletín negro, aunque habíamos planeado a última hora que solo viajáramos nosotros, tenía suficientes armas para matar un ejército. Esto no era una guerra, no todavía. Era un rescate. Y si salía bien, sería rápido, limpio y no habría problemas. Luca dejó el maletín sobre el mapa y lo abrí, saqué una bolsa y le lancé a cada uno un auricular—. Quiero comunicación todo el tiempo, cada uno tiene una copia del mapa en sus celulares —hablé mientras seguía hurgando en el maletín. Saqué los explosivos que Luca había traído de las bodegas de armas de la Sacra Familia.

—¿Detonadores C4 de bloque? —preguntó Valentino tomándolos.

Cada grupo tendría un par de ellos, si las cosas se ponían difíciles detonaríamos para distraer. También saqué dos rifles tendiéndoselos a Fabiano y a Mateo. Luca tendría el otro. Los demás usaríamos nuestras armas de combate, cada uno tenía munición suficiente para defenderse. Me ajusté el auricular y todos hicieron lo mismo, enseguida la comunicación se activó con un leve pitido.

—Una última mirada al mapa —dije mientras Amadeo se llevó el maletín a la van y Valentino daba las ultimas indicaciones—.

Cubran todas las rutas de escape de sus posiciones y recuerden que Francesca es prioridad. Nada más importa y si alguno encuentra a Esposito, es mío. ¡A sus lugares!

Los hombres se desplegaron cada uno según las ordenes, Valentino y yo, uno al lado del otro, nos movimos entre las sombras, cubriéndonos con las estructuras oxidadas que formaban un laberinto improvisado. Valentino iba adelante con unos visores de calor que no sabía de dónde diablos había sacado. Francesca estaba en un sótano bajo una de las bodegas del ala sur. El GPS en su anillo había emitido una señal débil desde una estructura con cimientos reforzados.

Las radios estaban en silencio. El equipo sabía que cualquier palabra innecesaria podría significar nuestra muerte. A lo lejos, un perro ladraba. Luego, el silencio otra vez.

El hangar apareció, casi al final del pasaje de grava que cruzaba la zona. Una luz parpadeaba sobre la puerta metálica principal, y en el costado derecho, donde la estructura se prolongaba hacia una especie de cabina anexa, distinguí dos siluetas armadas, fumando cigarrillos como si no supieran que el infierno estaba a punto de desatarse.

—Dos afuera. Uno adentro. ¿Luca? —pregunté por la radio.

—Visual limpio. No hay movimiento en el perímetro.

—¿Fabiano?

—¡Movimiento en el sur, señor! —informó Fabiano—. Dos hombres.

—Amadeo

—Visual limpio. No hay movimiento en el perímetro.

Valentino se giró hacia mí.

—Si entramos por el costado norte, no nos verán hasta que sea tarde.

—Perfecto —dije. Mis dedos temblaban por la tensión al empuñar mi arma—. Luca, rodeen por el este, cuando estés cerca, haz volar un detonador. Amadeo, cuando escuches la primera detonación cuenta hasta diez y activa la tuya. Fabiano, espera mi señal y luego detona también. Luca, avisa cuando estés en posición. —Pasaron unos minutos antes de que hubiese actividad en la radio.

—Colocando carga —murmuro Luca.

Segundos después escuché la primera detonación, los hombres de la entrada corrieron hacia el flanco izquierdo con las armas listas para matar, un par de minutos después, la detonación de Amadeo se escuchó.

—Vuélalo, Dante —dije por el radio.

Un estruendoso estallido hizo eco entre la zona, apagando toda luz a la vista. Brillantes llamas anaranjadas se encendieron desde el otro lado del hangar, y supuse que esa era mi señal. Valentino y yo corrimos hacia el hangar, pegados al muro oxidado, mientras que la maleza crujía bajo nuestras botas.

—Ve, yo te cubro —dijo Valentino.

Corrí hacia la puerta de acero. Incluso el marco era del mismo material, reforzado con un cerrojo de alta seguridad y un teclado numérico. No iba a perder tiempo. Saqué explosivo plástico, coloqué una carga sobre el teclado y el cerrojo. Podría haberlo decodificado, pero eso me costaría minutos que ella no tenía.

Me cubrí detrás del esqueleto oxidado de un camión, activé la carga y la detonación rompió el silencio con un estruendo seco. El metal cedió y la puerta quedó colgando de una bisagra retorcida.

Entré al hangar con el arma en alto, la linterna iluminando rincones vacíos y paredes desnudas. Todo parecía abandonado… hasta que encontré una puerta entreabierta. Al asomarme, vi unas escaleras descendiendo hacia la oscuridad.

Bajé despacio, con cada peldaño crujendo bajo mis botas, y entonces escuché el llanto de Francesca, mezclado con el sonido

áspero de un forcejeo.

La luz de mi linterna barrió el sótano y la imagen me golpeó como una bala. Era una jodida cámara de tortura. ¡Hijo de puta! Cuando colocara mis manos sobre Esposito, deseará estar muerto. Ratas escurridizas corrían pegadas a las paredes húmedas. El aire, saturado de sudor y orina, quemaba en la garganta. Una mesa exhibía el arsenal del horror látigos, cadenas, cuchillos… incluso un par de jodidos nudillos de bronce.

Ella estaba atada con correas de cuero que mordían su piel. Tenía el cuerpo cubierto de moretones y pequeños cortes que sangraban lentamente. El labio partido, un ojo hinchado y el cabello apelmazado por sudor y sangre la hacían parecer una sombra de sí misma.

Cuando me vio, sus ojos se abrieron como si quisiera creer que no era una alucinación. Terror, alivio y algo roto brillaban en ellos.

—Francesca —susurré, corriendo hacia ella, me acerqué, quitándole la correa que le aprisionaba la parte superior del cuerpo, notando en ese momento, que estaba prácticamente desnuda, apenas la cubría la ropa interior rasgada.

El llanto de Francesca se me clavó como una daga oxidada. Sus brazos se aferraron a mi cuello, era como si temiese que, al soltarme, pudiese a desaparecer otra vez. Estaba temblando, tan rota, débil e indefensa. Sentí su aliento irregular sobre mi cuello, caliente y errático. Cada sollozo suyo era un rugido en mis oídos, una llamada a la sangre, entonces la furia me subió como fuego por la garganta, ahogándome. Apoyé mi mano sobre su espalda desnuda y la cubrí con mi chaqueta.

No sabía que el dolor podía sentirse así, que el odio podía tener sabor, forma y pulso, pero estaba latiendo con fuerza en mi garganta, en mis sienes. Era como si un demonio me tirara de la piel desde dentro.

La habían tocado, golpeado y desnudado. Juré protegerla, prometí que nadie le podría un dedo encima mientras yo respirara. Así que, a partir de este momento, no había espacio para la angustia, porque la tristeza había muerto, ya solo quedaba el odio y el deseo primitivo de matar.

CAPÍTULO 40

Angelo

—¡Angelo, abajo! —gritó Valentino mientras descargaba su arma contra una sombra amenazante. Francesca gritó y Daniele cayó al suelo. Valentino terminó de bajar las escaleras, iluminando el rostro de Francesca y luego el mío—. No está muerto, no afecté ninguna arteria importante.

Intenté alejarme de Francesca, pero ella se prendió a mi camisa con todas sus fuerzas.

—No me dejes… Por favor, no me dejes —murmuró. Lo que hizo que mis brazos se cerrasen en torno a ella. No habían pasado ni cuarenta y ocho horas desde que se la llevaron… y, sin embargo, el tiempo parecía haberla destrozado. Solo ella y el maldito hijo de puta de Daniele sabían lo que había vivido en ese infierno.

—Saca a Francesca de aquí, yo me encargo de que este hijo de puta llegue vivo a Chicago. —Caminó hacia Daniele que intentaba detener la sangre que brotaba de su pierna. Valentino le dio una patada en el estómago haciéndolo doblar de dolor—. Eso es por haber drogado a mi esposa, hijo de puta.

Amadeo y Luca bajaron las escaleras. Tomé a Francesca en brazos con tanto cuidado como si fuese de cristal, aun así, sentí que le hacía daño. Gimió muy bajito, apenas un suspiro, pero fue suficiente para que el mundo me supiera a mierda.

Ella se acomodó en mi pecho como una niña buscando protección. Cada paso que daba, era un latido me golpeaba las costillas como un martillo. La saqué de ese maldito lugar; Fabiano y Alessio habían ido por los autos.

No dije nada, no hablé, en cambio, me subí en la parte de atrás de uno de los autos mientras le susurraba a la mujer en mis brazos, que estaba junto a ella y que todo había pasado.

Ella lloró de nuevo, rompiéndome en mil pedazos.

—Vamos —ordené a Dante con voz baja pero firme, cuando él se subió en el auto—. No nos detenemos por nada. —La abracé con fuerza como si con mi cuerpo pudiera protegerla de todo lo que ya había pasado.

Y mientras el auto avanzaba a toda velocidad entre los caminos polvorientos de la zona industrial, solo tenía una idea en la cabeza: Daniele esposito pagaría con lágrimas de sangre cada rasguño en el cuerpo de mi mujer.

*

*

El ruido del motor del avión era un zumbido constante y lejano, dentro de la pequeña habitación en la parte trasera, todo era un silencio doloroso y aplastante.

Francesca estaba sentada en la banca acolchada, con la toalla envuelta alrededor de su cuerpo. El agua del baño que le di seguía goteando de su cabello, y sus manos temblaban a pesar de que el aire no era frío. La auxiliar me pasó un botiquín médico apenas abordamos: alcohol, vendas, una crema cicatrizante, gasas… pero nada de lo que hiciera sería suficiente. Nada que pudiera borrar lo que le habían hecho.

Me arrodillé frente a ella, desinfectando con cuidado una herida en su muslo. Era un rasguño superficial, como la mayoría de los cortes hechos con sevicia. Una parte de mí se sentía impotente. Ella solo me miraba, con los ojos abiertos, pero sin estar realmente aquí.

—Lo siento, *carissima* —murmuré mientras pasaba suavemente la gasa por su piel—. Lo siento tanto… —La tomé en brazos llevándola hasta la cama, donde le curé el labio roto, limpié la

sangre de su ceja, y coloqué un apósito sobre un corte en su costado. Todo lo hice con suavidad, intentando no lastimarla más de lo que estaba—. Ya casi termino, luego podrás descansar, ¿quieres comer algo? —dije en voz baja, alzando la mirada hacia su rostro pálido.

Ella había pedido agua en el trayecto en auto, ninguno llevaba una botella, pero tomó dos tan pronto subimos al avión. Me levanté con la intención de dejarla dormir. Ella parpadeó lentamente, le di un beso en la cabeza y caminé a la salida, pero Francesca se incorporó enseguida, como un animal asustado.

—No me dejes sola —su voz se rompió, aguda, cargada de un terror que desgarró el aire. Mientras sus ojos se abrieron llenos de súplica y pánico—. Por favor… Por favor… Angelo, no me dejes sola… no otra vez…

La culpa me arrancó el aliento. Crucé de nuevo el espacio y me senté a su lado, tomándola con suavidad entre mis brazos. Ella se acurrucó, escondiendo el rostro contra mi cuello.

—Aquí estoy. No voy a ningún lado, Francesca. No te dejaré. Te lo juro por mi vida.

No hubo más palabras. Solo su respiración agitada, sus dedos aferrados a mi camisa como si soltarme fuera igual a volver al infierno.

—Fran, mírame, por favor —dije alejándome de ella solo un poco—, necesito saber si él se atrevió a…

—No me violó —murmuró con voz sesgada—, pero iba a hacerlo, justo antes de que ustedes llegaran. —Su cuerpo empezó a temblar, sus ojos se llenaron de lágrimas y la abracé con fuerza una vez más; me pegaría a su cuerpo si eso resarcía lo que había sucedido. Estuve a su lado hasta que el temblor de su cuerpo se fue calmando, hasta que sus ojos se cerraron al fin y el sueño la venció, frágil y profundo.

Solo entonces, cuando su respiración se volvió constante, me permití salir. La luz tenue del pasillo me hizo entrecerrar los ojos. La puerta del salón común estaba entreabierta; en un sofá de cuero oscuro estaba Valentino. Tenía la camisa manchada, las mangas arremangadas y un vaso de *whisky* en la mano. La botella reposaba sobre la mesita.

Me miró entrar y alzó ligeramente el vaso en un gesto silencioso.

Mateo dormía en otra butaca, con los brazos cruzados y la cabeza hacia atrás. Amadeo estaba sentado mirando la negrura de la noche.

—¿Daniele? —pregunté con voz ronca.

—En la bodega del avión —respondió Valentino, con su voz cargada de furia—. Inconsciente. Luca se encargó de romperle dos costillas con la mano mecánica. ¿Cómo está ella?

—En *shock*. —Me dejé caer junto a él. Por primera vez en horas, sentí el peso en mis hombros. Cansancio, agotamiento y un profundo asco. Apenas iba a apoyar la cabeza contra la silla cuando un grito rompió el silencio.

—¡No! ¡No me toques! ¡Angelo! —Me puse de pie de un salto y salí corriendo. La encontré enredada entre las sábanas, empapada en sudor, los brazos golpeando el aire como si luchara contra sombras. El miedo en su rostro era una pintura infernal.

—¡Francesca! —Me lancé hacia ella, tomándola entre mis brazos—. ¡Soy yo! ¡Soy yo, *principessa*! Ya estás a salvo…

Abrió los ojos, me vio, y rompió a llorar otra vez.

Mi corazón se partió en mil pedazos. La abracé con fuerza, meciéndola mientras su llanto llenaba la habitación. Me quedé a su lado, sin saber por cuánto tiempo. Su cuerpo temblaba, como si la pesadilla le hubiese calado hasta los huesos. No quise soltarla de nuevo; sentía su respiración húmeda contra mi cuello, su piel aún

caliente, sus dedos clavándose en mi espalda como anclas, como si yo fuera lo único que la separaba de la oscuridad.

Cuando por fin su cuerpo se relajó y sus labios entreabiertos empezaron a soltar ese murmullo profundo y adormecido del sueño, me quedé unos minutos más. La miré, dándome cuenta de que, en su rostro, incluso dormida, el terror persistía.

Salí de la habitación en silencio y caminé hasta la compuerta que daba acceso a la bodega inferior. El lugar estaba oscuro, bajé los peldaños, observando al hijo de puta maniatado y una bolsa de tela cubría su cabeza. Habían colocado un torniquete en su pierna y otro en su brazo. Me acerqué; le arranqué la bolsa, tenía un ojo cerrado por la hinchazón y sangre seca en la boca

Sonrió al adaptarse a la luz.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo con una sonrisa socarrona.

Lo tomé del pelo y estrellé mi puño contra su rostro, partiendo su boca de nuevo.

—No voy a matarte. Aún no.

Se removió, escupió a un lado, y su voz fue apenas un murmullo.

—Ella gemía como una puta.

Estrellé mi puño nuevamente en su maldita cara.

—La próxima vez que hables de mi esposa, te arranco la lengua y te la meto por el culo. —Mi voz salió baja, mortal—. Vas a llegar vivo a Chicago. Porque voy a hacerte pagar por cada moretón, corte y lágrima que derramó Francesca en las últimas veintisiete horas. Luego vas a suplicar por una muerte que no pienso darte. — Solté su cabello y volví a colocarle la bolsa, salí de la bodega y cerré con llave, mientras que mi corazón latía como un tambor de guerra.

Valentino me dio una mirada de reojo, pero no dije nada, en vez de ello entré a la habitación con mi esposa, su ceño seguía fruncido. Como si la oscuridad aún la tocara desde dentro, me

recosté a su lado y ella me reconoció al recostarse a mi costado, besé su cabello, prometiéndole que desataría el infierno sobre Daniele Esposito y quienes fueran sus cómplices en esto.

CAPÍTULO 41

Francesca

Las llantas del avión tocaron la pista con la misma furia que percibí en Angelo cuando curaba mis heridas sin mirarme a los ojos. Al despertar, tenía la garganta seca y un sabor metálico que no era del sueño. Mis manos temblaban aún bajo la manta, como si mi cuerpo siguiera atrapado en aquella habitación oscura donde Daniele Esposito mascullaba promesas de muerte, mientras sus armas marcaban mi piel.

Angelo estaba dormido a mi lado, su rostro sereno fue la constatación de que la pesadilla había terminado. Dos golpes en la puerta me sobresaltaron. Mi marido abrió los ojos, sentándose enseguida y apuntó con su arma hacia la puerta.

—¿Quién es? —murmuró con voz gruesa.

—Llegamos a Chicago —susurró una azafata.

Afuera, el amanecer era apenas una línea dorada en el horizonte, pero en mi pecho solo habitaba la noche.

Me incorporé lentamente, tanteando el respaldo, sintiendo cada músculo protestar. No sabía cuánto tiempo había dormido ni cuánto llevaba abrazada a él. Salió un momento de la habitación para volver con un juego de ropa, ayudó a vestirme con una sudadera gris, mientras que su mirada iba del horror a la furia al ver mis heridas. Volvió a salir, lo escuché dar un par de ordenes mientras se abría la escotilla del avión. Percibí un silbido metálico y luego la entrada de un aire distinto.

Angelo no esperó a que me levantara, cruzó la cabina con pasos decididos, como si el mundo se hubiera reducido a sostenerme.

—Estoy aquí —susurró, y no necesitó decir más.

Se agachó con suavidad, me rodeó con los brazos y me alzó como si el dolor que llevaba dentro no pesara. Como si fuera capaz de cargarlo por mí, caminó conmigo entre sus brazos, descendiendo la escalinata como quien baja de una batalla sin saber si ha ganado.

Cada crujido del metal bajo sus pies me pareció un eco de lo que aún nos quedaba por enfrentar. Me apreté contra él, no porque no pudiera caminar, sino porque necesitaba recordarme que seguía viva y que él era mi hogar. Sobre todo, al ver a Daniele Esposito bajar maniatado y golpeado, flanqueado por dos hombres que se apresuraron a meterlo en un furgón.

Nuestro auto de vidrios polarizados estaba estacionado y dos escoltas nos esperaban con las puertas abiertas. Cuando Angelo me acomodó en el asiento, lo hizo como si temiera romperme, pero sus manos eran firmes. Era como si intentara reconstruirme con cada caricia.

El viaje fue en silencio. Él no soltó mi mano ni un segundo. A veces, la apretaba con fuerza, otras, simplemente la acariciaba con el pulgar, como si eso bastara para decir todo lo que no podía poner en palabras.

La mansión apareció a lo lejos, y cuando el auto se detuvo, Angelo volvió a cargarme. No protesté, simplemente me dejé llevar. Afuera, todo lucía igual, el camino de piedra perfectamente limpio, los escoltas apostados como estatuas de mármol, los faroles encendidos proyectando sombras sobre el empedrado.

Todo estaba en su sitio. Todo, menos yo. Las miradas me rozaban la piel como agujas finas. Nadie hablaba, ni siquiera Antonella, la esposa de Salvatore, que fue la primera en salir a mi encuentro. En la entrada, Cara ya nos esperaba y sus ojos se humedecieron al verme. Estoy segura de que deseaba abrazarme,

pero Angelo se negaba a soltarme, por lo que me dio un apretón afectuoso en el brazo.

—Estás a salvo, *bambina* —me dijo al oído—. Nunca más volverá a tocarte.

La seguía Chiara, su expresión era dura como el mármol, pero cuando me vio, sus ojos se empañaron.

—Te juro por lo más sagrado, que, si ese hijo de perra aún respira, no será por mucho tiempo.

Asentí, sin voz. Eran mi familia y no podrían saber cuán conmovida estaba de que estuvieran para mí en ese momento.

Al entrar a la casa, el aire estaba impregnado de canela, madera y una paz que ya no me pertenecía. Todo parecía igual, pero sentía que no encajaba en ese escenario.

Un silencio más espeso que el humo arrastraba a Michele, que esperaba en medio del pasillo, con semblante tenso y las manos aferradas en clara postura de guerra. Su mirada no era de hermano. Era de jefe, juez y ejecutor; su juicio ya había comenzado. Noté la mirada que le destinó a Angelo, pero mi esposo no se inmutó en lo más mínimo. Pasó junto a ellos con la frente en alto, conmigo en brazos. Como si dijera: «*No toquen lo que es mío. No ahora*».

Solo cuando llegamos a mi habitación, y me dejó en la cama, volvió a hablar.

—Nadie la interroga, ni nadie la fuerza a hablar. No hasta que ella quiera.

—El médico está listo —dijo Chiara en voz baja. Me miró como si buscara permiso, como si temiera quebrarme.

Asentí, porque no me salían las palabras. Porque decir «no» también requería fuerza, y yo no la tenía.

Angelo me dejó en la cama con suavidad y se volvió hacia mí. Me tomó la cara entre las manos y me besó la frente.

—Ya estás en casa.

Entonces me derrumbé, no de dolor tampoco de alivio. Porque por fin, entre sus brazos, sentí que nosotros aún teníamos una oportunidad.

Mientras Chiara me acomodaba las almohadas, mi cuerpo respondía, mi voz se escuchaba si la forzaba. Pero había partes de mí que seguían allá. En ese sótano.

El doctor llegó a examinarme. Chiara y Angelo salieron de manera sigilosa, para que el galeno pudiera hacer su trabajo. Con gestos suaves y un tono de voz que apenas rozaba el aire. Respondí lo justo, apretando los puños para no perderme en el dolor. Agradecí que no me preguntara nada más mientras curaba mis heridas, me dijo que no quedarían cicatrices, que solo eran heridas de cuidado y en pocos días estaría como nueva, quería tanto creerle.

Cuando se fue, me quedé sola, o eso creí, porque la puerta se abrió unos minutos después y Angelo, se quedó de pie en el umbral, mirándome como si necesitara asegurarse de que seguía ahí. Luego cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda contra ella. Su mirada era un campo minado.

—No debí dejarte salir a ese maldito spa. —Su voz salió áspera, con grietas por las que se escapaba la culpa—. No sabes el jodido infierno que atravesé en este tiempo —concluyó, vulnerable.

—No fue tu culpa —murmuré, aunque me dolía.

—Sí lo fue —insistió, sin subir el tono—. Porque sabía que él seguía suelto, y bajé la guardia. Debí escuchar a Michele y dejarte en Italia.

—No quería quedarme en Italia —le dije, con un hilo de voz y bajé la mirada—. No sin ti.

—Francesca… —su voz se rompió—. Todo lo que dije antes del maldito secuestro es verdad. Además, si algo me enseñó este jodido infierno, es que no puedo respirar sin ti.

—Yo tampoco —respondí, levantando mi mirada, ahogada en lágrimas—. No quiero seguir con miedo. Ni de ti… ni de mí.

—Francesca, te amo, saber que ese maldito te tenía en su poder, casi me mata. Sentí que me rompía en mil jodidos pedazos. —Se acercó a la cama y me acarició el rostro—. Merecemos un nuevo comienzo.

—Sí —respondí, con todo el temblor que cabía en una sola palabra—. Porque también te amo y este amor es lo único que nos permitirá empezar de nuevo.

Angelo me miró como antes, de esa forma que traspasaba, y que me desarmaba, dejando claro por fin, que había llegado para quedarse. Sus rodillas tocaron el suelo y sus manos se aferraron a las mías como si fueran su única ancla en medio del caos.

—Perdóname por cada noche que te hice dudar de lo que sentía, por cada silencio que pesó más que mil palabras. Por dejarte sola justo cuando más me necesitabas —dijo, con la voz apretada, mirándome como si temiera que desapareciera en el aire.

Levanté una de mis manos y toqué su cabello, colocando el mechón que caía en su frente en su puesto. Él soltó un suspiro tembloroso.

—No necesito que te arrodilles para saber cuánto me amas —susurré, con la voz temblorosa—. Yo lo sé. Solo necesito que no vuelvas a huir cuando el mundo se derrumbe, porque yo también me rompo cuando te alejas. —Tomé una de sus manos y la llevé a mi pecho, sobre mi corazón—. ¿Lo sientes? Late por ti, Angelo. Incluso cuando no decías nada; incluso cuando estabas furioso o perdido. Siempre latió por ti, porque, maldita sea, te amo y no quiero, no puedo seguir fingiendo que no te necesito.

Me incliné hacia él. El contacto fue suave, primero nuestras frentes; luego fueron nuestros labios los que se encontraron, no como una promesa, sino como un refugio. Como si, por fin, estuviéramos volviendo a casa. Nos abrazamos. No hubo urgencia ni pasión, solo una paz extraña y necesaria que llegaba cuando el dolor empezaba, por fin, a ceder.

—Ven —susurró al oído—. Quiero que duermas conmigo esta noche y todas las que vengan después.

Asentí. Nos acostamos juntos, por primera vez no como dos cuerpos que se necesitaban, sino como dos almas que se encontraban. Me acomodé contra su pecho, sintiendo su respiración calmarse poco a poco. Sus dedos trazaban círculos sobre mi espalda, y en ellos no había deseo, ni culpa, ni rencor. Solo amor.

—Mañana será distinto —prometió en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Lo juro, Francesca. Te juro que mañana, y todos los días que vengan, serán distintos.

Lo creí.

Éramos dos sobrevivientes que construirían su hogar sobre las ruinas, esta vez, íbamos a hacerlo juntos. Lo amaba en un idioma que ninguno de los dos hablábamos. Antes, bastaba una mirada para entendernos, después, nuestras palabras se perdieron entre el orgullo, el dolor, la rabia y la culpa. Antes, su piel era mi refugio, hasta antes del secuestro su silencio había sido mi castigo. Sin embargo, aún lo sentía en cada respiración, como una canción que no recordaba cómo cantar, pero cuyo eco no dejaba de vibrar en mis huesos.

Mañana hablaría con Michele, le contaría todo sobre Gianella. Su traición sería lo único que lo salvaría de seguir en ese matrimonio. Podría por fin poner las cosas en su lugar y darle a Carla el puesto que merecía, pero todo eso se haría mañana. Cerré los ojos, acunada por el calor de Angelo y por esa promesa que no necesitaba juramentos para ser verdad. Mañana llegarían las decisiones, las conversaciones pendientes, pero esa noche era nuestra. Un refugio sin preguntas. Solo así, abrazada a él, entendí que el amor no siempre se gritaba ni se peleaba. A veces, simplemente se quedaba.

Angelo

La habitación estaba sumida en un silencio que se sentía en los huesos, un silencio que no asustaba, pero pesaba.

Francesca, mi esposa, dormía. La mujer que había recorrido el infierno y había vuelto. La misma a la que juré proteger incluso cuando no sabía cómo protegerme de mí mismo.

La luz de la lámpara delineaba su rostro con una suavidad que me dolía. Las pestañas sobre las mejillas, los labios apenas entreabiertos, la respiración acompasada. Parecía en paz, pero yo sabía que no lo estaba del todo. Nadie volvía ileso de una guerra como la que acabábamos de librar, sin embargo, estaba entera. Bella. Y mía.

Llevaba noches enteras preguntándome en qué momento dejamos de hablarnos en ese idioma secreto que solo nosotros entendíamos. Cuando el orgullo se instaló entre los dos como un huésped que no quería irse.

Pero esta noche, al verla dormir con el semblante sereno y las sábanas apenas cubriendo su cuerpo, algo dentro de mí cedió. La rabia, la culpa y el rencor. Todo eso se deshizo como polvo en mis manos. Solo respiré el mismo aire que ella y recé, por primera vez en años, agradecido por tener otra oportunidad para amarla bien, sin miedo, sin imposiciones y sin dolor.

Recordé la discusión que tuve con Massimo porque me había ocultado que Michele venía de camino a Chicago. Cuando hablé con mi cuñado, le reiteré que Francesca no se movería de mi lado. Él insistió en llevársela y le respondí que si lo hacía arruinaría su empresa en un solo «clic». Eso pareció calmarlo, Massimo me observó con algo parecido al orgullo. Esperaba encontrar mi lugar en la Sacra Familia, el lugar que me correspondía por derecho propio, ya había cumplido mi condena y parecía que los dos hombres por fin lo entendían. En cuanto a Daniele Espósito, no quería ahondar en su castigo, en ese momento, pero había recibido su merecido, era lo único que me importaba.

—¿No vas a dormir? —La voz de mi esposa fue un susurro, rasgado por el sueño.

—No quería despertarte —murmuré.

—Pero lo hiciste —dijo, sin reproche, solo con verdad—. ¿Qué ves cuando me miras, Angelo? —Se incorporó con el cabello cayéndole por el hombro, y me miró a los ojos.

Tragué saliva, porque no tenía una respuesta fácil, pero sí la verdadera.

—Veo a la mujer que me salvó del odio. A la única persona que ha visto lo peor de mí y aun así no ha huido. —Inspiré hondo, como si soltar esa verdad me doliera—. Te miro… y quiero quedarme. No pelear, ni castigar. Solo… quedarme.

—Entonces quédate. —Ella extendió una mano y la apoyó sobre la mía.

La atraje hacia mí. Al principio con cuidado, como si temiera quebrarla. Pero ella me rodeó con los brazos y me sostuvo como si fuera yo el que necesitara ser salvado esta vez.

La besé, no fue un beso urgente, ni desesperado. Fue un beso de regreso y de reencuentro. De dos personas que decidían encontrarse otra vez. Sus labios, sus dulces y suaves, sabían a perdón. Nos abrazamos, entre respiraciones lentas y miradas largas.

—Te amo —le susurré al oído, cuando el mundo parecía haberse detenido.

Ella sonrió con los ojos cerrados, como si al fin el amor fuera un lugar seguro y por primera vez en mucho tiempo, lo fue.

EPÍLOGO.

Dos años después

Chicago

Angelo

La casa olía a flores y a azúcar glas. En el jardín, un ejército de decoradores se desvivía por lograr el «toque celestial» que Francesca había exigido para el bautizo de nuestra hija. Había cintas, candelabros, manteles bordados, y una lista de invitados que me parecía más extensa que la de nuestra boda. Abrí puertas y recorrí cada rincón de la casa; aun así, no encontraba a mi esposa. Hasta que llegué a nuestra habitación.

Francesca estaba de espaldas, ajustándose la blusa blanca frente al espejo, mientras que sus dedos temblaban al abotonarse la parte superior; tenía el cabello recogido en una trenza elegante.

—Al fin te encuentro —dije, cruzando los brazos mientras apoyaba el hombro en el marco de la puerta—. Pensé que te habías fugado con el pastelero.

—Lo consideré —respondió, sin volverse, con ese tono suyo entre juego y amenaza—. Él por lo menos me escucha…

Me acerqué despacio, deslicé las manos por su cintura y apoyé el mentón en su hombro desnudo, justo donde su blusa aún no cubría.

—¿Sabes cuántos días llevas sin mirarme como se mira a un hombre? Solo tienes ojos para el organizador de eventos.

—¿Sabes cuántos días llevas quejándote como un marido con exceso de tiempo libre?

—¿Y si te digo que pienso secuestrar a la madre de mi hija durante diez minutos? —Sonreí contra su piel—. El mundo puede sobrevivir sin ti ese tiempo.

—¿Diez? Qué considerado —sonrió, pero ya se había girado. Me encontré con la misma mirada que, incluso después de todo, todavía me hacía arder.

—Estoy siendo generoso —susurré y la besé con hambre, pero también con la certeza que solo da el amor que ha sobrevivido al fuego y al hielo.

Francesca enredó los dedos en mi cabello, como si también hubiera contado las horas para esto… para nosotros.

—Nos están esperando abajo —susurró, pero no se apartó.

—Que esperen, hoy es el día de nuestra hija —musité rozando su cuello con mis labios—, pero también de su madre, y yo también tengo derecho a celebrarla. —La alcé en brazos.

—Estás loco. —Ella soltó una risa breve, un poco escandalizada, pero rendida.

—Por ti. Desde el primer día que te vi, en esa casa de Oxford.

La llevé a la cama, y ahí, no hubo urgencias, solo suspiros, risas ahogadas y caricias como rezos murmurados sobre piel conocida. Nos desvestimos con premura y nos amamos, agradeciendo poder entregarnos con el mismo fuego de años atrás, con la necesidad a flor de piel y el sonido de nuestros gemidos saturando el aire. La amé como quién sabe que todo pudo haber sido distinto. Pero no lo fue.

Entré en su cuerpo con la confianza de un hombre que conoce bien a su mujer y sabe cómo hacerla disfrutar a pesar del poco tiempo y llegamos juntos a una liberación que siempre nos abismaba, cuando ella se acurrucó contra mí, el reloj seguía avanzando allá afuera, pero aquí dentro, solo existíamos nosotros.

—Angelo —dijo en voz baja—. ¿Crees que nuestra hija algún día sabrá cuánto luchamos por tener esta paz?

—No, pero Anabella crecerá viéndola y eso será suficiente.

*

*

Detalles en oro viejo decoraban el jardín, se escuchaba el sonido del agua de una fuente, donde los niños arrojaban pétalos mientras reían. El sol se colaba entre los cipreses, bañando todo de una luz tibia.

Francesca sostenía a nuestra hija con una delicadeza feroz. El vestido de bautizo era una reliquia familiar, bordado a mano por la madre de mi padre, y la niña lo lucía como si ya entendiera la responsabilidad de pertenecer a este linaje marcado por el poder… y por el amor.

—Está hermosa —dijo Chiara, acercándose con una copa de espumante y ojos brillantes. A su lado, Valentino, impecable como siempre, besó la frente de la pequeña con ternura.

—¿Y qué esperabas? Mira a sus padres —respondí, arrogante solo por deporte. Las risas no tardaron.

Dante, Luca y Amadeo se mantenían en la periferia de la reunión, riendo entre brindis, como si la absolución que recibieron hubiera devuelto no solo su lugar, sino la chispa que casi se les había apagado. Uno de ellos alzó la copa en mi dirección. Asentí con discreción.

Mi hermano tenía a Ember en brazos, esa niña se convertiría en su talón de Aquiles; pobre del hombre que quisiera tener algo con ella. Lorenzo, Alessandro y Massimo eran fieros defensores de la pequeña que solo era un año mayor que Anabella. Mi hermano había tenido un largo camino hacia su recuperación después del atentado. Horas de terapia física y el amor incondicional de Cara, habían hecho que volviera a ser el hombre temido en la familia. Ahora que yo me

dedicaba a llevar las riendas de la compañía como CEO, Massimo tenía más tiempo libre para ser esposo, padre y capo.

Michele, a unos metros, observaba en silencio. Su relación con Francesca aún era una danza de cuidado y cautela. Luego de que ella le contara lo que había pasado mientras estuvo en cautiverio y que se descubriera la relación que Gianella y Daniele sostenían a escondidas, la 'Ndrangheta se desvinculó de la Corona de la Unita, fue un divorcio largo, en donde Michele defendió los derechos de la organización con uñas y dientes. Por los años de unión, las familias no declararon una guerra, pero en toda la región se sabía que la hija del capo de la Corona de la Unita había sido exiliada después de la traición cometida a su esposo. Michele entonces se paró de frente a su consejo y tomó a Carla como esposa. Se veía feliz.

Francesca le dijo algo al oído que hizo que él se acercara y le diera un beso en la frente a su sobrina, a mi Anabella. Por primera vez, desde que toda esta locura empezó, abrazó a su hermana sin armadura. Carla los observaba desde una de las sillas, mientras sonreía y acariciaba su vientre abultado.

Los pequeños corrían por el jardín, felices, sanos y seguros que era lo más importante.

Un sacerdote de confianza, ofició la ceremonia con palabras precisas y velas encendidas por quienes ya no estaban. Cuando el agua bendita tocó la cabeza de nuestra hija, Francesca apretó mi mano. Yo la miré.

No había lágrimas, solo paz… La paz de saber que el futuro era nuestro.

—¿Cómo crees que será? —preguntó ella, mientras observaba a nuestra hija dormida sobre su pecho, después de la ceremonia.

—Fiera, como su madre —dije, sin dudar—. Valiente, como quienes la aman y libre, Francesca. Tan libre como nosotros estamos aprendiendo a ser.

Ella me miró y sonrió; en ese momento tuve la certeza brutal de que todo estaba superado y estábamos listos para criar, amar y vivir. Alcé la mirada, observando a Massimo, sentado bajo la pérgola de madera que Cara había mandado a construir en el jardín, tenía una copa de vino entre los dedos y la mirada fija en el horizonte. Dejé un beso en la mejilla de Francesca y me acerqué en silencio con la chaqueta colgada del brazo y el cuello de la camisa abierto. Me detuve a su lado sin decir nada, por lo que Massimo alzó una ceja.

—¿Vas a quedarte ahí como estatua o vas a sentarte a mi lado? —dijo, sin mirarme.

Sonreí y me senté junto a él. A pesar de su juventud, el pelo de mi hermano ya era entrecano y un par de arrugas surcaban sus ojos.

—No sabía si era bienvenido, pareces concentrado en algo y cuando es así, asustas.

—Eres mi sangre. —Massimo bebió un sorbo.

Hubo un silencio denso, pero no incómodo. El tipo de silencio que solo los que han peleado juntos, y sobrevivido, pueden compartir.

—El tiempo en que te envié lejos fue unos de los más duros de mi vida, nunca te lo repetiré de nuevo y tampoco lo sostendré ante nadie más que mi esposa, pero necesitabas saberlo —confesó con la voz más baja, más rota de lo que había escuchado nunca—. Me enojé con todos. Conmigo. Con Dios. Porque te crié para ser fuerte… pero no tuviste la confianza suficiente para contarme tus planes y ahí supe que te había fallado.

—Massimo… —Lo miré con los ojos entrecerrados. Sus palabras aliviaban en algo la sensación de no ser suficiente para mi hermano, más de lo que quería admitir—. Tú hiciste lo que pudiste —respondí—. Pienso que cada ser humano merece su propia ración de golpes para aprender. Lo que hice no fue porque no confiara en ti, fue porque no quería que te vieras involucrado.

Massimo dejó la copa sobre la mesa, me miró directo.

—Estoy orgulloso de ti y de lo que has construido, del hombre que eres. —sonrió de lado, señalando a Francesca.

—Nunca supe cuánto podía doler el amor hasta que casi la pierdo.

—Bienvenido a mi infierno. —Massimo suspiró, con media sonrisa cansada—. Lo llevamos en la sangre.

En ese momento se acercaron Salvatore, y Valentino. El primero con su andar de sabiduría curtida. El segundo con una expresión más relajada, casi feliz.

—¿Qué demonios están haciendo aquí con esas caras largas? —preguntó Salvatore, tomando asiento.

—Nos escondíamos de ti —dijo Massimo.

Valentino soltó una carcajada mientras llamaba a uno de los meseros. El joven se acercó rápidamente con cuatro copas en la bandeja. Massimo negó enseñando su propia copa.

—Quiero hacer un brindis —dije mirando a los tres hombres a mi lado—. Por los bebés que llegaron a sanarnos. Por las mujeres que nos sobrevivieron y por nosotros… que a pesar de todo aún respiramos.

Salvatore asintió. Valentino extendió su copa sin decir nada, pero con los ojos brillando.

—Por lo que viene —dijo Salvatore—. Porque si bien, no somos santos, al menos ya sabemos qué demonios queremos dejar atrás.

—Por la familia —enunció Valentino.

Miramos a mi hermano que sonreía.

—Por el Legado de la mafia —dijo mirando a las mujeres que habían marcado nuestra vida. Irónicamente, cada una de ellas sostenía un niño, mientras Bella, Lorenzo y Alessandro estaban

alrededor—. Por el legado de nuestras familias. —Chocamos las copas.

El cielo empezó a teñirse de naranja, como si el universo también entendiera que ese instante era único. Un final... y una promesa.

Francesca

Desde el balcón del segundo piso, los observé en silencio.

Angelo estaba en el jardín, con nuestra hija dormida sobre su pecho. La sostenía con delicadeza, como si temiera que el más mínimo movimiento pudiera despertarla. Su mano grande acariciaba suavemente la espalda de la niña, y por un segundo, sentí que el tiempo se detenía.

Apoyé las manos en la baranda de piedra cubierta de jazmines, y cerré los ojos, mientras el viento me acariciaba el rostro, entonces pensé en todo lo que habíamos pasado.

En las noches en las que el orgullo nos separó más que la distancia. En la forma en que Angelo me amó incluso cuando no sabía cómo demostrarlo. En cómo yo lo deseé incluso cuando no sabía si debía perdonarlo y sin embargo… ahí estábamos.

Lo miré otra vez, justo en el instante en el que él alzó la vista y me encontró. Como siempre, como si supiera cuándo lo miraba, aunque no hiciera un solo ruido.

No sonrió, ni levantó la mano, solo me sostuvo la mirada con esa intensidad suya, como si me dijera: *«Eres mi casa»*, y supe que lo era. Que después de tanto fuego, de tantas ruinas, de tantas veces en las que estuve a punto de rendirme, había encontrado mi lugar.

Respiré hondo y bajé los escalones para ir a su encuentro.

Como familia.

Como un hogar.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Queremos empezar agradeciendo a nuestras lectoras, a aquellas que están junto a nosotras desde *Honor y venganza* y han sido pacientes entrega tras entrega. El apoyo constante, el cariño que nos demuestran y su retroalimentación es lo que nos impulsó a crear esta serie.

A nuestras familias, por el apoyo, la comprensión y la ayuda que nos brindan mientras estabamos sumergidas en el mundo de la Sacra Familia y sus colaboradores.

Gracias a aquellas personas que, durante el proceso de creación y luego de él, se convierten en colaboradoras y nos ayudan a que esta nueva entrega llegue hasta ustedes.

Gracias a cada grupo y comunidad lectora en Instagram que comparte y difunde nuestro trabajo con sus hermosas artes y reseñas.

Y, por último, pero no menos importante, a nuestras queridas amigas Cecilia Pérez y Astrid Figueroa Alarcón, quienes nos apoyan promocionando nuestro trabajo en redes sociales.

Nuestro cariño,

Isabel & Aryam.

SOBRE LAS AUTORAS

Isabel Acuña

Soy una lectora que escribe. Una optimista incurable que no puede vivir sin su café de la mañana y una bonita historia de amor.

Nací en Bogotá, Colombia, y actualmente vivo en Barranquilla, dedicada por completo a mi familia y a la escritura. Desde que tengo memoria, la lectura ha sido mi refugio. En mi juventud devoraba las aventuras de Julio Verne y Charles Dickens, pero fue una novela en particular: *La hermana San Sulpicio* de Armando Palacio Valdés, la que me marcó para siempre. La releí una y otra vez durante mi adolescencia y, sin saberlo, encendió en mí el amor por las historias románticas.

Aunque leo todos los géneros, algunos autores han dejado huella profunda en mi manera de contar: Gabriel García Márquez, Sándor Márai, Florencia Bonelli y Paullina Simons.

Mi camino como autora independiente comenzó el 27 de enero de 2013, con la publicación de mi primera novela, *De vuelta a tu amor*, en la plataforma KDP de Amazon. Desde entonces no he dejado de escribir ni de publicar. El respaldo incondicional de mis lectores ha sido el motor de cada historia, gracias a ellos, todas mis novelas han alcanzado los primeros lugares en Amazon a pocas horas de su lanzamiento y se han mantenido como bestsellers durante meses, recibiendo críticas entusiastas en distintos rincones del mundo.

Escribo porque descubrí que mi mayor pasión está en observar lo que para muchos pasa inadvertido. En esos pequeños detalles, a veces luminosos, a veces sombríos, encuentro la esencia de la

humanidad y la inspiración para seguir narrando historias que laten, respiran y se quedan en el corazón.

Encuentra más de mis historias aquí.



Aryam Shields nació y creció en Barranquilla, una ciudad ubicada en la costa norte de Colombia, en 2020 se graduó de contaduría pública, pero su verdadera pasión es contar historias románticas en donde pueda narrar el nacimiento del amor a raíz de cero.

Reside en Barranquilla junto a sus padres, su hermana y sus perritas (Scannie y Skye) que son su universo entero, empezó a escribir en 2009 en una plataforma de internet llamada fanfiction. Net, bajo el seudónimo de Ary Masen. pero fue en 2015 que decidió empezar a crear personajes propios y publicó su primera novela titulada Enséñame: Entrégate, la primera parte de dos libros, desde ese instante y hasta la fecha ha publicado veinte historias, entre romance erótico, comedia romántica romance contemporáneo y romance paranormal. Todas ellas han formado parte del top 100 de la plataforma de Amazon, sus novelas Enséñame y Cataclismo se encuentran traducidas al idioma portugués y pronto Enséñame y Recuérdame estarán disponibles en inglés.

Aryam quiere escribir hasta que sus dedos no puedan teclear más, es por ello que ahora se encuentra sumergida en lo que será su próxima gran historia.



Encuentra más de sus historias aquí.

[1] Lameculos

[2] Como carajos te atreves a llamarme, hijo de puta.

[3] No sabía que el cielo tenía ojos verdes